



Ejercito

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

MINISTERIO DEL EJERCITO

Ejército

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

NUM. 38 • MARZO • 1943

SUMARIO

Teoría sobre las Unidades y su aplicación al Regimiento de Infantería. *T. Coronel Navas.* ↔ Dimensiones del Espíritu Militar. *Teniente Gutiérrez Martín.* ↔ Golpes de mano. *Capitán Villalba.* ↔ Dominaciones británicas y francesas en la isla de Menorca. *Capitán De Castells.* ↔ Un resorte de Educación Moral. *Capitán J. Urmeneta.* ↔ Artillería. Determinación del régimen de piezas. *Capitán Rocafort.* ↔ Libros de ayer. *T. Coronel Vigón.* ↔ Detención del gas. *T. Coronel Fernández Bacorell.* ↔ Tipos y costumbres de antaño. Las orejas con la cabeza. *General Bermudez de Castro.* ↔ Empleo táctico del Grupo de Sanidad de la División Española de Voluntarios. *Comandante Médico Casas.* ↔ El caballo y la guerra. *Veterinario mayor Espeso.* ↔ Enlace. *Capitán Gosálvez.* ↔ La Alhambra, fortaleza. *Capitán Moral.* ↔ ¿Estás dispuesto? *Coronel Morales.* ↔ Información.



MINISTERIO DEL EJERCITO

Ejercito

revista ilustrada
de las armas y servicios

Director: ALFONSO FERNÁNDEZ

Coronel de E. M.

Redacción y Administración: MADRID Alcalá, 18, 3 °

Teléfono 25254 ♦ Correspondencia, Apartado de Correos 317

PUBLICACION MENSUAL

HISTORIA GENERAL Y MILITAR ♦ FILOSOFIA Y MORAL MILITAR ♦ ORGANIZACION ♦ ARMAMENTO Y MATERIAL ♦ ARTE MILITAR, ESTRATEGIA, TACTICA, FORTIFICACION ♦ INSTRUCCION ♦ CUESTIONES GENERALES DEL NUEVO ESTADO, LOS GRANDES PROBLEMAS DE INDUSTRIA, ECONOMIA Y ESTADISTICA ♦ CUESTIONES EXTRANJERAS: EJERCITO Y POLITICA ♦ GEOGRAFIA ♦ ASUNTOS COLONIALES ♦ LAS BELLAS ARTES Y LA GUERRA ♦ DEPORTE Y CULTURA FISICA MILITAR ♦ INFORMACION ACTUAL, LEGISLACION, LIBROS, REVISTAS

DIVULGACION DE LA CULTURA PROFESIONAL MILITAR ♦ ESTUDIO SOBRE LAS ENSEÑANZAS DE NUESTRA GUERRA ♦ ENLACE CON LA OFICIALIDAD DE COMPLEMENTO Y EN SITUACION DE RETIRADO

PRECIOS DE ADQUISICION

Pras.
ejemplar

Para militares, en suscripción colectiva por intermedio del Cuerpo	3,00
Para militares, en suscripción directa (por trimestres adelantados)	3,25
Para el público en general (por semestres adelantados)	4,50
Extranjero	6,50
Número suelto	5,50

TARIFAS DE ANUNCIOS A DISPOSICION DE LOS ANUNCIANTES

Correspondencia al Administrador: Comandante de Infantería CAMILO VISEDO ALBORS

esta Revista repre-
senta únicamente la opinión particular del respectivo fir-
mante y no la doctrina de los organismos oficiales.

Teoría sobre las UNIDADES y su aplicación al REGIMIENTO de INFANTERIA

Teniente Coronel de Infantería

NAVAS SAN JUAN

Del Regimiento 50

EL trabajo que hoy presentamos a los lectores de EJERCITO aborda un tema de gran importancia, que para ser debidamente desarrollado requeriría no un sencillo esbozo, sino un estudio concienzudo y a fondo, para el que, por otra parte, reconocemos nuestra falta de competencia. Serán, pues, sugerencias y no tesis las que aquí se presentan, para compañeros más versados en la Organización militar.

Hemos elegido la esfera del Regimiento de Infantería por tratarse de la Unidad más poderosa de este arma y porque además parece haber vuelto a recobrar su importancia táctica; hasta el punto de que hoy día, cuando se habla de la composición de una División, no se dice que tenga tantos Batallones, sino tantos Regimientos.

* * *

Aceptamos como definición de Ejército, en su acepción más amplia, la siguiente: "Ejército es el conjunto de tradiciones, hombres, ganado y material, organizado jerárquica y técnicamente, con el fin de constituir la salvaguardia de un pueblo erigido en Estado, y el órgano coactivo de su política internacional."

Los medios de que se vale son espirituales y técnicos. Son los tantas veces repetidos *voluntad de vencer, choque, movimiento y fuego*. Y puesto que la *voluntad de vencer*, encaminada inteligentemente, lleva al *choque* con el adversario, podríamos decir que en el *choque* se resumen los medios todos, pues es imposible lograrlo sin un espíritu ofensivo inspirado en dicha voluntad y sin maniobrar apoyándose en el fuego.

Como floración de las distintas modalidades de estos medios de acción, nacen espontáneamente las Armas combatientes, cuyas características son precisamente el poseerlos en mayor o menor grado. No es el objeto de este artículo entrar en el estudio de estas características, que absorbería por sí solo volúmenes enteros. Lo que queremos dejar sentado es que dichas Armas combatientes no son cosa abstracta o entes de razón, sino cosas concretas de efectiva realidad, demasiado homogéneas para dar cada una por sí sola la tónica del combate. El verdadero agente de éste es la Unidad, o, dicho de otra forma, *las Unidades*: agrupaciones complejas en las que se encuentran dosificados los medios de acción.

Pero las Unidades no puede decirse que sean una parte alícuota del Ejército, puesto que cualquiera de ellas conserva

las notas de la definición, y una parte, que conserva todas y cada una de las notas del todo, no es solamente una parte alícuota, es algo organizado, por decirlo así, histológicamente, pues no acertamos a darle otra calificación. Elegid cualquier Unidad: un Batallón de Infantería o una División de Caballería, y siempre veréis que son conjuntos organizados, con el fin de ser los agentes del combate; complejos cada vez más complicados en su estructura, en los que se trata de armonizar la potencia del fuego con la posibilidad de la maniobra. En cualquier Unidad que consideremos, veremos elementos de maniobra (movimiento, choque personal) y elementos de apoyo (fuego, choque de material).

Los elementos de maniobra o movimiento de una Unidad son forzosamente Unidades subordinadas, entre las que el Jefe reparte la misión a él encargada, en lo que se refiere a poner pie en los objetivos a alcanzar.

Los elementos de apoyo de una Unidad pueden ser de dos clases: una o varias de las Unidades subordinadas, idénticas a las que se emplean para la maniobra, o bien una Unidad de armas de apoyo (ametralladoras pesadas, armas pesadas de Infantería, Artillería divisionaria, etc.). Todas las enunciadas, cada una en su escala, son Unidades de apoyo, respectivamente, de las Unidades: Batallón de Infantería, Regimiento de Infantería y División de Infantería o División normal.

Cuando una Unidad se compone de otras subordinadas idénticas entre sí, que el Jefe dispone, en ala o en columna, para desempeñar su misión, pero sin superponer sus zonas de acción, tendremos un tipo de Unidad apto para la maniobra. El Cuerpo de Ejército y el Regimiento de Infantería son ejemplos de esta clase de Unidades. Su Jefe no tiene otra preocupación *táctica* que la de mover en el tablero del combate sus unidades-fichas, de forma que su mutua acción redunde en la consecución de su objetivo, por la superposición de los éxitos parciales polarizados a un mismo fin. Estas Unidades pueden llamarse *horizontales*, y esta denominación se deduce de un modo fácil, de su morfología: *No hay superposición de Unidades en otras*, salvo en el caso, de todos conocido, de un paso de línea o del relevo por una reserva de una Unidad francamente desgastada.

Cuando una Unidad se compone de otras subordinadas no idénticas, sino de constitución heterogénea, por ser una o varias de ellas el órgano de unas armas de apoyo, para ha-

cerlo efectivo, tendrán que superponer sus zonas de acción, y se tendrá una Unidad apta para el fuego o, mejor dicho, para la *maniobra de fuegos*. El Batallón de Infantería, la División, son ejemplos de esta clase de Unidades. Su Jefe, aparte de la preocupación del movimiento de las Unidades subordinadas que han de ir cubriendo los objetivos, tiene la de prestarles el apoyo de las Unidades de ello encargadas. Tiene que hacer una maniobra de tropas y una maniobra de fuegos. Y en cada fase del combate le ha de embargar la preocupación de los emplazamientos sucesivos de sus fuentes de fuego. Esta clase de Unidades pueden, a su vez, denominarse *Unidades verticales*, designación fácil también de explicar, puesto que, como ya hemos dicho antes, *hay zonas de acción de Unidades heterogéneas que se superponen*.

La aparición de nuevos elementos de agresión ha obligado

a las Unidades de tipo clásico a admitir en su estructura *elementos de defensa activa especial* que, naturalmente, se han de superponer a dichas Unidades, sin que por ello merezcan la calificación de Unidades verticales. Así, por ejemplo, la D. C. A. de un Cuerpo de Ejército y la Unidad anticarro de un Regimiento de Infantería no son más que modalidades especiales de la seguridad, obligadas por la aparición de la modalidad aérea o blindada del enemigo, pero que en último término no alteran la fisonomía de dichas Unidades.

Tenemos, pues, *Unidades horizontales caracterizadas por su gran aptitud maniobrera*, y *Unidades verticales que poseen mayor potencia de fuegos*. Parece importante que en el conjunto armónico de las fuerzas armadas se intercalen ambos tipos de Unidades, de tal forma que sus cualidades se complementen. Y esto se consigue si, en la jerarquía de Unidades, a cada

Pintores de guerra.—Infantería.—Cuadro de E. Lipus.



Unidad de tipo vertical corresponde una Unidad inmediatamente superior de tipo opuesto. Después veremos la aplicación de todo ello en la esfera más modesta del Regimiento de Infantería.

Pero a una organización así basada faltaría aún flexibilidad en muchos casos. Hay misiones que sobrepasan las posibilidades de una Unidad, pero que no hacen necesario el empleo de la Unidad inmediatamente superior. Es el difícil problema de la dosificación, ante las exigencias del principio de economía de fuerzas. Salvo casos especiales, todas las Baterías de determinado calibre, todos los Regimientos de Infantería, todas y cada una de las Unidades, desde la División abajo, tienen una organización peculiar *estandarizada*, perdónesenos el barbarismo. Pero si las Unidades son iguales, las situaciones no lo son, y es necesario a veces un

suplemento de elementos de acción. De esta manera ha nacido la *Unidad reforzada*. La idea de Unidad reforzada no ha de llevar al "gigantismo" por el gran número de Unidades afectadas, pues esto, en vez de servirle de refuerzo, le restaría facultad de maniobra. A todos son conocidos casos de nuestra guerra de Liberación, en que una Unidad reforzada se encontraba materialmente frenada por el exceso de Unidades que se le habían subordinado. La propia Naturaleza nos da el ejemplo de que cuando un ser excede en su crecimiento ciertos límites, es más bien débil, a pesar de su tamaño.

La *Unidad reforzada*, aunque antes de serlo no fuera Unidad vertical, en tal se convierte, una vez ha recibido Unidades que encuadren armamento que ella antes no poseía orgánicamente. Así, por ejemplo, una Compañía de Infantería reforzada por una Sección de ametralladoras, se convertiría de hecho en una *Unidad vertical*, y dejaría de tener tal carácter cuando, cumplida la misión, se reintegrase la Sección de ametralladoras a su Unidad.

Y una *Unidad reforzada* puede serlo por otra a su vez reforzada también, y ésta por otra. En la campaña de Polonia y en la del frente occidental han sido frecuentes en el Ejército alemán casos de concatenación de Unidades reforzadas como el que sigue: *Regimiento de Infantería reforzado*. El refuerzo consistía en un *grupo reforzado de obuses de campaña de 10,5*. El refuerzo del grupo consistía en una *Batería reforzada de obuses pesados de 15,5*. El refuerzo de la Batería pesada consistía en una *Batería reforzada de localización por el sonido*. El refuerzo de la Batería de localización por el sonido consistía en un Pelotón de transmisiones, sacado con esa misión especial de la Unidad de transmisiones divisionaria.

Las Unidades reforzadas inferiores a División vienen a ser lo que eran nuestras Columnas mixtas, de tan frecuente uso en nuestras guerras coloniales y al principio de la de Liberación, salvo que su misión era menos restringida, como es lógico, dada la naturaleza de las guerras irregulares. Si en la Unidad reforzada conserva el mando el Jefe de la Unidad que le sirve de núcleo, en la Columna mixta, el Jefe era de nombramiento expreso, pero casi siempre pertenecía al Arma preponderante.

No quedaría completo este ligero esbozo de clasificación de Unidades si no mencionáramos las Unidades heterogéneas de misión especial, o Regimientos mixtos, que no son más que Unidades reforzadas de permanencia orgánica, o bien Agrupaciones de armas de reserva con una común organización administrativa. El Grupo de exploración y explotación es un ejemplo de la primera clase de Unidades, y atendiendo a que su misión específica es necesaria, todos los trabajos de instrucción que en tiempo de paz haga, han de serle útiles, sin que se malgaste el más mínimo esfuerzo. Los Regimientos mixtos de Armas de acompañamiento son un ejemplo de la segunda clase de Unidades. No es probable que como tal Regimiento conjunto tengan alguna vez una misión táctica determinada. Se trata sencillamente de Unidades de



reserva, cuyo empleo requerirá el destacarlas, afectándolas a Unidades tal vez distintas, y, dada la naturaleza de sus diversos armamentos, tendrán siempre misiones diversas. Es indiscutible la ventaja de que tales Agrupaciones de armas de reserva se encuentren en campaña bajo un mismo mando que inspeccione el entretenimiento de su material e impulse el buen funcionamiento de las Unidades, aparte de mantener una Unidad administrativa y disciplinaria. Pero en tiempo de paz tal vez fuese preferible organizar Unidades de tipo homogéneo, que serían Unidades de instrucción, y todo se reduciría, en caso de guerra, a dar efectividad a una organización mixta prevista de antemano. Un Regimiento de morteros pesados, por ejemplo, podría desarrollar un programa intensivo de instrucción de este armamento, tan necesario no sólo para la Infantería, sino también para las tropas de niebla, que tienen en este arma su mejor forma de emisión. Y lo mismo puede decirse de Regimientos de ametralladoras antiaéreas y de cañones anticarro. Me parece pueril insistir en lo difícil, por su complejidad, de la instrucción de un Regimiento mixto de esta clase.

Todo lo dicho puede concretarse en lo siguiente:

Es conveniente que la jerarquía de Unidades se constituya en forma alternativa con Unidades horizontales, más aptas para la maniobra, y con Unidades verticales, más aptas para la maniobra de fuegos.

Lo que caracteriza una Unidad vertical es poseer de forma permanente un armamento del que no dispone orgánicamente la Unidad inmediatamente subordinada.

Universalmente considerados, el fusil ametrallador, la Compañía de ametralladoras, la Artillería divisionaria, la Aviación de cooperación y la de exploración próxima con la artillería del Ejército y con la R. G. A., tienen, hecha salvedad de la proporción, el mismo carácter de Unidades encuadrantes de armas de apoyo que caracteriza la verticalidad de las Unidades "Pelotón de Infantería, Batallón de Infantería, División normal".

Las Unidades mixtas o heterogéneas dificultan la instrucción en tiempo de paz.

Y vamos a pasar ahora a la aplicación de estos principios en la composición del Regimiento de Infantería. No nos referiremos a ningún tipo de plantilla determinado. De sobra sabemos que la organización se ha de acomodar a la idiosincrasia nacional, tanto moral como material y económica, y fácilmente se comprende lo mucho que ella ha de influir en la organización. La primera pregunta que aquí nos hacemos es la siguiente: ¿El Regimiento de Infantería es una Unidad horizontal o vertical? Si atendemos a su fraccionamiento táctico, al ver que está compuesto no sólo de un número determinado de Batallones idénticamente iguales, sino de otras Unidades que dependen directamente del Jefe del Regimiento, podríamos a primera vista contestar que el Regimiento de Infantería tiene las características de la Unidad vertical. Pero para no llegar a una conclusión prematura, es preferible que en vez de efectuar el análisis del Regimiento descendiendo hasta la Unidad inferior, la Escuadra, procedamos en orden inverso, a la síntesis, a la organización.

La *Escuadra* es el conjunto de una media docena de hombres igualmente armados, o que sirven colectivamente un arma no individual. Su Jefe es el Cabo, el graduado más modesto de la Jerarquía. En la realidad de la guerra, la *Escuadra* estará mandada muchas veces por un simple soldado. El *Pelotón* o *Grupo* es la reunión de dos o más *Escuadras*, de las que una de ellas sirve un arma automática: fusil ame-

trallador o ametralladora ligera. Su Jefe es un cabo primero o un sargento, categoría, respectivamente, superior e inferior de las Clases de tropa y del Cuerpo de Suboficiales. Muchas veces el *Pelotón* habrá de ser mandado por un simple cabo, bien por las bajas naturales de la guerra, bien por la insuficiencia numérica de los cuadros.

Queremos subrayar la importancia de esta pequeña Unidad. En ella se encuentran articulados elementos de choque y elementos de fuego; su mando requiere enérgico valor e inteligencia, pues el Jefe del *Pelotón* no sólo tiene el cuidado del desplazamiento de sus hombres, sino también el del perfecto empleo de su arma automática. Necesita además la colaboración en cuerpo y alma de los Jefes de sus *Escuadras*. Es el primer Jefe (pequeño Jefe, si se quiere), a quien se le da un objetivo (pequeño objetivo), y la colaboración de sus Jefes de *Escuadra* le es tanto más preciosa cuanto que cualquiera de ellos puede ser su sucesor en el mando. Convendría aquí que el mando del Sargento sobre su *Pelotón* (sobre todo su *Pelotón*) fuese inmediato sin la mediación obligada de los cabos. Por otra parte, esta articulación del mando fallará muchas veces por falta de estas clases. El Ejército alemán ha resuelto este problema de grandísima importancia, que pudiéramos denominar del *Mando inmediato del Pelotón*, por la constitución del Grupo o *Pelotón* de diez individuos. Se han fundido en él la *Escuadra* y el *Pelotón*; su Jefe es jefe *inmediato* de todos: de los tres sirvientes del arma automática y de los seis tiradores restantes, uno de los cuales, graduado o no, es el previamente designado, como vicecomandante o sustituto del Jefe. El *Pelotón* alemán, aparte de la formación en fila y en hilera, análogas a las nuestras, forma también de a tres, encabezando las hileras el tirador y los dos sirvientes del arma automática. En todos los casos, el Jefe del *Pelotón* forma en cabeza, y su sustituto, en cola. De esta forma, materializado el concepto de la verticalidad, lo han llevado los alemanes a la *célula de su Ejército*, que ya no es la *Escuadra*, sino el *Pelotón*, donde el arma automática representa el *núcleo*, los tiradores, el *protoplasma*, y el Jefe, el *principio vital*.

La *Sección* es la menor Unidad, mandada por un Oficial. Su Jefe ha de adoptar decisiones, basadas en el honor y en el arrojo inteligente; pero las premisas que se le presentan siempre son sencillas. Por eso la *Sección* es una Unidad de tipo horizontal; sus *Pelotones* o *Grupos*, tres en nuestra organización y cuatro en otras, se desplazan apoyándose mutuamente, y el *Oficial-Comandante de Sección*, que no tiene la preocupación de un arma especial, puede ser en su Unidad el más caracterizado representante del espíritu ofensivo y tenaz de la Infantería.

La *Compañía de fusileros granaderos* es la más característica Unidad de la Infantería. Su Comandante, si no es posible que proceda siempre de los cuadros profesionales del Ejército, debe ser seleccionado entre los más capacitados técnicamente de las escalas de complemento. Su mando requiere grandes dotes de energía y, a la vez, de abnegación y espíritu de sacrificio. Espíritu ofensivo siempre, lo mismo cuando se trata de acercarse cada vez más al enemigo para ocupar las posiciones en que se asienta, que en los difíciles momentos de la defensiva, que sean cuales sean los propósitos del Mando, no deben significar en el espíritu del Capitán de *Compañía* otra cosa que una pausa en la ofensiva para poderla reemprender mejor tras haber desgastado al enemigo.

Con arreglo al criterio expresado de forma general, correspondería a la *Compañía* una organización de tipo vertical. Además, la *Compañía* cuenta con un *Pelotón* de armas de

apoyo de tiro curvo (mortero ligero) en nuestra organización, y en la organización alemana e inglesa, con una Unidad especial: el Pelotón de fusiles anticarro. En la organización alemana, el mortero ligero no está agrupado en la Compañía, sino que es un arma de reserva de Sección. Este concepto de arma de reserva está más acentuado aún en la organización italiana, donde los morteros ligeros están agrupados en la Unidad de armas de acompañamiento, y es el Jefe del Batallón el que, según los casos, los afecta a una u otra Compañía.

Creemos interesante hacer hincapié en esta al parecer pequeña cuestión de los morteros ligeros de Infantería. Habéis leído tres criterios: el criterio alemán es que, siendo el mortero ligero un sustituto, más eficaz, del granadero de fusil, su lugar está donde éste estaba antes, o sea en la Sección; que las ocasiones de empleo surgen tan inesperadamente, que tal vez falte tiempo para pedir ese apoyo al escalón inmediato. El criterio italiano es el de retener lo más escalonadamente posible las armas de reserva, incluso esta modestísima del mortero ligero, y al mismo tiempo crear un vínculo de municionamiento, tan difícil para esta clase de armas. El criterio español es agrupar los morteros ligeros en una Unidad que está a las inmediatas órdenes del Jefe de la Compañía; pero aun no está determinado si esa Agrupación lo es también para el fuego o si su empleo normal será destacar una o ambas piezas, afectándolas a la Sección o Secciones que las necesiten.

No es ésta una cuestión pueril. A todos son conocidas las posibilidades técnicas de esta clase de armas. El que hayan sustituido a la granada de fusil con gran ventaja, no quiere decir que posean cualidades de perfección. Su tiro es muy impreciso y su radio de acción, muy pequeño. Su mecanismo de puntería es rudimentario, y no puede pensarse en hacer con esta clase de armas un tiro colectivo. Podrá tirar el Pelotón de morteros ligeros reunido; pero sólo a los efectos de disciplina de fuego, y no a los de la técnica del tiro, puesto que cada arma efectuará aisladamente su puntería y sus correcciones. Si dicha Agrupación no ha de sacar otro provecho técnico, y en cambio tiene su posición de fuego más retrasada, por estar bajo las órdenes directas del Capitán y más expuesta a un impacto afortunado enemigo por estar reunida, parece lo más lógico que su empleo se haga fraccionadamente, a las órdenes del Comandante de Sección. Apuntamos incidentalmente la opinión de que el número de dichas armas debiera ser aumentado a tres por Compañía. El Comandante de ésta dispondría de esa forma de una Unidad de armas de reserva, destinadas a ser, en caso necesario, armas de Sección. Afectaría a tal Sección uno, dos o tres morteros; pero huyendo siempre de formar con ellos una Agrupación que constituyese un remedo de base de fuegos, lo que coartaría la misión de la Compañía de fusileros, que en términos generales no es otra que *aproximarse al enemigo bajo la protección del fuego de las armas pesadas y romper su resistencia*. Es sabido que el peso fundamental de la lucha es llevado por las Compañías de fusiles, que son las que en último término la deciden. Su Jefe encontraría frenada su actividad de maniobra, si a la par de mover sus Secciones tuviera que preocuparse de arrastrar una base de fuegos.

Por ello, nuestro parecer es que en este escalón tan importante de la Jerarquía de Unidades se haga una excepción en el alternamiento antes dicho. La Compañía de fusiles, sin nada que le ate, debe ser una Unidad intermedia de movimiento, sin que pierda tal carácter por el hecho de que su Jefe intervenga en la dosificación de las armas de tiro curvo,

que en ciertos casos, y no de forma general, han de ser subordinadas a las Secciones.

Puede decirse otro tanto de las armas anticarro de la Compañía. La organización alemana ha creado en el seno de la Compañía una Unidad de tipo Pelotón que dispone de tres armas especiales, con afuste parecido al de la ametralladora ligera, y que pueden ser fácilmente transportadas por un hombre. Cada arma tiene un tirador y un proveedor, y, por lo tanto, la Unidad, incluido el Suboficial, se compone de siete individuos. Ahora bien, ésta Unidad no actúa nunca concentrada a las órdenes del Jefe de la Compañía, sino que en la marcha se escalona y en la defensiva y estacionamiento se despliega, formado una especie de relleno del esquema de seguridad anticarro general del Regimiento. No insistimos más en esta Unidad, porque nos hemos de ocupar luego de ella al tratar de la Unidad anticarro regimental.

El *Batallón de Infantería* está constituido por la Agrupación de varias Compañías de fusileros y una Compañía de armas de apoyo. Esta Compañía de armas de apoyo dispone de varias Secciones de armas automáticas de tiro rasante, sólido afuste y aparato de puntería lo más perfecto posible (*ametralladoras*) y también de una Sección de armas de tiro curvo (*morteros pesados*), cuyo aparato de puntería permite ya hacer tiro no sólo de Pelotón, sino de sección reunida. Su gran alcance y la flexibilidad de su trayectoria le permiten fácilmente rápidos cambios de objetivo y una dirección de fuegos centralizada.

El mando eficaz del Batallón de Infantería requiere una Plana Mayor perfectamente instruida y dotada. Es conveniente que, cada vez más, se dé la debida importancia a la formación eficiente de estas Planas Mayores de Infantería, reglamentando su funcionamiento, como se ha hecho en otras Armas.

A título de curiosidad voy a citar la composición de la Plana Mayor del Batallón de Infantería alemán:

a) *Pelotón de mando*. — Jefe del Batallón, Ayudante, Oficial de órdenes, Médico de Batallón (todos plazas montadas), dos ordenanzas de caballo montados, un ordenanza de caballo a pie. — Enlaces: Jefe de enlaces (también corneta:





bicicleta), seis ciclistas mensajeros, dos motoristas, dos estafetas montadas (portadoras de anteojo de antena).

b) *Pelotón de transmisiones.* — Jefe del Pelotón (a pie), dos equipos de telefonistas, cuatro equipos de radiomochila, un carro con material y personal escolta. — Material: dos kilómetros cable pesado de campaña, ocho kilómetros cable ligero, una central de campaña, seis teléfonos de campaña, dos aparatos de luces.

c) *Tren de combate.* — Jefe del tren de combate (montado), cinco carruajes (carro de útiles, carro útiles herrador, carro armería, cocina, carro sanitario) con escolta; además, Médico auxiliar y Suboficial sanitario en sidecar.

d) *Tren de víveres.* — Primer escalón (para P. M. Batallón): un carro víveres con personal escolta. — Segundo escalón (motorizado) (para el Batallón): un Jefe en motocicleta, dos camiones con personal escolta.

e) *Tren de equipaje* (motorizado): un Jefe en motocicleta, una camioneta con personal escolta; además: escribientes, contador, personal de contaduría, obreros.

El *Regimiento de Infantería* se compone, como todos sabéis, de varios Batallones. Cuenta, además de su Plana Mayor, con tantas Unidades, que en algunas organizaciones, como en la belga, se llegó a agruparlas en un conjunto denominado *cuarto Batallón*. Vamos a ir examinando estas Unidades que hoy figuran en los cuadros de los Regimientos de casi todos los Ejércitos modernos, para deducir que se trata, o bien de Unidades de reserva, o bien de órgano de seguridad, o bien de instrumentos de mando, y que, por lo tanto, no han desprovisto al Regimiento de su carácter de Unidad horizontal apta para la maniobra de movimiento.

La *Sección montada* de que disponen los Regimientos alemán, rumano y ruso no tiene misión de combate determinada, y su empleo se reduce a la exploración y a la seguridad; pero en cuanto a la exploración, sus misiones de reconocimiento son limitadas, y sólo se emplean cuando resultan insuficientes las patrullas de exploración a pie. Su principal empleo es durante las marchas, constituyendo una punta montada que precede a la punta a pie de la vanguardia. Se emplea también en el servicio de seguridad durante



un alto o en el reposo. Está prohibido emplear sus jinetes para escolta, estafetas o agentes de transmisión. En resumen: la sección montada es un *órgano de seguridad y de información*.

La *Sección de transmisiones*, además de su personal y formando Unidad de instrucción con ella, tiene los Pelotones de transmisiones de Batallón, que deben tener Escuadras de telefonistas y radiotelefonistas. Las Compañías de ametralladoras dentro de cada Batallón y la Compañía de piezas de Infantería regimental, de que luego nos ocuparemos, también deben estar dotadas de Escuadras de telefonistas con el material preciso. En cuanto a las Compañías de fusiles, es suficiente que disponga de aparatos de señales.

La *Sección de zapadores*, que figura en la organización regimental de muchas infanterías modernas, no es más que la conocida *Sección de obreros y explosivos* adaptada a las necesidades de la época. Lo mismo que el servicio de transmisiones dentro del Regimiento, no está encomendada al Arma de Ingenieros, ni requiere de éstos para ejecutar sencillos trabajos de zapador o de pontonero. Se trata de facilitar la misión del Regimiento sin tener que impor-

tunar al Mando con peticiones que, por su pequeñez es lo más probable y lo más lógico que quedasen postergadas.

La Sección de zapadores de Infantería que más comentaristas indocumentados ha tenido es la *Pionierzug*, del Regimiento de Infantería alemán. Juzgamos conveniente hablar algo de su constitución y de su empleo, que está regulado por el artículo 12 del Reglamento Táctico de Infantería.

La componen un Oficial comandante, una Escuadra plana mayor, seis Pelotones de diez hombres y cinco carros de tracción hipomóvil para transporte del material.

Sus principales misiones son: cooperar a la toma de posiciones permanentes, de puntos de apoyo fortificados, de caseríos, etc. Colocación de obstáculos y barreras de minas. Apartar o destruir los obstáculos colocados por el enemigo. Habilitar caminos para el tránsito. Proporcionar medios flotantes para el paso de ríos. Construir pasaderas y puentes pequeños, y remediar urgentemente los averiados. Construcción de posiciones en la defensiva. Instalación de vivaques. Detección y desimpregnación de gases.

Se emplea asignando como mínimo un Pelotón a la Unidad necesitada, cesando de estar subordinado tan pronto sea cumplida la misión. Como vemos, es una Unidad auxiliar que tiene su antecedente en la Sección de obreros y explosivos, y más lejano aún, en los primitivos gastadores de Infantería.

La *Compañía de cañones anticarro*, con esa misión exclusiva, es una Unidad que agrupa varias Secciones de tres piezas de pequeño calibre de trayectoria muy rasante, con puntería directa por anteojos visor y una Sección de fusiles ametralladores para la defensa inmediata. Suele también contar con una Sección de ametralladoras superpesadas antiaéreas, con dotación a la vez de proyectiles perforantes, que les permite en ciertos casos ser usados como armas anticarro.

Nos encontramos aquí ante una Unidad que atiende a la seguridad del sector o zona de acción del Regimiento, contra el enemigo blindado y, en parte, contra el aéreo. Hablemos del primero.

Es de todos sabido que, aun estando encuadrada una Unidad, un ataque blindado puede sobrevenir en cualquier momento y desde cualquier dirección. Habrá, no obstante, direcciones que táctica y técnicamente sean más probables, y contra ellas se polarizará el eje del esquema de la defensa anticarro, que obligará a desplegar y escalonar a toda la Unidad.

En la marcha, este esquema se mantiene, porque el Comandante de la Unidad anticarro, perfectamente informado de la misión del Regimiento y de su eje y cuadro de marcha, organiza con aprobación de su Jefe el desplazamiento por saltos de su Unidad, moviéndose de tal forma que siempre tenga dos Secciones en posición de fuego, y las que se mueven, sólo una pieza en movimiento y las otras dos escalonadas en posición. Esto exige que la tracción sea motorizada y disponer de excelentes medios de transmisión.

El relleno que proporcionan las armas anticarro de las Compañías de fusiles también se desplaza con arreglo a igual principio de tener siempre dos armas en posición.

Aun con este dispositivo, que, salvo en lo de no embarazarle, se desentiende del dispositivo del Regimiento, no habría garantía de relativa seguridad, si la Unidad no tuviera

medios propios de exploración y observación anticarro, con rápidos vehículos y perfectos medios de transmisión, propios también. Todos los elementos del Regimiento están obligados a participar inmediatamente a la fracción anticarro más próxima su propia observación sobre carros enemigos.

En cuanto al enemigo aéreo, las armas del Regimiento no son, ciertamente, para prohibir que sobre su cielo transiten aviones enemigos, sino para defenderse contra ametrallamientos rasantes y descensos en picado. Si estuviera encargada de esta misión, exclusivamente una Unidad de dos o cuatro *Flak*, muy apurada se vería para cumplirla. El Regimiento alemán y el italiano no tienen *orgánicamente* ametralladoras de esta clase, que están agrupadas en una Unidad divisionaria, donde tienen su entronque con el plan general D. C. A.

No hay que creer que las armas clásicas de la Infantería hayan perdido su eficacia contra el enemigo aéreo. Su empleo, aparte de obrar como revulsivo moral, no es desdeñado por los pilotos de vuelo bajo, en cuya moral a su vez influyen. Una Infantería que, atacada por aviones enemigos en vuelo bajo, cree que nada puede hacer contra ellos, con sus armas de siempre, es una Infantería castrada moralmente, tras haberse engañado, creyendo que la panacea de su seguridad es la ametralladora de 20 milímetros, de las que, en el mejor caso, sólo un corto número le han de ser afectadas.

Ya sabemos que esto del arma anticarro y antiaérea, esto del arma de dos o de tres usos, tiene muchos partidarios. Pero no podemos disimular nuestra repulsión por lo anfíbio, por lo híbrido y por lo hermafrodita. Y atendiendo sólo a la razón, si ambas misiones son preventivas y necesarias y obligan a despliegues distintos, a servicios de vigilancia distintos y a municionamientos distintos, ¿qué ventaja se habrá sacado de disponer de un arma que sirva para ambas cosas? Pero esto también es de aplicación a la Unidad regimental de que nos vamos a ocupar a continuación.

La *Compañía de piezas de Infantería* es una Unidad de reserva a las órdenes del Jefe del Regimiento, que con ella atiende a los casos más urgentes de la misión de *acompañamiento inmediato*. Sus piezas son obuses, y disparan desde posiciones desenfiladas, y sus proyectiles son de más potencia que los proyectiles de igual calibre usados por la Artillería.

La Compañía no suele hacer despliegue previo, y se mantiene estrechamente enlazada con el Jefe del Regimiento, quien ordena que tal o cual Sección pase a subordinarse transitoriamente a tal Batallón.

En caso de ataque blindado, no tira contra los carros, sino contra las armas de acompañamiento de las tropas que las siguen.

La Compañía de piezas de Infantería alemana cuenta también con una Sección pesada de dos piezas de 15 centímetros.

Tanto la Compañía alemana como la inglesa y la italiana, hacen sólo fuego de Sección, aunque todas las Secciones estén reunidas. No existe el tiro de Batería, y el de pieza es excepcional.

La creación de esta Unidad y su adopción por todos los Ejércitos ha sido motivada por la creciente dificultad que a la Infantería se presenta en la lucha próxima, donde, rebasadas las distancias de seguridad, sería peligroso un apoyo de la artillería, aun en el caso feliz de que se pudiera designar en debida forma y a su debido tiempo el blanco a batir. Por otra parte, es imposible prevenir todos los casos, apresentando la suficiente artillería de acompañamiento, que obligaría a desplegar en servicio de prevención a una buena parte de la artillería divisionaria, apartándola de sus misiones específicas.

Pero si esto está admitido por todos y en todas partes, también aquí han aparecido las armas anfíbias. Y así tenemos una pieza inglesa que puede funcionar con dos calibres por el acoplamiento de un manguito. Tenemos la pieza italiana 47,32, que, mediante el empleo de cargas y proyectiles diversos, dispara como cañón o como obús, estando su sector de elevación comprendido entre -10° y $+56^{\circ}$. La pieza rusa de 45 tiene también posibilidades de ser usada como obús y como cañón de trayectoria muy rasante.

Claro está que estas armas que por sus ambiguas características pueden funcionar como piezas anticarro y como piezas de acompañamiento de Infantería, si funcionan con la primera misión han de estar motorizadas y disponer de elementos considerables de transmisión; y si funcionan con la misión de acompañamiento, además de tener otro lugar en el dispositivo, necesitan disponer de material goniométrico y de personal apto para la observación del tiro. En resumen: que no pudiéndose emplear las piezas con misión doble, no parece lo conveniente disponer de un arma que, al querer compaginar las características de dos, ha perdido algo de sus buenas cualidades respectivas.

El *tren de combate, víveres y equipajes* constituye el órgano de enlace con los servicios de mantenimientos.

Todas estas Unidades que acabamos de reseñar rápidamente hemos visto que son órganos de seguridad o instrumentos de mando. La única Unidad que puede llamarse de apoyo es la Compañía de piezas de Infantería, y aunque su empleo lo dosifica el Jefe del Regimiento, siempre actúan sus Secciones por separado, subordinadas al Batallón que necesita su apoyo. Podemos, por lo tanto, clasificar al Regimiento entre las Unidades de tipo horizontal, como cumple a la tradición de esta Unidad, maniobrera y ágil, digna heredera de nuestros inmortales Tercios.

El Regimiento es el poste de enganche con las transmisiones divisionarias. En el puesto regimental se organiza la evacuación de las bajas. En el Regimiento se conectan los servicios de mantenimientos, que serían aún más difíciles de llevar a cabo si tuvieran que anudarse en los Batallones. El centro de información regimental rinde, clasificados y fáciles de interpretar, los datos suministrados por las patrullas de exploración y por los observatorios. Además, el Regimiento no sólo conserva sus misiones de siempre, sino que, desaparecida en casi todas las organizaciones la Brigada, ha asumido las de ésta, ya que ha quedado la Unidad más poderosa de la Infantería.

Por eso decíamos al principio que la Unidad Regimiento había recobrado su prestigio, y ahora añadimos que lo aumentó.

Y hay además otra razón para que el Regimiento haya sobrevivido a todas las organizaciones. Hemos definido al Ejército como "el conjunto de tradiciones, hombres, ganado, material, etc.", porque entendemos que la más firme base sobre la que un Ejército se asienta es el acervo de glorias y tradiciones, en que encontrar ejemplos de emulación y estímulos de aliento. Sin tradiciones se podrá organizar una Milicia o una Gendarmería; pero un Ejército, no. ¿Y qué mejores depositarios de ellas que los Regimientos? Aunque subsista la republicana *anodinez* de los guarismos, detrás de ellos flotan los nombres gloriosos de tantos y tantos Regimientos, y también los sobrenombres merecidos en grandes ocasiones de nuestra Historia: el *Peleador*, el *Intrépido*, el *Inmemorial*..., apelativos ingenuos que hablan al espíritu y que nos animan a esforzarnos para no ser indignos de cuantos nos precedieron, luchando con la ayuda de Dios, AD MAJOREM PATRIAE GLORIAM.

SOBRE COLABORACIÓN

ESTA Revista no se forma con los trabajos debidos a la pluma de su personal de Redacción, sino con los de colaboración espontánea de la Oficialidad, cuyo desenvolvimiento es para ella la finalidad más interesante. Está, pues, abierta a la colaboración de toda la Oficialidad, sea cualquiera su categoría, escala y situación, y remunera invariablemente todos los trabajos que publica con una cantidad nunca menor de **trescientas** pesetas, que se eleva hasta **setecientos cincuenta** cuando el mérito lo justifica. Se exceptúan de esta norma los trabajos que se le envían y utiliza fragmentariamente como Ideas o Reflexiones e Informaciones, dignos de publicación.

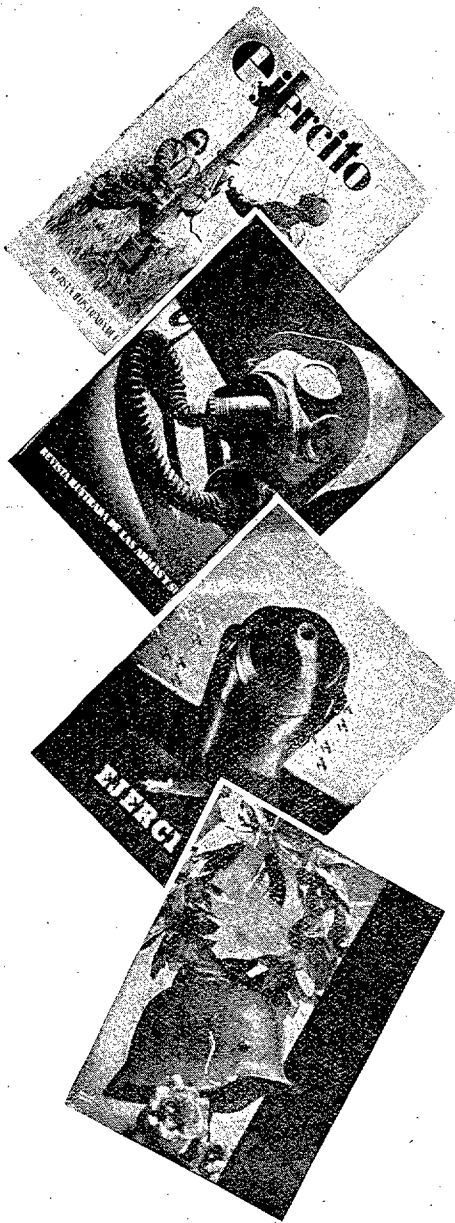
Los artículos de Revista no siempre desmerecen por su brevedad, y desde luego en su tamaño máximo no deben exceder de 30 cuartillas de 15 renglones. Cuando un estudio no puede encerrarse en este tamaño, debe fraccionarse en temas distintos que puedan publicarse separados.

Los Oficiales con aptitudes y aficiones artísticas pueden enviarnos sus composiciones, dibujos y fotos, que, caso de ser admitidos, remuneramos según convenio con el autor.

El Excmo. Sr. Ministro del Ejército, para estimular a la Oficialidad en el estudio y su colaboración en esta Revista, ha acordado establecer durante el año 1943, tres premios mensuales para los tres mejores trabajos contenidos en cada número. La atribución de ellos empezará en el número del mes de Abril próximo.

Estos tres premios serán adjudicados por el Estado Mayor del Ejército a propuesta de la Dirección de la Revista, y ascenderán, respectivamente, a 1.500, 1.000 y 750 pesetas. Resuelta la adjudicación de los premios se dará noticia en estas páginas de los trabajos que lo han obtenido.

Admitimos colaboración para **GUIÓN**, Revista ilustrada de los mandos Subalternos del Ejército, y remuneramos los trabajos admitidos con una cantidad que, según el mérito, varía de 150 a 500 pesetas.



Teniente de Infantería
ANTONIO J. GUTIERREZ MARTIN
de la R. Academia Hispano-Americana



DIMENSIONES

del

ESPIRITU

MILITAR

REPETIDAS veces se ha tocado ya en esta Revista, y por certeras manos, el aspecto espiritual del Ejército, sus virtudes y la necesidad de prestar a la educación moral de las tropas toda la atención que merece un factor que es, en definitiva, por encima de todas las circunstancias materiales, quien ha de procurarnos la

victoria. Educación moral del soldado, que ha de limar sus aristas personales, su individualidad, tallando su alma con certeros golpes de "Ordenanzas" hasta hacer de él una pieza más en la apretada piña de la Milicia, un sillar del edificio, anónimo quizá y sin ocasión de personal lucimiento en circunstancias normales; pero que tal

vez en la subversión que toda lucha supone habrá de manifestarse como poderosa barricada y fuerte parapeto ofrecido al embate enemigo y a la muerte.

¿Cabe ahora afirmar que es necesario volver sobre el tema y retornar muchas veces hasta hacer obsesión de él, y con ello vigilancia constante y atención ininterrumpida? Pero no es el aspecto de la educación moral del soldado lo que va a constituir la medula de estas líneas, sino aquel otro, aun más interesante, puesto que habrá de preceder a éste, relativo al contenido espiritual del Cuerpo de Oficiales en cuyas almas han de conservarse las virtudes de la Patria con aquel mismo cuidadoso mimo que se dedica a las viejas banderas en las vitrinas de las salas de estandartes. Con aquel mismo mimo y con idéntica significación, lo que supone que su conservación no es una cosa estática y muerta, como de rara curiosidad en un museo, sino que guarda en potencia todo el glorioso ímpetu que las hará salir, en el momento preciso, de su reposo para inflamar las almas.

Sea lo primero para conocer y dar a conocer la amplitud de este contenido necesario al Cuerpo de Oficiales, la fijación de sus límites en la Historia y en el momento; esto es, en la vida de la Patria. Conviene para ello extremar el cuidado en las ideas y en las expresiones, vigilar con desvelo, porque no en vano nuestro ser actual individual y colectivo se nos resiente, a veces, del prolongado influjo de tres siglos liberales durante los cuales todo, absolutamente todo, quedó tan impregnado del virus traidor que todavía, sin advertirlo, se nos infiltra en la actitud y en la opinión arteralmente. Así, liberal es la idea que arrebató al Ejército su amplitud total y fuerte, la realidad de ser expresión de la Patria y representante genuino de ella, para dejarle empequeñecido y pobre a su servicio como una profesión más, como una carrera encerrada en los límites de su ejercicio, bien guardada en cuarteles y campamentos, sin tolerarle "intrusiones en la vida pública", como si en lo público cupiera intrusión y no fuera precisamente público por su situación, abierta a todos los influjos y tendencias.

Despojada de sus auténticas dimensiones, el Ejército-carrera (empleando el vocablo en su acepción más utilitaria como medio de vida) enfoca humanamente la atención hacia sus problemas personales, infinitamente más pequeños y parciales que aquellos de orden nacional que habían constituido su dolor y su amor en tiempos grandes. Es curioso observar cómo surgen las Ordenanzas de Carlos III (1768), pretendiendo poner un dique al abandono del tesoro tradicional de virtudes castrenses que ya se nos perdían corroidas por la murmuración y la protesta. Advertamos la lección que dan las fechas inmediatas a su promulgación: 1678, paz de Nimega, pérdida del Franco-Condado y diversas plazas en Flandes; 1713, paz de Utrecht, pérdida de Gibraltar y de los territorios en Italia; 1748, paz de Aquisgrán, la división del Imperio se acentúa y ratifica hasta llegar al Pacto de Familia. Tras de aquí la Florida, Pensacola, Mississipi, y después la Luisiana, Trinidad...

¿Se imagina alguien expresiones semejantes a aquellas de que "es mucha la fatiga" o "corto el sueldo" en boca de quienes remontaban el Magdalena o recorrían Tlaxcala a través de agotadoras jornadas interminables? Recuerda esta caída la de nuestros primeros padres cuando, perdida la Gracia, advirtieron que estaban desnudos. Así también, el Ejército, sin la amplitud total a que me he referido, perdía su completa unión espiritual

con la Patria para quedar como una cosa parcial y disminuida, advirtió de pronto incomodidad en los cuarteles o "escaso el pan"...., ¡y siglos antes vivió sin otro pan que el saberse instrumento de los más elevados ideales! "Pues como puñábamos por nuestra fe y por servicio de vuestra sacra majestad — nos dice Cortés —, en su muy real ventura nos dió Dios tanta victoria que les matamos mucha gente sin que los nuestros recibiesen daño."

Despojada de tan amplias dimensiones, en el Ejército liberal la postura era muy curiosa. Podía España ser católica y el Oficial masón, como podían serlo el maestro, el médico o el abogado. Solamente admitiendo este concepto de Ejército-carrera, perdiendo lo castrense su valor vocacional, dispuesto al sacrificio, queda abierto el camino al utilitarismo, al cuidado del cuerpo y a las traiciones ideológicas de que (junto con magníficos ejemplos de elevadísimo espíritu puesto de manifiesto en la desesperada defensa de los restos del Imperio) fué buen exponente el desgraciado siglo XIX.

Vemos, pues, tras lo dicho, el enorme interés que tiene la tarea de procurar para el Ejército su más amplia dimensión espiritual. Columna vertebral de la Patria lo llamó con palabras inolvidables aquel cuyo sacrificio sirvió de grito y acicate para la lucha suprema. Columna vertebral que, como tal, ha de informarlo todo y hacer participe de sus características al cuerpo que sustenta, de tal manera que de su longitud depende la estatura, y de su desarrollo, la complexión y robustez, como de su salud depende en buena parte la salud misma de todo el organismo. Así ha de ser el Cuerpo de Oficiales — expresión y reflejo de la Institución armada —, quien encarna las ideas que constituyen el ser de España, exagerando, si cabe, aquellas que los tres siglos de traición hayan esfumado más de la conciencia nacional y deseando como única compensación, a cambio de llevar con honor el uniforme, el honor de llevarlo.

En esta actitud, fácil es comprender aquello del amor a España "porque no nos gusta". Ramiro de Maeztu, cuando se pone a la tarea de enarbolar la bandera de la Hispanidad redactando su "Defensa", lo hace también así con este mismo gesto de incómodo disgusto por la realidad del medio que le rodea. Desde 1934 hasta aquí, mucha ha sido, y muy fundamental, la variación experimentada en el ambiente nacional; pero esto no puede bastar a satisfacernos. Más creador será sentir el disgusto de la hora presente, sin que en ella apreciemos otro valor que el que le presta su cualidad de ser camino para la que ha de venir, que forzosamente será mejor cada vez, porque a esta esperanza están aferrados nuestro deseo y nuestra voluntad, y sólo ella nos justifica todos los dolores, toda la sangre y todos los sacrificios pasados y futuros. Mas ello sin extremar la actitud y pasar de la esperanza en lo por venir, al desprecio total por lo presente. Camino es lo actual, y nunca fué odiado el sendero por donde nos llega el Bien o que nos conduce hasta lograrlo.

II

Tres ideas, de las fundamentales en el riquísimo acervo hispánico, quiero tocar con la ligereza que la extensión de este artículo impone. Son la idea de servicio, la más celosamente conservada por el Ejército y salvada por él en la total ruina ideológica del XVIII y XIX; el amplio concepto ecuménico de misión, ausente del todo en el chato panorama nacional de esos siglos, y, sustancial-

mente, prestando su soplo divino y su superior categoría a todas, la idea religiosa de nuestra catolicidad, que en los mismos tristes tiempos transcurrió por cauces distintos de los que recorría el Estado con divergencia cada vez más acusada hasta llegar al 1936.

Del servicio poco será necesario decir, porque en el proceso de nuestra decadencia moral fué una de las ideas que, como queda dicho, se salvó de la pérdida total conservada por la Institución castrense con sumo celo. El servicio en ese sentimiento de entrega generosa a un ideal, a una causa o a una obligación, ajeno totalmente a toda idea de beneficio personal, cuidadoso siempre de excederse en el cumplimiento del deber y olvidado de los propios instintos y tendencias que previamente han sido superados y encuadrados dentro del rigor de una austera jerarquía de valores. El lenguaje popular, que frecuentemente conserva en sus palabras tradicionales restos aromosos de su más puro significado, emplea el vocablo servicio para ligarlo con Dios y con la Patria: el mozo licenciado terminó su servicio. Pero interesa ampliar el concepto a los actos todos que integran la existencia, que sólo tiene valor cuando la servidumbre a que constantemente estamos sometidos, se rinde en obediencia a las causas más altas.

Esta idea de servicio, de honda raigambre hispánica; idea medieval, tan entrañablemente metida en el alma de nuestro pueblo, que contribuyó en buena parte a mantener su personalidad y a defendernos a través de la crisis espiritual que la brillante floración del Renacimiento significó en Europa, aumenta en intensidad conforme asciende el hombre en la escala social, si consideramos el aspecto externo, o por la senda espiritual, si atendemos a su alma inmortal. En tiempos grandes para España, en los que ciframos nuestro ejemplo y guía, nadie con mayor intensidad que el Rey, en el pináculo de una perfecta Institución política, se sentía servidor de Dios en primer término, pero también de su pueblo y de la Patria. Alentados por análogo sentido del servicio, nuestros Capitanes, los gloriosos hombres de armas que hoy nos inspiran respetuosa admiración, eran movidos por él con impulso más fuerte que la vida y que todos los obstáculos ofrecidos por la Naturaleza y por los hombres en todos los rincones del planeta.

Así como esta idea del servicio se ve perfectamente encajada en el ámbito de la vida militar, nutriéndola en todos sus momentos y brillando con destellos del más alto valor humano, hay todavía otra idea, entre las escogidas, que forman el contenido espiritual de la Hispanidad, de mayor importancia por su extensión y, paralelamente, más abandonada en todos los aspectos de la vida española durante los tres siglos de traidora renunciación a nuestros destinos universales. Ya quedó dicho anteriormente que se trata del concepto ecuménico de misión.

Este trasciende de la actuación en el campo meramente profesional para embargar todos los aspectos de la vida, sintiéndonos en todos los momentos instrumentos de Dios y de la Patria. La postura liberal, tan amante de

los falsos distingos y de las más sutiles diferencias de actitud, siempre propicias a la confusión y al error, según la cual se podía pensar una cosa como profesional y otra como particular. La dualidad de moral, tan del gusto de los desaprensivos que cercenan de ese modo, o lo pretenden, la total amplitud del Reino de Dios, ante cuyos mandatos no hay aspecto que escape. La tan vulgar creencia de que ciertas acciones de gula y de lascivia — la embriaguez, la deshonestidad — son inadmisibles "de uniforme", aunque se las dediquen unas indulgentes palabras bobaliconas si se efectúan de paisano. Todo ello pertenece, en frase de Siurot, a los tiempos de nuestra decadencia, y todo ello, añadido, contribuyó a minar el sentido de misión que informó siempre nuestros actos, la totalidad de nuestros actos, en los siglos de gloria.

El sentido de misión nos ha de embargar nuevamente, si de veras anhelamos una resurrección de nuestro espíritu con una total intensidad de vida nueva. Misioneros de Dios en todos los momentos; misioneros de todas aquellas ideas — el honor, el deber, el sacrificio, la abnegación, el desinterés — que quedaron reclusas en los cuarteles, pero que nos interesa devolver a la vida nacional, a todos los aspectos de la vida nacional, como medio eficaz de elevarla engrandeciéndola.

Y finalmente — aunque en rigor sea ésta la idea matriz de que surgen aquellas que ligeramente quedan bosquejadas — el sentido amplísimo, viril y jugoso de nuestra catolicidad. Durante mucho tiempo se ha creído preciso hablar veladamente, disminuyendo el tono y simplificando el gesto en el momento en que se tocaba el aspecto religioso, para que ahora no reaccionemos honradamente en opuesto sentido cuando de referirnos a nuestra fe se trate.

Quienes tenemos la fortuna de poseer la Verdad absoluta en materia de tan primordial importancia como es la salvación, no podemos guardarla pudorosamente como se esconden los vicios y defectos. Esta actitud, realmente cobarde o, cuando menos, débil, es propia de poca fe, de fe endeble y pequeña que se siente arrollada ante cualquier palabra, actitud o circunstancia de la vida. Pero cuando en el fondo del alma laten la certidumbre y la esperanza en Dios; cuando, por decirlo con palabras de Paul Claudel, se ha muerto en España por afirmar que verdaderamente "Cristo es el Hijo de Dios, vivo", y esta fe arrolladora condujo nuestras fuerzas a la victoria de la misma manera que Cortés la conquistaba en Nueva España bajo el lema de... sequamur crucem. Cuando, en definitiva, es nuestro Caudillo el que nos da un elevado ejemplo de funcionalidad, como públicamente hizo en Barcelona: "Hincad las dos rodillas ante Dios. No tengáis miedo al mundo. No queráis aparecer peores de lo que sois"; reconozcamos que es preciso volver a una actuación intensa según la cual los actos todos de nuestra vida, impregnados por nuestra catolicidad, sean una confesión de fe y una victoria de lo que es más auténticamente hispano sobre los restos de una época acreedora, cuando menos, a un completo olvido.



GOLPES de mano

Capitán de infantería LUIS VILLALBA GOMEZ JORDANA, del Reg. 11

*Sólo las actitudes ofensivas aseguran el éxito.
(De todos los Reglamentos del mundo.)*

SI hay algo demasiado conciso en nuestro Reglamento Táctico, es, sin duda, el capítulo y los apartados que al golpe de mano se refieren. Ciertamente es que la doctrina pura es esencialmente abstracta, y por ello una fórmula es tanto más universal cuanto menos se concreta a una misión y a una situación determinada. Pero, no obstante, la experiencia, unas veces positiva y otras negativa, pero siempre fértil, ha venido con el tiempo a dictar normas concretas para esta serie de acciones bélicas en las que sobre cualquier otro género de combate es preciso ser previsor y detallista para dejar al azar un mínimo de posibilidades adversas.

Quiero dar aquí unos consejos, derivados, en la mayoría de los casos, por un simple proceso de eliminación, no de trances afortunados, sino de reveses ásperos, pero maestros excelentes.

Los Reglamentos asignan una gran amplitud a esta serie de acciones rápidas y consideran inclusive el caso de una División que, tras un despliegue silencioso y con muy rápida o nula preparación artillera, monta un ataque desde bases de partida muy próximas al enemigo. La aparición de las veloces Unidades blindadas, aptas para crear la sorpresa, y más aún para explotarla, amplía más el campo de este género de acciones.

Pero nosotros nos referimos concretamente a los golpes de mano efectuados por fuerzas análogas o inferiores a los efectos de una Compañía, caso el más general que en la presente campaña está siendo prodigado por ambos Ejércitos.

Pueden considerarse como objetivos típicamente diferenciales de las demás acciones de guerra, las finalidades siguientes que suele perseguir el golpe de mano:

- a) Obtención de prisioneros (información).
- b) Creación de estados de alarma (pequeños combates demostrativos).
- c) Hostigamiento de servicios (patrullas, convoyes, etc.).
- d) Reconocimientos ofensivos (información táctica).

Como se ve, restringimos más aún el campo de los golpes de mano, prescindiendo de la ocupación por sorpresa de puntos interesantes del terreno, y que no son, en realidad, sino preludios de acciones posteriores. Nos ceñiremos, pues, a los casos en que la acción es de "ida y vuelta" y no se persigue fin táctico que sirva de base a otros posteriores.

Sentado esto, estudiemos separadamente las cuestiones que deben tenerse en cuenta, tanto en su preparación como en su ejecución.

Terreno. — Son ideales para golpes de mano las líneas de vigilancia enemigas, que lógicamente adoptarán la forma discontinua, jamás las alineaciones continuas, donde es difícil elegir objetivos concretos, proporcionales a la fuerza ejecutante, y existe además la posibilidad de una inmediata acción de sostenes.

Bosques y poblados de alguna extensión constituyen malos objetivos, porque dificultan mucho el enlace, aumentan el propio desconocimiento del terreno y favorecen la rápida compartimentación enemiga que se opone a nuestra fuerza.

La distancia tipo al objetivo es de 1.000 a 1.500 metros; a distancia menor, la vigilancia enemiga suele ser suficiente para evitar la sorpresa, ya que siempre, y por un hecho psicológico fácilmente explicable, el centinela vigila tanto más cuanto más próximo está el adversario. A distancias mayores, de las arriba expresadas, la fuerza ejecutante no puede contar (a lo menos eficazmente) con las únicas armas que le podrán prestar un verdadero y eficiente apoyo, *las armas portátiles de la Infantería*.

Horas. — Son las más aptas, las primeras de la noche, donde la vigilancia aun no se ha establecido con todo rigor y los centinelas no se han habituado aún a la variación luminosa. Estas horas proporcionan además un amplio margen de tiempo. Por el contrario, las horas avanzadas, sobre redohlarse en ellas la vigilancia, aportan el riesgo de que el repliegue nos sorprenda en pleno día.

A no ser en terreno muy cubierto, conviene elegir noches sin luna o con luna muy escasa. En plenilunio existe la casi seguridad de ser descubiertos. Aun cuando nuestro Reglamento lo considere como circunstancia óptima, en la campaña de Rusia tuvimos ocasión de comprobar que en tales noches eran visibles movimientos de pequeños grupos hasta distancias superiores a 300 metros, aun cuando fueran camuflados con los capuchones blancos del equipo de nieve.

Puntos. — La elección del mismo, independientemente de venir acondicionado al fin que nos proponemos, ha de cumplir la condición de ser *reducido y concreto*.

El golpe de mano es un ataque reducido a su última fase, y donde es preciso además que esta fase sea de duración muy breve. Es, pues, indispensable convergir, y ello sólo se consigue con objetivos perfectamente delimitados.

Obtención de prisioneros. — *Dirigir el ataque a los puestos de escucha o patrullas de reconocimiento.* — En frentes estabilizados, las pequeñas formaciones destacadas se revelan durante el día. Al amanecer, y con una vigilancia intensa, es casi siempre posible ver el repliegue de estos puestos a la línea enemiga. En caso de duda, colocar emboscada antes del amanecer, una patrulla propia con suficiente proximidad a las líneas para estudiar el punto donde al llegar la noche se montará el puesto enemigo, retirándose con sigilo una vez obtenido este informe.

Reconocimientos a puntos de la línea enemiga.—

Elegir posiciones ligeramente dominantes, que así nos servirán de masa cubridora en el repliegue y con su retaguardia fácilmente observable, para evitar reacciones insospechadas de próximas posiciones ocultas.

Agresiones a convoyes. — En posiciones enemigas de fuerzas no muy densas y de puntos no relacionados por caminos cubiertos, y por ello con sus accesos batidos, es evidente que su aprovisionamiento, enlaces, municionamiento, evacuación, etc., han de hacerlo de noche. Los convoyes irán normalmente siguiendo itinerarios fijos y además poco protegidos, ya que la Compañía no dispondrá de reservas suficientes para darles protección eficaz. Conviene siempre efectuar la agresión por el *lado opuesto a las líneas propias*, agredir la columna una vez nos haya rebasado y preparar *a priori* un cruce de fuegos en los puntos de paso forzoso de las guarniciones próximas entre las que se verifique el convoy (misión de las ametralladoras pesadas emplazadas en nuestras líneas).

Citaremos a este efecto la agresión verificada por una patrulla de esquiadores rusos contra el convoy de suministro a un elemento de resistencia distante 2 kilómetros del elemento próximo: "Conocido el itinerario regular de este convoy por las huellas dejadas sobre la nieve, el enemigo logra infiltrarse entre estas dos posiciones y emboscarse entre unas retamas de la pista en el costado opuesto al enemigo. Una vez pasado el convoy, desencadena sobre él un violento fuego, causándole ocho bajas de la primera descarga. La reacción enérgica del Jefe del convoy, que, aunque gravemente herido, logró rehacer su fuerza, desplegar y contener a los rusos, evitó un desastre. El citado convoy no iba flanqueado por el costado que fué agredido; de haber ocurrido así, la patrulla roja hubiera sido exterminada entre dos fuegos."

Tropas. — En efectivos, dos o tres veces superiores a las posibles fuerzas que se atacan. Es preciso dosificar las fuerzas con todo cuidado; un exceso resta movilidad; un defecto puede ser insuficiente para el choque.

Aun cuando se haya creado la sorpresa, ambos errores son igualmente funestos.

Composición. — En grupos de tres hombres, al mando de un Suboficial o Clase. No deben formarse grupos de efectivos superiores, para no dificultar más aún la acción del mando. Es preciso designar en ellos, *a priori*, la sucesión de mandos hasta el último hombre.

Por las circunstancias que acompañan al golpe de mano y las dificultades que presenta en ellos el enlace, el Oficial debe ir acompañado de un Agente de enlace por grupo, que servirá simultáneamente de protección personal.

Equipo. — Sin casco, ni careta, ni impedimenta de ninguna especie. Conviene elegir hombres, de excepcional robustez física, ya que los heridos habrán de ser posiblemente evacuados a hombros hasta las propias líneas. En toda Unidad existe un porcentaje de noctílopes que son utilísimos para la formación de estos grupos.

Armamento y material. — Pistola de señales, el mayor número de pistolas ametralladoras posible; el res-



to, fusiles con dotación muy escasa de cartuchos y su peso suplido en granadas; el Oficial, brújula de mira luminosa; los Jefes de grupo, cortaalambradas. Si se lleva grupo de destrucción, éste irá provisto de lanzallamas ligeros, cargas de dinamita al vuelo o granadas preparadas con suplemento de trilita.

Preparación. — Elegido el punto y formados los grupos de combate, se deben verificar un par de ejercicios sobre un punto del terreno que ofrezca analogías con el designado, a fin de que, llegada la ocasión, la maniobra se realice de un modo automático y en el menor tiempo.

El Oficial o Jefe de la fuerza que haya de ejecutar el golpe, calculará el rumbo del itinerario a seguir, tanto a la ida como al regreso, grabando en su memoria aquellas señales del terreno que puedan jalonárselo durante la marcha.

Con una antena, o en su defecto con prismáticos, hará observar a sus hombres el lugar de la futura acción hasta identificarles los menores detalles del terreno, dándoles al mismo tiempo las normas para la ejecución. Todos estos conceptos los repetirá sobre una panorámica tomada precisamente desde el punto de vista del lugar de partida.

En el "golpe de mano", sobre todos los demás géneros de ataque, es preciso conceder un margen mínimo al azar y la improvisación. La noche, el contacto con el enemigo, el escaso conocimiento del terreno y la

hipertensión nerviosa a que está sometida la tropa suelen retardar la ejecución de una decisión, si no ha sido ésta ensayada o prevista por el Jefe.

Punto de partida. — Conviene elegir el punto de la propia línea más lejana al objetivo, ya que por ello la vigilancia contraria en esta dirección será mínima. Instintivamente el centinela teme la agresión de la posición enemiga más próxima y es a ella a quien preferentemente vigila.

Por el contrario, el repliegue debe hacerse por el itinerario más próximo a las propias líneas, a fin de abreviar este momento, a veces más peligroso aún que el del propio ataque. Conviene efectuar estas acciones en direcciones lo más divergentes posible a las de ataque, a fin de desorientar los esfuerzos de la reacción adversaria.

Entre las dos líneas y en dicha dirección de retirada se situará una fuerte patrulla, dotada de fusiles ametralladores, que sirva de punto eventual de refuerzo en caso de ser hostigados en el repliegue, y ayuden después al transporte de material, prisioneros o bajas habidas.

Maniobra. — a) *Contra patrullas de reconocimiento o escuchas.* — Todo ataque frontal es descubierto, y el servicio tiene sobrado tiempo de replegarse, alertando a la posición destacante, que reaccionará vigorosamente, haciendo nuestra situación extraordinariamente peligrosa.

En el frente del Volchow (Rusia), y a mediados del invierno, aprovechando el paso fácil por el río helado, una patrulla de esquiadores rojos, convenientemente camuflada, intenta capturar una patrulla de reconocimiento de la División Azul, atacándola frontalmente. La patrulla propia (compuesta de un sargento y dos hombres, provistos de pistola ametralladora y de pistola de señales) los rechaza y fija con su fuego, obligándoles a desplegar en un frente bastante amplio. Posteriormente lanzan su cohete de silbido, y, transcurridos los diez minutos ordenados, y cuando la posición entera está sobre las armas, se repliega a ella sin sufrir una sola baja. De las propias líneas surge una fuerte patrulla, que ataca de flanco a la enemiga; ésta se ve forzada a replegarse a toda la velocidad que le permiten sus esquís.

Si la patrulla roja hubiera desbordado ampliamente el puesto utilizando los espesos matorrales donde se apoyaba su derecha, el repliegue de la patrulla no hubiera sido posible, y nuestro puesto hubiera sido capturado.

Conviene, pues, a distancia prudencial destacar un grupo que efectúe un amplio envolvimiento, sorprendiendo luego por la retaguardia a la patrulla, mientras ésta trata de fijar los restantes grupos, que ya la habrán atacado frontalmente.

Todo esto es más sencillo de ejecutar sobre patrullas de reconocimiento, que contra simples puestos de escucha, ya que estos últimos estarán siempre harto próximos a la alambrada para permitir su envolvimiento.

b) *Contra posiciones.* — Un grupo inicia el envolvimiento y el otro se lanza al asalto, convergiendo sobre un extremo, limpiándole luego paralelamente a su trazado, en tanto el grupo desbordante ofrece una protección a los grupos asaltantes.

Es preciso a toda costa combatir en masa, no perder un solo segundo en limpieza de nidos y refugios; que, en caso de resistencia, serán aniquilados con granadas de mano o cargas al vuelo. En los instantes que preceden al asalto, debe evitarse cualquier detención en la vecindad de la posición asaltada: el fuego de flanco de las posiciones próximas sería en este punto mortal. Preferible es asaltar desde distancia un poco más lejana, a efectuar esta concentración en tan peligrosas líneas. Durante la noche, las barreras son absolutamente rígidas, y el único peligro es detenerse a distancias cortas de la posición enemiga, que serán lógicamente rasadas; fuera de ella, no hay nada que temer al flanqueo lejano, que por imposibilidad de observación no podrá modificar su dirección de tiro.

Repliegue. — La posición asaltada no hostilizará ya normalmente, puesto que su guarnición ha sido prácticamente destruida, y por la rapidez de la acción, no será ocupada la posición hasta bastante después de iniciado el repliegue. Las posiciones próximas, si están alertadas, hostilizarán seguramente; pero habrán de limitarse al mencionado flanqueo rígido, rebasado el cual poco se puede temer de ellas.

El repliegue se efectuará por escalones de cien en

cien metros, hasta llegar a la patrulla de refuerzo, en cuyo momento ésta cubrirá las fuerzas que se retiran, que lo harán reunidas y con escasos intervalos y distancias.

Protección. — En general, para los pequeños golpes de mano, el empleo de la artillería es poco aconsejable. La dificultad de enlace con este arma, la fácil confusión a que se prestan las señales luminosas, y sobre ello la indicación que sobre la dirección en que actúan nuestras fuerzas, prestan sus fuegos al enemigo, son razones suficientes para prescindir de tales apoyos, y sobre ello la Batería queda descubierta y se precisa un inmediato cambio de emplazamiento, a no ser que se disponga (cosa no común) de Baterías nómadas, al efecto.

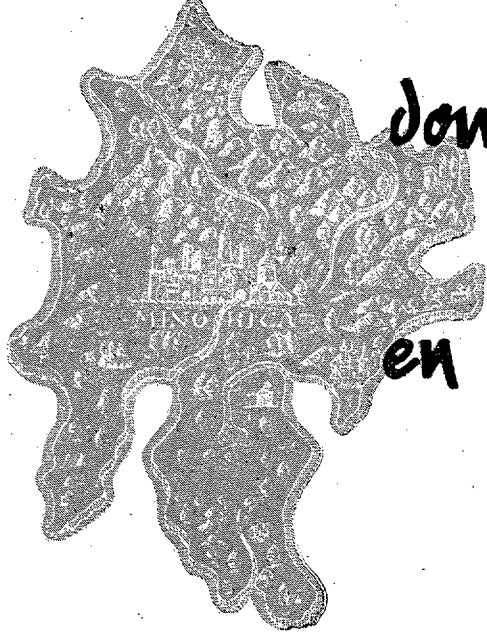
En cambio, las armas portátiles de la Infantería, por la proximidad de sus asentamientos al lugar de la acción, pueden automáticamente abrir el fuego mediante señales, que para ella podrán ser inconfundibles, dado lo próximo de sus observatorios al lugar donde la acción se desarrolla, y esto tanto más cuanto la patrulla de refuerzo destacada les dará la señal de apertura al proteger con sus fuegos al grupo que se retira.

Lo ortodoxo sería verificar el repliegue sin más medios que los del grupo atacante. En este caso, la escasa alarma producida en la línea haría cómodo el regreso a poco tarda que fuese la reacción de las posiciones próximas.

Si durante este regreso patrullas enemigas pretendiesen aislar a los ejecutantes de nuestras posiciones atacándolas de flanco, el fuego abierto en dirección de estas patrullas por el fusil ametrallador del grupo de refuerzo daría dirección y momento de apertura de fuego para las armas automáticas en vigilancia de la posición propia.

En el caso de que en la posición asaltada existieran elementos susceptibles de hostigar por el fuego, aun a las tropas que se retiran, bastaría el fuego del fusil ametrallador citado, sobre dicha posición, para provocar una concentración de los morteros de 81 milímetros sobre dicho punto, que en las circunstancias en que el enemigo se halla serán más que suficientes para neutralizar sus fuegos, sobre todo si, mediante el empleo de algunos proyectiles de humo se aumenta la confusión con el efecto de cegamiento (claro está que los fuegos citados del fusil ametrallador del grupo de refuerzo habrán de ser efectuados con proyectil trazador).

En un único caso es apta la señal luminosa, y con ella la colaboración artillera. Si en el choque, la superioridad de las fuerzas enemigas o la aparición rápida e imprevista de sostenes pone a los asaltantes en peligro de ser destruidos o aprisionados, un cartucho de señales puede provocar una concentración de apoyo directo simultánea a otra de morteros de 81 milímetros, ambos tiros a máxima cadencia y utilizando también proyectiles de niebla. Al amparo de la confusión creada, la tropa asaltante puede romper el contacto y replegarse, por individuos aislados, al grupo de refuerzo. Esto es, claro está, un caso límite y fuera de él; los apoyos no deben ser otros que los prestados por las armas portátiles de la Infantería.



dominaciones BRITANICAS y FRANCESAS en la Isla de Menorca

Capitán de Artillería

FRANCISCO DE CASTELLS ADRIAENSIS

EL Mediterráneo, uno de los teatros en que más apasionadamente se ventila hoy la nueva textura del mundo, es mar incluído en la órbita del espacio vital de España. Hacer resaltar aquí la valía que en él poseen las islas baleáricas nos parece del todo innecesario, cuando infinidad de obras y artículos se han ocupado de tan sugestivo tema; avanzadas de nuestras costas levantinas, alzan su nostálgico perfil cual centinelas sin relevo que la Patria monta para salvaguarda de los intereses que un pasado, pródigo en glorias, nos legó.

Sin embargo, existió un momento — que abarca setenta y dos años — en el que España, sumida en confusas guerras y humillantes tratados, no comprendió la importancia que para la vida de la Nación encerraban algunas de aquellas islas. Eran tiempos en los que ya la gran Casa de Austria se había extinguido y los reyes españoles no ceñían coronas de dimensiones ecuatoriales; voces de decadencia sonaban por el Imperio, mientras el país veía debilitar su fuerza en las luchas intestinas de la guerra de Sucesión. Y el enemigo secular acechaba; Inglaterra y Francia, que conocían la extraordinaria posición de Menorca para sus rutas en el Mediterráneo, y que desde hacía tiempo codiciaban su pertenencia, saltaron sobre nuestra isla, en cuanto el Destino les deparó coyuntura favorable.

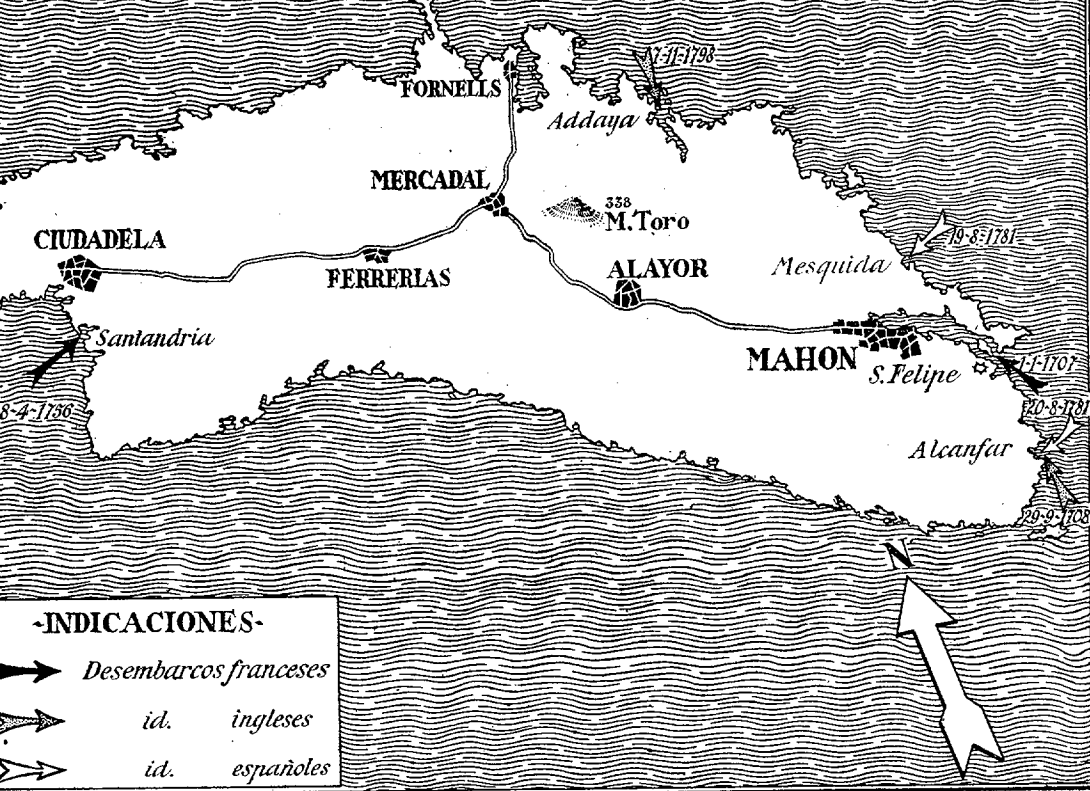
Abrir la Historia por el siglo XVIII es encontrar dos puñales que se clavan rectos en el ser físico de España; uno con firmeza: Gibraltar; otro según diversas alternativas: Menorca. Por el primero, España, que histórica y geográficamente tenía derecho al control de entrada en el mar latino, lo perdió, siendo infructuosas las tentativas que para recobrarlo se realizaron en los años sucesivos. La suerte de la balear menor fué distinta; desde principios del XVIII a los comienzos del XIX corrió diferentes albrures. Tres veces la planta británica holló el suelo menorquín y una vez la francesa; pero España, que

al fin se había percatado de la amenaza que para todo el Este de la Nación representaba una Menorca en manos extranjeras, alcanzó su rescate definitivo. Y cabe aquí el señalar que un reciente peligro de dominación pudo advertirse durante la pasada campaña de Liberación, cuando, a raíz de la derrota del Ebro, el Gobierno rojo de Barcelona inició gestiones oficiales con el Frente Popular francés para obtener una amplia ayuda bélica, a costa de la cesión de Menorca. Mas dejemos esta cuestión, que no forma parte del plan de nuestro trabajo, y reseñemos cómo Inglaterra y Francia pudieron un día izar sus pabellones... y cómo tuvieron que arriarlos al fin, para que ondease en el cielo isleño el estandarte de los leones y castillos.

PRESENCIAS EXTRANJERAS EN MENORCA

El primer año del siglo XVIII nos trae, con la muerte del último de los Austrias, la sangrienta contienda de la guerra de Sucesión, en la que los intereses dinásticos de Luis XIV, encarnados en la persona de su nieto, Felipe V de Borbón, vienen a chocar con los del archiduque austriaco Carlos III. La Gran Alianza alinea frente a España y Francia las principales naciones europeas: Austria, Inglaterra, Alemania y Holanda. Incluidas Aragón, Valencia y Cataluña por el Archiduque, y apoyado éste por una poderosa Flota británica — que en 4 de agosto de 1704 se posesionaba de Gibraltar —, logró desembarcar en Denia, proclamándose Rey de España y estableciendo su sede en Barcelona, que había sido sitiada y rendida también el 5 de octubre de 1705.

Mallorca, ligada a las anteriores regiones por lazos de continuidad histórica, inclinóse igualmente por el Archiduque en 4 de octubre de 1706. ¿Cuál era la actitud de Menorca ante estos acontecimientos? Habiendo acatado la autoridad de Felipe V,



No nos será preciso esforzarnos mucho para comprender el ansia con que el partido vencido aguardaba una intervención que viniera a poner fin a sus desdichas. Y la intervención llegó: una División de la Flota británica—Almirante Leake—se presentó frente a Menorca el 19 de septiembre de 1708; venía a bordo el General sir Diego de Stanhope con 2.000 hombres, que auxiliados por los *carlistas*, desembarcaban en la Cala de Alcaufar el tren de sitio, formado por 42 cañones y 15 morteros, con objeto de iniciar el asedio

de San Felipe, excelente fortaleza enclavada en la boca este de la ría mahonesa, y que, según los testimonios de la época, montaba 100 cañones con un repuesto de 300 barriles de pólvora. En ella se había encerrado el francés La Jonquière con unos 1.000 soldados, decidido a no capitular. Mientras el tren de sitio se transportaba e instalaba adecuadamente, el Almirante inglés destacaba dos navios de línea con la misión de rendir el castillo de Fornells — en la costa norte —, y que, defendido por 50 hombres y 12 piezas, sucumbía heroicamente tras breves días de lucha. Tal noticia deprimió la moral de los sitiados en San Felipe, hasta el punto que, abierto el fuego por la artillería británica el día 28, a las cinco de la tarde se firmaba el convenio de entrega, izándose en la isla el pabellón imperial austriaco, retornando Menorca a Carlos III. Y Gran Bretaña comenzó a descubrir sus intenciones con la serie de medidas adoptadas, que hacían ver claramente no había llegado a la isla como aliada del Archiduque, sino como conquistadora. Quedó fuera de toda duda su verdadera intención cuando, finalizada la guerra de Sucesión, Luis XIV de Francia y la reina Ana de Inglaterra firmaron — en unión de los demás Estados — el acuerdo privado de 1712, ratificado el 14 de abril de 1713 con el nombre de tratado de Utrecht. Por él se sancionaban nuestras amputaciones territoriales, con lo que Gibraltar y Menorca pasaban a depender de Gran Bretaña: tal era el precio altísimo que se obligaba España a pagar para que Felipe V fuese proclamado — con el beneplácito de Europa — Rey de los españoles.

mantenía, no obstante, un activo contacto con Mallorca, y de esta manera la proclamación de Carlos III se conoció bien pronto en la isla, estallando a los pocos días la sublevación contra el Borbón, iniciada en Mercadal por D. Juan Miguel Saura, que proclamó a Menorca por el Archiduque. Semejante acto de rebeldía vino a chocar con la Jerarquía militar de la isla, representada por el Brigadier Dávila. Y a partir de dicho instante comienza en el interior de la pequeña ínsula la terrible contienda de *carlistas* y *felipets*, que por las semillas de odio y venganza sembradas hicieron posibles las fáciles presencias que en lo sucesivo tuvieron los Estados extranjeros en la isla: Francia auxiliaba a los *felipets* menorquines, mientras Gran Bretaña hacía otro tanto con los *carlistas*.

Una Escuadra francesa, compuesta por cinco navios de línea, al mando del Conde de Villars, anclaba el 1 de enero de 1707 en la ría de Mahón, y al amparo de las fuerzas del Gobernador desembarcaba en la ribera norte. Esta fecha se debe, pues, considerar como punto de partida de las futuras dominaciones extranjeras, y su recuerdo es para nosotros una nueva lección de unidad, pues sólo al amparo de luchas entre hermanos pudo el invasor colocarnos su yugo.

Las Compañías francesas y los *felipets*, en número de 3.000 hombres, dirigidos por el Capitán de Navío La Jonquière, dominaron fácilmente a los *carlistas*, y el día 12 del mismo mes y año se firmaban las capitulaciones de Ferrerías, quedando la isla por Felipe V de Borbón. El Gobernador Dávila iniciaba una durísima represión.

PRIMER DOMINIO BRITANICO

Curioso e instructivo es aquel artículo 11 del mencionado tratado, concluido sin tener para nada presente los legítimos intereses de España: "El Rey Católico, por sí y sus herederos y sucesores, cede también a la Corona de Gran Bretaña toda la isla de Menorca, traspasándola para siempre todo el derecho y pleno dominio sobre la dicha isla, y especialmente dicha ciudad, castillo, puerto y defensas del seno de Menorca, llamado vulgarmente Puerto Mahón, juntamente con los otros puertos, lugares y villas situados en la referida isla.

Promete también de su parte la Reina de la Gran Bretaña, que si en algún tiempo se hubiere de enajenar de la Corona de sus reinos la isla de Menorca y los puertos, lugares y villas situados en ella, se le dará el primer lugar a la Corona de España sobre otra nación para redimir la posesión y propiedad de la referida isla."

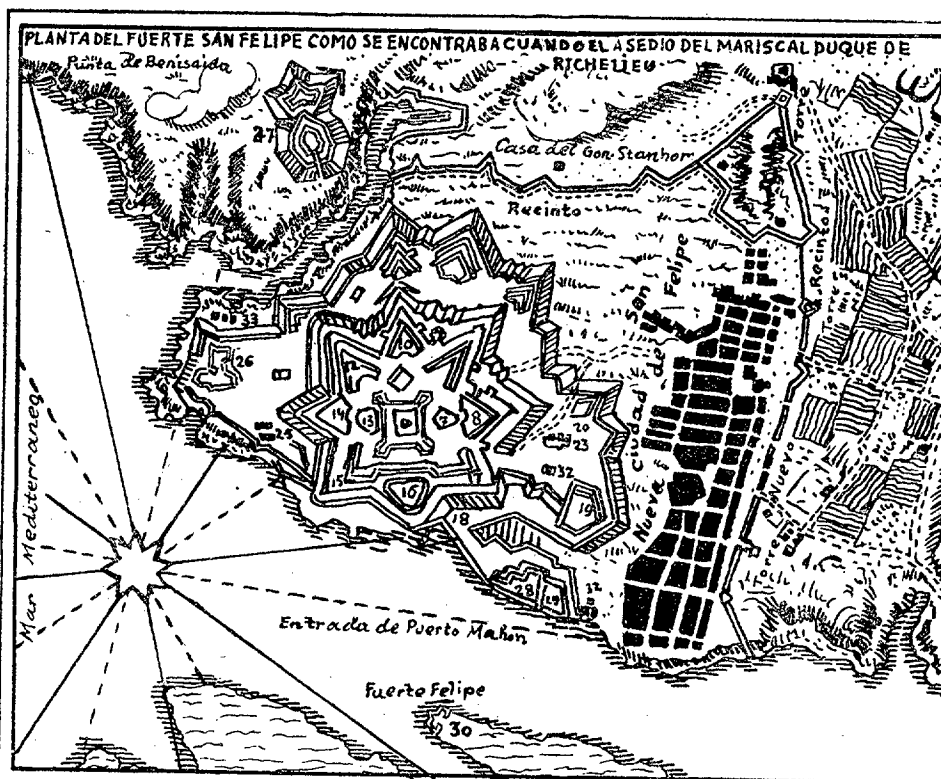
Todo eran facilidades, liberalidades y promesas; hasta se nos ofrecía que seríamos los primeros en recibir la isla, si algún día era puesta en venta. Pese a tan halagüeños ofrecimientos, los menorquines sufrieron en lo vivo aquella claudicación nacional que los convertía en extranjeros ante sus compatriotas. Por ello, cuando en octubre de 1712 arribó a Menorca el plenipotenciario inglés Duque d'Argyle, para posesionarse de ella en nombre del Gobierno de la reina Ana — sin haberse hecho aún público el Tratado de Utrecht —, los jurados de la isla hicieron llegar a Londres su disgusto, acto que no desvió lo más mínimo la resolución adoptada. De esta manera incruenta incorporaba Inglaterra a su Corona, de derecho, la posesión que de hecho gozaba desde 1708; se iniciaba así para Menorca una página inédita en su historia: la de colonia británica.

Los isleños, carentes de toda fuerza armada, se plegaron al nuevo dueño, tratando de alcanzar las mayores ventajas compatibles con su situación, a lo largo de los cuarenta y cuatro años que duró esta primera estancia de los ingleses en la isla.

Quede para otro lugar el análisis de cómo se desarrolló durante aquella época el gobierno interior

Castillo de San Felipe.
Facsímil de un grabado italiano de 1757.

de Menorca, que, junto a personas de buena voluntad — el Coronel Kane —, ofreció otros gobernadores que, amparando a judíos y griegos y poniendo cortapisas a las jerarquías católicas, esparcieron la desavenencia entre menorquines y británicos. Sólo mencionaremos aquí el celo que en el orden estratégico ponía Gran Bretaña al tratar de los asuntos de la isla, interés traducido en la formidable reforma acometida en el fuerte de San Felipe, con la finalidad de convertir a la ría de Mahón en base inexpugnable de su Flota mediterránea. Sobre la planta existente se construyeron numerosos rebellines y contraguardias, afectando el conjunto la forma de un irregular polígono estrellado, circundado por amplio foso, con un camino cubierto interior que se prolongaba por intermedio de atrincheramientos hasta los extramuros de Mahón y que protegía diversos reductos y lunetas; otros pequeños fuertes avanzados servían de defensa a la posición central, abierta



ESPLICACIÓN DE LOS NUMEROS.

- | | |
|---|-----------------------------|
| 1 Fuerte San Felipe | 18 Bateria Real |
| 2 Cisterna | 19 Reducto de la Reina |
| 3 Baluarte del Oeste | 20 Reducto de Kent |
| 4 Baluarte del Sur | 21 Media luna del Oeste |
| 5 Baluarte del Este | 22 Media luna Wil Kil Ker |
| 6 Baluarte del Norte | 23 Media luna San Guillermo |
| 7 Revellino del Principe Guillermo | 24 Media luna del Sur |
| 8 Contra guardia Carolina | 25 Maganimi de la Po Luere |
| 9 Contra guardia de Hannover | 26 Fuerte Sn. Carlos |
| 10 Contra guardia Guillermina | 27 Fuerte Malbourough |
| 11 Revellino de la Princesa Ana | 28 Fuente de Anstruther |
| 12 Contra guardia Principe de Galles | 29 Fuente de Argile |
| 13 Revellino de la Princesa Amalia | 30 Fuerte Filipe |
| 14 Contra guardia de la Princesa Amalia | 31 Fuente |
| 15 Contra guardia Real | 32 Magarim |
| 16 Revellino del Principe Federico | 33 Ospedale |
| 17 Contra guardia de Sn. Jorge | |

en roca viva. El coste sobrepasaba el millón de libras esterlinas, y 800 piezas — de ellas 350 de grueso calibre — artillaban el conjunto: no en vano se le bautizó con el nombre de Segundo Gibraltar.

DOMINACION FRANCESA

Las relaciones *inter nationibus* nunca han sido presididas por un criterio sentimental; los pactos, tratados o estipulaciones duran lo que a uno u otro Gobierno contratante le conviene sean prolongados. Esta cruda realidad histórica encontró, una vez más, su confirmación entre dos de los Estados que habían participado en la confección del Tratado de Utrecht. Inglaterra no dejaba de observar con recelos la preponderancia francesa en el Continente, camino de la hegemonía europea. Vino a acentuar la tirantez de relaciones existentes una serie de provocaciones británicas, tales como el asesinato del Teniente Jumonville y la agresión del Almirante Boscawen en aguas de Terranova, actos prolongados por diversas piraterías, víctima de las cuales Francia perdió cerca de 300 buques y 6.000 hombres. Virtualmente, la guerra estaba declarada; mas la sutil diplomacia de Richelieu, Ministro de Estado de Luis XV, prefirió aplicar a Gran Bretaña la política del "hecho consumado", y con el mayor sigilo se designó el objetivo inicial: Menorca. Desde mediados de 1755, Francia preparaba la expedición, que, dada su finalidad, constaba de una Flota de guerra y un Ejército embarcado.

Tolón fué el puerto señalado para la organización y partida. El mando de la Armada se le confirió al Teniente General D. Rolando Miguel Barrin de La Gallissonnière, que fraccionó de esta manera sus navíos:

PRIMERA DIVISIÓN

Almirante en Jefe- La Gallissonnière.

Buque insignia: *Foudroyant*.

Total: 4 navíos, con 278 cañones.

SEGUNDA DIVISIÓN

Jefe: Glanderez, a bordo del *Redoutable*.

Total: 4 navíos, con 276 cañones.

TERCERA DIVISIÓN

Jefe: La Clue, a bordo del *Couronne*.

Total: 4 navíos, con 278 cañones.

Buques menores y auxiliares: 5 con 130 cañones.

En total: 17 buques con 962 cañones.

Flota de transporte: 180 embarcaciones.

El Ejército de tierra iba a las órdenes de D. Luis Francisco Armando de Plessis, Mariscal Duque de Richelieu, sobrino segundo del Cardenal, y lo constituían 12.000 hombres — 25 batallones —, divididos en 6 Brigadas, tres mandadas por el Teniente General Conde de Maillebois y otras tres por el del mismo empleo Marqués de Mesnil.

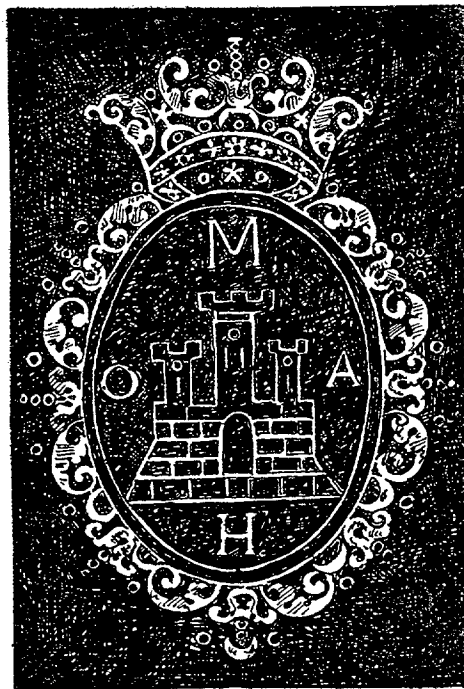
El conjunto representaba una poderosa fuerza, con la que Francia meditaba alcanzar el desquite de las ofensas inferidas.

Ultimados los detalles complementarios, la Flota francesa, llevando a su bordo el Ejército de Richelieu, se hizo a la mar el 9 de abril de 1756 desde Tolón, y, tras varias singladuras, fondeaba el 18 frente a la cala de Santandria, al sur de Ciudadela. Los

ingleses, advertidos, se habían retirado de la capital isleña, camino de Mahón, recogiendo a su paso las guarniciones de los contornos; de este modo, el desembarco de los invasores resultó tarea sencilla, e inmediatamente las columnas de Infantería marcharon en persecución de los británicos, a quienes sitiaban en el castillo de San Felipe el 23 de abril; mientras, la Flota arrumbaba a Mahón, no sin desembarcar el tren de sitio en la playa de Cala Mezquida, con lo que el Generalísimo francés inició febrilmente los preparativos de asedio al Gibraltar menorquín (que defendía el Gobernador, sir William Blakeney, con 2.500 hombres), siempre con el temor de que la llegada de refuerzos enemigos viniese a entorpecer su empresa, como así aconteció: el 20 de mayo se presentaba ante el

puerto mahonés la Escuadra del Almirante Byng, armada con 13 navíos de línea, 4 fragatas y 1 corbeta; en conjunto, 18 unidades, con 1.046 cañones. La Gallissonnière presentó batalla al enemigo, con sus 17 buques y 962 cañones, a las dos de la tarde del mismo día, en presencia de sitiadores y sitiados.

Casi a doscientos años de distancia adivinamos la emoción que a tales espectadores debió producir el combate: si los buques llegados en socorro del castillo batían al Almirante francés, quedarían las fuerzas de Richelieu bajo el fuego combinado de la Flota británica y de las Baterías del fuerte; si, por el contrario, la suerte favorecía a las armas de Francia, ninguna esperanza podrían albergar los súbditos de la reina Ana. Prolongado el combate naval hasta las primeras horas del día 21, La Gallissonnière alcanzó una rotunda victoria, hasta el punto de que el Almirante Byng, con sus naves maltrechas, re-



gresó a toda vela para ganar Gibraltar, sin intentar siquiera el desembarco de los refuerzos que traía.

Las consecuencias de tal triunfo no se hicieron esperar: tras un cañoneo de la artillería francesa, que cesó el 27, se cursaron las órdenes de asalto, en el que simultáneamente operaron tres columnas de arcabuceros, que en veinticuatro horas abatieron el orgullo de la fortaleza y reductos inmediatos, viéndose impelido Blakeney a solicitar el día 28 la suspensión de hostilidades, convencido de que ninguna ayuda le podía ser ya suministrada.

Y el 29 de mayo de 1756 terminaba el primer mandato británico, al ser izado, por única vez, en la isla el pabellón de las flores de lis. Menorca cambiaba de nacionalidad, ahora por siete años tan sólo.

Gran Bretaña no se resignó fácilmente a la pérdida sufrida, y así, en tanto las luminarias encendidas en París anunciaban a la nación la conquista gala, un Consejo de guerra juzgaba en Londres a los defensores de la isla, y, tras absolver a Blakeney, condenaba a muerte a Byng, que era arcabuceado sobre el puente de su navío.

Con esa tenacidad característica de la raza anglosajona, buscaba Inglaterra ocasión propicia a su desquite, y para ello los buques de la Flota de Hawke rondaban las aguas de Menorca tratando de batir y dispersar las Unidades francesas allí estacionadas. Las armas no le dieron esta vez satisfacción a sus deseos, mas sí las astucias de los tratados.

NUEVAMENTE LA UNION JACK

El Pacto de Familia, suscrito en 1761 entre Carlos III de España y el Rey Católico, uniendo en estrecho lazo sanguíneo a los Borbones de acá y allende el Pirineo, nos acarreó una contienda más con Inglaterra, que, tras diversas alternativas, alcanzó su final en el tratado de paz de Fontainebleau, ratificado el 10 de febrero de 1763. Con arreglo a su contenido, Francia devolvía Menorca a Gran Bretaña, a la vista resignada de nuestro Gobierno, impotente para evitar la continuación del despojo: "La isla de Menorca será restituida a Su Majestad Británica, con el fuerte de San Felipe, en el mismo estado que lo encontraron las armas de S. M. Cristianísima cuando su conquista, con la misma artillería que montaba en aquel entonces."

Indudablemente, a los menorquines no debió de sorprenderles aquel cambio, acostumbrados como estaban al triste juego de izar y arriar enseñas. Mas esta etapa les iba a resultar infinitamente más

difícil que cualquiera de las anteriores. El primer Gobernador inglés, lord James Jonhston, adoptó para medida inaugural la abolición de todos los privilegios concedidos a los pobladores de la isla, incautándose de cierto número de iglesias católicas en las que celebrar el culto anglicano. Su sucesor, sir James Murray, continuando la línea de conducta trazada, autorizó el armamento de buques corsarios para atacar el comercio de España y Francia, Estados con los que Inglaterra se hallaba nuevamente en colisión desde 1779, por el apoyo ofrecido a los sublevados de las colonias británicas en América.

El Gobierno de Londres — regido a la sazón por Jorge III —, percatado del peligro que sobre Menorca se cernía, remitió una expedición, constituida por 5 navíos de línea y 7 transportes, a los que vinieron a sumarse, dos meses después, otros 13 transportes con municiones y víveres. No fueron de mucha utilidad estos refuerzos para la amenazada isla: las tropas españolas golpeaban con ahinco las puertas irredentas de Gibraltar, y a dicha plaza tuvo que reexpedir Murray los socorros que tan necesarios le iban a ser. Por tal motivo, cuando el 19 de agosto de 1781 los vigías de la costa menorquina señalaron la presencia de una nutridísima Flota enemiga, al Gobernador

británico sólo le cupo reforzar a toda prisa las guarniciones de Fornells y Ciudadela, hundir unos viejos barcos a la entrada de Mahón y—siguiendo la tradición—encerrarse en San Felipe con 3.000 soldados y paisanos.

LA ISLA, RECOBRADA POR ESPAÑA

Madrid despertaba al fin. El Conde de Florida-blanca concibió la idea de recuperar aquella isla española, perdida sesenta y nueve años antes, contando con la aliada Francia. Una incansable actividad envolvió a Cádiz durante la primavera de 1781; la Flota de combate, organizada con cerca de 50 unidades y llevando por Almirante al Brigadier Moreno, con un Ejército a bordo de 16.000 soldados, españoles, franceses y alemanes, que mandaba el Teniente General D. Luis Beltrán de los Belles, Duque de Crillon, se dió a la vela al amanecer del 23 de julio de aquel año, y era la magnífica Escuadra que los vigías ingleses señalaban a Menorca el 19 de agosto; en la tarde de dicho día se logró un desembarco — sin resistencia — en Cala Mezquida, y a la mañana siguiente en Cala Alcaufar. Los Batallones hispanofranceses dominaron rápidamente las



Medalla acuñada en Inglaterra en conmemoración de la toma de Menorca y Cerdeña.

diseminadas guarniciones británicas, mientras el Duque de Crillon cercaba el castillo, construyendo para el ataque 6 Baterías, artilladas con 39 piezas de a 24, 8 de a 16 y 15 morteros: 62 bocas de fuego que no lo rompieron hasta el 6 de enero de 1782, festividad de Reyes. Durante este dilatado lapso de tiempo—más de cinco meses—ningún navío británico llegó a la isla en ayuda de los sitiados, conducta en verdad extraña por parte de Londres, y que solamente se explica teniendo presente que la Flota hallábase absorbida en una labor abrumadora por la guerra americana: el sistema de patrullas en el Atlántico — sistema de guerrear poco airoso en verdad — es más antiguo de lo que algunos suponen.

Desde el 6 de enero al 4 de febrero, la artillería de

ñol designado para regir Menorca, supo desarrollar una habilísima política de atracción, pues — hay que decirlo — los habitantes de la isla se habían extranjerizado un tanto. Sólo la inmensa popularidad que el Conde logró granjearse hizo posible la lenta reintegración de los menorquinos a las ideas patrias. Mas cuando ya esta delicada labor finalizaba, el leopardo británico reapareció para dar su postrer zarpazo, en forma violenta ahora, como no había sucedido ni en 1712 ni en 1763.

ULTIMA DOMINACION INGLESA

La paz firmada en junio de 1795 por nuestro Carlos IV con la Convención francesa resultó ser



*El Gobernador Fox
Caricatura debida a Sturgeon, Capitan de la Real Artilleria Britanica.*

los atacantes dismanteló metódicamente la fortaleza, cesando el fuego a las nueve de la mañana de aquel día, en que se vió izar la bandera blanca; tras las conversaciones de rigor, quedaron firmadas las capitulaciones de San Felipe y el resto de la isla, desfilando la guarnición británica, con el Gobernador Murray a la cabeza, entre las filas de las tropas vencedoras, a las que hicieron entrega de todas sus armas y estandartes.

El italiano Chiesa recogió en una admirable acuarela este cuadro de color, tan grato para España, y que sólo costó a los conquistadores 238 muertos y 380 heridos. San Felipe fué, inexplicablemente, deruido, erigiéndose en su lugar un gran obelisco que, con inscripciones latinas, francesas, inglesas y españolas, conmemoraba el retorno a la Patria de aquel pedazo de su suelo.

El Conde de Cifuentes, primer Gobernador espa-

un excelente pretexto para que Gran Bretaña rompiera sus relaciones diplomáticas con el Gobierno de Madrid. Napoleón apuntaba recto por encima del Canal, y sir Horacio Nelson necesitaba en el Mediterráneo bases desde las que cortar las rutas aprovisionadoras de la campaña en Egipto. ¿Qué isla mejor que Menorca, bien conocida, defendida y añorada?

El impune bombardeo de Cádiz y el descalabro de la Flota española en el Cabo de San Vicente garantizaban al Almirantazgo británico la ausencia de obstáculos sobre el mar en un ataque a Menorca: 7 navíos de línea, 2 fragatas, 2 corbetas y 22 transportes con 4.000 soldados, llevando por Jefe al General Stward, hacían su presentación el 7 de noviembre de 1798 al norte de la isla y desembarcaban en las playas de Addaya, sin lucha de momento. Y debemos resaltar en este episodio que, conociendo el

RESUMEN CRONOLÓGICO DE LAS VICISITUDES POLÍTICAS DE MENORCA DURANTE EL SIGLO XVIII

Desde 1700 hasta 1706.....	España.....	Felipe V de Borbón.
— 1706 — 1707.....	España.....	Guerra civil menorquista.
— 1707 — 1708.....	España.....	Influencia francesa (Felipe V).
— 1708 — 1712.....	España.....	Influencia inglesa (Carlos III).
— 1712 — 1756.....	Inglaterra.....	Ana (primera dominación).
— 1756 — 1763.....	Francia.....	Luis XV (primera dominación).
— 1763 — 1782.....	Inglaterra.....	Jorge III (segunda dominación).
— 1782 — 1798.....	España.....	Carlos III-Fernando VI.
— 1798 — 1802.....	Inglaterra.....	Jorge III (última dominación).
De 1802 en adelante.....	España.....	Bajo el reinado de Carlos IV.

enemigo la destrucción del fuerte de San Felipe, punto neurálgico de la resistencia en años anteriores, eligió ahora un lugar central de la isla para su desembarco, con objeto de abrir luego sus fuerzas y batir así los núcleos adversarios que calculaba encontraría.

El Gobernador, Brigadier Quesada, mantenía agrupados sus hombres en los pueblos del interior — Alayor y Mercadal —, con su puesto de mando en Monte Toro, la principal elevación de Menorca. Trabado el combate, la resistencia fué brevísima, debido a la desbandada de las tropas defensoras, mercenarias en su mayor proporción — Regimientos suizos de Rutimann y Yann —. Quesada, refugiado en Ciudadela, era obligado a capitular al mismo tiempo que un destacamento británico ocupaba Mahón sin disparar un tiro. Y el 15 de diciembre de 1798 la isla pasaba nuevamente a depender de Gran Bretaña.

Da idea de la escasa lucha habida la comunicación de Steward a Jorge III: "Tengo el honor de participaros que las fuerzas de V. M. están en posesión de la isla de Menorca, sin haber experimentado la pérdida de un solo hombre."

MENORCA, ESPAÑOLA

La guerra con Inglaterra finalizó en 1802, y el Tratado de Amiens, firmado el 25 de marzo de aquel año, nos devolvió definitivamente a Menorca: "Las fuerzas británicas evacuarán, en general, todos los puertos e islas que ocupasen en el Mediterráneo o en el Adriático."

Una de dicha islas era Menorca, que por esta vía

silenciosa, sin que figurase su nombre en el Tratado, tornaba para siempre al regazo de España. El 14 de junio de 1802, D. Juan Miguel Vives, Capitán General de Mallorca, tomaba solemnemente posesión, en nombre del Gobierno de Carlos IV. Arriada la bandera de la Unión Jack, el Estandarte real de España fué izado lentamente, al tiempo de que veintiún cañonazos anunciaban al mundo nuestro firme propósito de jamás volver a perder aquel preciado jirón del territorio español. Con el humo de las salvas se perdía en el horizonte la última vela inglesa.

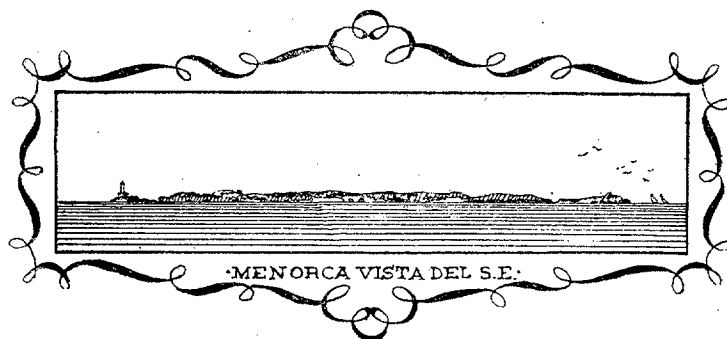
MEDITACION FINAL

La extensión del tema elegido nos ha obligado a condensar mucho nuestro estudio. Confiamos, no obstante, en que de las líneas arriba escritas se desprenderán, claramente, estas dos consecuencias fundamentales:

1.^a El extranjero pudo un día pisar la tierra menorquina aprovechando la discordia interior de sus moradores.

2.^a La creciente debilitación del poderío militar de España nos impuso la aceptación de convenios internacionales totalmente desventajosos en el orden territorial.

Gracias sean dadas a la Providencia, que nos ha deparado un Caudillo conocedor del espíritu íntimo de nuestra Historia, de la que él sabe extraer los remedios eficaces para inyectar una vida nueva a la Patria: unión indisoluble de los españoles en un destino común y acrecentamiento de la fuerza bélica para que seamos escuchados con respeto en el concierto de las naciones.



(LOS DIBUJOS DE ESTE ARTÍCULO SON DEL AUTOR)



UN RESORTE DE Educación moral

Capitán de Infantería
MIGUEL J. URMENETA

De la Escuela de Aplicación.

CABE la alegría bajo el yelmo del dios Marte? ¿Cabe la sonrisa bajo el bigote tupido y largo que "a lo galo" pintó Velázquez en el rostro del dios de la Guerra?

¿Serán posibles el buen humor y la jovialidad de alma en el soldado de hoy, bien cuando arrastra el barro de la trinchera o cuando, movilizado, penetra en esa geometría de horas y espacios del cuartel actual?

Nosotros queremos (y creemos) que sí, y pensamos que esa alegría ha de ser suministrada en proporción precisamente inversa a la comodidad y al bienestar de cuerpo y mente del soldado. Ella fluirá sola en las circunstancias felices, será una consecuencia del ambiente propicio... ¡Ay, cuando la sombra negra del peligro, del hambre o del cansancio caiga sobre la imaginación del soldado! Habremos de recurrir, como siempre, a los resortes bien sabidos y practicados del mando. Pero ¿por qué olvidar ese pequeño secreto del buen humor?

Hemos visto crecer la moral de una pequeña guarnición cansada, casi agotada en una posición cuando, en medio de un bombardeo de artillería enemiga, el Alférez inició una tocata de guitarra en la puerta del abrigo. Fuera los proyectiles zumbaban, retemblaba el entibado y parecía bramar la tierra. Pero las caras sombrías, atontadas, de los soldados empezaron a iluminarse, y pronto todos cantaban... Pocos minutos más tarde habían de rechazar el enemigo a bayonetazos.

Cuando hemos visto llegar al cuartel o al frente a los reclutas, a los "quintos" con sus uniformes, aun con dobleces de almacén y sus caras con las dobleces del miedo o de la melancolía, hemos pensado que una breve y discreta chirigota, una frase chistosamente feliz hubiese elevado repentinamente el voltaje de aquellas almas abatidas... Lo hemos pensado y lo hemos comprobado.

Esa cosa ingenua que es el alma del soldado en filas está tan cerca del abatimiento como de la jovialidad. Cualquier reactivo es suficiente para resultados extremos. Tome nota el instructor y no olvide: Que la *disciplina* es una *constante* y la *jovialidad* una

variable, que al combinarse dan valores progresivos a la *combatividad resultante* de ambas.

¿Te acuerdas de la columna recta y fuerte con que a veces se nos ha representado la disciplina? Pues fíjate en la columna corintia, tan bella en su severo fuste macizo y con su capitel alegremente florido.



Los enemigos de la alegría. Los enemigos de la alegría del soldado son siete, como los pecados capitales:

I. La *suciedad* de los locales y las habitaciones de los soldados. (Imponderables retretes y lavabos, negros techos de los dormitorios, espectrales cuerpos de guardia.)

II. La *fealdad*. Esa sordidez y falta de estética de comedores y dormitorios.

III. La *falta de higiene*. Malos olores, miseria. (Horrible olor mezclado de sudor pedestre, insecticida, cuadra y vaho de frezadera.)

IV. La *rutina* de la vida del soldado, angustiada en horarios absurdos y repeticiones. (Lectura simple y machacona de leyes penales o de Ordenanzas en la hora vagamente melancólica de la siesta.)

V. El *anquilosamiento* físico por falta de deporte complementario de los movimientos uniformes y esforzados del orden cerrado. (¡Oh, el soldado agarrotado, de cuello doblado y piernas vacilantes!)

VI. La *adustez* en el estilo de mando. (Caras y palabras agrias, mando de vitrina, galoneados coléricos.)

VII. La *atonía espiritual* en la vida del soldado. Teóricas de cumplimiento, falta de estímulo, ausencia de diversiones dirigidas, falta de orientación religiosa.

Estos pecados capitales tienen su remedio en siete virtudes, y nosotros tenemos en el puño y en nuestra iniciativa estas siete virtudes o remedios. (No hablamos aquí de otras causas bien ajenas a la actividad del Oficial.)

Contra la suciedad de habitaciones, la escoba implacable y el baño de cal blanco y frecuente.

Contra la fealdad, el espíritu artístico de combinación y pequeño decorado.

Contra la falta de higiene, el agua y el jabón.

Contra el anquilosamiento, la gimnasia y el deporte.

Contra la rutina, la variedad dirigida por el Oficial.

Contra la adustez de mando, la jovialidad. (Seriedad no es mal humor.)

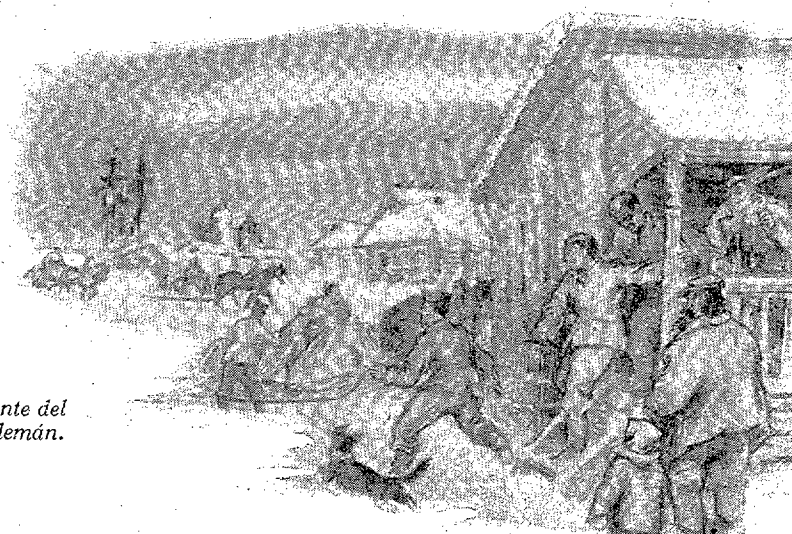
Contra la atonía espiritual, la palabra, el ejemplo, la invención, el estímulo.

El sentimiento del hogar. No anda bien de moral el soldado que se acuerda demasiado de su casa.

Admitiendo (y estimulando) un justo recuerdo cariñoso a los suyos y a lo suyo, es necesario descepar de la cabeza del soldado la nostalgia de hogar.

Se consigue haciendo de la vivienda y de la vida del soldado todo el hogar posible.

Esta idea fundamental la hemos visto presidiendo la construcción y organización



La llegada del Correo. (Frente del Este.) — Dibujo de autor alemán.



de los cuarteles alemanes. La arquitectura y el decorado están impregnados de hogar. Los muebles son de hogar, de íntimo y campesino hogar alemán.

En el frente, los soldados alemanes transforman el aspecto de los abrigos y de las viviendas de campaña. Unos letreros con el reclamo de clásicas cervecerías, la chimenea de ladrillos, cuatro chismes de cocina o adornos, requisados en cualquier sitio, son suficientes.

En Nochebuena pasada no pudieron llegar, por circunstancias de índole estratégica, los espléndidos aguinaldos al tiempo debido. Pero en la noche sacramental, solemne y hogareña, cada soldado alemán recibió, por lo menos, unas candelitas de colores, unas estrellas de papel reluciente y unas pastas en forma de corazón. De todo esto hay una gran parte en la mano del Oficial o del instructor.

Y no olvidemos que la ausencia de nostalgia es también una condición indispensable de la alegría.

Las publicaciones. Las de tipo gráfico y humorístico son excelentes medios de llevar al soldado "la risa en la guerra". Un periodicucho lleno de dibujos y de caricaturas de asuntos referentes a la vida íntima de la guarnición o del frente podrá no decir nada al extraño, a todo aquel sistema de pequeños problemas y sucedidos; pero hará desarrugar el ceño al soldado más receloso y abatido.

Entre dibujos y ocurrencias se vierte, ya preparado en estado de fácil asimilación, un poco de alimento espiritual. El soldado *no piensa* (debe pensar poco) simplemente *ve* y se *rie*. Así se *alegra* y al final *comprende*.

Rodeando de esta manera el sacrificio, de sencillez y de broma, se nos va transformando el soldado, melancólico, medroso y preocupado, en alegre luchador.

De la vida dura y hambrienta de buscones pillos, de hidalgüelos de petacho y faca, han hecho nuestros clásicos una excelente literatura humorística.

Velázquez nos pintó un dios Marte membrudo y arrogante con unos ojos chispeantes de jovialidad. Un gigantón valiente y noble que sonreía antes del combate con la sencillez de los corazones valerosos.

Huyamos nosotros de aquellas interpretaciones sombrías del destino militar tan en boga hace unos años. De aquella angustiosa tristeza de Remarque. De aquellas descripciones que, aunque ciertas con verdad fisiológica, son tan agobiadoras y nocivas. Recordemos que del vuelo del moscardón se hizo una maravillosa composición musical y lírica. ¿Cómo no podrá vibrar, jovial y estéticamente, el hecho airoso y varonil de la vida militar?

Dejemos la palabra a un artista. A Boito... Habla del sitio de Venecia en 1848. "¡Cuántas memorias, cuántas alegrías!... La alegría de las balas incendiarias, de las granadas y de las bombas, la alegría de las revistas y las procesiones, la alegría de las palabras, de los corazones generosos, la alegría de los incendios que se multiplicaban en la ciudad, la alegría del hambre..."

Alegría hasta en aquellos momentos tremendos cuando

Il morbo injuria
E il pan ci manca.

Como decía otro contemporáneo, el poeta Fusinato.



Tradición de alegría. Dicen las antiguas crónicas que los romanos invasores se asombraban cuando aquellos cántabros y vascones, guerreros rebeldes al yugo latino, morían en el suplicio de la cruz apostrofando con cánticos a sus verdugos. Nos gustaría conocer las letrillas de circunstancias que componían aquellos animosos colgados del patíbulo.

La coreografía ibérica actual, más bella, y las canciones ancestrales están inspiradas en hechos de guerra. ¿No acusa esto tradición de humor?

Los simpáticos y antiguos escritores de la lengua castellana son casi siempre verdaderos humoristas. El Arcipreste de Hita escribe una graciosa parodia de asunto bélico. La nunca vista ni hasta entonces pensada batalla de Don Carnal contra Doña Cuaresma (jamones contra besugos y merluzas contra perdices).

La tradición de humor florece más tarde con los buscones, lazarillos y espadachines. Tradición de humor hay en los hechos y escritos de los conquistadores de América. Y cuántas y cuántas manifestaciones hasta llegar a las cancioncillas del frente de nuestros días. A veces bien poco finas, bien poco poéticas quizá; pero siempre ingenuas y ciertamente útiles.

Recordamos las marchas sobre el frente ruso. Aquellas jornadas por la carretera implacablemente larga y cansina. Paisajes sombríos, abetales densos o planicies grises. Los soldados arrastraban los pies y hundían la vista en el suelo, nadie hablaba y las caras tenían sobre la mueca del cansancio la máscara del polvo.

Un animoso comenzaba a cantar:

Voluntario alegre,
Que a Rusia te vas.

Poder casi mágico de la tonadilla. Música que amansa a las fieras y enardece a los hombres. Bien pocos minutos habrían pasado, y por la carretera larga, gris y dura sonaba, al ritmo de las fuertes botas, aquello de

Cuando vuelva a España
Con mi División...

Y cosa mágica: Ya nadie miraba al suelo.

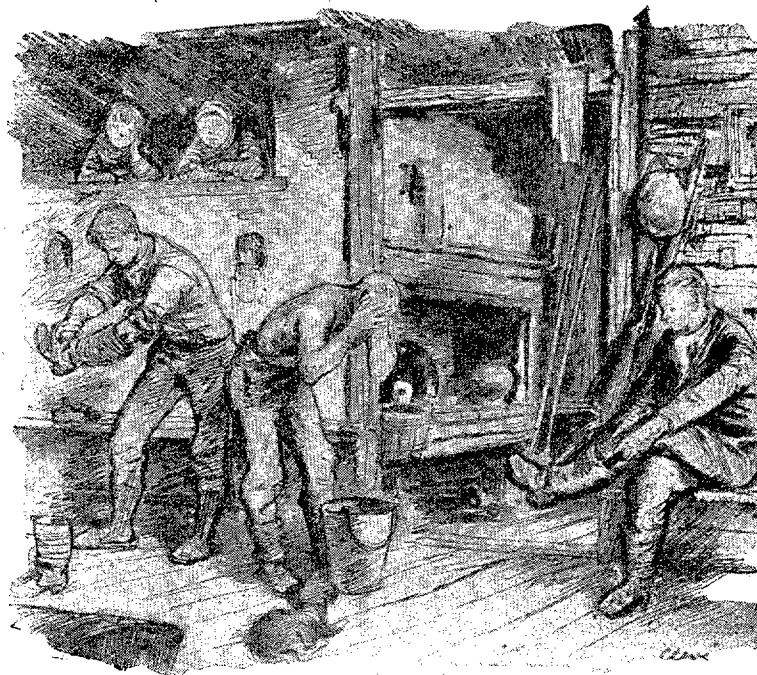
En Rusia.
Dibujo de autor alemán.

Consecuencia. Invocando, con monseñor Kepler, a la alegría y la confianza de alma como gran remedio a los males actuales, tomamos el mismo punto de vista.

Kepler nos habla de santos alegres. De ascetas que tienen buen humor y jovialidad entre llagas y miserias. También la vida militar, mirando sólo al suelo, es vida de lacerias e incomodidades. Ya se dijo por un clásico que, tras la alegría de los desfiles marciales y tras la embriaguez feliz de las victorias, se ocultaban la frialdad de las noches de campaña, el hambre de los sitios, el peligro de los asaltos y el horror de las pestes. Por una analogía indudable en la esencia de la vida religiosa y la militar se acomoda también a ésta la necesidad del humor.

Y por todo esto brindamos al instructor, al educador, la consideración sobre este resorte, este pequeño secreto que tanto ayudará a llegar al fondo del corazón del soldado.

Ya se ha dicho que *el problema de la educación militar es la creación de un suficiente número de reflejos automáticos individuales correspondiente cada uno a una distinta situación presumible*. También el educador puede crear, a través de sesiones teóricas, de reflexiones apropiadas, de estilo de mando, ese reflejo del humor ante la circunstancia adversa. La creación de este tipo de estado psicológico será una manifestación de la personalidad e iniciativa del Oficial.



Artillería



Determinación del RÉGIMEN de PIEZAS

Capitán de Artillería
ENRIQUE ROCAFORT GARCIA
del Regimiento núm. 8

REGIMEN RELATIVO Y REGIMEN ABSOLUTO

Siendo de imprescindible necesidad para la consideración del Grupo como unidad de tiro, y también, en orden a la más pronta determinación de los datos corregidos de un tiro ya dentro de la Batería, la determinación del régimen relativo, exponemos a continuación el procedimiento práctico de obten-

ción que se sigue en el Ejército italiano y las condiciones mínimas que se precisa concurren para una mejor determinación del régimen citado; y como casos de aplicación práctica, dos ejemplos: correspondientes, uno, al empleo de tablas de tiro numéricas, y otro al de tablas de tiro gráficas.

El conocimiento de las diferencias de alcance que en distintas bocas de fuego produce el desgaste debido a diferentes condiciones de empleo, es de innegable utilidad, no sólo en la corrección del tiro de la unidad Batería, sino en su inmediato superior el Grupo, por cuanto el Jefe del mismo puede, una vez en conocimiento del referido régimen, utilizar los datos corregidos de su pieza base y entrar en eficacia sobre un objetivo con el conjunto de sus tres Baterías, es decir (dispuesta una debida organización topográfica), entrar de lleno en el concepto Grupo-Unidad de tiro.

Este tiro de régimen debe ser, en lo posible, realizado con *atmósfera en calma*, y desde luego, como condición indispensable, con un levantamiento topográfico del campo de tiro efectuado con la *mayor exactitud*.

Tal levantamiento debe ligarnos en forma exacta las posiciones de las piezas, blanco sobre el que habrán de referirse los impactos, extremos de la base desde los que, por observación conjugada, han de fijarse los impactos y cotas de todos los puntos mencionados.

Esta clase de tiros es conveniente realizarlos antes de Escuelas prácticas, si es que no se conocen los datos de régimen, o bien si es que hace ya tiempo fué obtenido, y en el tiempo transcurrido las piezas han disparado mucho, o en campaña, aprovechando los períodos de calma y siempre que se crea necesario.

Para llevarlos a efecto se disponen las piezas en régimen paralelo con el mínimo intervalo entre ellas, para con una carga determinada y con los datos de tiro exactamente obtenidos, hacer por pieza un grupo de ocho a doce disparos a percusión, sobre un terreno favorable al levantamiento de los impactos, con ángulo de situación lo más pequeño posible, que en el peor de los casos no rebase los 50° y a distancia no inferior a la media del alcance.

Previamente es preciso proceder a una meticulosa elección de los proyectiles a emplear, eligiendo grupos homogéneos del mismo lote y de peso exactamente determinado; es asimismo indispensable, y de igual modo se precisa rectificar con escrupulosidad los aparatos de puntería, ejecutar las operaciones de carga y puntería con exactitud y en la forma prevista, emplear en todos los disparos una sola escuadra de nivel, a ser posible rectificadas, y realizar disparo a disparo una escrupulosa limpieza del ánima.

Los disparos, que deben ser realizados con una cadencia conveniente para evitar que la temperatura del tubo aumente con exceso, creando con ello una diferencia sensible en el estado térmico entre piezas, deben ejecutarse sucesivamente, cambiando de pieza de uno a otro y, a ser posible, con el mismo pelotón de sirvientes, a fin de evitar interpretaciones distintas y errores personales.

Tomadas cuantas precauciones se exponen, e iniciado el tiro, se determinan con la mayor precisión las distan-

cias topográficas y los desniveles de los centros de impactos correspondientes a cada una de las piezas. Elegida que sea la pieza base (conviene que sea la que prácticamente dé menos desvío respecto al blanco), se resta del ángulo de tiro empleado en la ejecución del tiro (que es igual para todas las piezas), el ángulo de situación correspondiente al centro de impactos C obtenido para la pieza-base, con lo que se obtendrá el alza α , que en las condiciones del momento representa el alza corregida para el blanco C .

Se determina la diferencia Δx en distancia, e Δz en altura del centro C con respecto a los centros de impactos de las demás piezas actuantes, para venir en conocimiento del incremento $\Delta\psi$, que sería preciso dar a los ángulos de tiro, a fin de que los distintos centros de impactos queden superpuestos con el de la pieza-base.

Obtenida la corrección $\Delta\psi$ correspondiente a una cualquiera de las piezas, se busca en la tabla de tiro y frente al alza α empleada en el tiro de la pieza-base, la corrección en alcance Δx , correspondiente a la corrección de ángulo de tiro $\Delta\psi$, para después, valiéndose de la tabla de corrección que nos da las correcciones en alcance por variaciones de la velocidad inicial, determinar, en unión de la distancia que corresponde al alza α y de la corrección en alcance Δx , el valor del incremento de velocidad inicial Δv , que representará con su propio signo la diferencia de régimen de la pieza considerada respecto a la pieza base.

Si finalizada esta determinación, y para más facilidad en el empleo posterior de los datos obtenidos, quieren expresarse en variaciones porcentuales, bastará recordar que $\Delta V \% = 100 \Delta v/v$.

Si se supone el empleo de una tabla de tiro gráfico numérica, puede variarse la última parte de la obtención, ya que podrá buscarse en correspondencia del alza α empleada en el tiro de la pieza-base, la corrección en alcance $\Delta x_{\Delta i}$, que corresponde a la corrección Δi (de ángulo de tiro); y después, valiéndose del ábaco Δx_v y en función de la distancia correspondiente al alza α y de la corrección en alcance $\Delta x_{\Delta i}$, leer el valor $\Delta V \%$, que será con su signo la diferencia de régimen buscada.

Asimismo, y con esta clase de tablas, es posible también su determinación, sin más que dividir la corrección $\Delta x_{\Delta i}$ por el coeficiente C_v , leído en correspondencia del alza de la pieza-base, con lo que se obtiene tal diferencia de régimen con su propio signo y expresada en por ciento de la velocidad inicial.

Si se repite el tiro en las condiciones expuestas, pero con carga distinta, se obtendrá un nuevo valor para ΔV , valor que en unión de otros obtenidos por el mismo procedimiento, y siempre que sean expresados en por cientos de la velocidad inicial V que en la tabla de tiro corresponda al peso de carga que se ensaya, nos darán por su media aritmética un valor de ΔV , que puede considerarse constante para su ulterior utilización.

Cuando el material que se emplee utilice varias cargas, es en la práctica suficiente, pero preferible al empleo de fórmulas empíricas, hacer tiros de régimen comparativos con las cargas extremas y aplicar para las restantes el valor de $\Delta V \%$ obtenido como medio de las dos determinaciones.

Determinación del régimen absoluto para la pieza-base.

Para la realización de este tiro se precisa tener en cuenta no sólo cuantas precauciones exponíamos en el tiro precedente, sino los datos atmosféricos del momento, determinados con la mayor escrupulosidad posible.

Se empieza por determinar con la mayor exactitud la distancia topográfica X_t y el ángulo de situación ε_t del blanco, para obtener en la tabla de tiro frente a X_t el valor del alza tabular α_t que correspondería al blanco a batir.

Realizado el grupo de 8 a 12 disparos, se halla el ψ_c y el ángulo de situación ε_c correspondientes al centro de impactos C , para restados, obtener en $\psi_c - \varepsilon_c = \alpha_c$ el alza corregida correspondiente a C . A este alza corregida corresponderá un alcance $X_c = X_t (X_{\alpha_c} : X_{\alpha_t})$.

Como se ve, se tienen una distancia X_t y otra corregida al mismo punto X_c , distancias que por diferencia dan $X_t - X_c = \Delta X$, incremento de alcance que puede imputarse a la diferencia existente entre las condiciones en que el tiro se ha realizado y las condiciones tipo en que los datos tabulares fueron obtenidos.

Por tanto, si llamamos ΔX_v la parte que en esa diferencia de alcance corresponde al régimen desconocido de la boca de fuego, debida en conjunto a la vivacidad de la carga de proyección y al desgaste o avance del cono de unión, y $\Sigma \Delta X$ a la suma de las diferencias producidas por diferencia de temperatura en la carga, en el peso del proyectil, en la velocidad del aire y en la acción del viento respecto a los valores tabulares, podemos escribir:

$$\Delta X = \Delta X_v + \Sigma \Delta X \text{ de donde } \Delta X_v = \Delta X - \Sigma \Delta X,$$

en la que el valor $\Sigma \Delta X$ puede obtenerse en las tablas correspondientes a los materiales nuestros, haciendo uso de las distintas tablas de corrección, y en las que usen las gráfico-numéricas valiéndose de los ábacos de la corrección en distancia ΔX_v e ΔX_c en función de los valores $\Delta V \%$ e $\Delta C' \%$ obtenidos por la escala de equivalencia ΔV e $\Delta C'$, o bien valiéndose de los coeficientes C_v y C_c , o también de los C_v , C_δ , C_p de la tabla de tiro numérica; si bien en este último caso es preciso tener en cuenta que la corrección total $\Sigma \Delta X$ se obtendrá cambiando de signo a la suma algebraica de los productos $C_v \cdot \Delta V$; $C_\delta \cdot \Delta \delta$; $C_p \cdot \Delta p$.

Una vez obtenido el valor de ΔX_v , se deduce el valor del ΔV en las siguientes formas:



De Alemania.

TABLAS DEL MATERIAL ESPAÑOL

Se obtiene en la tabla que da los valores de correcciones en alcance por variaciones de la velocidad inicial, tomando como datos la distancia inicial y la variación en distancia obtenida, y el por ciento correspondiente se determina multiplicando el valor hallado por ciento y dividiendo por la velocidad inicial de la carga que se ensaya.

TABLAS GRAFICONUMERICAS

Si se emplea el ábaco ΔX_v , se obtiene en función de la cantidad ΔX_v obtenida (con el signo que resulte y expresado en por ciento de la velocidad inicial correspondiente a la carga empleada) la característica de régimen $\Delta V \%$ de la pieza considerada, entrando conjuntamente en el ábaco dicho con la distancia topográfica X .

Tal valor es también determinable dividiendo el valor de ΔX_v por el coeficiente C_v leído en la tabla de tiro en correspondencia de la distancia topográfica X , con lo que

$$\Delta V \% = \frac{\Delta X_v}{C_v}$$

Procediendo en forma análoga con otra carga distinta, se obtendrá un nuevo valor de $\Delta V \%$, que discrepará poco del anteriormente obtenido, y con los que, calculada su media aritmética, se tendrá un valor que puede considerarse constante para su ulterior empleo.

PRACTICA DE LA OBTENCION

Régimen relativo.

Realizado el tiro y recogidos por los observadores los impactos (se precisa un perfecto enlace radio-telefónico entre piezas y observadores), cuyo número de pieza y orden les habrá sido comunicado desde la posición y disparo a disparo, se procede, dentro de la agrupación producida por cada pieza, a la determinación del respectivo centro de impactos.

Para ello, en papel milimetrado y en escala lo mayor posible, se sitúan la posición, el blanco y los extremos de la base, para desde ellos, y por trisección directa (necesidad de puntería directa), determinar, en función de las observaciones recogidas, la posición de cada impacto.

Obtenidos sobre el papel los impactos de cada grupo, que conviene representar con colores distintos

para evitar confusiones, se procede a determinar la distancia de cada impacto (determinación que también pudiera hacerse analíticamente) a la pieza, para, hallando su media aritmética, obtener la distancia del correspondiente centro de impactos.

Obtención con tablas numéricas
(obús Vickers 105/22)

1.º Supongamos, pues, que la distancia a que se tira es la de 4.700 metros, con un ángulo de situación de 30° y supuesta empleada la tercera carga. Con tales datos se hacen varios disparos, obteniendo con un ángulo de tiro de 410° varios impactos en la zona a 4.700 metros.

2.º En su consecuencia, con tal dato de ψ y habiendo tomado cuantas precauciones precedentemente apuntábamos, realizamos un grupo de 12 disparos por pieza, obteniendo como medias de las observaciones hechas, los siguientes resultados:

- 1.ª pieza $X_1=4.500$ m. $\epsilon_1=28$ $h_1=125$ m.
- 2.ª pieza $X_2=4.580$ m. $\epsilon_2=28$ $h_2=130$ m.
- 3.ª pieza $X_3=4.620$ m. $\epsilon_3=30$ $h_3=137$ m.
- 4.ª pieza $X_4=4.540$ m. $\epsilon_4=28$ $h_4=127$ m.

3.º El ψ empleado ha sido de 410°, y si se elige como pieza base la primera, se tendrá que el correspondiente centro de impactos C_1 , situado a la dis-

tancia de 4.500 metros; tiene un ϵ de 28°; siendo, por tanto, el alza de $410 - 28 = 382^\circ$, con la que la primera pieza batiría el punto C_1 .

4.º Determinemos, pues, los ángulos de tiro tabulares correspondientes a cada centro de impactos, que serán:

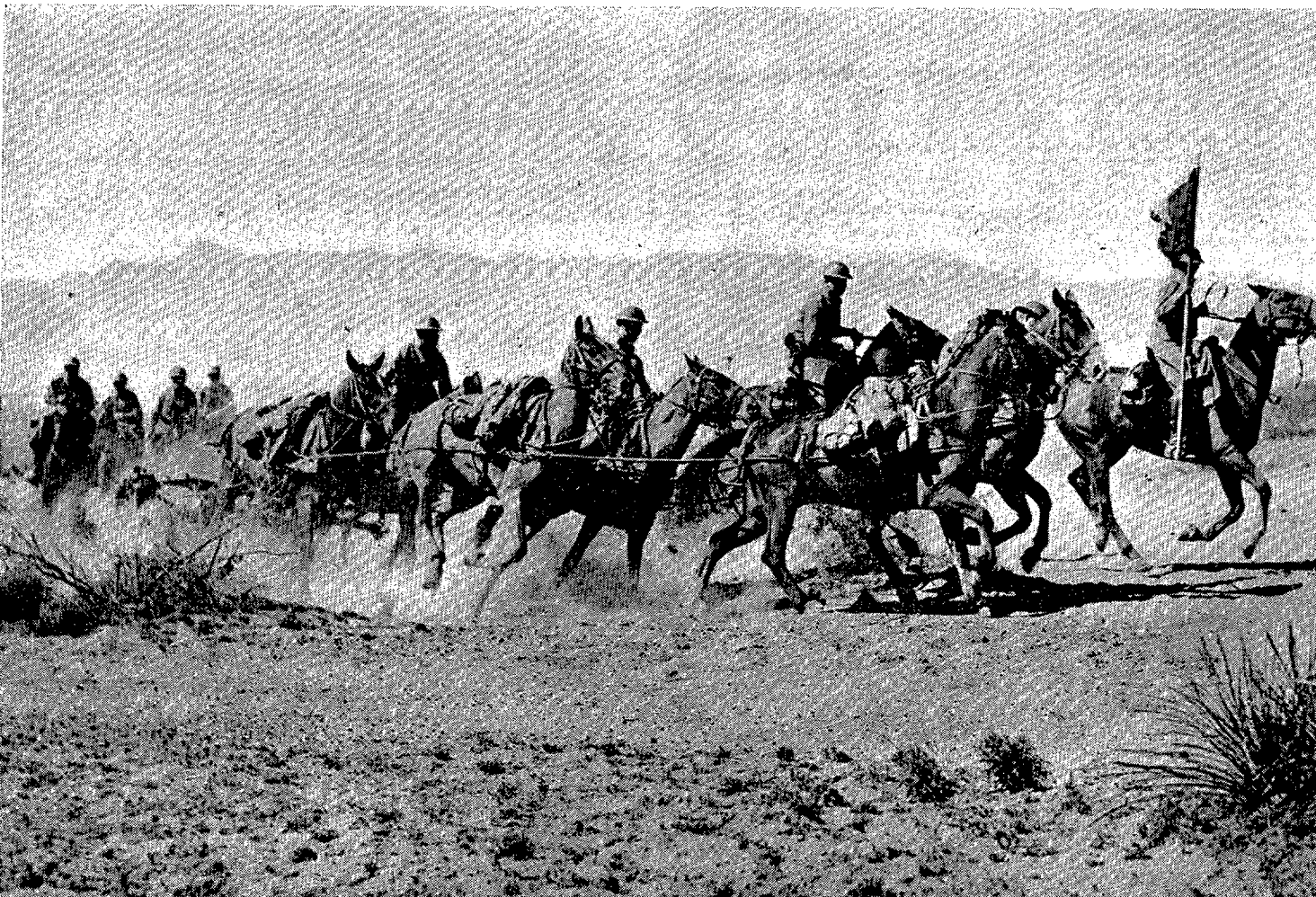
- 1.ª pieza $\psi_1 = \alpha_1 + \epsilon_1 = 358,5 + 28 = 386,5$
- 2.ª pieza $\psi_2 = \alpha_2 + \epsilon_2 = 367,6 + 28 = 395,6$
- 3.ª pieza $\psi_3 = \alpha_3 + \epsilon_3 = 272,5 + 30 = 402,5$
- 4.ª pieza $\psi_4 = \alpha_4 + \epsilon_4 = 362,9 + 28 = 390,9$

5.º Si con tales datos restamos del ángulo de tiro tabular de la primera pieza (pieza-base) los correspondientes a los de las segunda, tercera y cuarta piezas, obtendremos con su propio signo la corrección $\Delta\psi$, que sería necesaria introducir en los ψ de tales piezas para superponer sus respectivos centros de impactos con el de la primera; en su consecuencia, tendremos:

- 2.ª pieza $\Delta\psi_2 = 386,5 - 395,6 = -9,1$
- 3.ª pieza $\Delta\psi_3 = 386,5 - 402,5 = -16,0$
- 4.ª pieza $\Delta\psi_4 = 386,5 - 390,9 = -4,4$

6.º Si ahora buscamos en la tabla de tiro, en correspondencia del valor del alza (382°) empleada en el tiro de la pieza-base, la corrección en alcance que corresponde a las variaciones de $\Delta\psi$ obtenidas, tendremos:

De Norteamérica.



Traslación del punto de caída en alcance por variación de $1^\circ = 7,6$ metros;

luego a $\begin{cases} \Delta\psi_2 = -9^\circ 1 \\ \Delta\psi_3 = -16^\circ 0 \\ \Delta\psi_4 = -4^\circ 4 \end{cases}$ corresponden $\begin{cases} \Delta X_2 = -69,16 \text{ m.} \\ \Delta X_3 = -123,6 \text{ m.} \\ \Delta X_4 = -33,44 \text{ m.} \end{cases}$ derán ..

7.° Tales valores nos proporcionarán los de ΔV , en la tabla que da las correcciones en alcance por variaciones de la velocidad inicial, en correspondencia al alza de la pieza-base, pues bastaría determinar el ΔX que a la distancia empleada (4.700) corresponde a una variación de V de 1° . Es decir: ΔX que a 4.700 produce una variación de $1^\circ = 17,8$.

$$\Delta V_2 = \frac{-69,16}{17,8} = -3,8$$

$$\Delta V_3 = \frac{-123,6}{17,8} = -6,9$$

$$\Delta V_4 = \frac{-33,44}{17,8} = -1,8$$

que expresados en por cientos serán:

$$\Delta V \% = -100 \frac{3,8}{303} = -1,25 \%$$

$$\Delta V \% = -100 \frac{6,9}{303} = -2,27 \%$$

$$\Delta V \% = -100 \frac{1,8}{303} = -0,59 \%$$

Obtención con tablas gráfico-numéricas (cañón 75/27).

1.° Supuesto realizado el tiro en la misma hipótesis del ejemplo precedente, tendríamos como ángulo de tiro utilizado para la obtención de los centros de impactos, el de 292° , y como alza, con la cual la primera pieza produciría impacto sobre C_1 , la de $\alpha_1 = 292 - 30 = 262^\circ$.

2.° Si hacemos las diferencias

$$\left. \begin{aligned} \Delta X_2 &= 4.500 - 4.580 = -80 \\ \Delta X_3 &= 4.500 - 4.620 = -120 \\ \Delta X_4 &= 4.500 - 4.540 = -40 \end{aligned} \right\} \text{ y } \left\{ \begin{aligned} \Delta h_2 &= 125 - 130 = -5 \\ \Delta h_3 &= 125 - 137 = -12 \\ \Delta h_4 &= 125 - 127 = -2 \end{aligned} \right.$$

3.° Obtendremos mediante los ábacos Δi_{100} e Δi_{10} en correspondencia a la distancia de 4.500 y desnivel de 125 metros, los valores de Δi que para variar X en 100 metros y h en 10 metros será preciso introducir en el ángulo de tiro, dando

$$\Delta i_{100} = 8^\circ \text{ y } \Delta i_{10} = 2^\circ,25$$

4.° Con tales valores llegaremos a determinar los que en ángulo de tiro será preciso modificar los de las segunda, tercera y cuarta piezas, para superponer sus c. d. i. con el de la primera; valores que serán:

$$\Delta i_2 = -80 \frac{8}{100} + \left(-5 \frac{2,25}{100} \right) = -6,4 - 0,1125 = -6,51$$

$$\Delta i_3 = -120 \frac{8}{100} + \left(-12 \frac{2,25}{100} \right) = -9,6 - 0,27 = -9,87$$

$$\Delta i_4 = -40 \frac{8}{100} + \left(-2 \frac{2,25}{100} \right) = -3,2 - 0,045 = -3,24$$

5.° Con tales valores, resultará evidente que si las piezas hubieran tirado con los siguientes datos:

$$\begin{aligned} 1.^a \text{ pieza } \alpha_1 &= 262 & \epsilon_1 &= 28 \\ 2.^a \text{ pieza } \alpha_2 &= 262 - 6,51 = 255,49 & \epsilon_2 &= 28 \\ 3.^a \text{ pieza } \alpha_3 &= 262 - 9,87 = 252,13 & \epsilon_3 &= 28 \\ 4.^a \text{ pieza } \alpha_4 &= 262 - 3,24 = 258,76 & \epsilon_4 &= 28 \end{aligned}$$

se habrían obtenido con todas el mismo c. d. i. C_1 .

6.° Luego, viendo frente al alza empleada (262) las correcciones que en alcance corresponden por variaciones del ángulo de tiro de $6^\circ,51$, $9^\circ,87$ y $3^\circ,24$, que son 67,35 metros, 103,63 metros y 34,02 metros, respectivamente, tendremos para valores de ΔV %, utilizando el ábaco ΔX_v , los siguientes:

$$\begin{aligned} 2.^a \text{ pieza } \Delta V_2 \% &= 1,5 \% \\ 3.^a \text{ pieza } \Delta V_3 \% &= 2,6 \% \\ 4.^a \text{ pieza } \Delta V_4 \% &= 0,8 \% \end{aligned}$$

Los valores de ΔV % son todos positivos, puesto que los de Δi para las segunda, tercera y cuarta piezas son todos negativos y tales piezas tuvieron más alcances que la primera.

Régimen absoluto.

Supongamos la experiencia hecha con una pieza Vickers de 105/22 y que la distancia topográfica calculada ha sido de 2.780 metros, así como que los datos atmosféricos del momento fueron:

$B = 764 \text{ mm.}; T = +16^\circ; \Delta P = 0; \Delta p = 0, t = +16^\circ$, un viento de 3 m/s con una inclinación respecto a $L. T.$ de 100° y un ángulo de situación de $(-22')$.

Realizada la corrección de tiro, o bien determinando en un grupo de 8 a 12 disparos la posición del C. d. i. y, en su consecuencia, el valor de ángulo de tiro corregido, que supongamos sea de $10^\circ 26'$, tendremos:

$$\begin{aligned} \psi_c &= 10^\circ 26' \\ \epsilon &= -22' \end{aligned} \left\{ \begin{aligned} \alpha_c &= \psi_c - \epsilon = 10^\circ 48' \text{ de donde} \\ X_c &= 2.835,7 \text{ metros y } \Delta X_v = \Delta X - \Sigma \Delta X \\ &= (2.835,7 - 2.870) - \Sigma \Delta X = 55,7 - \Sigma \Delta X. \end{aligned} \right.$$

Valor éste fácilmente deducible en las tablas de tiro, al utilizar las distintas tablas de correcciones, siempre en correspondencia de la distancia empleada (2.780), las que nos proporcionarán:

$$\left. \begin{aligned} \text{Viento} &= 3 \text{ m/s } \left\{ \begin{aligned} W_e &= 3'' C_{we} = -21,6 \\ W_n &= 0'' C_{wn} = 0 \end{aligned} \right\} C_w = -21,6 \\ V-LT &= 100^\circ \left\{ \begin{aligned} C_p &= 0 \\ C_p &= 0 \end{aligned} \right\} \\ \Delta p &= 0 \dots \dots \dots C_p = 0 \\ \Delta P &= 0 \dots \dots \dots C_p = 0 \\ B &= 764 \frac{\text{mm}}{\text{m}} \left\{ \begin{aligned} \Delta \delta &= +0,015 \dots \dots \dots C_\delta = +6,84 \\ T &= +16^\circ \left\{ \begin{aligned} \Delta V &= 0 \dots \dots \dots C_t = 0 \end{aligned} \right. \end{aligned} \right. \end{aligned} \right\} \left. \begin{aligned} \Delta X_c \\ \Delta X_v \end{aligned} \right\} = -14,7$$

Luego $\Delta X_v = 55,7 + 14,7 = 70,4$ metros; valor que en la tabla que da las correcciones en alcance por variaciones de la velocidad inicial nos proporciona un $\Delta V = -5,82$, que da para ΔV % de la pieza que se emplea

$$\Delta V \% = -100 \frac{5,82}{303} = -1,92 \%$$

Libros de ayer

E. Coronel de Artillería
JORGE VIGÓN



Que todo es burla, si no leña seca para quemar, caballo viejo para cabalgar, vino añejo para beber, amigos ancianos para conversar y libros viejos para leer.

(Del Rey de Aragón Don Alfonso V.)

Discurso / del capitán / Cristóbal Lechuga, / en que trata del cargo de / Maestro de Campo General, y de todo lo que de / derecho le toca en el Ejército. / Dirigido / al Rey Nuestro Señor. / En Milán, Por Pandolfo Malatesta, Impressor Reg. Cam. M.DCIII. / Con licencia de los superiores. / — Un vol. de 234 págs. en 4.º

(El ejemplar examinado pertenece a la Biblioteca del antiguo palacio del Senado.)

ALMIRANTE estima de tanto precio esta obra de D. Cristóbal Lechuga, que, a su juicio, casi hubiera servido, cuando escribía — hacia 1868 —, de guía para un Jefe de Estado Mayor General.

No de tanto, pero sí de alguna utilidad y enseñanza, puede ser la lectura de este libro a cualquiera que haya de gobernar tropas, si el leerlo le mueve a reflexión; sin cuya precisa condición toda lección es ociosa, y perdido el tiempo que en ella se emplee.

No se encontrarán en él, ciertamente, bellezas de dicción; el autor se da cuenta de su incapacidad en este punto y deja a los lectores *el suplimiento de lo que no le enseñaron la Dialéctica y la Retórica, por no haberlas oído en escuelas; y este poco, para que demás de enmendarlo sirva de que otros sobre ello escriban mucho.*

Debió de faltarle el tiempo para estudios meramente literarios. Había nacido en Baeza, acaso hacia 1557; con lo que si la fecha no estaba equivocada, como Almirante pretende, tendría Lechuga diecisiete años cuando se presentó en Flandes, recomendado a Sancho de Avila, para servir en el Ejército de D. Luis de Requesens. Al contestar a quien se lo recomendaba, escribía aquél estas proféticas palabras: "el mozo es resuelto y entendido; dile plaza en Artillería y pareceme que, andando el tiempo, ha de venir a mandarla: con tal afición le veo aplicado al estudio de Collado".

La gobernó, en efecto, con acierto; ejerció el mando de otras tropas; fué herido varias veces. La Artillería le debió algunas mejoras; la fortificación aprovechó sus iniciativas; la literatura militar le debe dos obras muy señaladas: el famoso *Discurso de la Artillería*, que vino a suplantar en la enseñanza de los artilleros, mejorándola, a la *Plática Manual* de Collado, donde él había adquirido los primeros conocimientos de la facultad; y este otro del *Maestro de Campo General*, que ahora tenemos entre manos.

Como autorizando el libro, encabézanlo nada menos que cuatro *aprobaciones*: la del Coronel Cristóbal de Mondragón, fechada en Amberes en 1593; la del Conde de Mansfelt, del mismo año, en Bruselas; la del Coronel Francisco Verdugo, hecha en la Villa de Ibues en 1595, y la del Señor de Rone, Mariscal de Francia, en Bruselas, en 1594.

Las cuales, por venir de capitanes de reconocida pericia y de sólida reputación militar, subrayaban con su garantía un aviso que atinadamente incluye el autor en su "declaración del discurso": *Advierto a todos — dice — que el arte militar consiste en opiniones; y que la mayor parte de los efectos que en él se ofrecen, por las que se toman en los consejos se ponen en ejecución, para que entiendan que en la guerra se han de arrimar y seguir las de los más experimentados* (pág. 24).

El nombre de *Maestro de Campo General* comenzó a emplearse entre nosotros después de que la Casa de Borgoña se juntó a la de España; su persona es la segunda después de la del General. Por ello la elección requiere exigencias muy estrechas: *Siendo el cargo y oficio de Maestro de Campo General (después del del Generalísimo) el más preeminente de un Ejército, requiere gran consideración en la elección de la persona que le debe ejercitar; procurando, cuando sea posible, que sea de vida ejemplar, muy cristiano, temeroso de Dios, de claro juicio y experiencia, como espejo y blanco donde todos han de poner la mira, para imitar sus costumbres y acciones, de donde, sin duda, depende la buena disciplina militar* (pág. 31).

Y en otro lugar (pág. 194) dice a este respecto: *Cuán dificultoso sea a quien se pone a tratar del cargo de Maestro de Campo General en un Ejército, y de todo lo que le toca en él, saberlo hacer (dejando aparte todas las autoridades que tocan al General de él, como supremo) es cosa, que se debe dejar la juzgue persona que sea soldado, diciendo solamente no ser menos importante en un Ejército el Maestro de Campo General, que el General; y que la autoridad de los dos es tan conjunta, que con dificultad (queriendo poner aparte lo que toca al Maestro de Campo General) lo hará persona, por muy plático que sea en cosas de guerra, sin tropezar en algunas de la suprema autoridad; cosa que se echará bien de ver por lo que dijo el Duque de Alba (maestro el mayor de nuestros tiempos) tratando de este cargo de Maestro de Campo General, y de lo que le tocaba hacer, respondiendo a los que se lo preguntaban, que fué decir: juntos, yo y Chapín Vitelo (que era el que tenía este cargo) hacemos un Maestro de Campo General, y apartados, ninguno de los dos lo hará como se debe; y por lo que declara el Señor de Ravastein en los discursos militares que hizo a su Príncipe el Emperador nuestro Señor, y D. Bernardino de Mendoza en su tratado de Theorica y práctica de guerra que dirigió al Príncipe nuestro Señor, dice, hablando de este cargo de Maestro de Campo General, no poderlo ejercitar persona que no sea soldado muchos años, y experiencia, porque ha de ser voz viva y alma del General, que la da al Ejército si es soldado, y no lo siendo, para haberlo de ser, el Maestro de Campo General con sus acciones de alma, y viveza a las del General, y tanto que se vendrá a tener por soldado el General, aunque realmente no lo sea, afirmando que los hombres pueden nacer Generales, y no Maestros de Campo Generales...*

El objeto del libro es poner en claro lo que toca hacer al *Maestro de Campo General*, que, en esencia, son cuatro cosas:

- saber alojar su Ejército,
- marchar con él,
- disponerlo bien a la batalla y
- mantenerlo en justicia.

Alojarlo y marchar lleva consigo conocer el terreno (pág. 35), aderezar caminos, establecer comunicaciones (pág. 37) y proveer a su avituallamiento (pág. 47); regular los bagajes (página 39), poseer información acerca del enemigo (pág. 52) y disponer el atrincheramiento



EN MILAN, Por Pandolfo Malaesta, Impressor Reg. Cam. M. DCIII.
Con licencia de los Superiores.

de los *cuarteles*, o, cuando menos, de la artillería y de las municiones (pág. 47).

Para formar el Ejército en orden de batalla, tiene la facultad de disponerlo a su saber, distribuyendo los Mandos en forma *que cualquier trozo o miembro de Ejército lo da en gobierno a quien le parece*, y una vez hecho esto, *forma los Escuadrones a su gusto* (pág. 56); operación ésta para cuya ejecución da minuciosas instrucciones, ofreciendo en setenta y una páginas (101 a 172) reglas y tablas para formar hileras, trozos y Escuadrones de una a seis veces más de frente que de fondo, y al contrario (1).

Por cierto que entre las normas de conducta que señala para el Maestro de Campo hay una en la que comienza a perfilarse el papel, que hasta a los más modernos reglamentos ha llegado, del Comandante de la Artillería: *Si el cuartel — dice (pág. 42) — se hubiese atrincherado habiéndose de poner artillería, mirará con el General de ella en qué puesto estará mejor, porque aunque ha de ser General en todo, estará más en ello el de Artillería, y sabrá dónde hará más efecto un cañón, dónde más de una culebrina, y así las demás...*

Era la de administrar justicia, civil y criminal, en el Ejército, en el nombre del Príncipe o de su lugarteniente, que es el General (pág. 195), la cuarta de las funciones que Lechuga señala como de la competencia del Maestro de Campo General; pero no la cuarta en importancia, porque, a decir verdad, en un Ejército, de todas las virtudes es la justicia la que *lo conserva en paz y sosiego, haciendo conocer a los que lo siguen el bien y el mal*. Y eran en este aspecto tan amplias sus facultades, que podía por sí imponer la pena capital cuando el caso lo pidiera, pues *la severidad usada, con razón, en la guerra, no hace a los soldados menos gloriosos que las victorias, y ninguna Compañía de hombres puede durar unida en sí, si no se castigan los malos* (pág. 48).

Pero la severidad no es lo mismo que un humor cruel, pues ... *aquél se llamará digno, que con su mandar no traspasase las señales de la benignidad humana, y hiciese las cosas*

(1) La operación de formar los Escuadrones resultaba tanto más complicada cuanto más irregular era su forma, y mucho más cuando había de componerse de gente de diferentes tercios y naciones, por haber de deshacer todos en tal caso su formación particular, para entrar interpoladamente, previo el recuento de gente y clasificación de armas, en la formación común. Por lo regular, el procedimiento consistía en colocar una base como de cinco hombres de frente y otros cinco de fondo, y aumentar sobre ella nuevas filas, hasta apurar la gente disponible, con un hombre más en cada costado, desde la primera de la base; a la distancia, común para todas las formaciones, de tres pies de hombre a hombre y siete de fila; de cuya práctica provino la conveniencia del bastón, o más bien palo de cuatro palmos de longitud, que el Sargento mayor y sus Ayudantes usaban para medir o rectificar prontamente estas distancias, y las que debían resultar después de estrechadas para cerrar con el enemigo o esperarlo.

De aquí que el bastón viniera a considerarse como insignia de mando y como distintivo, en modo tal que Lechuga escribe: *para que todos le conozcan por Maestro de Campo General, no ha de andar sin su bastón en la mano, que al que más le toca traerlo fuera del General es a él* (pág. 49).

con aquella moderación y sagacidad del ánimo que se debe, para que no sólo el que manda, sino el que hubiere de obedecer quede contento (pág. 50).

Tenía el Maestro de Campo ciertos gajes o beneficios, derivados de los derechos que estaba autorizado a percibir de las *boticas públicas* (tiendas) establecidas en los campamentos; pero, con excelente juicio y muy justo concepto del decoro militar, quedábanle vedados otros aprovechamientos, cuya tentación, a lo que se ve, no faltaba tampoco entonces. Por lo que D. Cristóbal advertía cuerdamente que no debería *recibir dineros ni cosa de valor de ninguna persona, ciudad, villa ni pueblo*; pero como en algunos casos, siguiendo este criterio con rigidez, pudieran los que lo ofrecen ofenderse, por tratarse de una costumbre antigua, y admitida como normal, sería entonces lícito *aceptarlos en no siendo de mucho precio*; pero, en todo caso, *lo mejor y más honroso para el cargo y su persona sería no tomar cosa* (pág. 95).

Preocupaba a nuestro D. Cristóbal que el Maestro de Campo gozara de buen concepto y de crédito; pero interesábase más que fuera lo que con bella expresión dice Pulgar de los mejores de sus biografiados; quería Lechuga que el *Maestro de Campo* fuera no sólo correcto en la apariencia, en el exterior y en la forma, sino, y sobre todo, que fuera *hombre esencial*; son muchos y muy atinados los consejos y las advertencias que a tal fin endereza a sus lectores; pero sobre todos, por su amplitud, por su sutileza y trascendencia, llama la atención del lector este que parece bien transcribir aquí:

Y porque algunos, puestos en cargos, se hinchan, ensoberbecen, hacen arrogantes y mal acondicionados (y a la fin, grandes necios), por ser más difícil saberse regir los hombres en las cosas prósperas que en las adversas, lo que dicen nace de que en las adversas tienen más ocasión de ser humildes, de conocer que hay Dios y conocerse a sí (mismos), ... especialmente si caen en la regla general que hay entre los hombres, que los que de bajos principios suben, y con no pensada prosperidad llegan a poseer grandes estados, riquezas y cargos, no saben regirse con tanta moderación, en el tiempo de su felicidad, como hacen en el de su adversidad, porque la prosperidad les ciega de tal manera los sentidos, que, dejando de conocerse y verse bien, vienen a ponerse de manera que les parece (y lo dan a entender, que es lo peor) que todo el mundo es suyo, de lo que estará seguro el Maestro de Campo General que echare de ver que, de suyo, no tiene otro bien, si no es ser criatura, ni otro mal, que si no conoce ser hombre mortal, como los demás, sujeto a peligros y aflicciones que pueden suceder al más cuitado, pobre, desnudo, necesitado, y al más desamparado de los mortales, y tomare por remedio para huir de caer en lo dicho (que es lo que yo pretendo y querría) el vivir de tal manera, como si se hubiese de morir cada día, dando en todas las cosas la honra a Dios, dejando a cada uno lo que es suyo, conociéndose a sí mismos con abrazarse con la humildad; porque así como sin luz no podemos ver los colores, así sin ella no podemos ver las virtudes que nos faltan, ni los vicios que nos sobran, gozando de la prudencia que es tan loable, tratando siempre con personas cuya conversación y trato pueda antes aprovecharle que dañarle, por lo que debe mirar bien las que trae junto a sí, las con quienes conversa a menudo, y todas las con quien trata (pág. 191).

Pero para ser cabal Maestro de Campo, como para ejercer debidamente un mando militar cualquiera, preciso será que a estas cualidades humanas se sumen aquellas otras de ciencia y de saber que el Capitán Cristóbal de Virués expone en el soneto que al principio del libro (pág. 33) se inserta, dirigido "al soldado noble":

Podrás, con obediencia y sufrimiento,
en las escuelas del famoso Marte
de honrosas laureolas coronarte,
noble varón de noble pensamiento;
podrás, siguiendo con heroico intento,
tu valor natural desnudo de arte,
alta y gloriosamente señalarte,
a tus deseos dando excelso asiento;
pero alcanzar como Lechuga alcanza
los casi incomprensibles menesteres
que encierra en sí la militar grandeza,
nunca podrás, no tengas esperanza,
si de ciencias cual él no enriquecieres
tu valor, tu deseo y tu nobleza.

DETECCION del Gas



Teniente Coronel de Infantería. JOSÉ FERNANDEZ BACORELL

ENTRE los diversos problemas que la guerra química presenta, no sólo al elemento militar que ocupe las trincheras del frente, sino también a la población civil, figurá en un primer plano la detección, es decir, aquellos métodos basados en procedimientos científicos que nos proporcionan "el conocimiento de las sustancias químicas empleadas por el enemigo y aun su concentración en la atmósfera tóxica".

En la guerra se utilizarán probablemente los gases ya usados en la de 1914 a 1918; aquellos otros que, si bien conocidos entonces, no fueron empleados por diversas causas; otros que ahora ignoramos, por guardarse sobre ellos el más absoluto secreto; algunos cuerpos que ya se precónizan, por ejemplo:

— El doctor Cady, de Clifton (New-Jersey), en los laboratorios de Massachusetts Institute of Technology, efectuaba investigaciones sobre los compuestos de fluor; después de producirse una formidable explosión, hizo pasar el gas a una solución fría, diluída, de ácido nítrico, encontrando un cuerpo totalmente diferente y de triple acción: 1.º, produce, empleado en nubes, crisis violentas de tos y la muerte por asfixia; 2.º, si la víctima se traslada a un lugar no infectado, la potencia

tóxica del gas se acrecienta al respirar el aire puro, y 3.º, puede usarse como explosivo, siempre que lo sea en concentración suficiente (I).

- Madame Woker señala el isocianuro de cacodilo, unión del radical isocianógeno (NC con el cacodilo $(\text{CH}_3)_2 \text{As}$), que tiene una penetración igual al grupo de gases Cruz Azul (irritantes) y la toxicidad del grupo isocianógeno; dícese de él, que una sola inhalación causa la muerte (II).
- Bombas de fósforo con petróleo para propagar los incendios; y
- Petróleo con tetraetilo de plomo, $\text{Pb}(\text{C}_2\text{H}_5)_4$, o con dietilo de telurio, $(\text{C}_2\text{H}_5)_2 \text{Te}$, que llega a ser tóxico potentísimo.

Los trabajos sobre los agentes químicos de guerra serán encaminados a encontrar nuevos cuerpos tóxicos, medios curativos y adecuada protección; esta nueva arma obligará quizá a salir de las trincheras y frentes estabilizados a los Ejércitos combatientes a luchar en campo abierto.

Aparte de la acción defensa antiaérea, en la cual, además de los medios conocidos ya, se indican las ondas hertzianas, que constituyan algo como cables eléctricos, por los que se

pueda llegar a la destrucción del avión; las ondas ultracortas, que causarían (corrientes de Foucault) la fusión de partes metálicas del mismo, y, en fin, procedimientos que obtengan la paralización del motor; es interesante, en todo caso, el conocer primero la presencia de los aparatos atacantes lo más pronto posible, dado el tiempo necesario en la transmisión de órdenes, y después, la clase de agente químico que emplean.

Vamos, pues, a tratar de la *detección*. Ello es interesante, pues toda clase de protección tiene como base: el conocimiento del instante en que ha de empezar a usarse (en los vesicantes precisa incluso el límite de la zona peligrosa); el del agente químico empleado y el momento en que la atmósfera es ya nuevamente respirable. *Detectores* rápidos (dar el tiempo necesario para protegerse), muy sensibles (señalar débil cantidad de gas), fuertes, sencillos, prácticos, manejables, polivalentes y aun específicos, son las condiciones que han de reunir.

El estudio teórico de la *detección* (III) permite, por ingeniosos procedimientos, obtener la fórmula $C = f(v. g.) \cdot (T)$, en la que representan:

C: concentración molecular del cuerpo coloreado.

f (v. g.): función creciente de la concentración del gas en el reactivo.

(T): función creciente del tiempo.

No olvidando la ley: $Clim = K(v. g.)$, siendo K la constante de equilibrio variable con la temperatura. Todo ello para: 1.º, descubrir la presencia del tóxico en la atmósfera; 2.º, saber si la concentración es superior o inferior a su iniciación de toxicidad, y 3.º, medir aproximadamente su concentración.

Los métodos *directos* o *fisiológicos* de la detección son:

OLFATO. — Es, indudablemente, el más interesante y el de mejores resultados prácticos cuando la operación es efectuada por especialistas (químicos, farmacéuticos...) o por personal instruido y de olfato sensible. Recordemos algunos olores:

Acido cianhídrico, almendras amargas; bromo, picante; cloropicrina, acre especial; cloro, olor característico; difenilcianarsina, ácido cianhídrico; difosgeno, desagradable, recuerda al fosgeno; etildicloroarsina, etéreo, débil a frutas; fosgeno, desagradable, hojas podridas; iperita, ajo, mostaza; lewisita, geranios.

En cuanto a la **VISTA** (tómense las medidas de protección al observar la presencia de nubes de gas, aerosoles de arsinas o humos), **GUSTO** (mal sabor del tabaco por el fosgeno) y **OIDO** (silbido que produce el agente químico al salir de las botellas), son métodos de limitado empleo y resultado aleatorio.

Y prescindiendo ahora de la división de los *detectores*, según tengan por base dispositivos físicoquímicos (el tóxico sirve para modificar un equilibrio o régimen eléctrico, dando origen a una corriente que acciona un timbre, lámpara eléctrica u otro fenómeno físico) o solamente químicos (el gas agresivo actúa modificando el color o el estado de un reactivo), expondremos la clasificación de los detectores siguiendo la generalmente admitida de los gases de guerra.

TOXICOS GENERALES

OXIDO DE CARBONO (CO).

a) **Toxímetros.** — Funcionan debido al calor desarrollado en la combinación del óxido de carbono con el oxígeno, mediante el empleo, como catalizador del negro de platino.

Se componen de un tubo en U, con líquido coloreado, y que termina por sus dos ramas en dos ampollas (esferas), una de ellas con el catalizador citado. En la graduación de una planchita adosada al tubo puede apreciarse la cantidad de tóxico por la elevación de la columna (calórico). Necesitan ser verificados por sufrir alteraciones (II). Otros toxímetros llevan en la ampolla del negro de platino una gota de mercurio, que la dilatación del aire impulsa, poniendo así en comunicación dos contactos de platino que hacen sonar un timbre o encender una luz.

b) Empleando la *hopcalita* — cuerpo compuesto de: bióxido de manganeso, el 50 por 100; óxido de cobre, el 30;

óxido de cobalto, el 15, y óxido de plata, de un 5 por 100 — como catalizador, el termómetro permite, viendo el exceso de temperatura sobre la del agua (base, la ebullición) determinar la cantidad de CO (III).

c) El utilizar animales (ratones-pájaros) no proporciona datos exactos, pues en cada caso obra el CO de distinta manera, según se ha comprobado experimentalmente. Así, en un grupo (II) de 12 canarios expuestos en una atmósfera a 2 milésimas: 5 fueron intoxicados a los dos minutos; 3, a los tres minutos; tres, a los seis minutos, y 1, a los treinta y cinco minutos. Por otra parte, de 6 ratones sometidos a igual toxicidad, dos sucumbieron a los seis minutos; 3, a los doce, y 1, a los cuarenta.

El margen de seguridad es tan incierto, o por lo menos tan reducido, que no es posible aceptar este procedimiento.

d) **Examen espectroscópico de la sangre.** — Gran parte de la oxihemoglobina se convierte en carboxihemoglobina en presencia del óxido de carbono, bastando un 0,5 por 100 de CO en la atmósfera para que aquella (IV) llegue a un 30 por 100 de la hemoglobina.

La oxihemoglobina da dos bandas de absorción, situadas en la (V) región amarilloverdosa del espectro, entre las rayas D y E; más oscura y estrecha la más próxima a la D que la otra. Tratadas por un reductor (sulfuro amónico, por ejemplo), las dos bandas se funden en una sola, ancha, situada entre las dos anteriores — banda de Stokes.

La carboxihemoglobina da también las dos bandas de absorción citadas; pero tratadas por los agentes reductores, no producen la de Stokes, como la oxihemoglobina.

Puede determinarse así: 1/20.000 de CO en la atmósfera.

e) **Papel al cloruro de paladio.** — Se prepara (II) sumergiéndolo en una solución al 1 por 100 de paladio, dejándolo secar. Toma una coloración gris más o menos fuerte, según la concentración, al cabo de dos a tres minutos, pudiendo llegar a ser casi instantáneo tratándose de 1/1.000. Tiene la ventaja de ser específico.

Así, el avisador alemán, el inglés, el de Potin...

f) **Reactivo yodosulfúrico** (método del profesor Desgrez). — Anteriormente, además del reactivo, figuraba la piedra pómez; pero por experiencias de la estación de ensayos de las Hulleras de Francia (Montluçon), se ha sustituido por un gel de sílice y construido asimismo el aparato detector completo. La reacción $5 CO + 1_2O_5 = 5 CO_2 + 1_2$ permite que el yodo, libre de coloración azulverdosa con el ácido sulfúrico, pudiendo decirse, si ésta no aparece al cabo de minuto y medio, que el gas es inferior a 0,5/1.000. Análogamente, el aparato americano.

g) **Aparato Siemens-Halske.** — Un hilo de platino calentado al (VI) rojo-sombra por una corriente eléctrica. Al circular a su alrededor el aire con CO, el calor desarrollado produce variaciones en la aguja de un galvanómetro.

ACIDO CIANHIDRICO (H — C — N).

a) **Papel impregnado de sulfato de cobre al 1 por 100** (reacción de Schoenbein) (IV). — Para ser empleado, humedézcase en solución alcohólica reciente de guayacol. Vira a azul intenso y no es específica.

b) **Papel picrosódico de Grignard.** — Se prepara impregnándolo en ácido pícrico al 1 por 100; después de seco se humedece en solución al 1 por 100 de carbonato de sosa, secándolo nuevamente. El papel, de ligero color amarillo (II), vira a rojo (reacción isopurpúrica). Es lento, pero específico; requiere una conservación cuidadosa.

c) **Formación de azul de Prusia.** — Es método propio de laboratorio y no sirve para el terreno.

SOFOCANTES

CLORO (Cl₂).

a) Una pila especial polarizada (VII) con una lámpara o un timbre en su circuito. El cloro la despolariza, y así

puede actuar el elemento interpuesto; el procedimiento es un poco tardío. Puede añadirse un *detector* (Jaubert), que utiliza la acción ionizante de las partículas alfa del radium sobre las tóxicas. Así puede obtenerse una corriente que indica la concentración, por su sentido e intensidad.

b) Papel yoduroalmidonado. — Se impregna con: almidón, 1 gramo, cloruro de cinc, 2; yoduro de potasio, 2; agua, c. s. p. 100 c. c.

Para ello se disuelve el almidón en 50 c. c. de agua y se hace hervir. Después de filtrado y frío se le añaden las sales. Luego se mojan las tiras de papel, que necesitan estar húmedas al usarse. Vira a azul (yoduro de almidón).

Si se mojan en sulfocianato de amonio (higroscópico) y se conservan en tubos al abrigo de la luz, están siempre listas a usarse. Sensibilidad, 1/150.000 en volumen.

No es, desde luego, específico, pues actúa bajo la acción de diversos gases.

c) Papel de fluoresceína (V). — Fluoresceína, 0,2 gramos; bromuro de potasio, 30; potasa cáustica, 2; carbonato de sosa, 2; agua, c. s. p. 100 c. c.

El cloro desplaza al bromo, formando *eosina* (tetrabromuro de fluoresceína) y da coloración roja. Tampoco es específica y tiene una sensibilidad de 1/100.000.

d) Reactivo de Villiers y Fayolle. — Solución acuosa saturada de anilina, 100 c. c.; solución acuosa saturada de ortotoluidina, 30; ácido acético cristalizado, 30.

El toluol (metil benceno) deriva del benceno, sustituyendo un H por un metilo, $-\text{CH}_3$. Las toluidinas (V) derivan del tolueno, sustituyendo un H del fenilo por un amigdógeno, $-\text{NH}_2$.

Procedimiento menos sensible, pero específico, da un viraje a azul.

e) Una lámpara de gasolina (VIII) que arde con llama blanca bajo una tela metálica de cobre, toma un color verde en presencia del cloro (cloruro de cobre).

FOSGENO. — Oxicloruro de carbono (CO Cl_2).

a) Este gas produce (II) al contacto de una solución acuosa de anilina al 2 por 100 (reactivo de Kling y Schmutz), una combinación insoluble y cristalizada de difenilurea (urea o diamida carbónica, en la que se sustituyen dos H por dos radicales $-\text{C}_6\text{H}_5$).

b) Papel reactivo impregnado en (VIII): paradimetilaminobenzaldehído, 0,5; difenilamina, 0,5; alcohol de 95°, 10 c. c.

Vira de amarillo canario al oscuro. Sensibilidad, 1/100.000, no siendo específico.

BROMO (Br_2).

a) Papel impregnado en (II) una solución al 1/1.000 de dimetilfenilendiamina, diamina fenólica (II), en la que dos H de uno de los grupos $-\text{NH}_2$ ha sido reemplazado por dos metilos, $-\text{CH}_3$.

Bajo la acción del bromo da un anillo violáceo.

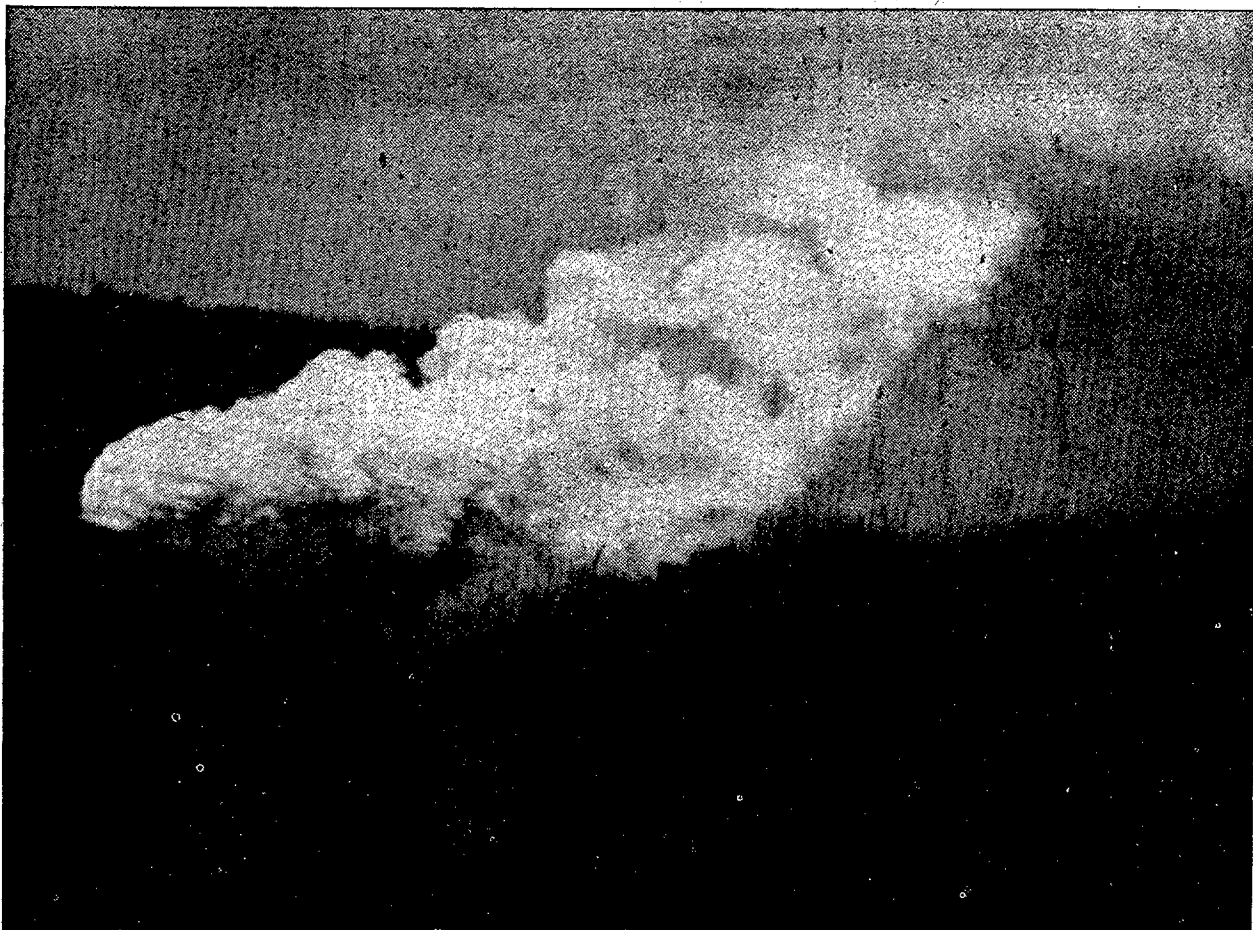
b) Papel reactivo de Denigés, que vira a rojo violeta. Esta coloración desaparece (Kohn-Abrest) con ácido clorhídrico, reapareciendo con agua. No es específico.

VESICANTES

IPERITA.—Sulfuro de etilo biclorado, $\text{S} < \begin{matrix} \text{C}_2\text{H}_4\text{Cl} \\ \text{C}_2\text{H}_4\text{Cl} \end{matrix}$.

Este cuerpo *no tiene detector* conocido. La Cruz Roja Francesa presentó a la Comisión Internacional de dicha Institución, reunida en Bruselas en 16 de enero de 1928, un informe (IX), en el que se proponía:

- la preparación y estudio de un abrigo ideal;
- la busca de un *detector de la iperita*;
- la investigación de los medios conducentes al saneamiento de víveres y aguas contaminadas, y
- organización de la protección por el servicio público.



El concurso abierto entre los químicos del mundo entero terminó sin éxito, sobre todo en lo referente al *detector de la iperita*, en 31 de diciembre de 1930.

Pueden, sin embargo, obtenerse datos útiles con los siguientes procedimientos:

a) **Reacción al yoduro de cobre coloidal (III).** — Yoduro de sodio, 20 gramos; sulfato de cobre al 7,5 gramos por 100, XL gotas; agua, c. s. p. 200 c. c.

Filtrese y añádanse 200 c. c. de solución de goma arábica a 1/3.

Primero da una solución coloidal, luego precipitado. Tiene una sensibilidad de 0,05 gramos por 1 metro cúbico de aire; y con aparato adecuado puede servir para *detectar* este gas en el suelo, tejidos, etc.

b) Un trozo de algodón, recubierto de gasa (III), se impregna en una solución de rojo de metilo al 0,05 por 100 en alcohol de 60°. Mojado en agua en el momento de empleo, vira a rosa.

c) **Aparato detector Draeger-Schoeter.** — Un tubo de cristal conteniendo gel de sílice, impregnado en una solución de permanganato (II).

La sílice (rosa) vira a castaño. Sensibilidad de 7 miligramos por metro cúbico de aire, tardando de tres a cinco minutos.

d) También he de mencionar el aparato detector de que se dotó a las secciones de defensa química de las Divisiones durante el Glorioso Movimiento Nacional, y que no describo por ser de uso conocido.

LEWISITA ($\text{CH Cl} = \text{CH} - \text{As} - \text{Cl}_2$).

Heliantina, 0,05; alcohol amílico, 100 c. c.

Heliantina (II) (sal sódica del ácido dimetilamidoazobenzosulfonatosódico). — Vira a rosa; pero tal coloración desaparece con el yoduro de cobre, lo que la diferencia de la iperita.

ESTORNUTATORIOS

ARSINAS

De procedimiento algo complicado para su captación; pudiendo señalarse para *detectar* el arsénico, en los compuestos arsenicales, los siguientes medios:

a) Hipofosfito de sodio, 20 gramos; agua, 20 c. c.; ácido clorhídrico puro, 200 c. c.

Da (III) precipitado castaño y luego negro.

b) Los citados compuestos, tratados por hidrógeno naciente, dan hidrógeno arseniado. Este, caliente y enfriado después rápidamente, forma en un tubo recorrido por el gas, un anillo gris, apreciándose la dosificación tóxica por una gama de anillos tipo.

c) Método de Sanger. — En el mismo caso anterior, el hidrógeno arseniado o arsenamina, As H_3 (fórmula análoga al amoníaco, NH_3 ; fosfamina gaseosa, Ph H_3 , y estibimina, Sb H_3) (II), al contactod el bicloruro de mercurio vira a marrón.

d) La *detección* del arsénico está basada en el viraje ulterior de una tira de papel, impregnada por un extremo en el reactivo yodomercúrico de Denigés y expuesta a vapores del hidrógeno arseniado.

Este viraje es amarillo, y posteriormente, a oscuro.

Reactivo: cloruro mercúrico al 5 por 100, 13,55 gramos; yoduro de potasio, 36 gramos; agua, c. s. p. 1.000.

Al precipitarse (III) yoduro mercúrico, añádase una pequeña cantidad de talco y filtrese.

Para preparar el hidrógeno naciente se introducen en un

frasco de unos 200 c. c. (V): ácido sulfúrico puro, 20 c. c.; granalla de cinc puro, 2 gramos; solución al 4 por 100 de sulfato de cobre (catalizador), II gotas.

DIFENILAMINOCOLORARSINA, $\text{NH} < \begin{matrix} \text{C}_6\text{H}_4 \\ \text{C}_6\text{H}_4 \end{matrix} > \text{As-Cl}$.

En solución sulfúrica vira a azul con ácido nítrico.

LACRIMOGENOS

CLOROPICRINA ($\text{CCl}_3\text{-NO}_2$).

a) El calor la descompone en fosgeno y cloruro de nitrosilo o ácido cloro nitroso, NO-Cl (II), al pasar el aire por un tubo de cuarzo caliente al rojo, detectándose el fosgeno con el papel paradimetilaminobenzoico.

b) Hiérvanse 2 centímetros cúbicos de solución alcohólica de potasa al 5 por 100 con un cristalito de timol. Una gota del gas (hirviendo de nuevo) hace virar a amarillo. Guillemand y Labat (III).

Y para terminar esta exposición del estado actual de la *detección de los gases de guerra*, añadiremos que la toma de aire (captación) puede hacerse por:

— Un frasco con una ranura en su tapón, para salida del aire (II) y atravesado por un tubo con una pera de goma para insuflar. En su interior, papeles de cloruro de paladio y acetato de plomo.

— El método de Labat y Dufilho, para arsinas (II), que consiste en un tubo de cristal de 7 milímetros de diámetro y 6 centímetros de largo, llevando interiormente sulfato de sosaanhidra en un espesor de 4 centímetros, entre tapones de algodón. El tubo va unido a un aspirador, como el que se indica a continuación.

— Un recipiente de agua de 50 litros, con grifo de entrada y salida de 33 c. c. por minuto, con funcionamiento para veinticuatro horas. Este aspirador va unido a varios tubos para reactivos diversos, como por ejemplo: papel picrosódico, ácido cianhídrico; papel cloruro de paladio, óxido de carbono; papel yoduro almidonado, cloro; solución acuosa de anilina al 2 por 100, fosgeno; solución de yoduro de sodio a 1/3 y reciente, iperita. Así fueron los modelos de Kling y Kohn-Abrest, colocados cada 500 metros sobre las trincheras del frente, en la Gran Guerra.

— Hay asimismo que tener especial cuidado — por las graves lesiones que pueden producir — con los alimentos.

— Se indica el uso de (II) colorantes Clark: azul de bromotimol, rojo de metilo y azul de bromofenol. Este último vira a verde en las harinas, indicando también la toxicidad el reactivo de Grignard y Rivat. Si el agua da coloración amarilla o azul con bromotimol o rosa con heliantina (todos ya citados), no es propia para consumir.

En la pasada contienda mundial (1914-18) ninguna sustancia (VIII) dió resultado plenamente satisfactorio. Sin embargo, téngase en cuenta que en los laboratorios se sigue trabajando para poder efectuar la *detección* de una manera específica, rápida y sencilla.

NOTAS

- (I) *Revue Internationale de la Croix-Rouge.*
- (II) Inf. del Farmacéutico Militar y Médico D. Francisco Soler. — IZARD, GILLEULS et HERMARREC: *La guerre aérochimique et les populations civiles.*
- (III) HEDERER et ISTIN: *L'Arme Chimique et ses blessures. Etude général sur les gaz de guerre.*
- (IV) HÖBER: *Fisiología humana.*
- (V) Inf. del Prof. Dr. D. José Lema.
- (VI) ARBOLEDAS: *La intoxicación por el óxido de carbono.*
- (VII) BLOCH: *La guerre chimique.*
- (VIII) IZZO: *Guerra química e difesa antigas.*
- (IX) MÉRCIER: *Verdadera sembianza del combatiente (1914-1918).*



(DIBUJO DE
BLANCO DEL PUEYO)

General
BERMUDEZ
DE CASTRO

TIPOS Y COSTUMBRES DE ANTAÑO

Las orejas con la cabera

ADMIRABLES son, en verdad, los ingenios o artefactos de la guerra moderna; asombra el progreso de las ciencias aplicadas al Arte militar; pero sea que el cargo de este viejísimo soldado retrotraiga su espíritu a otros tiempos, o que ya de natura fuese siempre devoto de lo antiguo, paréceme al que escribe que hoy la grandeza, perfección y abundancia de los recursos están en armonía con la magnitud de las empresas, y otrora, las empresas emprendidas por los españoles no disponían de los recursos indispensables; y así, su brillante resultado suspende el ánimo y absorto deja el pensamiento; enorme es el esfuerzo humano actual; infinitamente mayor fué el de los pequeños Ejércitos de antaño.

Conquistar con sólo 10.000 hombres una región como la del Brabante; rendir cinco ciudades populosas; enmendar a la Naturaleza variando el curso de los ríos, domando la mar con diques y contradiques; derrotar Escuadras navales con asaltos de Infantería; vencer un enemigo diez veces numeroso, y pelear al mismo tiempo contra protestantes ingleses, anglicanos escoceses, hugonotes franceses y calvinistas holandeses y zelandeses, hasta per-

der, entre muertos y heridos, las dos terceras partes de la gente, en pago de una de las más esplendorosas victorias españolas, debió exigir un esfuerzo sobrehumano, sólo hacedero por un caudillo excepcional (al que la Historia no ensalza lo bastante), y unos soldados que llevaban dentro de sus almas el divino soplo de la gloria inmortal.

El Caudillo era Alejandro Farnesio, Duque de Parma, en Italia nacido y criado en Castilla, de cuya tierra aspiró las esencias vigorosas, templando el corazón en las aguas del padre Tajo cual las espadas toledanas. General no improvisado por el nacimiento, sino forjado golpe a golpe en los yunques de la guerra de la Alpujarra, en los bajeles de Lepanto, en las umbrosas selvas germánicas y en las húmedas llanuras flamencas, recibió de su Señor Rey Don Felipe el II la orden rotunda de ahogar la rebelión, rescaldo de la que apagara el Gran Duque de Alba, avivada por una nobleza que el Emperador Carlos V trató como a hijos, y ella se componía de intrigantes, versátiles, traidores, perjuros y ambiciosos, ora católicos, ora reformistas y viceversa, según sus malsanos apetitos; los cuales ofrecieron la corona al vicioso Enrique III de Francia, que por miedo al Gran Rey Prudente, se guardó de aceptar, y al mismo demonio la habrían ofrecido, a cambio de pingües rentas e impunidad en sus exacciones al pueblo que levantaron, so capa de libertar a la Patria.

Con la orden de reprimir no llegaron tropas, dinero, material de puentes (tan necesario en Flandes) y trenes de batir murallas, ya que el país era notable en punto a fortificación; sin duda, a juicio del severo Monarca, Alejandro tenía suficiente con los gloriosos Tercios de Julián Romero y Pedro de Paz, y los Regimientos alemanes, italianos y walones del insigne Maestre de Campo y Coronel perpetuo Cristóbal de Mondragón.

La relampagueante rapidez acostumbrada en tropas españolas reunió en cuarenta y ocho horas al Ejército en los alrededores de la aldea de Calloo; fueron dos días y dos noches de descansar dos horas cada doce. No tema el lector; no voy a describir la deslumbradora campaña con detalles logísticos y estratégicos,

y planos, itinerarios y ábacos; mi propósito se dirige no a la técnica, sino al corazón, al sentimiento, en un paréntesis de esta erudita y doctrinal Revista. El plan de Farnesio fué apoderarse de las esclusas del Escalda, que el enemigo pudiese romper para inundar el teatro de las operaciones de su Ejército; ocupar las que pudiesen inundar el campo de los enemigos; construir un puente colosal para atacar la plaza de Amberes, foco de la resistencia y nudo de la rebelión; fabricar diques que impidieran el socorro por mar a la plaza bloqueada, y contradiques que formasen la circunvalación completa con fuertes cada milla para su defensa. Era un plan gigantesco, indispensable a compensar la escasez de soldados y de artillería. No hubo tregua entre el pensamiento y la acción; una hora después de correr las órdenes, ya estaba el valiente Capitán Gamboa al galope largo con cinco cornetas (Escuadrones) camino de la esclusa del Escalda; Pedro de Paz marchaba con su Infantería española hacia Termonde, y una parte de las Naciones (1) de

(1) Tropas extranjeras al servicio de España.

Mondragón se encaminaba a Gante para ponerla sitio nada menos, como si fuese un gran Ejército, emplazando dos cañones de veras y treinta simulados con troncos de árboles, con el objeto de poder manifestar al gobernador que no querían los españoles destruir una ciudad tan bella y patria de su querido Emperador Don Carlos V.

Requisando artesanos en todas partes y armando de herramientas a los soldados, Farnesio estableció en Calloo un inmenso taller o fábrica, donde, sin descanso, trabajaban carpinteros, cordeleros, herreros, marineros, calafateadores e infinitos peones, mientras una nube de leñadores talaban los bosques cercanos, cuyos árboles más grandes bajaban por el río cubriendo su superficie; el plan se hacía realidad; la hidráulica, la hidrostática, las artes de la navegación, la ingeniería colaboraban de consuno bajo los ojos avizores del Caudillo, que tanto miraban a las obras como a las escaramuzas y combates contra los ambereses, empeñados en destruir lo que a fuerza de fatiga y bravura iban construyendo los sitiadores: fortalezas sobre los ríos, minas bajo las ondas, corrientes artificiales al pie de las trincheras, trincheras a través de los ríos, desecación de antiguos cauces, rotura de antiguas presas; en unos lugares, sujetado el Océano; en otros, la tierra convertida en mar; en fin, desfigurado el terreno en forma que no podría llegar a Amberes ningún barco, y aun durante la construcción del puente, sólo aprovechando las noches muy oscuras y sufriendo el fuego de la artillería, se atrevía algún bajel de escasó porte a desafiar la vigilancia y el peligro. Muchos de los que intentaban el paso fbanse a pique a cañonazos; hacíanlo por el lucro, pues mermados los víveres, lograban, los barcos que conseguían pasar, grandes ganancias.

El puente había de tener una anchura bastante a ocho hombres, dos plazas de armas en el centro y una fortaleza en cada extremo, llamadas de Santa María y de San Felipe: la primera, por la Virgen, favorita de la Infantería española, y la segunda, en homenaje al Rey; cada fuerte, capaz de cincuenta hombres. A donde las aguas no eran demasiado profundas, utilizábanse pilotes clavados en el fondo y unidos por travesaños (uno de estos pilotes se conserva en el Museo del Ejército). En el centro del río, en que la profundidad no lo permitía, se utilizaron barcas enlazadas y ancladas; la estructura superior, tablero y piso del puente, se defendía con cestones y fajinas, y unas cajas llenas de arena, que fueron los prolegómenos del saco terrero, tan usado en todas las guerras posteriores; el invento es español, porque si la arena no se encerró en lienzo, fué por carecer de tela: la largura del célebre puente requería más de 400 metros; antes de construirse el dique, las mareas altas mezclaban las aguas del mar con las del río.

El único fracaso en las operaciones fué el de la sorpresa y ataque a la plaza de Termonde, importantísima por hallarse en la confluencia de otro río y ser nudo de carreteras a Malinas, Gante y Amberes. La sorpresa era imposible, pues exigía caminar de noche, a través de marismas cuya situación y profundidad se desconocía, y a oscuras; seguramente habría sido intentar el paso una catástrofe: se atacó de frente y a plena luz, sin saber que la guarnición había sido reforzada con Regimientos ingleses, escoceses y franceses. ¡Eran tan poquitos los españoles! Sin embargo, comenzaron el asalto, y hasta subieron a un bastión a escala descubierta. Una bala de cañón le llevó la cabeza al Maestre Pedro de Paz; murieron tres Capitanes, de los cuatro que mandaban las Compañías, y el resto de la tropa vivaqueó a vista de la plaza, sin que los sitiados ejecutasen la victoria ni se atrevieran a molestar a los vencidos, que esperaban refuerzos. No podía enviarlos Farnesio, y se resignó a renunciar a la empresa, ordenando la retirada, que realizóse sin que el enemigo diese muestras de vida: tal terror infundían los Tercios.

Todo el Ejército lloró la muerte del Maestre Pedro de Paz; era hechura de Farnesio, de quien llamara la atención por su intrepidez y por el ascendiente que tenía sobre sus soldados; le fué encumbrando desde Alférez y encomendándole las comisiones más difíciles; buen cristiano, caballero, inteligente, dulce en el trato, arrogante en la figura, hercúleo, este gallego reunía todas las cualidades para mandar; sus soldados, por lo bondadosos, le apodaban Pedro de Pan. Farnesio impresionóse mucho con la desgracia del soldado escritor; su último libro fué el relato como testigo del desastre de la Armada Invencible, documento único del que todos los escritores extranjeros tomaron algo para sus obras

históricas de la época. Pedro de Paz constituía el tipo clásico del infante español del siglo XVI.

Grandemente trastornaba los planes de Farnesio el fracaso de Termonde, y aunque varios Capitanes se le ofrecieron para repetir la suerte, no quiso perder más sangre en aventuras dudosas, ya que el combate diario y nocturno en el puente consumía hombres más de la cuenta; habían los ambereses hecho cuestión de honra la no terminación de la obra, y para ello contaban con el talento de cierto ingeniero italiano, despedido por haber Felipe II desestimado su ofrecimiento de servir a España, a causa de haber sido hugonote; ideó lanzar brulotes, minas e incendiarios, a los que seguían lanchas con mosqueteros; un enorme barco repleto de pólvora consiguió chocar e hizo muchas víctimas, salvándose Farnesio, porque forzosamente le retiró del lugar (viendo venir la mole) un Capitán italiano que más tarde perdió la vida peleando; los soldados españoles tenían que trabajar con la espada entre los dientes. El valiente Gobernador de Amberes, Marnix de Sainte Ildegonde, había predicho: «El Escalda no sufrirá jamás grillos españoles»; pero los grillos fbanse forjando, amasados con sangre generosa; las barcas con víveres no pasaban ya; el hambre se sentía en la población horriblemente, y la numerosa guarnición inglesa y flamenca se quedaba en los huesos y el pellejo, no sin que los britanos reclamasen y amenazaran con pasarse al campo español; ignoraban que en éste el hambre era tal vez mayor; mas los españoles la resistían con paciencia, convencidos de que no podían alcanzar el triunfo sino a fuerza de perseverancia, abnegación, valor, habilidad y patriotismo.

A los siete meses de trabajo el plan estaba terminado: el bloqueo era absoluto. Los enemigos decidieron jugárselo todo a una carta, atacando la Escudra holandesa el dique y embistiéndolo para abrir brecha y por ella introducir un convoy y tropas suficientes a tomar de revés el campamento sitiador; la operación se empezaría de noche y por sorpresa. En efecto: la sorpresa se realizó en Kowestein, encontrando dormidos a los españoles del fuerte, desembarcando contingentes numerosos y aprovechando las defensas y parapetos de los confiados defensores; al amanecer, ya habían abierto un boquete en el dique, no suficiente aún para pasar los barcos; apenas comenzaba a lucir el sol, los españoles se lanzaron a la desesperada, al ataque; cuanto más gente desembarcaba, más gente mataban los atacantes; los barcos, por no abandonar a los que habían puesto pie en el dique, aguantaron hasta comenzar la baja marea, y esto los perdió; muchos fueron asaltados por la Infantería a nado y degolladas sus tripu-



Grabado de Hooghe, según el Capitán-ingeniero Ledesma.

laciones; la victoria fué decisiva; los pueblos ribereños se enteraron de ella por los infinitos sombreros haldudos que cubrían las superficies de las aguas. En lo álgido de la pelea ocurrió un fenómeno de alucinación colectiva; muchísimos soldados afirmaron haber visto en lo alto del dique, y luego a bordo de los bajeles, el espectro de Pedro de Paz, repartiendo tajos y mandobles a diestro y siniestro.

Esta derrota determinó la rendición de Malinas, Gante, Amberes y Termonde; a la última se impuso una sanción severísima; con Amberes fué Farnesio generoso: pagó tan sólo 400.000 florines a plazos; se le otorgó recibir guarnición no española por el pavor que inspiraban, y se señaló el término de cuatro años para que todos los calvinistas evacuasen las Flandes.

A Farnesio concedió el Rey el Toisón de Oro, impuesto con solemnidad en la capilla del fuerte de San Felipe por el leal y valeroso Maestre Conde de Masfeld; y la rendición se celebró con una fiesta sobre el puente que tanta sangre costara, y un banquete a los soldados, servido por Farnesio mismo y todos los Oficiales, asistiendo las damas católicas de Amberes, ataviadas con sus vestidos más ricos y sus joyas más deslumbrantes.

Y eran de ver aquellas bellezas rubias de que nos dejó muestra el pincel de Rubens en nuestro Museo del Prado, luciendo la esplendor de sus escotes y sus aventajadas estaturas, mientras las músicas resonaban donde sonaron tantos mosquetazos, y el bullicio y los vítores llenaban el aire.

De pronto, dominando el ruido, un grito penetrante hizo el silencio: una dama bellísima, desmayada en los brazos de un Alférez, dejaba ver en su garganta de pétalos de rosa un surco

de sangre; alguien habíala arrancado, de un brutal tirón, el collar de diamantes que adornaba su blanco pecho; detenido el ladrón (un joven soldado de los Tercios), halláronle el collar y, sometido en el acto a juicio en la misma capilla, fué condenado por el Consejo de Capitanes a la pena de cortarles las orejas, conforme a las ordenanzas particulares de los Tercios (1).

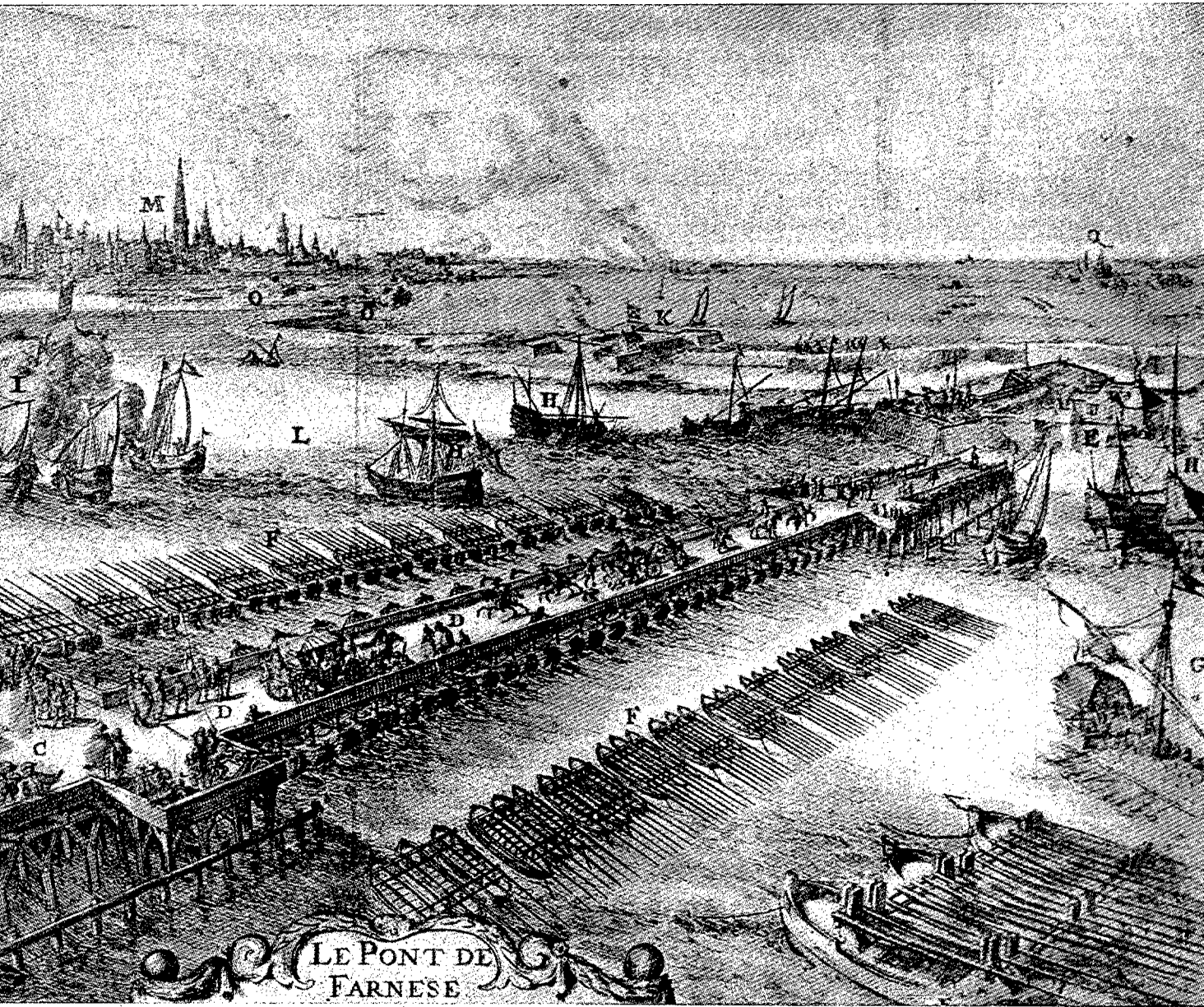
Pidió gracia el delincuente, alegando ser hidalgo por la sangre y por soldado de Tercio viejo, y que se le conmutara la pena por la de muerte, que no era infamante como la del desorejamiento de mano del verdugo; informaron bien la petición los Jefes y Oficiales, pero Farnesio se negaba a concederla por hacer escarmiento; intercedieron también los soldados sin lograr nada; pero acudiendo el Capitán del sentenciado a Farnesio, suplicóle con lágrimas la muerte del soldado, antes que el deshonor de la Compañía. Tanta porfía inclinó el ánimo del Caudillo, y el soldado estoicamente sufrió como cristiano la decapitación en el mismo lugar del delito.

Cumplida la sentencia, conversaba Farnesio con el Maestre Julián Romero, y como le preguntase la razón de que el Capitán le pidiera llorando la gracia de muerte, Romero contestó:

—No le extrañe, señor; el soldado ladrón era su hijo.

—Ahora me place —repuso el General— haberla concedido; con soldados que estiman más la honra que la vida podemos hacer lo que habemos hecho y mucho más. Recemos por el alma del muerto y por que Dios consuele al padre.

(1) En las Ordenanzas del Duque de Alba se imponía, por sólo a nobles e hidalgos, pena de muerte, y a plebeyos la de cortarles las orejas por mano del verdugo; lo primero no era infamante; lo segundo, sí.



LE PONT DE
FARNESE



Empleo táctico del GRUPO DE SANIDAD de la División Española de Voluntarios

AL hablar del funcionamiento del servicio en el Grupo de Sanidad de nuestra División, hemos de procurar no rozar el tema de Organización, ya que a ello nos comprometimos al dejar de pertenecer al victorioso Ejército alemán.

Diremos, sin embargo, que la plantilla del Grupo de Sanidad de la División Española de Voluntarios no es exactamente la de igual Unidad en la División de Infantería alemana, pues se modificó para adaptar la organización a nuestro sistema, considerando además que necesitábamos intérpretes, capellanes, asistentes, etc., que no existen en las Unidades alemanas.

La palabra tren, que nosotros empleamos en nuestro Ejército (Tren regimental, Tren de víveres y bagajes, etcétera), tiene una acepción más amplia, y así se dice: Tren de camilleros, Tren quirúrgico, etc., sinónimo de Sección de camilleros, Puesto quirúrgico, etc.

FUNCIONAMIENTO DEL SERVICIO

Al describir el funcionamiento del servicio en el Grupo de Sanidad Militar, debemos empezar diciendo que las Unidades que lo integran son gemelas y desdoblables; es decir: una Compañía es simétrica de otra; una columna de ambulancias consta de los mismos elementos que otra; el Hospital de Campaña consta de trenes análogos entre sí, que pueden funcionar aisladamente, aun cuando el máximo de rendimiento se obtenga cuando funcionan simultáneamente en el mismo local y hasta en igualdad de condiciones instalados.

Tiene por objeto esta división y simetría el poder dar al Grupo el máximo de movilidad, al tiempo que establecer puestos eventuales semifijos donde puedan recibir asistencia los heridos o enfermos intransportables, sin perjuicio de la asistencia debida a la columna en movimiento.

Debemos estudiar el funcionamiento:

- A) En la marcha.
- B) En la ofensiva.
- C) En la defensiva.

A) EN LA MARCHA

Como síntesis del servicio en las marchas, consideraremos cuatro casos (entiéndase que nos referimos a las marchas a pie):

- 1.º Marcha estratégica a gran distancia del enemigo.
- 2.º Marcha táctica distante del enemigo.
- 3.º Marcha de aproximación y toma de contacto.
- 4.º Marcha retrógrada.

I.—Marcha estratégica a gran distancia del enemigo.

Deben desdoblarse los elementos del Grupo, tanto los de transporte como los de asistencia y hospitalización, quedando una parte de ellos acompañando a la columna que marcha, distribuidos entre los elementos que constituyen la misma, por agrupaciones completas, siempre a las órdenes de los Oficiales del Grupo de Sanidad, quienes atenderán inmediatamente las demandas que hicieran las distintas Unidades de la División en marcha.

Un Tren del Hospital de Campaña y una Compañía de Sanidad, con Sección de Autoambulancias, se adelanta a la columna el número de kilómetros que considere el Mando para establecer puestos de hospitalización, descanso y recogida de despeados, heridos y enfermos leves, que se evacuarán a vanguardia y que podrán ser restablecidos en breve plazo para incorporarse a su Unidad al paso de ésta por el puesto de hospitalización.

Los elementos del Grupo que acompañan a la columna en marcha atienden, asisten y hospitalizan a los enfermos o heridos graves, o de largo tratamiento, ínterin puedan ser evacuados a retaguardia.

Llegada la columna a las proximidades del servicio organizado a vanguardia, se dispone el relevo, estableciendo el oportuno escalonamiento para que siempre haya evacuación a vanguardia de leves y recuperables, sin que se resienta el servicio de Sanidad divisionario en el acompañamiento de la columna en marcha.

Durante una marcha lejos del enemigo no hay inconveniente en evacuar a vanguardia — quizá sea el único caso en que convenga hacerlo así —, pues ello tiene la ventaja de que el individuo se repone en el tiempo que tarda su Unidad en llegar al sitio donde está hospitalizado y se incorpora sin más transporte ni molestia.

Se comprende que para conseguir esto se han de reunir varias condiciones:

1.º Que la hospitalización se haga sobre el itinerario que ha de seguir la columna.

2.º Que sea a distancia tal que las Unidades respectivas hayan de tardar en llegar al punto de hospitalización un tiempo prudencial para que puedan incorporarse los individuos ya recuperados (tres o cuatro días, 100 kilómetros aproximadamente).

Se pueden dar varios casos:

1.º *La enfermería es reducida; el número de despeados, escaso.* (Esquema núm. 1.)

Se adelanta una Compañía de Sanidad que funciona como puesto de recepción y clasificación, hospitaliza y

retiene leves y cansados que se incorporan a sus Unidades al paso de la columna; agotada la capacidad de hospitalización de esta Compañía, se ordena instalar también a vanguardia un tren del Hospital de Campaña (primer tren) para hospitalización de leves, e igualmente se incorporan a la columna en marcha a medida que son recuperados.

Los elementos del Grupo que acompañan a la columna tienen también facultad de asistencia y hospitalización; es decir, sobre la marcha actúan como puesto de clasificación y hospitalizan a los leves a vanguardia en la Compañía o en el tren del Hospital de Campaña instalados; pero los graves, o de largo tratamiento, se hospitalizan en la misma columna, y ésta dispone su evacuación a retaguardia o a los Hospitales de Ejército que encuentran en su itinerario, utilizando para ello las ambulancias de acompañamiento o las de reserva, según los casos.

Parece a primera vista que la propia columna no podría hospitalizar; pero téngase en cuenta que esta hospitalización es efímera y fugaz; tiene por objeto prestar la asistencia que no puede prestarse en las Unidades, facilitar la medicación, alimentación y material de cura preciso, llevar el control de enfermos y lesionados, etc.; y considerando el número de ambulancias, tanto hipomóviles como automóviles de que disponen, se puede fácilmente deducir su capacidad de hospitalización y número de individuos que pueden llevar acostados, sin interrumpir la marcha.

Un neumónico, un fracturado, causa baja en su Unidad y es hospitalizado inmediatamente, ocupándose de su tratamiento y evacuación el Grupo de Sanidad divisionario.

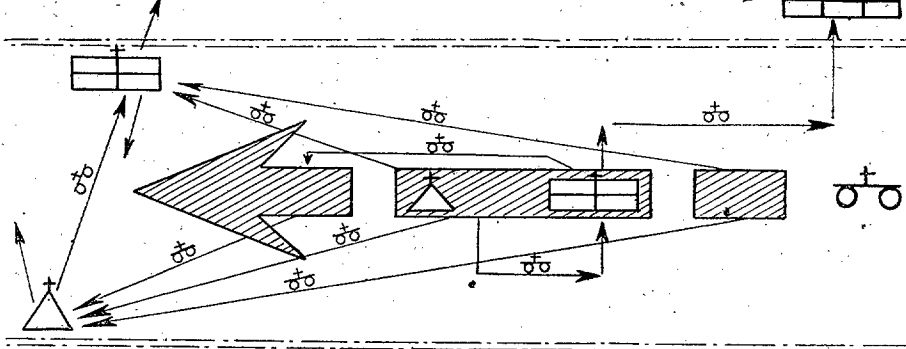
Las autoambulancias se ocupan de este enlace y transporte entre las distintas formaciones de la columna.

2.º La enfermería aumenta; el número de despeados es considerable; no se han recuperado aún los hospitalizados.

Conviene dejar instalado un tren del Hospital de Campaña y adelantar otro igual para instalarlo en la misma forma que lo fué el anterior; es decir, se escalona el servicio; se evacuan a retaguardia los que han de tardar en obtener su curación, y se llevan a la hospitalización, a vanguardia, los de pronta recuperación; tan pronto quede evacuado el Tren del Hospital de Campaña que quedó atrás, se incorpora a la columna, con lo cual estamos ya en el primer caso. Todos los servicios siguen funcionando igual y la recuperación de efectivos es rapidísima, sin molestias y sin pérdida de tiempo. (Esquema núm. 2.)

II.—Distante aún del enemigo, pero la columna puede ser batida por artillería.

No debe hacerse evacuación a vanguardia; el puesto de hospitalización y recuperación próximos deben esta-



△ Nucleo de tropas de Sanidad.

⊕ H. de Campaña.

⊕ Ambulancias.

⊕ H. del Interior.

El hospital de retaguardia queda fuera del camino.

blecerse, a ser posible, fuera del alcance de la artillería, y el resto del servicio de acompañamiento y evacuación quedar establecido como en el caso anterior. (Esquema número 3.)

III.—Marcha de aproximación y toma de contacto.

El servicio de hospitalización, acompañamiento y asistencia no difiere gran cosa del caso anterior; pero la evacuación siempre a retaguardia, y el tren de Hospital debe quedar siempre el máximo de capacidad ante la posible contingencia de un número grande de bajas en un momento dado.

IV.—Marcha retrógrada.

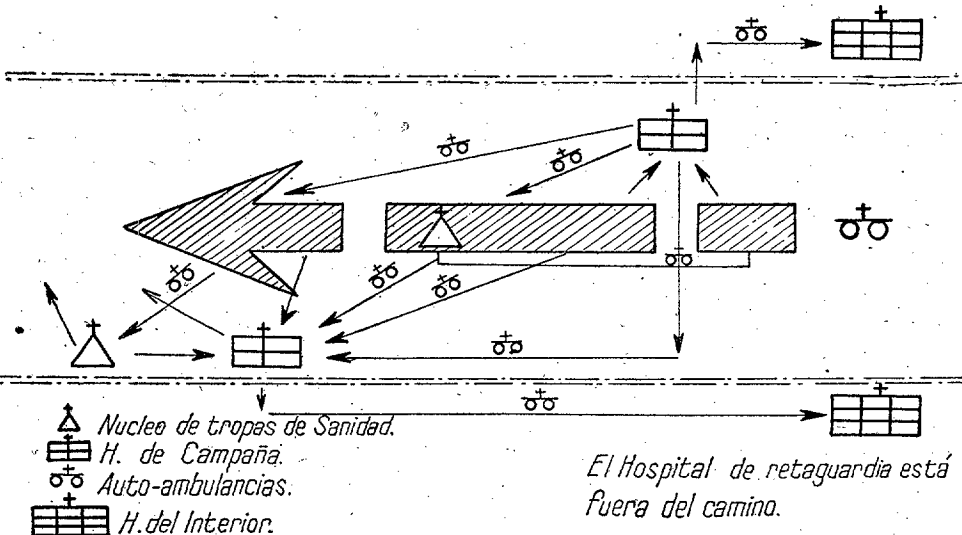
Dos casos deben considerarse.

1.º Se trata de una marcha por conveniencia táctica, sin presión del enemigo.

2.º La marcha se verifica por repliegue con presión del enemigo.

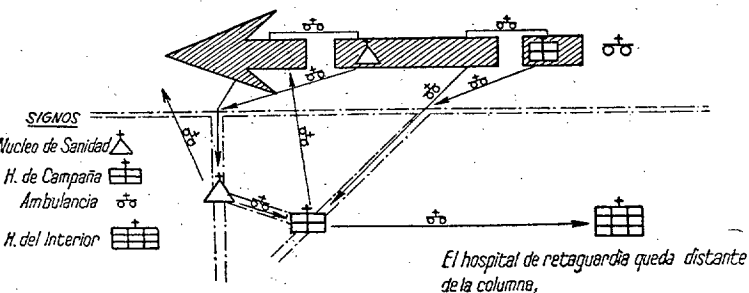
En el primer caso estamos reducidos al de una marcha de avance en que la columna fuera batida por artillería; el servicio sanitario se montaría igual y se practicaría en la misma forma; pero el momento de evacuar a vanguardia de la columna y retirar los puestos de hospitalización sería siempre más anticipado, y la retirada de puestos antes del paso de la fuerza que constituye la retaguardia; toda clase de enfermos o heridos deben evacuarse cuanto antes, sin esperar a la llegada de sus Unidades; los puestos de hospitalización deben quedar con el minimum de hospitalizados.

En el segundo caso, el escalonamiento debe hacerse, si es posible, fuera del alcance de la artillería y a distancia prudente que evite la repetición de desplazamientos; los camilleros y ambulancias quedan estableciendo el enlace y evacuación de la extrema retaguardia o fuerzas escalonadas para proteger el repliegue.



Esto que se dice cuando la División marcha en una columna única, es de aplicación homóloga cuando la División marcha en varias columnas con distinto itinerario, pero con idéntico objetivo; pues ya decimos que las Unidades sanitarias son desdobladas, y esta fragmentación puede hacerse a mitad o a terceras partes.

El Hospital de retaguardia está fuera del camino.



B) EN LA OFENSIVA

1.º Avance con frente normal; despliegue en ala. Cada núcleo sanitario atiende una parte igual del frente, situándose en forma que los puntos que le corresponden equidisten del Hospital de Campaña, el cual recoge y asiste las bajas evacuadas.

El Hospital de Campaña se sitúa fuera del alcance de la artillería, próximo a las líneas de evacuación, carreteras, ferrocarril, etc.

Al alejarse el frente, las Unidades se desdoblán y avanzan sucesivamente, sustituyéndolas un tren del Hospital de Campaña, que se sitúa en el lugar donde estaba el puesto principal de vendas, para que éste se adelante hacia el frente; reunidos después los trenes del Hospital de Campaña, estamos otra vez en el caso anterior.

2.º Avance en flecha. Un núcleo del Grupo, situado en la bisectriz del ángulo que forme esta flecha, recoge las bajas de sus puntos más próximos y equidistantes, evacuándolos sobre otro situado en la misma línea, que a su vez evacua sobre el Hospital de Campaña, tanto las bajas recibidas del primero como las de los puntos próximos del frente que llegaren a él.

Tan pronto el frente se aleje, avanza el segundo núcleo y ocupa posición en la vanguardia, trasladándose a su vez el Hospital de Campaña a los puntos más próximos del frente y que reúnan las condiciones de no estar batidos por la artillería enemiga y estar próximos a líneas de fácil evacuación.

C) EN LA DEFENSIVA

Varios casos fundamentales pueden considerarse:

1.º Guerra de posición con fácil comunicación a retaguardia y sin repliegue.

2.º Posiciones atacadas con repliegue de línea.

3.º Posiciones atacadas sin comunicación.

En el primer caso, el servicio quedaría reducido a que

los puestos recogerían cada uno las bajas de su frente correspondiente, evacuándolas sobre el Hospital de Campaña y éste a retaguardia.

En el segundo caso hay que considerar la distancia y la velocidad de marcha, para colocar el Hospital de Campaña adelantado, a distancia tal y situado en forma que permita la mejor asistencia y la más rápida evacuación, utilizando ferrocarril u otro medio de gran rendimiento por su capacidad y velocidad.

Los demás elementos, escalonándose y replegándose alternativamente de modo que pueda uno de ellos atender las bajas, mientras el otro se repliega y establece nuevamente en sitio que permita la asistencia y favorezca el repliegue del anterior, favoreciendo también el servicio de asistencia y evacuación de bajas.

En el tercer caso no hay comunicación con retaguardia, el cerco es completo; las Compañías del Grupo se establecen en plan de hospitalización, utilizando todos los medios de recogida y asistencia; el Hospital de Campaña se divide en trenes, y entre la fragmentación de las Compañías y del Hospital se establecen varios puntos de hospitalización que tienen la ventaja de repartirse la línea de cerco y, recogiendo las bajas de sus proximidades, evitan transporte y evacuación de una Unidad a otra; haciendo núcleos pequeños, se disminuye la vulnerabilidad. Tiene, sin embargo, este procedimiento el inconveniente de la difícil evacuación, si pudiera llegar a hacerse, y la gran cantidad de personal sanitario que habría de quedar acogido al Convenio de Ginebra, una vez llegado el caso de evacuación o abandono de posiciones. Esto podría obviarse previendo el caso y concentrando los heridos intransportables en un solo departamento con el mínimo de personal acogido al citado Convenio.

Notas brevísimas, como se ve esquemáticas, del empleo táctico de las Unidades del Grupo de Sanidad divisionario. Añadiremos que durante las marchas que hizo la División para incorporarse al frente ruso desde Grafenvöör, donde se organizó (marcha de 1.200 kilómetros, aproximadamente, a pie), hubo 2.177 individuos hospitalizados despeados, que se hospitalizaron y recuperaron sobre la marcha por las Unidades del Grupo de Sanidad divisionario, no teniendo que evacuar a los hospitales de retaguardia más que 27 enfermos graves o no recuperables a breve plazo.

Este resultado constituye un éxito sanitario y demuestra la eficacia del procedimiento y la eficiencia de las Unidades.





EL
Caballo
Y LA
Guerra

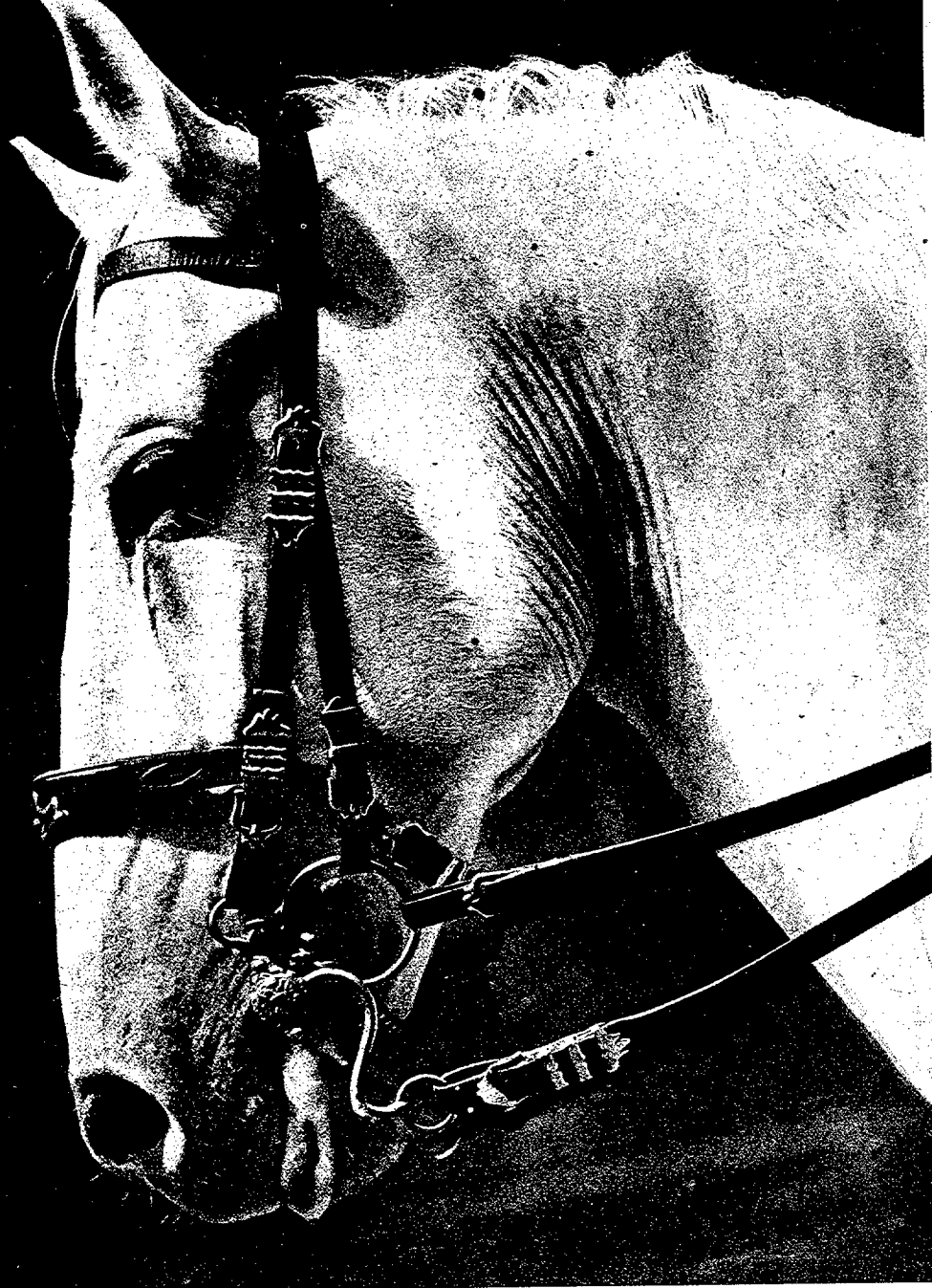
Veterinario Mayor GONZALO ESPESO DEL POZO, Jefe del Grupo de Tropas de Veterinaria.

LA aplicación del motor de explosión ha modificado profundamente la fisonomía de los recursos móviles y ha impreso un nuevo perfil en los problemas de desplazamiento. Primero el automóvil y después el avión han desplazado los tradicionales recursos de transporte, y, según la opinión de los expertos, el motor de sangre ha visto iniciarse su ocaso para llegar quizá a extinguirse en un día muy próximo. ¿Anulará definitivamente la energía mecánica el uso de la fuerza animal? ¿Quedará ésta relegada a la esfera sentimental del recuerdo?

Vamos a hacer un examen de conjunto respecto a las posibilidades de aplicación en el Ejército de la fuerza animal frente a la fuerza mecánica. Aunque en este trabajo fundamentalmente hemos de referirnos al caballo, símbolo específico de guerra, queremos comprender en él un capítulo completo de zoenergía aplicable al Ejército, es decir, al conjunto de animales de uso corriente en aquél.

I. — SU PASADO

Un considerable volumen de las actividades europeas de los siglos pasados se ha sustentado en el caballo: él aportaba a la vida de cada país un rico caudal de fuerza aplicable a las más diversas actividades nacionales. La necesidad de hacerle objeto de la ciencia y de racionalizar su uso, convirtiéndolo en una máquina sometida a la voluntad del hombre y capaz de rendir toda su energía en una clase determinada de trabajo, hizo brotar toda una rica literatura hípica, recogida a partir del siglo XVI. Desde el *Tratado de la Caballería de la Jineta*, que en 1570 escribió el Capitán Pedro de Aguilar, hasta el *Compendio de los manejos, leyes y preceptos que deben guardar los caballeros en los ejercicios ecuestres*, de D. Salvador Rodríguez Jordán, escrito en 1775, aparecen intercalados en el transcurso de dos siglos obras curiosas, tales como *Ejercicios de la Jineta*, *Discurso para estar a la jineta con gracia y hermosura*, *Naturalaleza del caballo*, *Palestra particular de los ejercicios del*



al caballo de aquel culto hiperbólico de tiempos remotos en que una simpatía absurda como la de Calígula, por ejemplo, hacía beber a su corcel en copa de oro. Estos tratados de hipología complementaron las obras científicas aparecidas en el transcurso de los mismos siglos donde veterinarios eminentes como López Zamora, Paracuellos, Calvo, Martín Arredondo, García Caveró y otros, hicieron curiosísimos estudios, algunos de los cuales, como los de D. Francisco de la Reina, sabio del siglo XVI, supusieron una aportación positiva a la ciencia universal al descubrir la circulación de la sangre, expresada concisamente con estas palabras, como fruto de una observación personal: "por manera que la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros, etc." (Libro de Albeyteria, hecho y ordenado por el honrado varón Francisco de la Reina, vezino de la ciudad de Zamora. Zaragoza, por Agustín Millán, 1553.) Un centenar de obras en conjunto estudiaron científicamente al caballo y le exploran como medio material de desplazamiento en el transcurso de dos siglos.

Los problemas hípicos vinculados a la prosperidad de los pueblos son, pues, examinados cuidadosamente para acrecentar la riqueza nacional y facilitar el desarrollo de su economía. La razón más práctica que ha descrito la necesidad de estas actividades fué dada en 1784 por D. Pedro Pablo Pomar, quien, en su *Memo-ria en que se trata de los caballos en España*, dice que "la fuerza de los animales domésticos es el equivalente de los canales y de los navíos para los

caballo, *Modo de pelear a la jineta, Tratado sobre ambas sillas, Arte de andar a caballo, Deleyte de caballeros y placer de los cavallos*, etc., donde ingeniosos y esclarecidos varones, como D. Gregorio de la Tapia y Salcedo, D. Juan Arias y Portocarrero, D. Pedro Fernández de Andrada, D. Andrés de Dávila y Heredia, D. Simón de Villalobos, D. Juan Suárez de Peralta, D. Juan de Valencia, D. Lucas Maestre de San Juan y otros vertían sus nobles conocimientos para sistematizar aquella ciencia que D. Manuel Alvarez Osorio y Vega, Señor de Villalíz, Conde de Grajal y Villanueva de Canedo, consideró utilísima; este ilustre prócer, en su *Manejo real*, impreso en 1733, "propone lo que deben saber los caballeros de esta facultad para llenar con la práctica este gran nombre". Una verdadera actividad ecuestre se filtraba a través de estas ingeniosas obras que canalizaban la experiencia adquirida en problemas hípicos reales, despojando

transportes en los dominios en que no existen estos elementos"; concisa opinión que refleja la necesidad de cultivar esta fuerza animal como un recurso indispensable, como una inagotable fuente de energía proveniente del factor caballo, a quien, según los clásicos hípicos, Alberto *el Magno* denominó *mar* por la bravura de sus movimientos. Este elemento fué factor indispensable en la economía nacional, y su producción se hizo objeto de preferentes medidas para multiplicar esta reserva; seguramente ella constituyó una rica vena que alimentaba el cuerpo de la Patria, haciendo posible el que sus atenciones militares y agrícolas se cubrieran fácilmente. En tiempos anteriores, Castilla, León y Navarra podían ofrecer 30.000 caballos en armas como resultado de los medios puestos en práctica para intensificar el cultivo hípico y de las ordenanzas dictadas para protegerle. Don Alonso XI, en 1348 dispone un Ordenamiento sobre

caballos, cuya copia forma parte del *Quaderno de peticiones de los procuradores de las Cortes de Alcalá de Henares*. Las Cortes de Burgos, en 12 de noviembre de 1377, reinando Don Enrique II, decretan un *Ordenamiento sobre las sacas fuera del reino de caballos, yeguas, oro, plata, pan, ganados y vituallas*. En este ordenamiento se refleja claramente el deseo de defender la riqueza hípica, al parecer amenazada, utilizando medidas de máximo poder coercitivo, como se observa claramente en el texto de aquél, que dice así: "Primeramente tenemós por bien que qualquier que sacare cavallo o rocín, o yegua o potro, como dicho es, quier sea Castellero, quier Merino o otro oficial o otro qualquier de qualquier estado o condición que sea, que pierda el cavallo o el rocín o la yegua o el potro que sacaren, et que pierda quanto han, et lo maten por justicia. Otro sí, por que algunos Castelleros o Escuderos et otros homes se atreban a sacar cavallos, algunos por sí, abiendo a poner a salvo aquellos que los lieban, esto es grand atrevimiento et muy grand nuestro deservicio, et dapno de la nuestra tierra. Tenemos por bien que los que esto fecieren, que pierdan todo lo que ovieren et lo maten por justicia." Dispone este ordenamiento igualmente que cuando se supiera que se pretendía efectuar una saca de caballos por gentes dispuestas a hacer resistencia armada a los perseguidores, que se tocaran las campanas para que el vecindario contribuyera a la persecución de los infractores de tal ordenamiento. Igualmente Enrique II, por otra declaración dada en Toledo en 1378, prohíbe la extracción del reino de mulas y muletos. Otra declaración idéntica es acordada por las Cortes de Guadaluajara en 20 de abril de 1390. Estos procedimientos de estimular el desarrollo de una riqueza nacional tuvieron seguramente una eficacia inmediata que quizá fuera perdiéndose paulatinamente como consecuencia probable de las fuertes necesidades militares de España. Encontramos en 1581 una interesantísima declaración sobre el vehemente deseo de recuperar nuestra grandeza económica en los *Diálogos de Valverde Arrieta*. El Diálogo 1.º se encabeza con este significativo epígrafe: "En que se trata de la gran fertilidad y barato de bastimentos de España y sus grandes riquezas de oro, plata, piedras, sedas y brocado que tuvo, y las muchas armas, caballos y ejércitos que sustentó durante seiscientos años de guerras continuas, sin traer bastimentos de fuera." La obra expone los recursos que deben utilizarse para recuperar la potencialidad a que alude en su Diálogo 1.º. Dos Ordenamientos importantes se suceden más tarde: la Real Ordenanza de 9 de noviembre de 1754, compuesta de 27 artículos, parte de los cuales se refieren a la prohibición de extraer yeguas y potrancas de los reinos de Andalucía, Murcia y provincia de Extremadura, y las penas de su contravención; al modo y forma en que se podían extraer caballos de las citadas demarcaciones; del cuidado que deben tener los criadores y justicias para que a su debido tiempo se marque el ganado, etc. Otra Real Cédula importante se publica en 8 de septiembre de 1789, inspirada en el documento anterior; consta de 41 artículos. En ella se concede al criador que tenga doce o más yeguas de vientre propias, o tres caballos padres aprobados, que no pueda ser prendido por deudas y que esté exento de alojamientos, levadas, quintas y otras cargas, privilegios que decrecen a medida que disminuya el número de cabezas. A los criadores de otras condiciones se les reconoce el derecho de poder libertar de quintas a uno, dos o más hijos, cuya exención se establece también en favor de los guardas, mozos y sirvientes empleados en la custodia de yeguas, caballos padres, potros y pastos. La curva descendente iniciada por esta ri-

queza debe desarrollarse gradualmente en tiempos posteriores, ya que en 1860 encontramos funcionando en España 2.831 ganaderías, a la cabeza de las cuales figuraban, en número y calidad, las reputadas andaluzas. Continúa el caballo siendo el único recurso móvil que alimenta las necesidades del país, y se multiplica y vive con la plenitud que le da el ser un potencial insustituible.

Pero el motor de explosión aparece, y un cambio brusco va a operarse para herir quizá en su misma raíz a esta estirpe orgullosa.

II. — SU PRESENTE

A medida que el tiempo transcurre, la fisonomía de la doctrina de guerra va cambiando gradualmente al incorporarse progresivamente a los Ejércitos de cada país efectivos crecientes en hombres y material y la fuerza de la nación; fuerza que se elabora en los diversos sectores de aquélla, se la ordena y se la adscribe a las grandes Unidades como medio de sustentar su potencialidad. Si efectivamente el Ejército es el órgano material de choque, sus medios de acción son alimentados por toda la fuerza de la Patria, hecho que justifica el que en las guerras actuales se pueda considerar en armas no solamente al Ejército correspondiente, sino a la totalidad del país. Los cuadros de las grandes Unidades absorben ya cumplidamente la décima parte de los hombres del país, que pasan a las filas de aquéllas como combatientes; las nueve décimas partes restantes se escalonan en las diferentes esferas del trabajo para incrementar la fuerza de guerra de la organización militar. El gradual aumento de volumen de los Ejércitos modernos y la aspiración de facilitarles una potencialidad progresiva, ha hecho mucho más amplias sus necesidades en recursos hipomóviles, cuyo empleo culmina en la guerra de 1914. En ella se enfrentan dos grandes coaliciones de pueblos, cuyo dispositivo de lucha en orden al empleo del motor de sangre fué el siguiente, según un informe emitido por una Comisión japonesa que recorrió los campos de batalla en la guerra europea. (Cuadro número 1).

MOVILIZACION HIPICA DURANTE LA GUERRA DE 1914 - 1918. (Cuadro número 1.)

NACIONES	Número de animales utilizados en el frente en una fecha determinada.	Censo hípico de la nación.	OBSERVACIONES
Inglaterra	768.000	220.000 9.245.000	Metrópoli. Incluyendodominios
Francia	791.000	3.700.000	Incluyendo Argelia.
América	270.000	23.016.000	
Rusia	1.201.000	33.175.000	
Bélgica	37.000	260.000	
Italia	366.000	960.000	
Servia	30.000	156.000	
Rumania	193.000	670.000	
Total	3.656.000	78.556.000	
Alemania	1.155.000	4.520.000	
Austria Hungría	690.000	3.980.000	
Turquía	325.000	1.100.000	
Bulgaria	82.000	540.000	
Total	2.252.000	10.140.000	
TOTAL GENERAL.	5.908.000	88.696.000	

Este total general de 5.908.000 unidades supone un volumen medio siete veces mayor que los efectivos utilizados por cada país beligerante en servicios de paz. De esta ex-

traordinaria cantidad se ha excluido el ganado en servicio utilizado por las tropas en las líneas de comunicaciones y en cada país respectivo; efectivos que, sumados a los que operaban directamente en los Ejércitos, hubieran hecho ascender el total general a 10.000.000 de unidades. A pesar del formidable filón que en cada país representaba la cifra elevada de su censo hípico, todos los beligerantes (excepto Rusia) tuvieron necesidad de nuevos caballos, que importaron de puntos distintos. Francia, Bélgica e Italia efectuaron importaciones de América, lo mismo que Inglaterra, que a su vez verificaba las importaciones de sus Dominios; Alemania las verificó de Dinamarca, Suecia, Holanda y los Balcanes. No se ha podido precisar el número de caballos y mulos importados por los aliados; pero, desde luego, excede de 1.500.000 unidades. Solamente Inglaterra envió a los campos de batalla de Francia 2.000.000 de caballos. La dimensión de la lucha intensificó el empleo del caballo y del mulo, lo que motivó un desgaste extraordinario de estos elementos, cuya reposición obligaba a efectuar importaciones muy frecuentes que absorbieron cuantiosos recursos económicos; algún Estado beligerante se inquietó seriamente al ver alcanzar sus pagos por compras de caballos y mulos, cifras cercanas a los dos mil millones. El desgaste continuado de estos factores y la necesidad de mantener la potencialidad del Ejército llegó a reflejarse sobre la economía general del país, especialmente la agrícola, que se resentía visiblemente en algunas naciones. El aislamiento que los aliados impusieron a las Potencias centrales, por el cerco a que las sometieron, agravó en ellas considerablemente el problema, ya que hubieron de plantearse éste, en lo que se refería al futuro abastecimiento de caballos y mulos necesarios para el Ejército y para cubrir las necesidades apremiantes del país, a base de una economía en el desgaste y pérdidas del caballo y en una intensificación de producción. Para alcanzar el primer extremo, montaron un dispositivo veterinario capaz de obtener el mayor rendimiento en cuanto se refería a conservar la salud de los efectivos, recuperar rápidamente bajas eventuales y evitar el mayor número posible de bajas definitivas. Para alcanzar la segunda finalidad hicieron regresar del frente las yeguas que no eran indispensables en el mismo y las incorporaron a los servicios agrícolas del país, a la vez que las utilizaron para intensificar la producción del caballo y obtener una reserva hípica adecuada a las necesidades del momento. Los países aliados utilizaron medidas parecidas y procuraron aumentar el área de producción distribuyendo caballos reproductores a Dinamarca y Holanda. También

Alemania sintió entonces necesidad imperiosa de intensificar el número de sus Depósitos de Sementales como medio de estimular su producción hípica, racionalizándola. Tales hechos revelan la magnitud que los problemas de esta naturaleza llegaron a alcanzar al iniciarse el siglo presente. En la guerra de 1914 se observa la mayor movilización hípica conocida en la Historia. Comparando la proporcionalidad entre hombres y caballos a partir de la guerra austro-prusiana, se aprecia un rápido incremento en el empleo del material hípico; pues en dicha guerra, la relación de caballos por cada 100 hombres fué 15,53; en la francoalemana, 17,39; en la rusojaponesa, 19,72, y en la europea de 1914, 30,51.

La complejidad en la organización de cada Ejército sigue siempre creciendo, subordinada a la necesidad de obtener un constante superávit de fuerza y de valor específico; por este hecho no podía ser despreciada la aplicación del motor de explosión, cuyo uso en la guerra de 1914 ya se venía verificando en una proporción moderada. Al enfrentarse las grandes masas, la superioridad táctica, que suponía una mayor movilidad, no podía ser despreciada, ni debía tampoco eliminarse la posibilidad de poner a los hombres de las fuerzas de choque a cubierto de la potencia de fuego de las armas actuales. En 1916, a un grupo de Oficiales ingleses especializados en tiro se les comunica que va a entregárseles un automóvil maravilloso: aparecieron entonces las ametralladoras acorazadas, germen del tanque actual. El simple hecho de haber movilizado al motor de explosión, haciéndole pasar de los servicios de retaguardia a la línea de choque, supuso una verdadera revolución técnica. El empleo de aquél fué tan creciente y a su poder resolutivo se le dió tan extraordinario valor, que no es de extrañar que entonces parecieran evidentes las más radicales opiniones. Francia, que había empezado la guerra con 6.000 vehículos mecánicos, los terminó con 95.000; el Ejército inglés, al finalizar la contienda disponía de 45.000 autos y 8.000 tractores; los norteamericanos utilizaban ya en Europa 40.000 vehículos; al final de la guerra, los aliados disponían aproximadamente de 200.000 autos y 3.000 carros de combate, estando proyectada para 1919 la construcción de 8.000 tanques y 10.000 vehículos de oruga.

Era de esperar que, una vez terminada la guerra y acreditado el artificio mecánico como un insuperable medio de resolución bélica, se eliminara definitivamente el motor de sangre del cuadro de los Ejércitos. Primeramente habría de extinguirse como medio específico de combate, disolviendo al Arma de Caballería, organizada de manera tradicional;

más adelante, todo recurso hipomóvil debería ser inexorablemente eliminado por la acción fascinadora e irresistible de la máquina. Pero un criterio técnico ponderado, desprovisto de las ideas fáciles que despierta en los espíritus impresionables los hechos nuevos (Tácito dijo que siempre lo nuevo es lo mejor), seguía manteniendo años después de 1918, respecto a la función del Arma de Caballería, unas ideas restrictivas, pero en ningún modo eliminatorias. El siguiente cuadro da idea de la composición del Arma en los Ejércitos principales del mundo, en la época a que nos referimos, y establece una significativa comparación entre fechas lejanas a 1918; el cuadro revela cómo el criterio técnico respecto a la función específica del Arma se mantiene en un plano dis-

CUADRO COMPARATIVO DEL NUMERO DE REGIMIENTOS DEL ARMA DE CABALLERIA EN LOS PRINCIPALES EJERCITOS DEL MUNDO DURANTE LOS AÑOS 1923-1930. (Cuadro número 2.)

AÑO	Francia (1)	Polonia	Inglaterra (1)	España	Rumania	Alemania	Italia	Checoslovaquia	Bélgica	Suiza	Suecia	Yugoslavia	Portugal	Noruega	Dinamarca	Japón	Estados Unidos (2)	Brasil	Argentina	Chile
1923	69	40	37	30	20	18	12	10	9	8	8	8	8	3	3	29	21	20	14	9
1930	44	40	41	27	21	18	12	10	6	6	4	8	8	3	3	25	15	20	11	9

Total Regimientos en 1923. 283

» » 1930. 251

Diferencia. 32

(1) Compreendida su Caballería Colonial. (2) Guardia Nacional.

crecional, revelador de una opinión fija, al sostener las líneas del gráfico un relativo paralelismo, no obstante haberse firmado la paz doce años antes. (Cuadro número 2.)

Un examen de conjunto, respecto al empleo del motor de sangre, por el Ejército de Francia años después de la victoria, nos proporciona la cifra de más de 191.000 unidades, que figuran aprobadas en el presupuesto de la fecha a que nos referimos. El cuadro siguiente nos da idea del proyecto votado. (Cuadro núm. 3.)

CUADRO DE CONJUNTO VOTADO PARA SU APLICACION EN FRANCIA (1923). (Cuadro número 3).

DESIGNACION DE LAS TROPAS	Efectivo de ganado.
METROPOLITANAS	
Estado Mayor y Servicios particulares.	1.924
Escuelas Militares.	3.000
Infantería.	8.700
Carros de combate.	4.400
Caballería.	31.933
Artillería.	29.820
Ingenieros.	1.200
Aeronáutica.	725
Tren de equipajes.	2.500
Gendarmería.	10.724
<i>Total.</i>	<i>94.926</i>
Argelia-Túnez.	14.390
Marruecos.	22.423
<i>Total tropas metropolitanas.</i>	<i>131.739</i>
COLONIALES	
Interior-Argelia-Túnez-China.	4.231
Marruecos-Tropas auxiliares-Idem coloniales.	6.753
TROPAS DIVERSAS MISIONES	
Cuenca del Sarre-Ocupación de Constantinopla-Ejército de Levante-Misiones extraordinarias.	17.754
Tropas de ocupación de país extranjero.	30.627
TOTAL GENERAL.	191.104

De un Grupo célere italiano.

Inglaterra, país eminentemente revisionista, ocupa en la fecha indicada el tercer lugar, con sus 37 Regimientos (2 Regimientos de la Guardia, 10 Metropolitanos, 3 en Egipto y 1 en Palestina); su Caballería indígena india ascendía entonces a 21 Regimientos. Figuran en aquella fecha, a la que nos referimos, aprobados en el presupuesto correspondiente los siguientes efectivos regimentales, excluida la India (Cuadro núm. 4.)

(1923) INGLATERRA (Cuadro número 4)

DESIGNACION DE LAS TROPAS	Efectivos de caballos y mulos.
Caballería.	6.629
Artillería (a caballo, de campaña, etc.).	8.213
Infantería.	1.916
Ingenieros.	604
Carros de asalto.	60
Cuerpos de señales.	1.238
Policía militar.	230
Servicios generales del Ejército.	1.289
Idem de la Dirección de Artillería.	3
Sanidad y Veterinaria.	144
Cuerpos coloniales e indios.	459
<i>Total.</i>	<i>20.785</i>

El Servicio de Transporte en la India estaba compuesto de la siguiente manera:

Transporte animal: 31 Compañías rodadas y a lomo; 33 Secciones con un efectivo reducido de 858 bovinos; 13 Compañías de camellos.

Transporte mecánico: 24 Secciones.

El número total de animales que comprendía el Servicio de Transportes, incluidos los depósitos y destacamentos de Aden, Cachemira y Golfo Pérsico, era de 18.443 mulos; en la movilización, el número de camellos debería alcanzar 12.480. Los Servicios de Remonta y Veterinaria tenían previsto el entretenimiento de 68.344 animales.

Francia, en 1930, contaba en su Caballería europea con 4 Regimientos de Coraceros, 11 de Dragones, 6 de Cazadores, 4 de Spahis y 4 de Húsares. El Arma se modifica y adquiere



una fisonomía particular al ser influenciada por la tendencia mecanicista, y se hace asimilar entonces 12 Escuadrones de autoametralladoras y 5 Batallones de Dragones *portées*. Fuera de Europa tiene Francia 5 Regimientos de Cazadores y 9 de Spahis (en Africa especialmente), 1 Regimiento extranjero y 7 Escuadrones de autoametralladoras. Inglaterra aprueba para 1930 los efectivos presupuestados, que se descomponen según el cuadro siguiente. (Cuadro núm. 5.)

EFFECTIVOS PRESUPUESTARIOS DE INGLATERRA
(1930-1931) (Cuadro número 5)

DESIGNACION DE LAS TROPAS	Caballos y mulos.
Caballería (guardia y línea).	4.543
Artillería.	6.482
Infantería.	2.316
Ingenieros.	662
Signaleurs.	889
Policía Militar.	92
Intendencia.	608
Dirección de Artillería.	3
Sanidad y Veterinaria.	82
Cuerpos coloniales.	404
<i>Total.</i>	16.081

No obstante el formidable desarrollo de la máquina y la profusa aplicación del motor de explosión, aún el motor de sangre sigue incorporado en considerable cuantía a las organizaciones militares del mundo, alimentando un servicio que, al parecer, no puede ser sustituido. ¿Qué rectificaciones ha impuesto a este criterio la guerra actual? La formidable campaña de Polonia, donde las Divisiones acorazadas alemanas hubieron de enfrentarse con un Ejército hipófilo, provisto de 40 Regimientos de Caballería, puede marcarnos una orientación perfilada por el previo juicio crítico que tal lucha sugirió en el Mando alemán. Este criterio no modifica sustancialmente el inicial que suscitó la aparición de la máquina de guerra en el campo de batalla en 1916; reconociendo la superioridad del artificio mecánico que actualmente ha operado en dilatadas llanuras aptas para que aquél desarrollara una fuerte acción ofensiva, y teniendo presente el éxito alcanzado por las Divisiones acorazadas, dicho juicio crítico, sin embargo, no formula un voto adverso a la acción de la Caballería. Vamos a transcribir los más significativos textos del estudio *Motor und Pferd*, publicado recientemente en una revista alemana por un Jefe de División acorazada. En resumen, dicen aquéllos así:

"En los veinte años que mediaron entre la guerra de 1914 y la actual, apenas pasó un mes sin que se escribiera sobre el rendimiento probable del motor y el caballo: nada se puso en claro. A pesar de ello, se estaba pendiente de la resolución de este problema, que afectaba a un factor y elemento de combate tan importante en el Ejército moderno. Aguardábamos con impaciencia la prueba de su caída definitiva; nos preocupaba.

"La campaña demostró que nuestros motores se extendían por todas partes, venciendo del modo más sencillo las dificultades del teatro de la guerra en los días otoñales y secos de septiembre. Nuestras rápidas divisiones pudieron pues, acelerar los movimientos del Ejército, de modo que la campaña pudo terminarse en pocas semanas. En el ritmo apremiante de la persecución tuvieron lugar fuertes cargas de los Escuadrones y demás Unidades montadas, de tal manera que algunas veces sólo a duras penas podían proseguirlas. El adversario creía tener adaptado su Ejército a la modalidad del terreno, prevaleciéndose de sus caballos, pues

poseía una numerosa y buena Caballería. Sus Unidades motorizadas y bien blindadas fueron debilitadas y dispersadas; de ellas esperaba poco. El enemigo se hallaba en un gran error; el desprecio de los motoristas, y sobre todo de las modernas Unidades blindadas de nuestro Ejército, fué su fatalidad. Al segundo día de campaña fueron rotos sus frentes, hostilizados sus medios de comunicación y desbaratados sus planes; en la historia de la guerra apenas se conoce una derrota tan completa. Tampoco pudo ser detenida por la sacrificada acción de la Caballería. ¡En la campaña polaca, el motor ha vencido decisivamente!

"En la actualidad, tienen que ser utilizados en el Ejército el caballo y el motor simultáneamente. Lo mismo si se quiere dar al motor la preferencia, pues hay que tener en cuenta el rendimiento de fabricación del país y los límites de aplicación de su combustible. En la guerra moderna se colocan como núcleo de los Ejércitos juntamente las Divisiones e Infantería montada, en que ciertas Unidades particulares (especialmente las de defensa acorazada), así como los de servicios de retaguardia, son motorizados. La Caballería y, por tanto, las tropas montadas de lucha es disminuida generalmente en gran número; se reemplaza por elementos de lucha motorizados, y sobre todo acorazados, cuyo número depende esencialmente del rendimiento productor de un país.

"Un nuevo estilo ha nacido en el Ejército de las Divisiones acorazadas. Esta modalidad no puede asustar a los actuales partidarios del caballo, sino al contrario, pues en las Divisiones blindadas encuentra su continuación la decisión de la batalla por la Caballería en tiempos pasados. La táctica y el empleo de la nueva Arma se fundan en la tradición de las mejores doctrinas de la Caballería. La Caballería y las Divisiones acorazadas, las defensas blindadas, los elementos motorizados y montados forman en el Ejército alemán las tropas rápidas."

III. — SU PORVENIR

Desde el punto de vista práctico podemos deducir que el caballo, considerado como elemento específico de combate, ha de subsistir en la composición de los Ejércitos; es cierto que éstos, en el porvenir, se asimilarán cantidades crecientes de poderosos recursos mecánicos para proveerse de una fuerte potencialidad y multiplicar así la masa y la velocidad de sus fuerzas de choque. Pero esta finalidad no excluye en general el empleo de recursos hipomóviles como elementos de aplicación, que en unos casos serán considerados como indispensables y en otros como medios suplementarios que contribuyen a facilitar la movilidad de las tropas en toda circunstancia. Füller, el campeón inglés de la mecanización, y al cual ya hemos hecho alusión, condicionaba la aplicación de su criterio a la naturaleza del terreno donde las fuerzas hubieran de moverse, admitiendo en principio un razonable determinismo topográfico, una servidumbre del recurso móvil a la fisonomía de la zona de acción de los Ejércitos. (Füller dice: "En el porvenir, el campo de batalla debe dividirse en sectores propicios a las armas mecanizadas y en sectores no propicios; el problema, pues, radica en organizar un Ejército que pueda ejercer su misión táctica primordial en las clases de sectores citados.") Igualmente el General Camon, que concede una señalada ventaja sobre el caballo a la fuerza mecanizada, condiciona el profuso empleo de ésta a los tres factores siguientes: carburante, material (industrialización del país) y financiero. Prescindiendo del factor esencia; vena líquida indispensable para alimentar el movimiento de los ingenios mecánicos (en 1914, Clemenceau telegrafiaba al Presidente norteamericano: "Vues-

tro petróleo nos es tan precioso y necesario como la sangre de nuestros soldados”), es natural deducir que la aplicación del recurso hipomóvil en los Ejércitos ha de estar en relación: a) con la organización industrial del país; b) con la extensión territorial del mismo, cuya amplitud requiera el empleo de todo medio de transporte para asegurar la movilidad con la extensión de sus fronteras, con el desarrollo de sus vías de comunicación.

Y, por último, el factor sustantivo que condicionará el empleo de la máquina ha de ser la topografía del país. Las naciones con profusos sistemas orográficos, con cerrados horizontes y perspectivas alpinas, condicionarán el empleo de los ingenios mecánicos; será muy distinto operar con estas grandes masas de acero en los Pirineos, que en las grandes planicies centroeuropeas. La necesidad del desplazamiento del material a lomo ya se señaló en un trabajo de Lanotti, donde se consideró insustituible al motor de sangre al operar en sectores donde las grandes carreteras se convierten gradualmente en vías de comunicación más modestas, para terminar en senderos de montaña. Lanotti emitió su juicio examinando la posibilidad de aplicación incondicional del factor mecánico a la topografía italiana. Emitir *a priori* un juicio sistemático supone establecer como posibles hechos que no pueden tener realización. Los Ejércitos han utilizado siempre aquellos recursos que, sin hacer perder eficacia a sus masas, se han considerado directamente aplicables al desarrollo de su misión militar; Inglaterra ha utilizado en sus diversas actuaciones animales diversos: asnos, en 1885; búfalos, para el transporte en la campaña de 1903; camellos, elefantes, etc.

Nuestra Patria, después de Suiza, es el país más montañoso de Europa. Estos factores condicionan sus horizontes (alpinos en gran parte) y someten a su servidumbre el empleo del recurso mecánico; de estas consideraciones se deduce una conclusión evidente: la movilidad del Ejército nacional durante mucho tiempo habrá de ser mixta; los recursos mecánicos, cuya superioridad en desplazamiento y valor militar son evidentes, deberán articularse con los recursos hipomóviles para que éstos, en el límite de posibilidad de aplicación de los primeros, tomen a su cargo la labor móvil. Dentro del dispositivo general del Ejército, cuyas directrices de desplazamiento habrán de ser esencialmente mecánicas, se extenderá una amplia red de elementos hipomóviles que serán factores sustanciales en los que se sustente el movimiento subalterno de Regimientos y Unidades. Esta organización mixta parece reflejarse en la composición actual de nuestro Ejército, donde un vigilante espíritu previsor asocia los factores indispensables para asegurar (sea cualquie-

rala zona de actuación) la movilidad de las grandes Unidades.

Y en cuanto al caballo como factor específico de combate y elemento, por tanto, del Arma de Caballería, no creemos que esa ola mecanizadora en mucho tiempo logre hacerle desaparecer. Las tropas rápidas alemanas, como hemos visto, le cuentan como un elemento que asocian a sus máquinas poderosas y le emplean cuando las circunstancias lo aconsejan; se reconoce la superioridad del artefacto mecánico, pero el caballo comparte con la máquina la misión de actuar cuando un horizonte se cierra y opone al ingenio de guerra el valladar de unas laderas inaccesibles para él. Frente a estas perspectivas arrolladoras de la fuerza mecánica impresionaría contemplar cómo la bella tradición del Arma de Caballería se mantiene en algunos Ejércitos con la pureza de la doctrina inicial y se asocia al caballo, a la gloria de inmarcesibles hechos militares. En plena época mecanicista, vibrante de energía, en la que parece que una poderosa masa de acero reclama para sí el imperio de la fuerza y de la velocidad, el Japón rinde un homenaje de simpatía al caballo y ensalza su oscura y silenciosa labor militar; una *Marcha de los caballos de guerra* ha sido escrita para ellos, que comparten como camaradas las fatigas de sus jinetes; las notas de esa marcha cantan así: "Adelante, adelante sobre las montañas y a través de los ríos; nuestro grito es *siempre adelante*; delante de nosotros la luz brilla..." Y como culminación de este movimiento de simpatía, se ha registrado el hecho insólito de que el viejo caballo *Victory Mountain* recibiera de manos de un príncipe imperial una golosina de zanahorias, hecho histórico en la vida del pueblo japonés. Esta acción simbólica se realizó recientemente en Tokio con ocasión de celebrarse la semana del "caballo desconocido". Las Armas clásicas no han podido ser derrocadas por el nuevo coloso que las amenaza; esa misma fuerza no podrá disolver por ahora el factor hipomóvil, quien, adscrito al Ejército, le prestará su cooperación silenciosa y oscura, pero eficaz. Si hemos considerado arbitrario prejuzgar los hechos mecánicos estimando que su aplicación es irrealizable en ciertas circunstancias, no queremos tampoco considerar como no revisable la aplicación del motor de sangre. Por ahora estimamos que una cola-

boración de estos dos elementos se impone en una organización mixta, que para España entendemos ha de ser muy duradera. Sin embargo, ningún hecho consideramos como sustantivo. La realidad impondrá una orientación definitiva, y ella será recogida por los órganos adecuados para estatuir el dispositivo más útil al Ejército, más útil al país, norte imperecedero en el que se inspiran las resoluciones más entrañables, ya que, según la bella frase de un pensador del siglo XIX, "La Patria, como Dios, está siempre delante y siempre con nosotros".



Enlace

Capitán de Artillería
ADRIAN GOZÁLVEZ

LA guerra es una empresa colectiva que tiene por fin imponer la voluntad de un conjunto de hombres sobre otros con una extensión que alcanza, en nuestros días, las tres dimensiones, haciéndose total.

Como empresa colectiva, tiene su razón de ser en la importancia de vencer por el esfuerzo individual la magnitud de los obstáculos que a la consecución de su fin se oponen, haciendo necesario el incremento individual por la pluralidad para obtener el necesario capaz de lograr el fin propuesto.

El valor del esfuerzo necesario para vencer la magnitud del obstáculo viene dado por la calidad y extensión de éste; en la guerra se expresa la primera por la imposición de la voluntad del hombre sobre su semejante, incrementada al poner éste en juego no solamente, como en la generalidad de las empresas, su bienestar económico, sino todas las manifestaciones de su vida, tanto morales y espirituales como materiales, y en su extensión por alcanzar todo aquello que está comprendido en los amplios límites jurídicos del Estado.

Aparece, por tanto, en la guerra, como en toda empresa colectiva, un fin perfectamente claro y definido: obtener el máximo esfuerzo resultante de la conjunción de los individuales que intervienen, aplicado en la dirección conveniente, en el espacio y en el tiempo, lo que sólo se puede obtener por el enlace, que no es otra cosa sino la unión, contacto, norma, coordinación y dirección de todos los esfuerzos de los componentes de la empresa.

En las empresas colectivas corrientes, este fin, propuesto por el enlace, se logra cuando el elemento constitutivo esencial, que es el hombre por su inteligencia, voluntad y vida, ya que los restantes, por inertes o carentes de inteligencia, se encuentran sometidos a él, y no hacen sino incrementar su esfuerzo individual; sabe (conoce los medios materiales puestos a su disposición y aplica éstos siguiendo unas normas de la dirección que suma sus esfuerzos y no los resta), quiere (se halla animado de una voluntad de empresa) y puede (posee aptitudes físicas).

La guerra, que, como empresa colectiva que es, no se diferencia de éstas más que en su extensión, que alcanza a todos, y en el mayor esfuerzo y sacrificio (hasta el de la vida) que a los componentes del organismo encargado de llevarla a cabo, Ejército, se les pide, precisa para que el esfuerzo desarrollado por éste sea un máximo, sean máximas también las condiciones de sus componentes y máximo

el enlace, único en su esencia, por responder a un fin concreto y múltiple en sus manifestaciones como lo es el hombre en las suyas.

El enlace tiene por misión lograr que el elemento activo de la guerra, Ejército, pueda desarrollar su máximo esfuerzo, y para ello exige que éste forme un todo armónico constituido por una masa de hombres apta (que puedan físicamente), animados de unos mismos sentimientos, aspiraciones e ideales (que quieran), conocedores del material y ganado puestos a su disposición y encuadrados en Unidades cuyos Mandos se encuentren ligados por una doctrina y dirigidos por un Mando (que sepan).

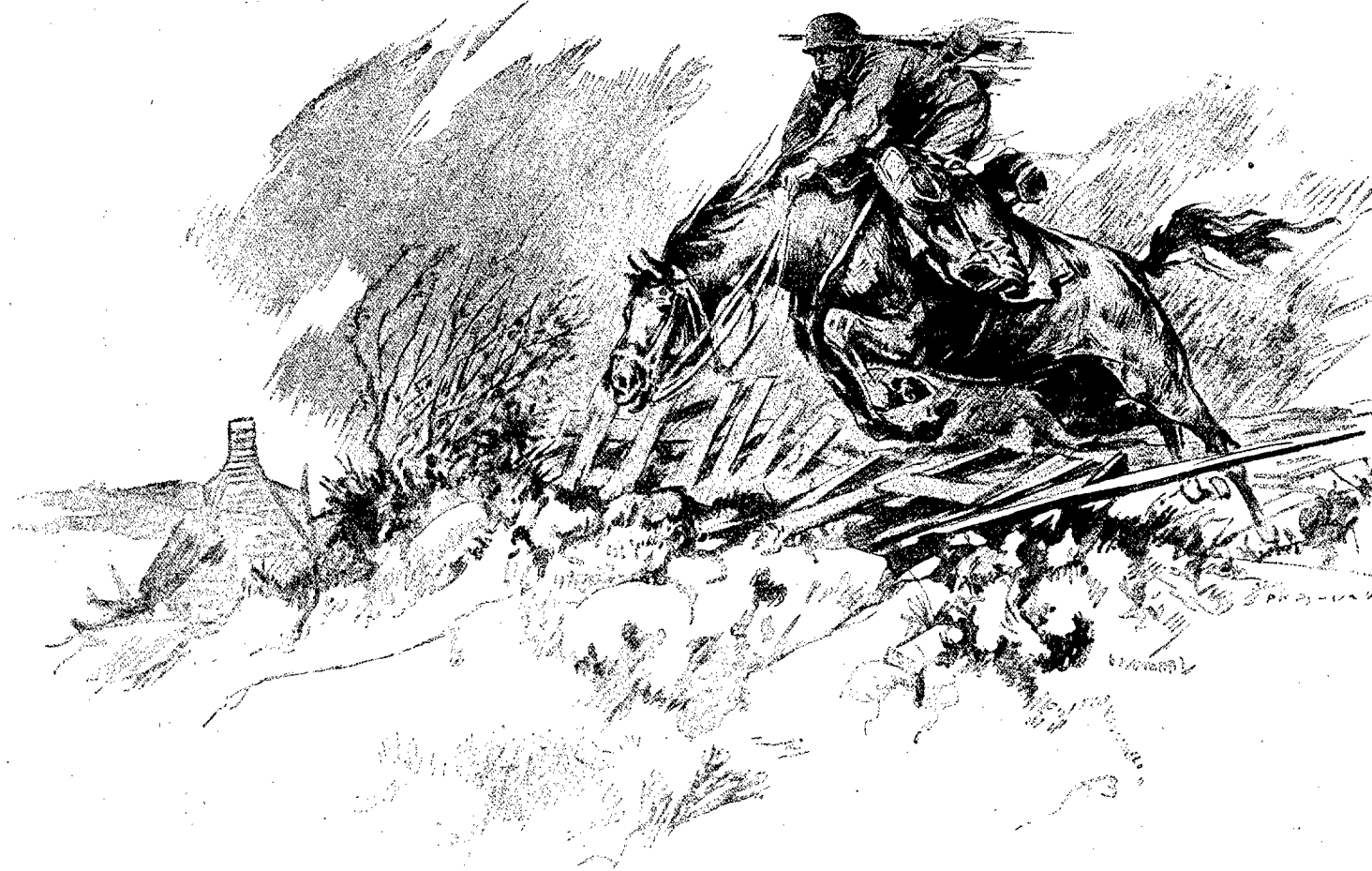
Vistas las características que el enlace para ser perfecto exige, veamos los procedimientos y medios que existen para lograrlos.

1.º Que los hombres quieran. Si en las empresas colectivas es condición, para un buen funcionamiento, que exista una voluntad de empresa, en la guerra, que es lucha de voluntades, se impone que esta voluntad de empresa se transforme en Voluntad de vencer; pues solamente así, llevando el convencimiento en el alma, sean cualesquiera las situaciones en que se encuentren, desarrollarán su máximo esfuerzo, y a la vez encontrarán fuerzas con que sobreponerse al egoísmo personal de la existencia, ofrendando el sacrificio de la vida, en aras de un ideal, en caso preciso.

Esta comunidad de sentimientos, precisa en el Ejército, es la primera manifestación del enlace (acuerdo o enlace moral), y para obtenerla se precisa una formación, educación y orientación moral constante de todos los individuos, apoyada en las virtudes de la raza, en el conocimiento de la psicología nacional, en los intereses de la nación y en la orientación de las actividades nacionales desde tiempo de paz hasta llegar a hacer de los intereses nacionales aspiraciones individuales.

2.º Que los hombres físicamente puedan afrontar los riesgos y fatigas que la guerra impone, lo que exige una preparación física que no puede limitarse a unos meses, sino desde la infancia; pues, en el primer caso, la imprescindible selección dejaría los Ejércitos en cuadro, en vez de obtener masas con disminución lógica (Ley del Número) del esfuerzo que pudiera obtenerse. En un Estado totalitario no es problema difícil, con los medios que éste posee, lograr esta preparación física, que recibiría una orientación castrense durante la permanencia de los individuos en el Ejército.

3.º Que sepan. Convencidos los hombres y aptos física-



mente para afrontar los sacrificios de la guerra, precisan, para multiplicar su esfuerzo individual, conocer el material puesto a su disposición, lo que se logra mediante el enlace hombre-material; es decir, por la Instrucción, que no debe reducirse al conocimiento de los medios materiales, sino también a sus características de empleo y adaptación al medio donde han de emplearse.

Con el Enlace moral, aptitud física y Enlace hombre-material, se obtienen masas capaces de actuar por esfuerzos individuales; pero, como en toda empresa, precisa una organización que le haga apta a su dirección.

El enlace obtenido por el acuerdo moral y hombre material se refuerza mediante la organización, que, creando Unidades y Mandos que conjugan esfuerzos individuales primero, equivalentes después y complementarios más tarde, llega al punto de poner en juego todos los adelantos de la ciencia al servicio del Ejército dirigido por un Mando.

Para que esta acción del Mando resulte coordinadora y no disgregante, es decir, cumpla su misión de Enlace, precisa se encuentren todos los Mandos, desde el supremo al elemental, ligados y unidos por unas normas de empleo orientadoras de la aplicación de sus esfuerzos; normas que constituyen en el Ejército la Unidad de doctrina que en síntesis puede definirse "que ejecutantes distintos ante situaciones semejantes adopten resoluciones idénticas".

Con la aptitud física de los componentes, su encuadramiento y preestablecidos los acuerdos (manifestaciones del

Enlace) moral, hombre-material e intelectual, se tiene el elemento activo de la guerra, Ejército, en disposición de actuar rindiendo el máximo esfuerzo.

La acción del Ejército, así preparado en tiempo de paz, ha de desarrollarse en cumplimiento de una misión (ganar la guerra) en un teatro (terreno) con sus medios como empresa colectiva y frente a unos actores que se oponen (enemigo).

Como en las empresas colectivas, el Enlace en el Ejército sería perfecto cuando a los acuerdos preestablecidos se superpusiese durante la acción para la aplicación en el tiempo y en el espacio del máximo esfuerzo, la acción coordinadora y directora del Mando por su presencia y contacto personal con los ejecutantes; pero los efectivos actuales, distancias que los separan, obstáculos del terreno y acción enemiga impiden esta acción directa. Como, por otra parte, esta acción es esencial, aparece la necesidad de aumentar por medios materiales el radio de acción del Jefe, a los cuales, por su importancia (en su empleo) se les ha dado el nombre de Enlace, no adecuado por ser una manifestación de éste y no el todo.

Para la actuación coordinadora y directora (manifestación del Enlace) el Mando precisa:

Conocimiento de la misión: Qué es lo que tiene que cumplir.—De los medios: Medida de cuál es el esfuerzo que puede desarrollar para el cumplimiento de la misión.—Del enemigo: Valorizando su cuantía, intenciones y es-

fuerzas que puede ejercer.—Del terreno: Valorizándole como obstáculo y apoyo al situar sobre él, respectivamente, al enemigo y sus medios.—Y del tiempo: Período de que dispone para el cumplimiento de su misión.

En su consecuencia, la acción coordinadora del Mando puede reducirse al conocimiento de la situación, preparación de la acción y desarrollo de ésta.

El Enlace satisface estas necesidades de la siguiente manera:

El conocimiento de la situación por la información, que da lugar a una serie de corrientes en el sentido vertical y horizontal, a las cuales tiene que satisfacer por unos medios materiales (medios enlaces) que gocen de las características de instantaneidad y contacto personal que tratan de suplir.

En virtud del conocimiento de la situación, el Jefe decide.

Decisión, que es la expresión de cómo se piensa desarrollar la acción, coordinando los esfuerzos de las Unidades ejecutantes.

Es, pues, el Jefe quien, en su decisión, establece el Enlace para el desarrollo de la acción. Es conveniente, por tanto, analizar los distintos puntos que ésta comprende para ver cómo se logra.

Idea de maniobra.—Expresión abstracta de cómo se propone cumplir la misión mediante determinados esfuerzos que den como resultado el previsto en la dirección determinada; establece el enlace al dosificar esfuerzos principales y secundarios, cuyo conjunto debe dar por resultado el total previsto.

Disposición general.—Enlaza al situar las Unidades para hacer factibles los esfuerzos previstos.

Misiones a las Unidades subordinadas.—Al puntualizar quiénes son los encargados de ejecutar los esfuerzos previstos en la idea de maniobra, enlaza.

Medios suplementarios.—Enlaza al especificar qué esfuerzos son los que cada Unidad tiene que coordinar para el cumplimiento de su misión.

Direcciones de esfuerzos y objetivos.—Establece enlace al materializar sobre el teatro de la acción (terreno) la aplicación de los esfuerzos y los puntos a alcanzar para obtener el fin previsto.

Misiones de la Artillería.—Al señalar cómo cooperará con sus esfuerzos al desarrollo de la acción, realiza un Enlace.

Conducta a seguir.—Enlaza al dosificar la cuantía de los esfuerzos que a cada Unidad se le exigen.

Enlace y transmisiones.—Hace posible la dirección y enlace de los esfuerzos durante el desarrollo de la acción, mediante la designación y orientación de los medios materiales de Enlace.

Dirección de la acción.—Si el conocimiento de la situación y empleo de las fuerzas fuese perfecto, la acción se desarrollaría en la forma prevista por el Mando; pero como aquélla no se alcanza, hay que corregir, de una manera constante, los errores cometidos en su apreciación, coordinando los esfuerzos de las Unidades con arreglo a las variaciones de la situación; lo que impone la acción directa y constante del Jefe sobre los ejecutantes y la permanencia de los medios materiales encargados de hacer posible este contacto, lo que da lugar a corrientes de Enlace en el sentido vertical y horizontal, e imprime la característica de instantaneidad a los

medios que tienen que satisfacerle, por ser esencial en la acción, la rapidez.

Para que el Enlace sea perfecto durante la preparación y desarrollo de la acción, se deduce cuáles son las características que hay que exigir a los medios materiales que prolongan la acción del Jefe. Estas características son, en esencia, permanencia, instantaneidad, claridad y rendimiento; y como no hay actualmente medio alguno que cumpla con tales características, aparece la necesidad de la orientación de tales medios con arreglo a las necesidades que se prevén, y como estos medios materiales (Transmisiones) deben responder siempre a una situación táctica, pensamiento del Jefe y necesidades previstas, solamente puede ejercerla quien tenga o conozca a fondo éstos, y, por ende, debe ser su director el Jefe del E. M.; pero como a la vez se precisa, para un buen rendimiento, un conocimiento perfecto de los medios, se ve la necesidad que exista un Jefe responsable de su empleo.

Como la materialización de las corrientes de Enlace durante la acción por las Transmisiones inscriben en el terreno la Idea de maniobra del Jefe dada en su Decisión, debido a la limitación de los medios y por ser un instrumento del del mando, a él le corresponde su dirección, que ejercerá por medio de un Jefe de E. M., único capaz de imprimirles las características a que debe responder, asesorándose del Jefe de Transmisiones, que asumirá su dirección técnica dentro de la Unidad.

Como normas orientadoras de Enlace, pueden darse:

Que los Mandos subordinados informen de su situación y necesidades al superior.

Que todo Jefe de Unidad mantenga relación constante con los vecinos para asegurar una cooperación que les permita prestarles o pedirles auxilio.

Que cada Arma actúe en estrecha cooperación con las demás dentro de los límites señalados en su misión.

Que la retaguardia provea las necesidades del frente.

Para el adecuado empleo de las Transmisiones hay que tener en cuenta que éstas precisan:

Previsión, por el tiempo que exige su instalación.

Superposición de medios, por la continuidad y rendimiento que se les pide, dadas sus características actuales.

Obligación recíproca, por la necesidad de la existencia del Enlace y limitación de medios.

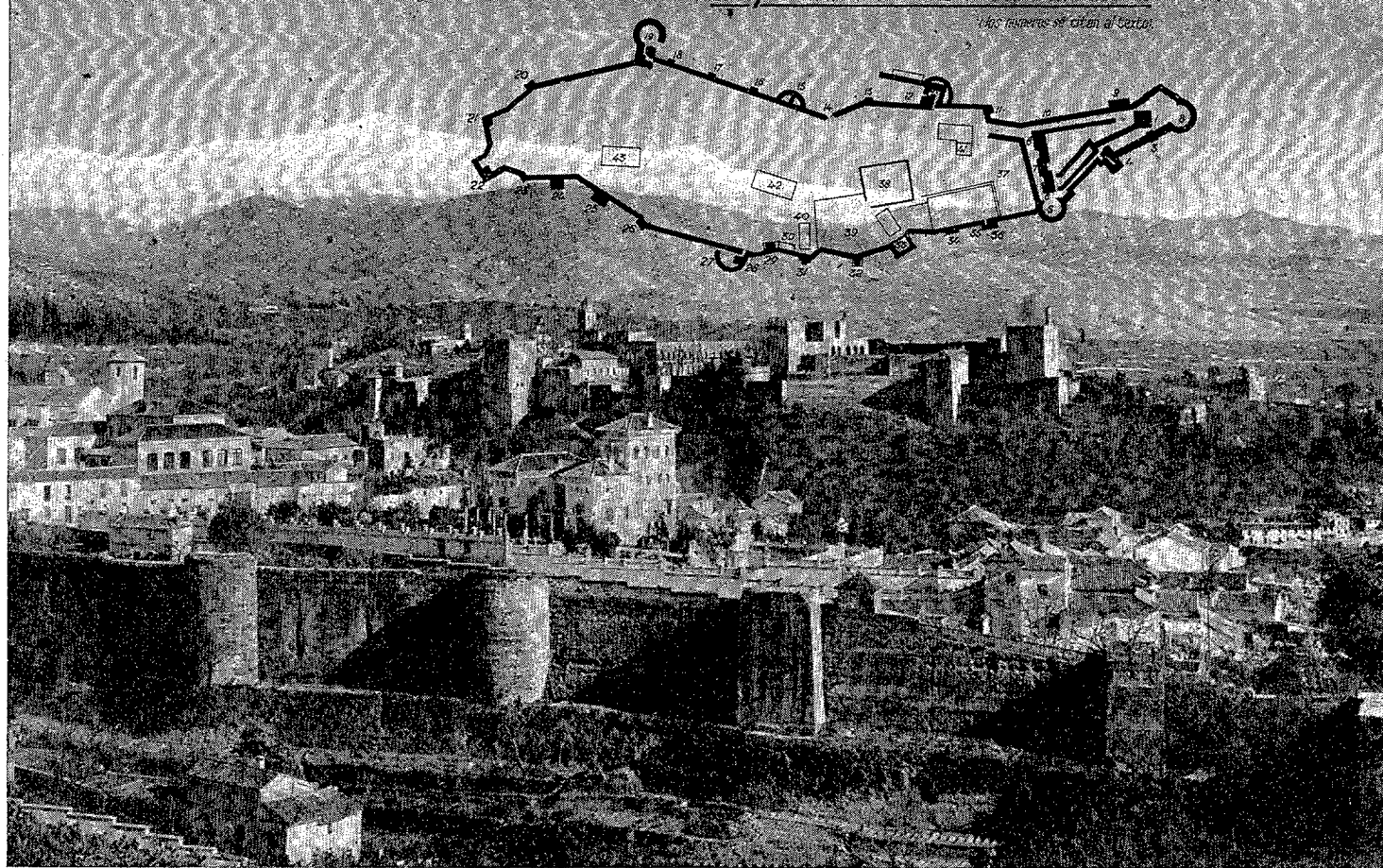
En consecuencia, se deducen de las normas de Enlace y características de las Transmisiones que su empleo debe sujetarse a las siguientes normas:

Obligación recíproca de las Unidades y Mandos en buscar su contacto.

Las corrientes en profundidad se materializarían de la Unidad superior a la inferior, hasta Batallón inclusive, pudiendo llegar hasta Unidades más pequeñas cuando éstas realicen misiones dependientes directamente del Jefe de la G. U. o cuando el tiempo y medios de que se disponga permitan llevarlas hasta las más pequeñas.

Las corrientes transversales en el sentido de izquierda a derecha, o el que ordene el Mando, entre Unidades similares, lo que orienta y define responsabilidades.

Las armas que apoyan a las apoyadas, pues generalmente disponen de más medios.



LA ALHAMBRA

fortalera

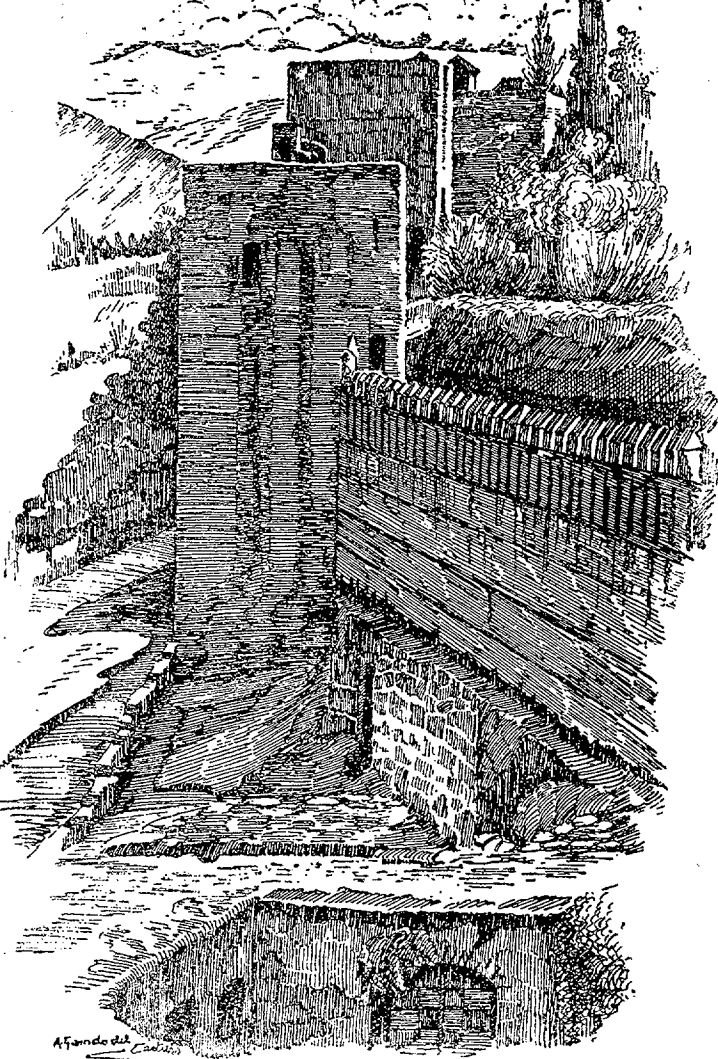
Capitan de Infantería
VICTORIANO MORAL MARTIN
 del Reg. 5

SEMBLANZA

Múltiples y varios han sido los temas sugeridos por el regio palacio de Alhambra. Muchas han sido las frases, los párrafos, las páginas escritas encomiando las maravillas de la Alhambra. Los poetas han cantado sus bellezas, los novelistas han recogido sus leyendas, los artistas han bebido en sus fuentes. No ha faltado el escritor que, con visión metodizada, ha ofrecido su *Guía* al visitante; ni el arqueólogo escudriñando en sus excavaciones. Los pintores han querido sacar de su paleta la policromía de sus paisajes. Los eruditos han estudiado esta obra de arte, modelo único en su género. Y muchos han sido los viajeros extasiados ante sus muros. Pero faltaba el estudio de la fortaleza de la Alhambra desde el punto de vista militar. Se ha soslayado tratar el tema concretamente. Sólo pretendemos iniciar esta visión castrense de la Alhambra. Plumas más autorizadas y competentes entrarán de lleno en el tema y lograrán un trabajo más documentado y completo.

ALGO DE HISTORIA

Sobre la *Iberis* romana, sede del primer concilio español, alzaronse la *Castilia* musulmana y el arrabal judío de *Carnata*. *Castilia* o *Elvira* de los árabes apiñábase allá junto a la sierra que lleva este mismo nombre. *Carnata*, que más tarde había de ser la Granada morisca, ocupaba la colina del Albaicín. En la vega salpicaban las alquerías, los palacios de recreo, las huertas. Y la ambición, el orgullo y la intriga sembró estas tierras de luchas intestinas. Ardía en todo su furor la guerra civil entre árabes y muladíes. El valeroso Sawar, que capitaneaba a los primeros, hubo de buscar refugio en una altura acosado por Omar, caudillo de los muladíes. Los sitiados peleaban de día y trabajaban de noche



para fortificarse. Y así surgió la fortaleza de la Alhambra, la roja, en lengua árabe. Porque la luz de las antorchas dicen teñía de rojo la nueva fábrica de las murallas. Después, esta fortaleza fué también teatro de luchas durante las dominaciones de almorávides y almohades. Un día la ciudad de Elvira fué devastada y sus habitantes buscaron refugio en el arrabal de Garnata. Más tarde, esta población se acrecentó con emigrados de Baeza, cuyas tierras habían sido tomadas por los cristianos. Y así se fué formando un pueblo activo y trabajador, y llegando a ser la capital de un reino floreciente. El emir naserí Mohammed Alahmar engrandeció la antigua fortaleza de la Alhambra y la convirtió en palacio. El fué el fundador del reino de Granada, que había de durar más de dos siglos y medio de gloria y poderío. Hasta que las huestes cristianas, después de un largo sitio, rindieron por la astucia, que no por la fuerza, aquella fortaleza inexpugnable. Y el airón simbólico del Pendón de Castilla flameó victorioso sobre las almenas del alcázar naserí.

LA FORTALEZA

El recinto fortificado de la Alhambra está trazado sobre una alta colina. Sus rápidas pendientes, a veces escarpadas, constituyen ya una defensa natural. Esta situación permitía descubrir al enemigo desde la lejanía y aprestarse con tiempo a la defensa. El Dauro le sirve por una lado de profundo foso. La línea magistral, que determina el trazado sinuoso de la fortificación, es una cortina o *muralla* de gran elevación. Vista de lejos, se le ve reptar siguiendo las ondulaciones del terreno. Un ancho *camino de ronda* o *adarve*, coronado por alternancia de *almenas* y *merlones*, establece

la circulación... La muralla está flanqueada por torres... situadas en los ángulos y frentes.

la circulación. Los merlones, horadados por *arqueras* o *aspilleras* y a guisa de parapeto, protegían a los defensores, a la par que permitían disparar a cubierto. Un camino cubierto, en parte subterráneo, permitía asimismo circular por toda la fortaleza. Esta muralla está flanqueada por *torres* cuadradas y redondos baluartes. Las torres, situadas en los ángulos y frentes, y sobresaliendo como bastiones, facilitaban los disparos de flanco y batían al enemigo de enfilada. En los baluartes se emplazaba la artillería. Era obligado penetrar al recinto por varias puertas que se abrían en escasos lugares. Casi todas ellas están defendidas por sendos baluartes, una doble puerta y un espacio interminable a manera de *matacán* o *barbacana*.

Tres partes hay que distinguir dentro del recinto amurallado: la Alcazaba, la Ciudadela y el Palacio Real. La Alcazaba es la parte más antigua, donde se elevan la más alta de las torres, la del Homenaje, y la más conocida, la de la Vela. Ambas están unidas por un lienzo de murallas, con algunas torres secundarias que circundan una gran plaza de Armas. La Ciudadela es un extenso cinturón de legendarias torres, unas angulares, albarrañas otras, que albergaba una densa población árabe. El Palacio Real encierra el preciado tesoro de su arte maravilloso. Todo aparece envuelto, cual defensa accesoria, por un espeso bosque. Antes sólo crecía en la ladera inexpugnable que baña el Dauro. El resto, más accesible, presentaba un campo despejado para facilitar la defensa.

He aquí la visión de conjunto de esta organización defensiva, típicamente medieval, de gran interés histórico castrense.

LAS PUERTAS

Cinco eran tan sólo las puertas que daban entrada obligada a dilatado recinto: de la Justicia, de Siete Suelos, de Hierro, de la Poterna y de las Armas.

Perdidos en el dédalo frondoso del bosque, recibimos el saludo nacionalista de la Ciudadela, prendido en la clave del arco gigantesco de la *Puerta de la Justicia* (12). La subida está defendida por un amplio bastión, provisto de troneras, cegadas por el tiempo, donde debieron emplazarse las piezas artilleras. Tras la primera puerta del imponente macizo se abre un espacio para defender la entrada. Desde lo alto se arrojaban piedras u otros materiales al enemigo, estacionado ante una segunda puerta más exigua, que tiene reforzadas sus hojas con chapas de hierro. Inmediatamente se penetra en angostas naves, que, cortándose en ángulo recto, permitían la defensa paso a paso. Es la compartimentación del terreno que se establece hoy para contraatacar a un enemigo que ha puesto pie en la posición. Falta aún por salvar otra segunda muralla, que, con la anterior, forma un estrecho callejón y encauza a los asaltantes por este paso obligado, colocándolo a placer, bajo la acción de las armas.

Coetánea de la Puerta de la Justicia y similar en su disposición, es la *Puerta de Siete Suelos* (19). Hoy se alza mutilada por la saña de los franceses sobre un cubo o baluarte desportillado. A sus pies extiéndese el valle de Assabica, actualmente convertido en bosque. Se le ve agobiado por las fortificaciones de la Alhambra y trepar por el monte Mauror hasta las Torres Bermejas y Campo de los Mártires. Mas no bastándole, se espiga y aúpa con la verticalidad de lo gótico, buscando el sol en el azul del cielo. Washington Irving, como la Scheherazada de *Las mil y una noches*, nos refiere uno de sus famosos *Cuentos de la Alhambra* que han popularizado esta puerta. Es el que cuenta la fábula del Velludo y el caballo descabezado, guardianes de inmensos tesoros. La Puerta de Siete Suelos ha sido testigo presencial de juntas, torneos, desafíos y paradas militares, que tenían lugar en aquel *llano de la Tabla*, voceador de pretéritas grandezas. Por esta puerta salió Boabdil para entregar la Alhambra a los Reyes Católicos. Atendiendo la última petición del destronado Monarca, quedó cerrada para siempre. Así habla la tradición. La Historia no está de acuerdo. Pero es tan hermoso a veces creer en las leyendas y en la tradición...

La *Puerta de Hierro* (27) es una puerta secundaria, falsa, íntima. Servía para comunicar la Alhambra con el Generalife, «huerta que par no tenía». A la sombra de la Torre de los Picos se esconde, modesta. Sin embargo, muestra orgullosa las cicatrices de los cañones del general Sebastiani. El yugo y las flechas, sello del dominio cristiano, han borrado el escudo naserí. Y, como todas

las puertas, tiene su baluarte vecino, dotado de ventanillas abocinadas, por donde asomaron las bocas de los cañones.

La *Puerta de Poterna* (35) es un vano apenas perceptible dentro del macizo de la prolongada fortaleza. Por esta puerta excusada se penetraba en el bosque. Allí celebrábanse las caerías reales. Los monarcas y su corte cazaban liebres, ciervos y jabalíes.

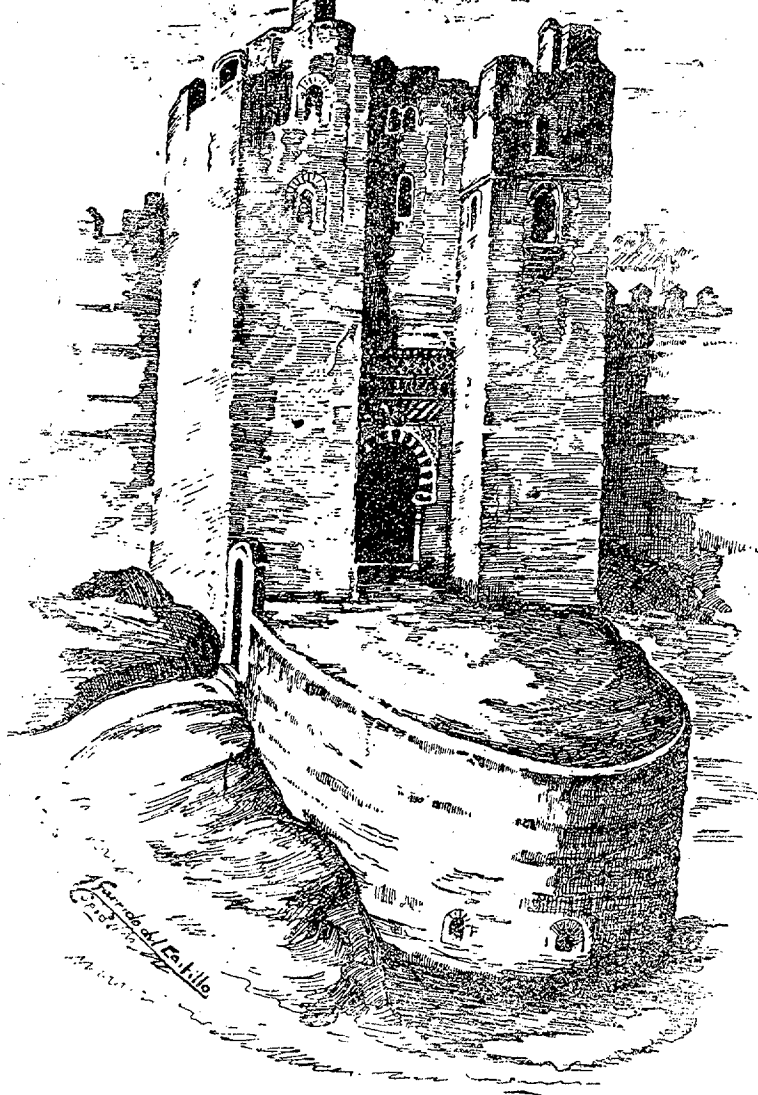
El Puente del Cadí saltaba al Dauro. Aun quedan los restos de su arco de herradura. Un camino partía de aquel lugar y, jadeando, serpenteaba para abrirse camino entre la espesura del bosque. Buscaba la entrada del hermético recinto hasta dar con la *Puerta de las Armas* (4). Es más antigua que la de la Justicia y Siete Suelos. Los dos arcos de herradura apuntados que le dan entrada, así lo atestiguan. En la dovela central, la llave simbólica de casi todas las puertas. Aun se ven las ranuras de una puerta de rastrojo característica de todo castillo medieval. Era éste el único camino para ir de la Alhambra al Albaicín. Hoy no huellan las gentes, ni las caballerías. Las madre selvas, el musgo y las hiedras lo han invadido todo. Han borrado toda señal de vida. Reina sólo el murmullo del Dauro.

LAS TORRES

La monotonía del recinto amurallado está quebrada con la variedad de sus torres. Hasta más de treinta se cuentan en el conjunto de la fortaleza. Las unas distingúense por su situación estratégica; las otras destacan por su esbeltez sobre las demás; muchas conservan su primitivo sabor; algunas rememoran leyendas, que se han popularizado; las más presentan el triste aspecto de sus ruinas; todas atisban el horizonte, abriendo panoramas de insospechada belleza.

La *Torre de la Vela* (1), la más popular de todas. Atalaya de la Ciudad y de la Vega, siéntese constantemente su presencia: durante el día, con su silueta dominadora; desde las ánimas al alba, con el son inconfundible de su campana, anunciando la hora de los riegos. Sólo en dos fechas se deja oír durante el día: en la festividad de la Virgen del Rosario, aniversario de la batalla de Lepanto, y en las tardes del 1 y 2 de enero, en conmemoración de la toma de Granada. Porque aquí se tremoló el regio estandarte de los Católicos Reyes en la fecha memorable del fin de la Reconquista.

La ciudadela de la Alcazaba, como todo castillo medieval, tiene también su torreón o torre del Honor, la *Torre del Homenaje* (7). En aquél estaban las habitaciones del señor; en ésta vivía el alcaide de la fortaleza. A sus pies se extendía un patio o *corral*, donde estaban los almacenes, las cuadras y los alojamientos de la servidumbre. Bajo la Torre del Homenaje igualmente estaba la Plaza



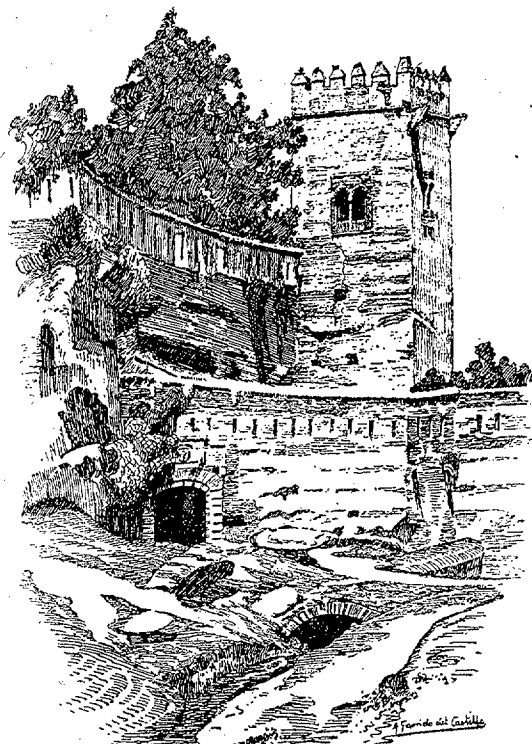
de las Armas, con las edificaciones propias del servicio de la Ciudadela. En el castillo feudal, como aquí en la Alcazaba mora, esta torre destaca del conjunto amurallado como la más principal.

Las demás torres de la Alcazaba apenas despuntan del lienzo de la muralla. En la Quebrada, una de ellas, se ven bolas de piedra rústicamente talladas. Eran los proyectiles usados por la artillería musulmana.

Diecisiete torres formaban los eslabones de la cadena de murallas que rodeaban la Ciudadela. Pero esta cadena quedó rota con la huida de los franceses. Una vez más quisieron dejar sus indelebles huellas. Desde la Puerta de la Justicia hasta el cabo de la Carrera ya había sido volado. Pero el arrojo y heroísmo de un cabo de Inválidos, injustamente olvidado, cortó la mecha rastrera que pretendía volar todo el recinto. Afortunadamente, el fuego quedó cortado ante la Torre de las Infantas. Y así se pudieron salvar dos de las más bellas torres: la de las Infantas y la de la Cautiva.

La *Torre de las Infantas* (24) presenta exteriormente el aspecto severo y macizo de toda torre defensiva. Contrasta este sencillo estuche con la preciada joya que en él se guarda. Interiormente es el más bello aposento árabe, digno alcázar de las tres princesas de que nos habla la leyenda.

La *Torre de la Cautiva* (25) compite en belleza con la anterior. «He aquí un punto de defensa o bien una mansión para hermosas.» Así rezan los alicatados de uno de sus zócalos. Porque como en la de las Infantas, el externo aspecto guerrero se trueca en el más fantástico sueño oriental. La tradición refiere que aquí estuvo cautiva doña Isabel de Solís, aquella hermosa cristiana raptada por los moros en los olivares de Aguilar. Favorita de Muley Hacén, tomó el nombre mahometano de Zoraida. La poesía, la novela y



La Torre de los Picos. Apuesto centinela que guarda la consigna de vigilar atento la vecina Puerta de Hierro.

el teatro les han rendido exaltado tributo, y su figura ha sido románticamente idealizada.

Continuando el camino de ronda, que se pasea por la muralla, entre el campo y el foso interior y pasando las ruinas de la *Torre del Candil* (26), se llega a la *Torre de los Picos* (28). Apuesto centinela, que guarda la consigna de vigilar atento la vecina Puerta de Hierro. Aun se ven las ménsulas que sostenían las barbacanas que se prolongaban fuera de la plataforma. Y sus almenas recordadas en el fondo del cielo acusan la gallardía de su silueta, que la hacen, entre todas las torres, original e inconfundible.

La última parte que resta del conjunto del recinto es una prolongación de la anterior. El *Palacio Real* es el rico broche que une la *Ciudadela* con la *Alcazaba*, completando así el todo de la fortaleza. Continúa la cuerda de murallas anudada por varias torres de líneas más movidas. Son más artísticas que guerreras. A la torre defensiva de predominio de los macizos sobre los vanos, ha sucedido la torre llena de luz, de amplios ventanales y corridas galerías. Han perdido su primitiva figura, porque también ha cesado su bélica finalidad.

Así, la *Torre de las Damas* (31), de la que se fugó Boabdil rebelándose contra su padre, ha sido convertida en alegre mirador. A través de su perfil y sirviéndole de primer término, unas macetas con geranios y claveles y una fuente que siempre salta vemos enmarcarse, en luminosas acuarelas, ya el pintoresco Albaicín, ora el barrio troglodita del Sacro Monte o la ermita de San Miguel, allá encaramada sobre el cerro del Aceituno.

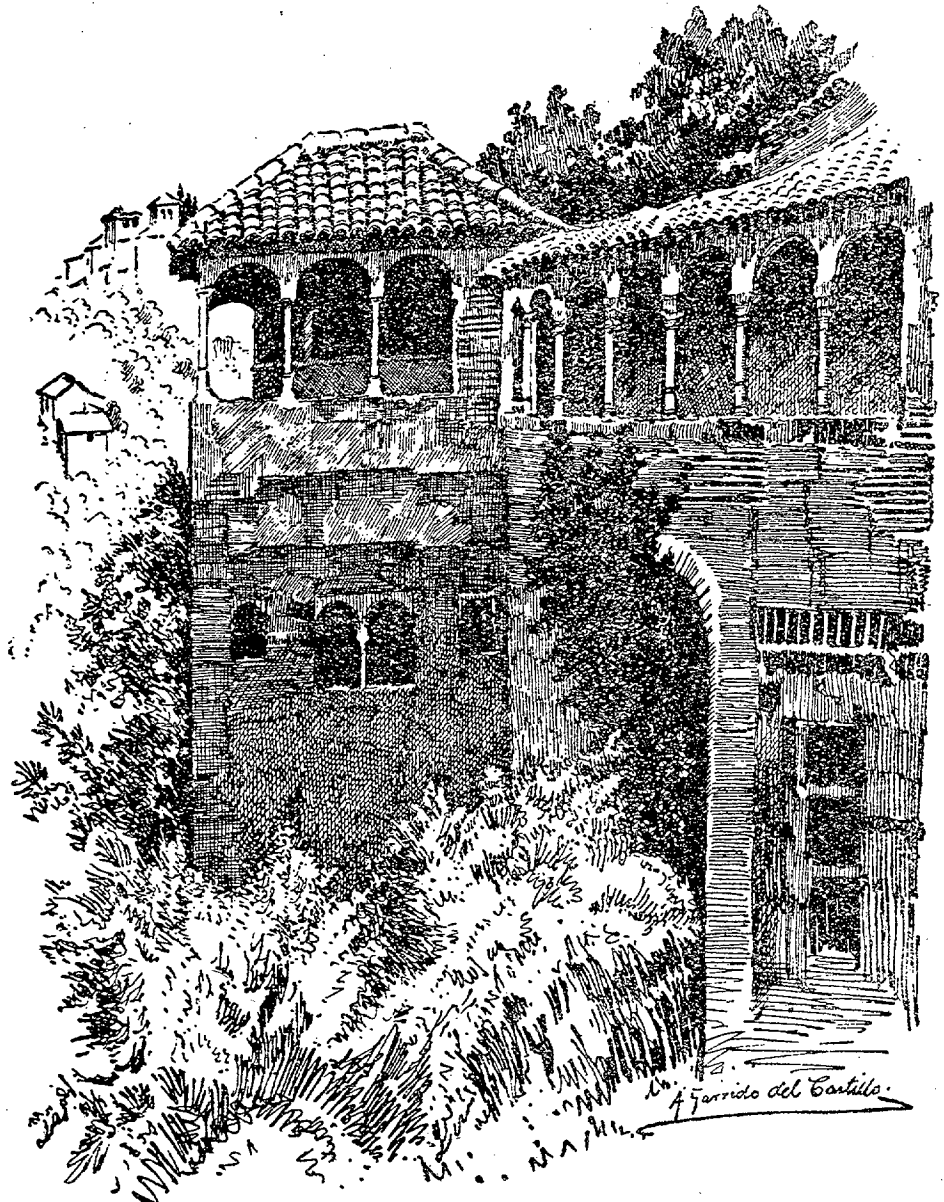
La *Torre de Abul-Hachach* (32) ya nadie la conoce más que por el nombre de *Mirador* o *Peinador de la Reina*. Debe este nombre

a haber servido de regio tocador a ciertas Reinas cristianas. El interior está decorado con motivos alegóricos y pinturas representativas de escenas de la expedición de Carlos V a Túnez, debidas al pincel de dos discípulos de Rafael. Alrededor de la linterna de la torre árabe se ha construído una airosa galería, que le da originalidad y belleza.

Parecidas características tiene la *Torre de Machuca* (34). También está coronada por una galería de arabescos, que se miran en las aguas de un estanque. Esta parte, que correspondía a la Mexuar, era la entrada al Palacio.

Queda la más corpulenta de las torres de la Alhambra: la *Torre de Comares* (33). Su aspecto exterior denota ya su importancia. Ocupa el lugar más céntrico del Palacio Real. Allí estaba, por así decirlo, el puesto de mando de la fortaleza. Bajo la maravillosa bóveda esquifada del Salón de Embajadores — que así se llama su interior — estaba situado el trono de los reyes moros. Allí sentían directamente las palpitaciones del pueblo, que a sus espaldas bullía a la par que daban órdenes y recibían a súbditos, embajadores y enviados. Estos, venidos a veces de lejanas tierras, esperaban pacientes en la Sala de la Barca, o se los veía curioseando allá en el Patio de la Alberca, extasiados ante la contemplación de aquel verdadero paraíso. Aquí tuvo lugar aquel Consejo en el que se acordó la rendición de Granada. Y en este mismo histórico sitio, según se dice, recibieron los Católicos Monarcas al descubridor del Nuevo Mundo.

He aquí la fortaleza de la Alhambra, abocetada, con ligeras pinceladas, aunque no exenta de aquellos toques emotivos de los que la retina no puede prescindir ni evitar.



A la torre defensiva donde predominan los macizos sobre los vanos sucede la torre llena de luz de amplios ventanales y corridas galerías, tal como ésta, Peinador o Mirador de la Reina.

¿Estás dispuesto?

Coronel de Infantería VICENTE MORALES y MORALES

ESTOY dispuesto." Con este lacónico telegrama — según relata en sus *Memorias* — contestó el General Hindenburg al que le dirigiera el Mando alemán a su casa de Magdeburgo, donde contaba pasar con tranquilidad los años que le quedasen de vida, después de su retiro. Por la noche, un tren especial para en dicha estación. De él desciende Ludendorff, se le presenta como su Jefe de Estado Mayor, y así empieza el conocimiento de estos personajes que iban a marchar unidos todo el curso de la guerra. En el tren planean la batalla. Se da y se gana. Hindenburg había estudiado y conocía muy bien aquellos lugares, donde había de reposar el sueño eterno, en ese póstumo homenaje de Alemania a su caudillo vencedor. Hindenburg, el General retirado, pasa de un golpe a la Historia. Su telegrama tiene su confirmación en sus hechos: estaba dispuesto.

¿Podremos todos contestar, en cualquier momento, a esa misma pregunta: "Estamos dispuestos"? Cada uno en su esfera, en el radio de acción de su mando, debería, antes de poder contestar, consultar con su conciencia y asegurarse, en efecto, si está o no dispuesto a llenar la misión que se le pueda confiar. Para unos, ésta será el mando de un Ejército; el de un simple Pelotón para otros, y entre estos dos extremos, toda una escalera de peldaños difíciles de subir, bastante más difíciles de lo que algunos pueden sospechar alegremente.

Mandar es siempre mucho más difícil de lo que generalmente se supone: mandar bien, conscientemente bien, en tiempo de paz. Pero mandar en tiempo de guerra, en circunstancias difíciles, cuando todo parece ponerse en contra de uno para alterarle todas las facultades anímicas; cuando los nervios, tensos por las vigilias, las privaciones y el combate, amenazan con el desplome, es mucho más difícil todavía. Cuando la fatiga, el hambre, la sed e incluso el temor (ya que el valor es vencer a ese miedo) se conjuran contra el que manda y éste tiene que dar soluciones en pleno combate, con los proyectiles cayéndole literalmente encima, con el puesto de mando deshecho, cegado por el humo o la niebla artificial que le impide la observación directa, crispados los oídos por el lamento de los heridos, recibiendo comunicaciones urgentes que le reclaman socorros o le pintan situaciones como desesperadas, siéndolo a veces menos que las del que las recibe, entonces es cuando se comprende lo difícil que es mandar y lo muy preparados que tenemos que estar

para ejercer el mando en condiciones tan trágicas como son las del combate.

Ninguna profesión exige al que la desempeña, mantenga en su plenitud una lucidez de espíritu, como la que es necesario en esos momentos, en el cuadro que acabamos de trazar. En ninguna se le pedirá que dé soluciones urgentes imperiosas precisamente cuando la fatiga le rinda o su cuerpo, a veces desangrándose, parezca ceder definitivamente.

El Conde de Fuentes, en Rocroy, haciéndose llevar en silla de mano, cuando no podía sostenerse ya por sus heridas, infundiéndolo valor con su presencia y sus palabras a aquellos cuadros de la heroica Infantería, que al decir de sus vencedores parecían torres, no es, ni con mucho, ejemplo único en la Historia, y por centenares, y aun millares, podríamos citarlos, si su divulgación hubiese sido nuestro propósito.

¿Cómo mandar en esos momentos? No cabe duda de que si el ingeniero, el arquitecto, el médico, para rendir un trabajo fructuoso en plena normalidad, necesitan unos estudios, una práctica constante y una preparación previa, nosotros, para hacerlo en momentos anormales, necesitaremos una preparación de tal índole que nos permita obrar casi sin pensar, por reflejos pudiéramos decir, adoptando casi automáticamente nuestros conocimientos a las situaciones que se nos presentan.

Pero ¿cómo instruirnos para ello? ¿Es la instrucción de tiempo de paz realmente tan eficiente como exige la campaña? ¿Es que no se podrá, al menos en parte, suplirla con el genio improvisador de la raza?

Hora es ya de levantarse en contra de esta última manera de pensar. Si nos permitimos unos momentos de recapitulación, convendremos en que, de una vez para siempre, se debe destruir ese mito de la improvisación cuyos resultados no son precisamente tan satisfactorios como por lo general se cree.

Unas palabras entresacadas del parte alemán, resumen de la campaña del Oeste, nos expresarán con su concisión característica la importancia de la instrucción en su Ejército y lo que en él se consideraba como razón de la victoria.

"La instrucción del soldado alemán ha sido tan perfecta, que jamás perdió su serenidad en el campo de batalla. Lo que aprendió en el campo de instrucción y en las maniobras lo ha sabido convertir en realidad en el campo de batalla"; y luego, más adelante, añade: "Los mandos, con su conocimiento exacto de las exigencias de la guerra y de la lucha,

no han permitido que se malgaste el tiempo de sus subordinados en cosas inútiles, y mucho menos han enseñado métodos y procedimientos inadecuados o erróneos, para que luego se viesen corregidos por el enemigo y por la amarga realidad, y con ellos *hacer ver inútilmente la sangre.*"

Estas palabras debieran grabarse en nuestra mente y ajustar a ella no sólo nuestra conducta con respecto a la instrucción de nuestros subordinados, sino lo que es más interesante aún, en nuestra autoinstrucción. Si a este convencimiento añadimos el de que la justificación de la existencia del Ejército es *la de saber batirse* para cuando llegue el momento decisivo, nuestra conciencia nos dictará el camino a seguir.

Como tipo, pero no como único caso, trataremos ahora de la instrucción de los Oficiales, invitándoles a hacer un examen de conciencia, preliminar, necesario, de la contrición y propósito de la enmienda en aquello que se acuse la falta; pero bien entendido que en esa invitación no hay censura para nadie, ya que a todos nos corresponde el hacerlo en nuestra esfera de acción, en esa esfera de acción que comprende, como antes decíamos, desde el Jefe del Ejército al Comandante del Pelotón, y que si tomamos como tipo de este artículo el Jefe de Sección, es por tratarse de ser esta Unidad célula fundamental de nuestra Infantería.

¿Me permites que te guíe en ese examen de conciencia sin que te apunte soluciones, pues a través de él tú las encontrarás? Y ya en la insistencia en pedir, ¿me permitirás que durante el mismo pueda hablarte de tú, con esa manera paternal que, sin querer, adoptamos los que ya tenemos escaso el pelo y éste nos blanquea hace tiempo?

Eres Jefe de Sección, o bien porque por tu empleo te corresponde, o bien porque las circunstancias, que son las que mandan en la guerra, te han colocado al frente de esa Unidad, no por pequeña menos importante en campaña, ya que, como decíamos antes, es una de las células que constituyen el Cuerpo militar.

Empecemos. ¿Te has parado a pensar en lo que vale tu Sección? No quiero calcular, porque sería incalculable, lo que en lágrimas de madres, esposas e hijos supone una simple baja de uno de tus hombres. No quiero tampoco hablarte de la responsabilidad moral que adquieres por un mal empleo de los mismos que se traduzca en un derramamiento innecesario de sangre, porque tu conciencia de hombre honrado, mejor que mis palabras, te lo habría de reprochar siempre. Desciendo al mundo de la materia y de los números y cálculos.

Un hombre tiene su precio fijado por la Ley, en el caso de responsabilidades pecuniarias a exigir por su fallecimiento en accidente del trabajo, ¿no? Pues bien: aceptemos el mínimo que ésta señala: de 30.000 pesetas. Tu Sección tiene, poco más o menos, 60 hombres. Su valor material alcanzará, pues, *un millón ochocientas mil pesetas.* ¿Pondrías tú una maquinaria, una fábrica, un negocio de esa importancia, que, como ves, supone una fortuna en manos que supieses inexpertas? ¿Te pondrías tú, sin conocimiento previo, fiado sólo en la improvisación del momento a manejar una maquinaria de

ese precio? Pues si vacilabas en ponerte a su frente en época normal y con tranquilidad bastante para poder estudiar su funcionamiento, ¿no vacilarías aun más si las circunstancias eran anormales, si una avería la había inutilizado o si estaba paralizada por causas para ti desconocidas? Pues ésta es la primera reflexión que debes hacerte al ponerte al frente de esa maquinaria que en lo sucesivo se va a mover a tu grado, que va a obedecerte sin vacilación, y de un valor tan cuantioso aunque se llame simplemente "Sección de Infantería".

Bien; lo has pensado y te has sentido capaz de ello. Con entusiasmo, con fe en tu profesión y en tus conocimientos, te pones a su frente. Tus hombres esperan tus órdenes, y te sientes orgulloso de ser un Jefe, de mandarlos. Así debe ser. La orden de actuar te llega a tu vez, y te asignas una misión, en cierto modo independiente, y por ello más bonita. Marchas en extrema vanguardia y te piden el reconocimiento de una posición enemiga, que proporciona datos interesantes, quizá decisivos, a las fuerzas que marchan detrás. Estas confían en ti, que eres el encargado de proporcionarles el tiempo y el espacio necesario para pasar de la formación cómoda de la marcha, a la de despliegue, a la de combate.

¿Sabes cómo cumplir tu misión? Es facilísima, desde luego, y en cualquier vademécum encontrarás una solución. Pero ¿estás dispuesto a ello? Las marchas de los días anteriores han sido penosas; los kilómetros que las constituían han ido en aumento, quizá por la necesidad de llegar cuanto antes. El aforismo de Napoleón: "Si queréis vencer, haced 40 kilómetros diarios" se ha superado. ¿Estarás tú en condiciones de seguir la marcha y dar ejemplo a tus hombres? Si te has entrenado con algo más que la tertulia del café, con gimnasia, con marcha, con deportes, sí estarás en condiciones; de otro modo, permíteme que lo dude. Un esfuerzo muscular, unido al deseo o al amor propio de conseguir el fin que nos proponemos, puede un día permitirte el excederte en la media alcanzada. Pero ese esfuerzo no creas que lo puedes mantener siempre: te agotará, se desplomarán tus nervios, y esto traerá consigo el agotamiento intelectual, y, por tanto, no sólo la imposibilidad de repetirlo en su parte física, sino el de tomar una decisión: el de dar una orden con tu cerebro plenamente despejado para que te permita coordinar los fundamentos en que se ha de basar ésta.

Y precisamente ése es el momento de las resoluciones viriles para el combate que se acerca, y si el momento de éste no ha llegado, tienes que entregarte a la resolución de los variados problemas que el reposo de tu tropa exige: elección de alojamientos, emplazamiento, enmascaramiento del campamento o vivaque, organización de los servicios de seguridad en reposo, de abastecimiento de víveres, municiones, etc., etc., o, lo que es lo mismo, un trabajo intensísimo, precisamente cuando la naturaleza te exige, a su vez, un reposo más intenso aún. Como lógica consecuencia, la reflexión de que te hablé se impone, y la pregunta resurge. ¿Estás dispuesto para sufrir esas penalidades en días sucesivos? Si tú comprendiste desde el primer día de lucir tu estrella que la palabra Ejército viene de "ejercicio" y lo has practicado, estarás en condiciones, serás el

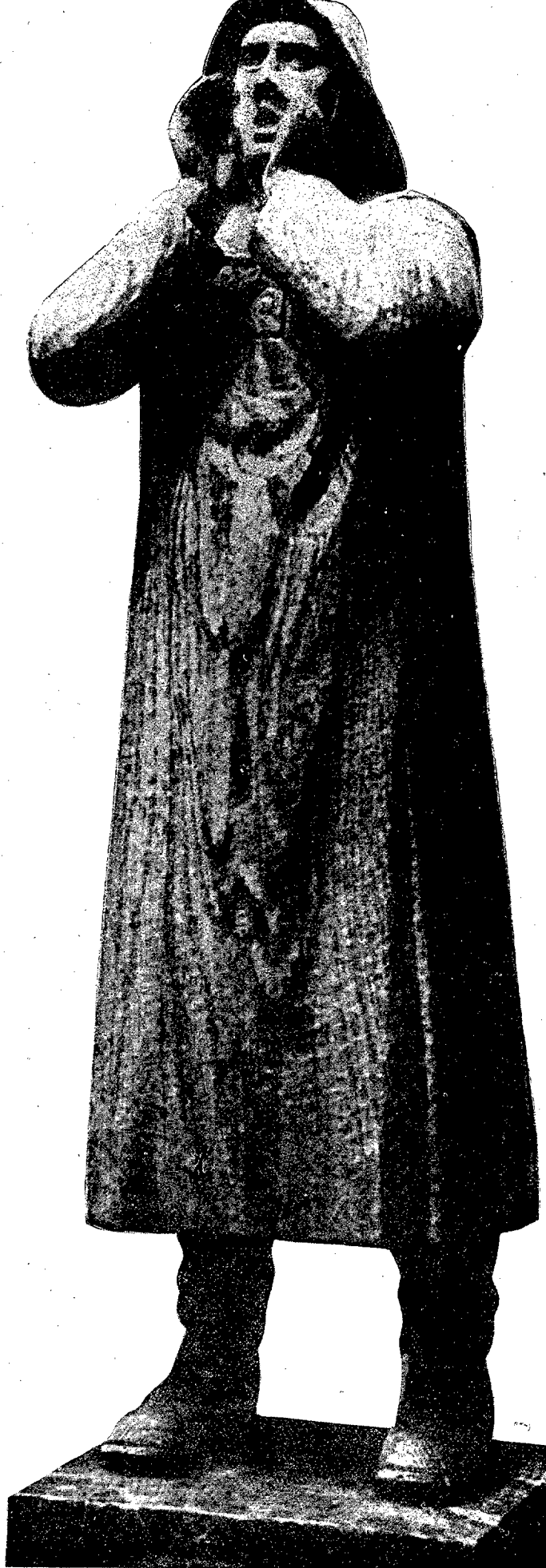
primero de tus soldados, no por tus insignias, sino por tu superioridad física y moral en todo momento. Si no, permíteme que llame tu atención sobre el mediano papel que ante ellos representarás.

Hechas estas digresiones, sigamos. En marcha. ¿Adónde? ¿Por dónde? A campo traviesa es únicamente como tenemos que marchar; los caminos, que tanto se destacan a la observación, nos están vedados, y el enemigo, cercano y en acecho, quizá nos observa. ¿Cómo orientarnos? La brújula se rompió, se perdió, como pasa muy a menudo; es preciso orientarnos. ¿Cómo? Nuestros libros, recordamos, nos hablaban de muchos procedimientos: por el Sol, por el reloj, por la Polar, por observaciones en las ramas o troncos de los árboles, etc., etc.; pero lo cierto es que ahora hay que salir del atolladero, y sólo tenemos ideas vagas, no concretas, de cómo resolver el problema. Ahora es cuando llega a tu ánimo el convencimiento de lo interesante que hubiera sido hacer ejercicio tras ejercicio, hasta conseguir esa práctica que admiras en la gente del campo en los pastores o simplemente en cazadores aficionados. Con lo fácil que esto hubiera sido, ¿verdad?

Y si de paso hubieras hecho lo mismo con la apreciación de distancias, si te hubieras acostumbrado en tus paseos cotidianos o en las marchas al frente de tu Sección a ir haciendo hipótesis sobre apreciación de las distancias, independientemente de los ejercicios que están ordenados, verías con qué facilidad llegabas a adquirir ese dominio de una cosa que, al parecer tan baladí, tiene la importancia de hacer, sea o no útil, el fuego que tus hombres hacen.

¿Que existen los telémetros y otros aparatos apropiados para ello? ¡Qué duda cabe! Pero ¿los sabes manejar prácticamente? ¿Sabes apreciar sin vacilar, en cualquier momento, las distancias? ¿Lo tendrás además siempre a mano? ¿Sí? Pues mejor que mejor; pero no olvides que te pueden fallar en un momento dado, y que, en cambio, procedimientos tan vulgares como los de la milésima, por ejemplo, te pueden, a su vez, sacar del apuro, pues los dedos sí que los tienes siempre en tus manos.

En fin, de estos preliminares hemos salido bien. La Sección nos espera preparada; rompemos la marcha después de orientarnos y nos aprestamos a observar los accidentes del terreno, localizándolos constantemente sobre el plano mejor o peor que llevamos. La marcha prosigue cada vez más fatigosa, quizá un pozo o una noria que estuviese desenfilada de las vistas o del fuego del enemigo, nos permitiría restaurar nuestras fuerzas, apaciguando nuestra sed. Seguramente en el plano estará situado, y una sencilla operación nos permitirá saber si está o no desfilada como queremos. Pero ¿recuerdas cómo se representaba una noria en el plano? Es cierto que tú lo has estudiado y que una página entera de la Topografía estaba llena de los signos representativos; pero no es menos cierto quizá que en tu memoria se han esfumado muchos de ellos: quizá esos que no disteis importancia y que ahora, en la realidad, la adquieren, aunque sólo sea circunstancialmente. Las curvas de nivel, los caminos, los cultivos inclusive, se te grabaron muy bien; pero a estas cosas pequeñas les dimos tan poca importancia... En verdad, es preciso estar leyendo siempre los planos,



haciendo constantemente ejercicios sobre ellos, si queremos que no se nos pase un detalle, ese detalle que es precisamente esencial el día que se necesita. No cabe duda: es preciso estar preparado, estar dispuesto para ponerse al frente de una Sección.

La marcha sigue y algunos accidentes se producen; no te olvides que vamos a campo traviesa, cansados quizá y con el enemigo al frente. Un soldado ha caído y parece sufre una fractura. Se oyen unos disparos. Quizá tengas ya algún herido que, si lo vendas bien y oportunamente, pueda seguir combatiendo. La Sección no lleva médico. Comprenderás no puede haber uno, no ya por Sección, sino ni aun por Compañía. Una hemorragia contenida, siquiera rudimentariamente, te permitiría quizá contar con un fusil más; pero lo que sí es seguro es que aumentaría tu prestigio de una manera considerable ante tus hombres. ¿Sabrías hacerlo? ¿Conoces algo sobre el socorro de urgencia? No es que quiera decirte que puedes suplir al médico, eso nunca; pero sí que sepas lo necesario para prestar esos primeros auxilios cuando no tengas a tu lado quien lo haga. Los soldados, en estos casos, volverán a ti su vista; ¿tendrás tú que desviarla?

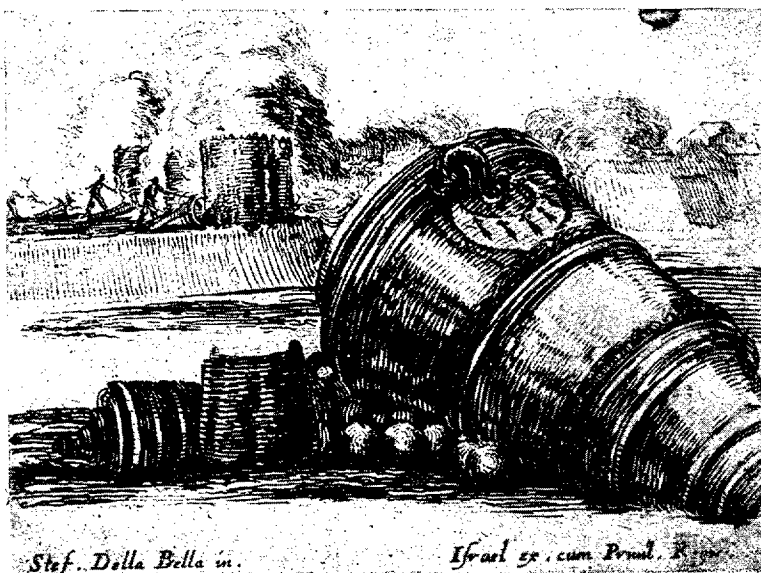
El combate se ha entablado; su desarrollo es el normal, y en el Reglamento Táctico tienes reglas a seguir, que estoy seguro conoces, y te dictarán las de conducta que debes poner en práctica en cada fase del mismo. Pero en tus ojos veo algo raro. ¿Será quizá el escepticismo hacia ese Reglamento, del que no habrá faltado quien te diga que es teórico y no te sacará del apuro cuando éste llegue?

Es tan corriente esa falsa opinión sobre los Reglamentos y la teoría, que no quería terminar en manera alguna este examen de conciencia sin hablar de ese asunto y sin disipar tus dudas. Hay muchos, muchísimos, que creen que con su valor personal y su sentido común les bastará para salir airoso de esa prueba gravísima que es el combate y sobre toda esa literatura que, según ellos, constituyen los Reglamentos.

Pero ¿quieres que nos paremos a pensar qué son éstos y quiénes son los que los escriben? ¿Crees que son producto de una lucubración puramente personal de un señor cualquiera? No, esos Reglamentos están redactados por gente que hizo la guerra al mismo tiempo que tú; pero que, por razón de su empleo y edad, ya la habrá hecho otras veces antes que tú. Pero no es sólo su experiencia personal, deducida de esa práctica anterior, la que han volcado en sus páginas, sino también aquella que recogieron de la práctica y la experiencia de sus compañeros en la elaboración de los mismos; la de informes que Centros y Dependencias especializados les proporcionaron como resultado de informaciones extranjeras sobre tiro, táctica y armamentos de esos países; datos y estudios que tú solo no podrías hacer, aunque dedicases a ello toda tu vida, y te la deseo muy larga. Pues bien: la recopilación de esa experiencia de soldados como tú, pero mejor preparados, como ves, que tú para sacar consecuencias prácticas de inmediata aplicación, es la que ha cristalizado en esos Reglamentos, que algunos, no quiero hacerte a ti esa ofensa, aparentan desdeñar, creyendo pueden suplirlo con su improvisación personal en el momento decisivo.

La improvisación en cualquier profesión de la vida se paga muy cara, créemelo; pero en la guerra se paga en sangre, y ésta no será sólo tuya sino, y esto sería lo más triste, la de unos hombres que la Patria y sus padres te han confiado, precisamente en la seguridad de que tu preparación previa los llevará al triunfo por el camino menos costoso.

Prepárate, pues, física, moral e intelectualmente lo más a fondo posible que puedas, para cuando llegue el momento de empezar a cumplir tu misión, cualquiera que ésta sea; y cuando tus hombres te miren a la cara, vean en tu rostro la serenidad y la confianza plena del que a la orden de ejecución puede contestar lacónica, simplemente, como lo hiciera Hindenburg en esa memorable ocasión: "Estoy dispuesto."



Stef. Della Bella in.

Israel ex. cum Prud. B.

Ediciones Ejército MADRID 18

BIBLIOTECA MILITAR PARA EL OFICIAL
MANDADA PUBLICAR POR O. DE 20 DE NOVIEMBRE DE 1940. (D. O. NÚM. 267.)

Han aparecido en febrero:

OBSTRUCCIONES (Destrucciones y Obstáculos).—Comandante de Ingenieros, del Servicio de E. M., Luis Gorozarri. Precio: 7 pesetas. (De la "Colección de Tratados Prácticos de Campaña".)

Designando con la palabra Obstrucciones lo que los alemanes llaman "Sperrren", los franceses "barrages" y los italianos "sbarramenti", estudia este libro un medio táctico con que el Mando cuenta y que ha adquirido un extraordinario valor en la guerra moderna. De su necesidad y acertado empleo nos habla mucho la actual contienda. Está dedicado este trabajo a los Oficiales de todas las armas, pues todos tienen que intervenir, cada uno en su escala, en la aplicación de las Obstrucciones.

CONTABILIDAD DE LOS CUERPOS.—Comandante de Infantería Antonio Salto, Profesor de la Academia de Zaragoza. Precio: pesetas.

Un libro utilísimo para todos los empleos que tienen a su cargo operaciones de contabilidad y administración, cuya importancia no es necesario encarecer por su reflejo en la disciplina y satisfacción del personal. El mejor elogio de este tratado queda hecho diciendo que es completísimo, claro, sencillo y metódico. Contiene todos los modelos de documentación y todos los ejemplos de las operaciones a realizar.

Obras publicadas hasta ahora por esta Biblioteca:

<p>PRIMERA SECCION (Tratados extensos de técnica militar)</p> <p>La División. Empleo táctico.—Coronel de Infantería Emilio Torrente Vázquez, del Servicio de Estado Mayor. Precio: 7 Ptas.</p> <p>El C. E. Empleo táctico. — Teniente Coronel de Estado Mayor Angel González de Mendoza y Dorvier. Precio: 8 Ptas.</p> <p>Telefonía Militar. — Capitán Fernández Amigo. Precio: 12 Ptas.</p>	<p>Infantería. Combate del Regimiento. — Teniente Coronel Torrente. Precio: 6 Ptas.</p> <p>Artillería de Costa.—Comandante Martínez Lorenzo (D. Vicente). Precio: 8 Ptas.</p> <p>Fortificación de Campaña.—Comandante Villár. Precio: 8 Ptas.</p> <p>Defensa Química de las Unidades. — Teniente Coronel Castresana. Precio: 6 Ptas.</p> <p>Intendencia. Servicio de Campaña.—Comandante Fuciños. Precio: 6 Ptas.</p> <p>Farmacia. Servicio de Campaña. — Comandante Peña. Precio: 6 Ptas.</p> <p>El Servicio de Información en Campaña.—Comandante Mateo Marcos. Precio: 6 Ptas.</p> <p>La Defensa Pasiva.—Comandante Crespo. Precio: 9 Ptas.</p> <p>Paso de Ríos y Restablecimiento de Caminos.—Comandante Ruiz López. Precio: 8 Ptas.</p>	<p>Transmisiones. — Comandante Guiloche. Precio: 6 Ptas.</p> <p>Defensa anti aérea. Tiro y empleo de las armas. — Capitán Lorenzo. Precio: 8 Ptas.</p> <p>Sanidad en campaña. — Teniente Coronel Sancho. Precio: 6 Ptas.</p> <p>Carros y anticarros. Empleo táctico. — Teniente Coronel Mantilla. Precio: 8 Ptas.</p> <p>Obstrucciones (Destrucciones y Obstáculos).—Comandante de Ingenieros Gorozarri. Precio: 7 pesetas.</p>
<p>SEGUNDA SECCION (Colección de Tratados Prácticos de Campaña)</p> <p>Empleo de la Artillería. — General Martínez de Campos. Precio: 8 Ptas.</p> <p>Mando y Estado Mayor.—Teniente Coronel López Muñiz. Precio: 6 Ptas.</p> <p>Artillería. Tiro y su preparación.—Comandante Carmona. Precio: 8 Ptas.</p> <p>Infantería. Normas para el Combate de Pelotón, Sección, Compañía y Batallón.—Coronel Barrueco. Precio: 6 Ptas.</p>	<p>TERCERA SECCION (Historia, Biografía, Psicología, Legislación, etc.)</p> <p>Estudios militares. Almirante. (De la Colección de clásicos militares).—En impresión y próxima a aparecer.</p> <p>Contabilidad de los Cuerpos. — Comandante de Infantería Salto. Precio: 7 pesetas.</p>	

INFORMACION

La Pervitina. Sus efectos y peligros.

(Capitán MICHEL DEMOLE: "Revue Militaire Suisse". Octubre de 1942.)

Descubierta en 1910, por Barger y Dale, la bencidrina o ametilfetiletilamina, se ha empleado frecuentemente en los Estados Unidos desde 1926, ya sea como materia secante de las mucosas congestionadas, ya como tónico en diversas psicopatías depresivas. Una literatura copiosa, principalmente anglosajona, ha definido la farmacología y las indicaciones clínicas de este producto.

La bencidrina es un simpaticomimético; es decir, que exalta el efecto de este nervio, como la adrenalina y la efedrina. Empleada en la dosis habitual de 0,01 gramos por tableta, es el principio activo de una serie de especialidades farmacéuticas, y tiene sobre la efedrina (cuya fórmula química se parece mucho) la ventaja de una acción sobre el sistema cerebroespinal, que falta completamente a la otra.

Todos estos cuerpos tienen una constitución análoga, como lo demuestran las siguientes fórmulas:

Adrenalina: $C^6H^3(OH)^2 \cdot CHO \cdot CH^2 \cdot NH \cdot CH^3$
Efedrina: $C^6H^5 \cdot CHO \cdot CN(NH \cdot CH^3) \cdot CH^3$
Bencidrina: $C^6H^5 \cdot CH^2 \cdot CH(NH)^2 \cdot CH^3$
Pervitina: $C^6H^5 \cdot CH^2 \cdot CN(NH \cdot CH^3) \cdot CH^3$

La pervitina es, pues, una metilbencidrina o una dexoxiefedrina. La primera publicación sobre este tema data de 1938 (Hauschild); es, pues, una adquisición completamente reciente, y las circunstancias de haber estallado la guerra poco tiempo después, explica la poca literatura científica que poseemos sobre ella, y al mismo tiempo la leyenda que rodea este nombre. Fabricada por Temmler Werke, se presenta en comprimidos de 3 miligramos o en ampollas cinco veces más fuertes (0,015 gramos).

Sus efectos fisiológicos son idénticos a los de la bencidrina; es decir, que a dosis moderada no varía el pulso, la velocidad de la circulación ni la frecuencia respiratoria; su influencia sobre el metabolismo de base y lo mismo sobre la tensión arterial, es prácticamente nula. Por el contrario, la excitación especial de la bencidrina sobre el sistema nervioso cerebral y sobre el psiquismo es más exaltado en la pervitina y le da su carácter farmacológico completamente específico.

Esta acción se manifiesta especialmente por dos clases de fenómenos:

1.º La falta de sensación de sueño y de cansancio, de donde les vienen los nombres de "Veckmittel" y "Weckamine" (*Weck* significa despertar), puestos por los alemanes a este grupo de medicamentos.

2.º La desaparición de las inhibiciones de todo orden en los deprimidos.

La supresión de la necesidad de dormir es el resultado más sorprendente. Una vez cada tres, el individuo no siente absolutamente necesidad de dormir la noche de haber tomado una o dos tabletas. Por el contrario, al día siguiente tendrá que dormir algunas horas más. El cansancio se quita pronto o aparece muy tarde, de manera que el individuo es capaz de un esfuerzo poderoso. Leh-

mann y sus colaboradores lo han apreciado con la bicicleta ergométrica: en vez de 8.000 mkg. hechos por individuos normales, los que han tomado de 5 a 15 mgr. de pervitina han hecho hasta 175.000, lo cual representa un trabajo veinte veces mayor.

En fin, desarrolla una euforia esencialmente activa, al contrario de la beatitud pasiva que se obtiene bajo la influencia de la morfina: la iniciativa, la confianza en sí mismo crece, la timidez se desvanece; en el aspecto intelectual, las facultades de asimilación y de observación son más rápidas; la asociación de ideas se multiplica y se enriquece. Este conjunto de cualidades maravillosas explica el éxito de la pervitina entre los estudiantes o intelectuales, que tienen que afrontar un rudo trabajo intelectual que el sueño les hacía parecer insuperable.

Hay que añadir una cierta excitación sexual análoga a la de la cocaína.

* * *

Pero para obtener resultado satisfactorio de la pervitina, hace falta que la cantidad ingerida sea proporcionada al efecto que se desea. Ahora bien; hay ciertos individuos que no sufren alteración ninguna después de tomar tres comprimidos, mientras que en otros los signos de intolerancia se presentan con sólo una tableta. La dosis mínima tóxica es igualmente variable de un sujeto a otro. Además, el habituamiento permite a sujetos acostumbrados a ella soportar cantidades que hubieran sido mortales al principio. Experimentalmente, el animal es menos sensible cuanto mayor sea su volumen, y en la misma especie, el adulto tolera, en igualdad de peso, cantidades mayores que el joven. La pervitina es, pues, más nociva para los adolescentes que para los hombres maduros.

Los síntomas de intoxicación aguda son debidos a la excitación exagerada del simpático: palpitaciones, taquicardia, vapores, sudores, sequedad en la boca, pudiendo llegar hasta el verdadero síndrome hasedowiano. De esta forma, después de ingerir una dosis demasiado fuerte, las reacciones orgánicas que producen — agitación, angustia, logorrea — anulan la acción eufórica, y se encuentra uno más molesto que antes.

La simple intolerancia consiste en cefalalgias, tendencia a vértigos, pesadez epigástrica y menos frecuentemente, palpitaciones y angustia. Sin ir más lejos, una dosis excitante presenta los inconvenientes debidos a la exageración de los fenómenos cerebrales: la asimilación intelectual rápida es superficial, y la observación se agudiza a costa de la seguridad del juicio; la concentración es imposible, y los cálculos matemáticos, por ejemplo, peligran de ser semillero de errores (Lemmel y Hartwig); las brillantes asociaciones de ideas son disparates que rayan en despropósitos. La incoordinación es, pues, el precio de la facilidad creada por la pervitina.

En fin, otro inconveniente: una vez pasado el efecto

de la droga, la fatiga se nota más rápidamente que el sueño, de manera que el sujeto particularmente cansado de un esfuerzo cerebral se queda sin poder recobrar el sueño reparador.

Es preciso evitar el querer corregir la influencia del alcohol con la pervitina.

Contrariamente a la autoobservación de Püllen, los autores están de acuerdo en reconocer que el estímulo del "Weckmittel" no disminuye en nada la incoordinación alcohólica; Seigmund ha demostrado sensiblemente que las curvas de absorción y de eliminación del alcohol en la sangre, no eran modificadas en nada por la pervitina. Pero en vez de beneficiar el entorpecimiento de la borrachera, el intoxicado que pierde el control se vuelve excitado, agresivo y está a pique de cometer actos peligrosos, puesto que ninguna inhibición le contiene. Y el vino o los licores agravan por su parte los fenómenos de intolerancia de la pervitina. Tal es el caso de la pareja citada por von Issekutz: el hombre había añadido 200 mgr., la mujer 60 mgr., al champán bebido en una noche de carnaval; tuvieron que esperar de dos a tres meses para ver desaparecer las consecuencias de esta intoxicación combinada.

La restitución *ad integrum* se efectúa generalmente con bastante rapidez después de la absorción de una dosis única mal tolerada; no hay que temer, pues, a este medicamento, aunque sea tomado el doble, una vez que el período de excitación ha pasado. Conserva indicaciones médicas, todavía sin precisar, en las psicopatías (Belart); como estimulante y "despertador", en Cirugía, después del narcótico (Jecel), o en la fase depresiva de las convalecencias (Bruns).

Pero hay otras dos clases de inconvenientes contra los que querríamos poner en guardia a los médicos militares llamados a controlar hombres que producen un trabajo desacostumbrado y repetido, y aquellos que han de aconsejar a los deportistas, o todos los que fueren consultados sobre el empleo regular de este excitante artificial y agotador.

A) LA PERVITINA EN EL ESFUERZO FISICO

No tenemos literatura ninguna sobre el empleo de la pervitina en los Ejércitos en guerra; los beligerantes no nos han dado parte de sus observaciones — por lo menos, en las publicaciones médicas —, y nosotros no tenemos ninguna garantía oficial sobre las informaciones orales que nos han llegado. Son, sin embargo, bastante concluyentes para hacer comprender que la pervitina dada con largueza en 1939 y 1940, es actualmente administrada con mucha más prudencia y parsimonia.

Se trata, por otra parte, más de estimular la audacia y el entusiasmo de ciertos combatientes de armas especiales, muy entrenados físicamente, que de hacerles olvidar sus fatigas a infantes extenuados. Cuando los choferes tienen que conducir sus camiones durante largas etapas, alargadas más todavía por los movimientos rápidos de las tropas o que ordenan a los pilotos efectuar interminables *raids* de noche en sus bombarderos, se necesita más tenerlos despiertos y atentos que estimular su musculatura. En cuanto a los paracaidistas lanzados en terreno desconocido y enemigo desde los aires, a los pilotos de aviones en picado destinados a atacar objetivos protegidos abundantemente por la D. C. A., o a los pelotones de asalto contra los fortines formidablemente defendidos, importa más inculcarles el ardor en el combate, el desprecio del peligro, estimular la audacia del guerrero, que su energía corporal.

El cansancio puede llegar con la pervitina después de un esfuerzo físico violento y prolongado. Al principio, el organismo se controla mal, "por demasiado fuerte", sin cansarse; en el momento en que la fatiga normal debía sentirse y hacer al deportista graduar su esfuerzo, el bien-

estar general y la excitación cerebral le empujan al contrario a esforzarse más. Cuando llega el momento en que el cuerpo no puede seguir ya el ritmo impuesto por el cerebro, cede súbitamente con fenómenos neurotóxicos del agotamiento total. J. Staehelin ha relatado la historia de unos concurrentes a un *cross-country* de 8 kilómetros con un tiempo de excesivo calor; cinco de los 150 corredores habían tomado de una a tres tabletas de pervitina, y tres sufrieron accidentes graves, muriendo uno de ellos. Nosotros hemos conocido un caso análogo durante una carrera de fondo en la que un joven que había tomado cuatro tabletas de pervitina debió permanecer hospitalizado durante tres días por colapsos con trastornos psíquicos.

Según las experiencias de Koller, una pequeña dosis de pervitina suministrada a hombres entrenados en un trabajo físico moderado y habitual, no produjo inconvenientes, sino ventajas no muy claras. Cuando se trata de excitar los reflejos, la iniciativa, la audacia, en una competición de equipos, estos estimulantes cerebrales pueden ser útiles, a condición de que el esfuerzo pedido no sea agotador, y que no sobrepase al que los atletas están acostumbrados; es decir, que no se pretenda aumentar su capacidad muscular. En cuanto se trata de aumentar la resistencia corporal, la pervitina es peligrosa, porque hace desaparecer artificialmente el freno, sin proporcionar la energía suplementaria necesaria. En nuestro Ejército, la Jefatura de medicina (*Boletín Sanitario*, núm. 31, de 30 de julio de 1941) ha ordenado que su prescripción se limite a una tableta como dosis, y dos al día, y solamente en el caso de que el médico de la Unidad pueda vigilar personalmente sus efectos.

La pervitina puede, pues, prescribirse cuando sea necesario dar confianza a un tímido o a un deprimido ante una prueba que teme. Puede aconsejarse cuando sea necesario llevar a cabo un trabajo cerebral que exija varias horas de vela. Puede compararse, hasta cierto punto, al café (aunque la cafeína posee acciones psíquicas indiscutibles); aunque debe prohibirse tomar al mismo tiempo estos dos estimulantes, ya que su mezcla, según Bruns, es de consecuencias desagradables. Pero debe proibirse la pervitina de una manera absoluta cuando se trate de realizar un esfuerzo físico violento y de duración, sobre todo si el organismo debe proporcionar su máximo de energía muscular, ante el peligro de agotamiento por falta de control sobre el organismo, con las graves consecuencias que de él pueden derivarse.

B) EL PERVITINISMO

El segundo peligro consiste en la habituación a la pervitina y los excesos que ello trae consigo (Brucke), análogos a los abusos de la bencidrina en los Estados Unidos. La acción del medicamento es de corta duración; pero durante ella el deprimido encuentra todo interesante. Se siente activo, emprendedor, en un estado tan distinto de la neurastenia anterior, que no tiene más que un deseo: volver a tomar la droga milagrosa. Lo mismo sucede al que, teniendo que dedicarse una serie de noches a un trabajo cerebral intenso, se dedica a administrarse regularmente pervitina: bien pronto toda actividad cerebral llega a serle imposible sin el estimulante artificial.

Desgraciadamente, el efecto tónico del "Weckmittel" es seguido de una fase de depresión bien comprensible; el trabajo suplementario realizado aumenta la verdadera fatiga, que la falta de sueño reparador tiende a hacer mayor. Para obtener entonces la agradable sensación inicial, es preciso ingerir una cantidad cada vez más considerable. Por otra parte, el hombre se acostumbra rápidamente a la pervitina. Cantidades que en un principio pueden ser tóxicas — ya lo hemos dicho antes —, son soportadas admirablemente después de unos días de uso regular; es decir, que producen menor efecto. Así, esta

habituaación exige a su vez dosis crecientes para un resultado idéntico.

De este modo, el hábito de la pervitina se transforma rápidamente en una verdadera manía: la depresión que se produce cuando no se toma la droga obliga a absorber cada vez mayores cantidades, y bien pronto, a no poderse pasar sin ella. Después de una o dos semanas de uso regular, se llega ya a tomar de 6 a 8 tabletas de pervitina; y Kammer, entre otros, ha citado individuos que pasaban de los 20 a 25 comprimidos cada veinticuatro horas. Un esquizoide de Greving, tratado durante dos años y medio, había llegado a consumir 70 tabletas (210 mgr. cada día).

En este estado, cesar bruscamente en su uso trae consigo no solamente una recaída en la anterior depresión, sino verdaderos fenómenos muy penosos; y somnolencia e incapacidad cerebral y muscular totales, que pueden durar de treinta y seis a cuarenta y ocho horas. Conocemos el caso de un estudiante habituado durante la preparación de unos exámenes a tomar siete tabletas diarias, que al suprimirlas bruscamente sufrió efectos que se atribuyeron a intoxicación por la pervitina, cuando los fenómenos obedecían, por el contrario, a la privación de ella. Pues el cuadro clínico es aproximadamente igual al que sigue a la absorción de una fuerte dosis única; es decir, a la consecuencia inmediata del período activo de la intoxicación aguda. Uno de nuestros enfermos había tomado un tubo (30 comprimidos) en treinta y cuatro horas, en ocasión de una boda, y presentaba todavía a los cinco días irritabilidad, palpitaciones, insomnio, y no

llegó a mejorar completamente hasta diez días más tarde. Se concibe fácilmente la importancia de esta distinción para el tratamiento, y las consecuencias medicolegales que puede arrastrar. En el primer caso, la absorción voluntaria de una dosis tóxica podía ser punible, mientras que el hábito nefasto y su interrupción, en el segundo, no debe reprobarse.

Aparte de estos síntomas frecuentemente impresionantes, pero que son pasajeros, el pervitinismo tiene todos los inconvenientes del empleo prolongado de un medicamento desgastador, que obliga al organismo a un gasto desmesurado y acaba por agotar sus reservas, las nerviosas sobre todo, en un círculo vicioso en que el intoxicado siente cada día la necesidad de una dosis más enérgica, que agrava constantemente la situación.

* * *

Es justo, por lo tanto, que las farmacias no estén autorizadas a expender la pervitina sin receta; se trata de una droga muy eficaz, pero demasiado peligrosa para ser tomada sin discernimiento.

El médico no debe despreciar el poderoso auxilio de medicamento tan activo; pero debe tener en cuenta la extensa variedad de las reacciones individuales, las contraindicaciones absolutas — esfuerzos musculares violentos y prolongados —, y, sobre todo, no arriesgarse a inculcar la manía, por la repetición de sus recetas, a los sujetos que por sus ocupaciones profesionales puedan ser predisuestos.

Un decálogo para el combatiente alemán en Rusia.

(Capitán SCHOTT: "Militär Wochenblatt". Septiembre, 1942.)

El soldado ha de ser cazador. — El soldado alemán se enfrenta en Rusia con enemigos de un nivel cultural muy inferior. La mayor ventaja de los bolcheviques, respecto a nosotros, es el elevado desarrollo que alcanza en ellos el instinto animal, así como su mayor insensibilidad contra las inclemencias de todo orden. Si se aspira a vencerlos, hay que familiarizarse previamente con los bosques y pantanos. Hay que saber orientarse de noche o con niebla de la misma manera como se haría a la luz del día. Deberá saber esconderse y ser cauteloso como un cazador; de la misma manera ha de estar habituado a improvisar un refugio donde abrigarse en los bosques. Finalmente, aquel que intente educar a los soldados para poder luchar con éxito contra los bolcheviques, ha de elegir como campo de instrucción el bosque pantanoso más próximo, y practicar allí noche y día, tanto en invierno como en verano.

Saber improvisar. — El bolchevique es un maestro de la improvisación. Lanza granadas de artillería desde un planeador; utiliza inmediatamente las armas que ha conseguido como botín; improvisa equipos de labradores que avanzan en los bosques y hostigan a nuestras tropas; cuando no dispone de barcas para atravesar los cursos de agua, confecciona balsas; lanza reservas improvisadas, transportándolas sobre camiones que requisas sobre el terreno. Nosotros hemos aprendido mucho de su manera de actuar. En verano hemos motorizado las columnas de aprovisionamiento, en invierno utilizamos los trineos y en primavera las carretas ligeras de labranza. Construimos nuestros abrigos móviles en invierno, valiéndonos de tableros formados con rollizos; del caballo salvaje hemos hecho un animal de tracción; cuando el terreno es pantanoso y la carretera se halla en manos del enemigo, hemos construido pistas de troncos, a manera de cresta de presa.

Ser incansable. — El ruso es vago por naturaleza, pero los comisarios se encargan de no dejarle reposar. Diaria-

mente trabaja en el mejoramiento de sus posiciones, construye caminos y fortificaciones aun en aquellos lugares en que no son de esperar choques con el enemigo. En nuestra lucha por Stalingrado, tropezamos con fortificaciones que estaban orientadas hacia el Este. Los soviets contaban, desde el comienzo de las hostilidades, con el sitio de dicha población, y por esta causa se prepararon. El soldado alemán no suele prepararse para una lucha larga de posiciones; sin embargo, podría ahorrarse mucha sangre si diariamente se construyera sus posiciones, ganando al mismo tiempo en comodidad y condiciones higiénicas en su alojamiento. Hay que convencer al soldado que llega al frente de Rusia de que la construcción de sus posiciones de campaña no constituye ningún indicio de temor, sino más bien un deber u obligación al que no es posible sustraerse.

Ser desconfiado. — El bolchevique combate, en tanto que puede, arteramente y con perfidia. En la mayoría de los casos acecha a su víctima, y esto aun en la población civil, que bajo su aspecto inofensivo esconde su deslealtad. Los prisioneros, especialmente los de los reemplazos más jóvenes, son casi fanáticos del bolchevismo, siendo capaces de cualquier baja e infamia. Durante el combate, su arma principal la constituyen las minas, trampas y emboscadas. Solamente quien se encuentre habituado a una permanente y aguda observación, será capaz de poder escapar a tales peligros.

Ser despierto y vigilante. — El ruso ataca casi exclusivamente durante la niebla o la oscuridad, persiguiendo siempre el efecto de sorpresa. Por consiguiente, en la primera línea no queda otro recurso que vigilar durante la noche y descansar en las horas del día. Aun aquellas unidades situadas a retaguardia de las líneas de fuego, deben prestar una gran atención a la vigilancia, pues el menor descuido puede pagarse con la vida. Por esta causa no

puede hablarse con propiedad de que en Rusia existan líneas de vanguardia y de retaguardia, en el verdadero sentido de estas palabras. Aquel que al pasar la frontera alemana del Este abandone sus armas, siquiera sea momentáneamente, no ha de extrañarse que momentos después pueda tener que lamentarse.

Explorar. — La exploración ahorra sangre. El abecé de cada movimiento en Rusia lo constituye la exploración. Solamente con buenos servicios de exploración pueden ser previstas rápidamente las intenciones de los rusos e inmediatamente frustradas. Las pérdidas que puede ocasionar la exploración son extraordinariamente pequeñas. El soldado que actúa en Rusia debe ser instruido especialmente en los servicios de acecho, observación y escucha.

Aprovisionar. — A causa de las dificultades del terreno, el aprovisionamiento de las tropas en Rusia ocasiona grandes trabajos, exigiendo del soldado encargado de este servicio gran seguridad y agilidad. La rotura de un eje o la caída de un animal no han de constituir obstáculos insuperables para que la tropa a la que vaya destinado el suministro experimente inquietudes sobre la suerte del mismo. Con todos los medios a su disposición, el conductor cuidará de que éste llegue a su destino. Se exigirá, hasta al Suboficial inclusive, el que todos los individuos de la Compañía de suministros lleguen hasta la primera línea con la comida, si es preciso. El servicio en una Unidad de suministros no es ningún puesto de medrosos o postergados.

Ser limpio. — Quien no se dedique con tenacidad a vencer las dificultades que supone el atender al aseo corporal, no encontrará un momento de "reposo" en Rusia. No hay ningún motivo para que no se practique la ablución diaria, pues ni el tiempo ni el agua escasean en esa campaña. La limpieza constituye, sobre todos, el úni-

co medio eficaz contra los parásitos, además de que por sí misma origina la sensación de sentirse un hombre culto, en contraposición a la población del país bolchevique.

Ser duro o resistente. — La guerra conducida a 40 grados de frío o calor, con barro hasta la rodilla o entre nubes espesas de polvo, exige del soldado que sea un buen mocetón. Los sacrificios de los bolcheviques lanzados al ataque en grandes masas, ofrecerán al joven soldado una imagen frecuente de la fortaleza de ánimo que debe poseer, debiendo contar y hacerse a la idea de que no han de faltar las circunstancias que le pongan en trance de sacrificar su vida. Solamente aquellos hombres que no abandonan su seguridad y propia confianza en las horas de máximo peligro, son los soldados apropiados para luchar contra el bolchevismo. Las naturalezas débiles no deben desconocer el que el mando es suficientemente duro para sancionar la cobardía con la muerte. Puesto ante el dilema de elegir entre estas dos concepciones contrapuestas del valor de la vida, se concibe que al enfrentarse con la realidad del choque de las masas rojas, se dé uno perfecta cuenta de lo insignificante que resulta la vida del individuo empeñado en esta lucha.

Ser camarada. — Aquello que parece imposible a los individuos que no tomen parte aquí en esta lucha, se explica y alcanza por la camaradería del soldado alemán. La dureza de esta lucha funde en una férrea unión al oficial, suboficial y soldados. Esto exige para cada uno, y especialmente para aquellos que acaban de llegar al frente, la prestación de sus dones afectos y personales, es decir, el estar dispuesto a compartir hasta el último pedazo de pan, y si preciso fuera, el cubrir con su propia vida la del camarada amenazado de perderla. Con todo ello se sentirá uno más fortalecido para soportar las duras exigencias de esta campaña.

La Batalla de Alfambra.

(De la *Revista Militar Argentina*, reproducido por la *Revista del Ejército, Marina y Aeronáutica*. Venezuela.)

El general Weygand, autoridad militar indiscutida en Francia y en el mundo por su actuación destacada en la gran guerra, en la que le cupo el honor de contribuir a la victoria de los aliados, en estrecha colaboración con su forjador, el Mariscal Foch, refiriéndose a esta batalla, dice:

"Ha sido una operación llevada con admirable exactitud, después de una preparación que no permite objeciones. Indudablemente, ninguna otra de la guerra de España se le iguala en perfección y maestría. Por primera vez desde 1936 he visto en la prensa europea unos croquis que me recordaban los de la gran guerra. La concentración de fuerzas y el dispositivo de los ataques y marchas, así como la combinación de maniobras con arreglo a los principios más clásicos, se han efectuado irreplicablemente, igual que en un supuesto táctico. Las ofensivas del norte de España, que trajeron como consecuencia la reconquista de todas las provincias cantábricas, no admiten comparación con la batalla de Alfambra; entre otras razones, porque el Ejército rojo que luchó en el Norte no era sino una sombra del que Indalecio Prieto ha presentado en el viejo Aragón. Las Divisiones marxistas, entre Montalbán y Teruel, han ido al combate magníficamente equipadas; gran densidad de infantería considerable cantidad de baterías artilleras, proporción fabulosa de ametralladoras, aviación abundante, morteros sin tasa, parques inagotables de municiones, unidades disciplinadas con instrucción muy aceptable, cuadro de Estado Mayor y de Mandos de vanguardia seleccionados, consejeros técnicos llegados de diversos países de Europa,

y una valiente decisión de demostrar los progresos alcanzados por la organización militar roja, con vistas a producir impresión en los medios internacionales, de los que el bolchevismo español aguarda la ayuda suprema.

Acabó el tópico de que los milicianos continúan huyendo y de que se dispersan ante los ataques de las divisiones nacionalistas; en Teruel, los rojos han demostrado apreciables capacidades de resistencia, y en muchas ocasiones se han dejado matar sobre el terreno defendiendo ardorosamente las posiciones. Frente al mayor alarde bélico que el Gobierno de Barcelona haya jamás montado, la potencia militar del general Franco ha obtenido un éxito rotundo."

En consecuencia, y concordando con tan autorizada opinión, debemos considerar la batalla de Alfambra como un modelo de batalla moderna, cuyo estudio nos significará importantísimas enseñanzas.

No existiendo aún material suficiente como para hacer una narración detallada de su desarrollo, lo que de ella conocemos nos permite el análisis a grandes rasgos de los hechos principales que la han caracterizado y nos muestra, en esencia, el empleo que se ha hecho de las armas.

Por lo pronto, nos enseña que la teoría sustentada por los ultramodernos pensadores no concuerda con la realidad.

Los métodos y procedimientos guerreros no han cambiado; el Ejército del aire no es el artífice único de la victoria, ni el Ejército de tierra se ha convertido en un Ejército de máquinas blindadas. El Ejército de tierra es quien avanza, conquista y se posesiona del terreno, y con su heroísmo y con su sangre va jalonando el camino de la

victoria final. A él vienen a unirse en su acción las fuerzas aéreas para facilitarle la tarea.

Al "fuego soberano" de la defensa, se opone con éxito el fuego más poderoso del atacante; a las posiciones fortificadas, la potencia superior de los explosivos, y la ofensiva es el procedimiento único que procura la victoria.

El ritmo acelerado en las operaciones de preparación y ejecución de la batalla, que es característica esencial de la guerra de movimientos, tampoco ha sido disminuido, dando por tierra con todas las previsiones teóricas basadas en el enorme número de combatientes, en la inmensa cantidad de elementos necesarios y en la pesadez y variedad del material a emplear.

Para nadie que siga con interés los acontecimientos de la guerra civil española, es un secreto que cuando el Ejército de Barcelona atacó Teruel, obteniendo un rápido éxito parcial, merced a la sorpresa, el Mando nacionalista se proponía desencadenar una ofensiva de gran envergadura en otra parte de aquel extenso teatro de operaciones; que Teruel no figuraba en los mapas del Estado Mayor nacionalista como zona decisiva, manteniendo en esos parajes sólo efectivos suficientes como para garantizar la libertad de acción a la masa de maniobra, cuya acción determinaría el centro de gravedad del ataque futuro; que la ofensiva gubernamental contra Teruel hizo que este sector del frente adquiriera de pronto enorme importancia por la cantidad de efectivos que se emplearon, presentando al Mando nacionalista una excelente oportunidad para librar una gran batalla, cuyos resultados materiales y morales supo apreciar y quiso obtenerlos para sí; que en respuesta al reto que dicha ofensiva le significó, el General Franco puso en movimiento a su masa de maniobra, y que mientras paraba el golpe con las fuerzas que guarnecían Teruel, inició la preparación de la contraofensiva, que desencadenada en el momento oportuno con potencia inusitada, que nos hace recordar las más brillantes acciones de la gran guerra, y con fulminante rapidez nos lleva a buscar su similitud en las campañas memorables del gran Corso, lo condujo a la realización de la batalla de Alfambra.

El reducido tiempo de que pudo disponer el Mando nacionalista entre la parada y la réplica, no ha sido causa de improvisación ni factor de desorden; luego, pues, el ritmo en la preparación de una batalla moderna no ha sufrido demora apreciable con relación a sus similares en las guerras pasadas.

El Ejército nacionalista fué conducido a la batalla en excelente condición de organización, y su conducción basada en un plan de acción genialmente concebido y magistralmente ejecutado, le ha llevado a obtener una victoria aniquiladora contra las tropas de élite del Ejército rival.

En la iniciación de la batalla nos es dado observar del lado nacionalista la adecuada aplicación del procedimiento napoleónico: "separarse para vivir y reunirse para combatir", materializado en el avance de los Ejércitos de Castilla y de Galicia, al mando de los Generales Varela y Aranda, respectivamente; del Cuerpo de Ejército del General Yagüe y de la división de Caballería del General Monasterio; las que, partiendo desde un amplio frente en la retaguardia, recibieron como objetivo la destrucción del Ejército enemigo de Teruel. Separadas vivían esas fuerzas a la espera de la oportunidad de ser empleadas, y juntas, estrechamente unidas en tiempo y espacio, intervinieron en la gran batalla en busca de la decisión.

El aniquilamiento del enemigo fué el pensamiento que inspiró la maniobra, y que hizo posible la realización de una batalla de tipo clásico, de doble envolvimiento, dentro de cuyo cerco fueron aniquilados o quedaron prisioneros más de la mitad de las fuerzas gubernamentales destinadas a actuar en la región de Teruel.

Los procedimientos tácticos tampoco han sido cuidados por el Mando nacionalista. Todas las armas antiguas,

pero perfeccionadas, y los nuevos elementos y formaciones que representan la conquista más avanzada de la ciencia y de la mecánica en su aplicación para la guerra, fueron empleados, hermanados en la acción, bajo una dirección única y teniendo como objetivo principal la destrucción del Ejército rival.

El panorama que nos presenta así el moderno campo de batalla, cuando uno de los bandos se ha decidido por la ofensiva, no es el de un desierto donde el fuego reina soberano, sino el de una cantidad enorme de personas y materiales del tipo más variado, moviéndose hacia adelante, con precaución e íntimamente mezclados en una acción común.

La verdad del vacío del campo de batalla queda limitada en sus alcances a la llamada guerra de posición, que, según Foch, no existe; pues ella no es más que una situación de espera en la guerra de movimientos, a la que se llega cuando ambos adversarios se encuentran en situación de equilibrio, incapacitados para continuar la ofensiva.

Roto aquél, ya sea por el desgaste de las fuerzas morales y materiales de uno de los partidos o por el aumento de los efectivos en forma no proporcional, la guerra de movimiento continúa, puesto que sólo avanzando, se puede llegar hasta donde se encuentra el enemigo para destruirlo, única forma hasta ahora conocida que permite imponerle la propia voluntad.

El fuego propio es el que prepara y apoya el avance, en tanto que del lado enemigo se trata por el mismo medio de oponerse a su realización.

Si el movimiento de avance es detenido, el enemigo ha conseguido su objetivo; en cambio, si ello no ocurre, su derrota quedará consumada en un plazo más o menos breve.

En consecuencia, la acción material del fuego, hoy como antes, sirve para facilitar y oponerse respectivamente al movimiento de avance; pero no lo ha suplantado en sus efectos.

El movimiento hacia adelante sigue, pues, siendo la llave del éxito, la acción única capaz de producir resultados decisivos.

Fuego y movimiento combinados en acción armónica constituyen la maniobra cuya finalidad es la destrucción material y moral del enemigo. Por lo tanto, el arte de la conducción táctica, consiste en saber utilizar en el combate, en ambos sentidos, a hombres y materiales, haciendo un adecuado empleo de las características especiales de cada arma.

En los combates que en su conjunto constituyen la batalla de la Alfambra, no es dado apreciar esa forma de empleo por parte del Mando nacionalista.

La Artillería, el arma de la acción a la distancia y de la potencia de fuego por excelencia, fué empleada, según sus características, para abrir el camino para el ataque de la Infantería y para apoyarla y protegerla durante su realización.

La inmovilidad e invisibilidad, que es característica de posiciones eminentemente defensivas, presentaba del lado gubernamental una sensación de vacío casi completo; pues tanto los hombres como el material se encontraban ocultos en trincheras profundas o detrás de refugios acorazados. Sólo se descubrían indicios, los que a veces eran también falsos.

El terreno por el cual tenía que atacar la infantería nacionalista se encontraba, en consecuencia, sembrado de emboscadas. Si, confiada en lo que se percibía, hubiera iniciado por sí sola el avance sin las precauciones debidas, y sin una conveniente preparación y apoyo de las otras armas, bien pronto se hubiera visto destruida por la acción de los fuegos de una cantidad enorme de armas, cuya existencia del lado enemigo podía suponerse, pero cuyo emplazamiento hubiera sido imposible señalar con anticipación.

Para evitar, o tan siquiera aminorar, en parte esos riesgos, se hizo preciso sondear previamente el terreno del

lado enemigo a cañonazos. Por ese medio se buscó destruirlo a distancia en todo lo posible, de manera de disminuir su fuerza de resistencia y obligarlo a contestar al fuego, descubriendo así el emplazamiento de parte de sus armas. Este acto se denomina *preparación de Artillería*. En el caso de que se trata, esta preparación cobró inusitada violencia debido a la enorme cantidad y gran potencia de las piezas empleadas, a la duración de algunas horas y a la eficaz cooperación de la aviación de bombardeo.

Aprovechándose de sus efectos, la infantería nacionalista inició el ataque, constituyéndose desde ese momento en el objetivo más peligroso para el enemigo. Contra ella aquél dirigió la masa de sus fuegos, debiendo la artillería propia apoyarla con los suyos, batiendo los blancos más peligrosos que se oponían a su avance.

Además, para reducir sus propias pérdidas, la infantería tuvo que avanzar diseminada en el terreno y haciendo uso frecuente de sus armas de fuego y de su útil de zapa.

Alcanzada la distancia de asalto, el apoyo que venía prestando la artillería a la infantería se convirtió en protección, mediante la formación de rodillos de fuego, cuya estela de destrucción y muerte le significó el camino por donde llegó al asalto, y a su ulterior avance a través de la zona en profundidad de la posición defensiva enemiga. La artillería de largo alcance, mientras tanto, destruía con sus fuegos las obras de defensa preparadas por el enemigo en la segunda y posteriores líneas defensivas, y mantenía inmóviles sus reservas de sector, limitándolas en sus movimientos e impidiéndoles concurrir con la necesaria cohesión y debida oportunidad hacia los sectores del frente donde su presencia se hacía necesaria para restablecer situaciones críticas y reforzar la resistencia.

Sin embargo, todo ello no bastó para asegurar la continuidad del avance nacionalista.

La diseminación en el terreno, el enmascaramiento, la ingeniería con todas sus posibilidades y la amplitud misma del campo de combate proporcionaron a las tropas gubernamentales condiciones de ocultamiento y abrigo tales, que les permitieron sustraer al alud de plomo y hierro de la preparación, a hombres y materiales en cantidades enormes, los que siguieron significando serios obstáculos para el avance de la infantería nacionalista, susceptibles de ocasionarles grandes pérdidas.

En la gran guerra ya se experimentaron situaciones semejantes, surgiendo las armas pesadas de apoyo directo, cuya misión principal consistió en destruir los focos de resistencia enemigos, que escapaban a la acción de la artillería y que en el último momento hacían su aparición.

Pero ellas, que por sus características técnicas y tácticas tienen que avanzar intercaladas con la infantería y cuya protección les resulta indispensable, no la eximieron por completo de sorpresas desagradables; las que en algunas circunstancias les produjeron el aniquilamiento de fracciones enteras, llegando hasta detener el ataque de la infantería cuando ya casi la meta había sido alcanzada.

La necesidad de un arma menos sensible a los efectos del fuego, principalmente de las ametralladoras, y cuya protección al infante fuera más efectiva y que pudiera prever y desbaratar con suficiente anticipación tales sorpresas, se hizo evidente. Surgieron así en aquella guerra los tanques y automóviles blindados, pero sin llegarlos a experimentar en forma completa y adecuada, al extremo de que su actuación en el combate moderno fué el campo de las más encontradas opiniones.

Perfeccionados posteriormente, y con la denominación genérica de *carros de combate*, fué en la batalla de la Alfabra donde su empleo recibió la consagración definitiva, pudiendo ser considerados desde entonces como el arma de acompañamiento más segura, eficaz e indispensable de la Infantería.

Completaron en proximidad de las primeras olas de

ataque de la infantería nacionalista, e intercalados entre sus agrupaciones de combate, la obra de destrucción iniciada por la artillería y la aviación, limpiando, puede decirse, el campo de batalla, por la acción de su masa y de sus fuegos, del resto de obstáculos activos y pasivos que aun subsistían, asegurando en forma eficaz la continuidad del avance de la infantería a través de la zona en profundidad de la posición defensiva enemiga.

Así fué cómo en la batalla del Alfabra nos fué dado ver cómo grandes cantidades de pesados carros de combate marcharon precediendo a las primeras olas de la infantería atacante, y cómo otros, más pequeños, intercalados en sus filas, circularon buscando las ametralladoras enemigas más próximas para destruirlas.

Sus objetivos estuvieron en todo momento y circunstancia mancomunados con los de la infantería, con la que cooperaron estrechamente ligados en tiempo y espacio, en forma tal que ésta pudo aprovechar inmediatamente sus efectos, realizando el avance en la forma acelerada que a todos nos ha llenado de admiración.

Pero la batalla moderna, pese a la enorme cantidad de armas que demanda y al inmenso consumo de proyectiles, continúa siendo, por sobre todo, una lucha de hombres, a quienes corresponde el papel principal en ese grandioso drama.

El material y el armamento destruido en una batalla puede ser rápidamente reemplazado, ya sea directamente por las fábricas del país, ya sea importándolo del Extranjero. El material humano experimentado y apto, en cambio, es de más difícil reposición, y su destrucción en grandes proporciones puede llegar hasta alterar la economía del país y minar la moral del pueblo; fuerzas que, como nos lo enseña la Historia, son vitales para la prosecución de una campaña de larga duración.

En consecuencia, una batalla victoriosa será tanto más beneficiosa para el vencedor cuanto menor sea el número de pérdidas de vidas humanas.

En tal concepto, la batalla del Alfabra nos muestra la forma de conseguirlo, procurando, ante todo, la destrucción del enemigo, a fin de que cuando la infantería ataque, lo haga con el mínimo indispensable de pérdidas humanas.

A tales efectos, el *arma aérea* fué empleada en la batalla del Alfabra por el Mando nacionalista en forma tal, que su actuación satisfizo ampliamente los propósitos más exigentes.

Prevía la conquista del aire en la medida necesaria para su libertad de acción, cooperó con el Ejército de tierra en la forma más amplia y eficaz.

En la iniciación de la batalla participó en la preparación artillera, contribuyendo con sus bombas a la destrucción de las posiciones que el enemigo había preparado para cubrirse y protegerse. Fué el elemento indispensable que prolongó en espacio la acción destructora de la artillería de largo alcance mediante ataques por sorpresa violentos sobre las concentraciones de tropas y materiales, las que el enemigo conservaba como reserva o que acudían desde retaguardia hacia el lugar de la lucha. Dirigió el fuego de la artillería de largo alcance, descubriendo y señalando sus blancos, y la secundó en su acción destructora, trabajando con ella en íntimo enlace y estrecha colaboración.

Los aviones de batalla cooperaron con la infantería en el ataque, ametrallando a la infantería enemiga, la que surgía de las trincheras y reductos ante su proximidad.

Su acción fué múltiple, y de sus eficaces resultados forman las partes de la batalla publicados por ambos bandos contendientes. Sin embargo, ella no fué la artífice de la victoria, como lo pregonaron algunos teorizadores; pero sí una valiosa colaboradora para su obtención, contribuyendo en forma eficaz a disminuir en las fuerzas terrestres la pérdida de vidas humanas, que en otra forma pudieron ser ingentes.

Apoyada por todos los elementos de destrucción más modernos y perfeccionados, le fué posible a la infantería del Generalísimo Franco llegar, en la batalla del Alfabra, hasta las posiciones defensivas que ocupaba el enemigo y rechazarlo, obteniendo la victoria.

Pero esta victoria, como lo demuestran todas las guerras de todos los tiempos, hubiera sido de escasos resultados si el enemigo hubiese podido retirarse a nuevas posiciones, donde, reorganizado, se pusiera de nuevo en condiciones de oponer renovadas y energías resistencias.

Para que una victoria sea completa es necesario que el enemigo que se tiene enfrente sea aniquilado, y para que tan alta finalidad sea alcanzada, es preciso impedirle la retirada.

¿Cuáles son las tropas a quienes corresponde misión tan fundamental?

La *caballería* del General Monasterio fué empleada con tal fin en la batalla del Alfabra.

No existiendo espacios libres en el flanco del Ejército enemigo donde poder actuar desde la iniciación de la batalla, esta división de Caballería fué conservada a retaguardia por el Generalísimo nacionalista, guardándola con el cariño de un avaro, para lanzarla a la lucha, prodigándola con la generosidad de un gran señor, cuando las circunstancias lo indicaron como conveniente.

Ante el ataque de las fuerzas nacionalistas, un amplio sector del frente defensivo republicano empezó a ceder, produciéndole claros que se agrandaron, surgieron brechas y nacieron espacios libres.

Por éstos, la División del General Monasterio se lanzó, en rápido avance, buscando el flanco, y muy especialmente la retaguardia del enemigo, obteniendo con su acción brillantes resultados, como lo expresa el escritor y publicista español Manuel Aznar en su artículo titulado "Hora española", publicado en el diario *La Nación* de 9 de marzo de 1938, cuando dice:

"Para los jinetes que conservan el orgullo de su tradición, para los Jefes y Oficiales que aun sueñan con el toque de carga, para los Capitanes que no comprenden la belleza de la guerra sin el trepidante galopar de los regimientos y sin el brillo de los sables bajo el sol, la experiencia ensayada por el General Franco debe ser jubilosísima. La Caballería, en efecto, no ha muerto: no sólo vive, sino que su misión en determinadas condiciones puede ser la piedra de toque de una batalla. Para ello es necesario elegir bien el terreno, disponer hábilmente la concentración, lograr una ruptura rápida por medio de los aviones, de la artillería gruesa y del primer asalto de la infantería; y como remate, invalidar los nidos de ametralladoras de la segunda línea. Logrado todo eso en sus finalidades tácticas, la caballería, en grandes masas, consigue los mismos efectos que en tiempos de Napoleón Bonaparte. Cuando el General Monasterio apareció con sus jinetes en las cercanías del pueblo de Perales de Alfabra (en la retaguardia del Ejército republicano, en la batalla del Alfabra), la guarnición de Sierra Palomera comprendió que no tenía escape posible: allí quedaron 6.000 hombres prisioneros; cuando el mismo General cortó la carretera de Teruel a Sagunto en el kilómetro 1 de la mencionada ruta (siempre en la retaguardia republicana), una de las Brigadas de "El Campesino", de guarnición en la capital bajoaragonesa, hubo de izar bandera blanca y rendirse. Podemos, pues, gritar todavía: "Gloria a los estandartes de la Caballería".

Resumiendo, podemos decir que la batalla del Alfabra constituye un ejemplo clásico de batalla moderna, en la que han participado, por ambos contendientes, grandes masas de tropas provistas con todos los armamentos y medios de lucha más perfeccionados que la ciencia y la mecánica han puesto al servicio de los Ejércitos, y cuyo empleo, del lado nacionalista, constituye un modelo y el exponente más acabado de habilidad, prudencia y perfección.

De su análisis pueden extraerse las siguientes conclusiones generales:

1.º El objetivo de una guerra es la imposición de la propia voluntad del adversario, y el medio para conseguirlo es la batalla, mediante la cual se procura la destrucción de sus fuerzas armadas.

2.º El Ejército de tierra sigue siendo el único capaz de obtener resultados decisivos en la lucha; el arma aérea cooperará con él facilitándole la tarea.

3.º Aunque las modalidades del acto bélico puedan variar hasta el infinito por la intervención de nuevos elementos y armamentos, su desarrollo sigue estando regido por los principios inmutables de la economía de fuerza y la libertad de acción.

4.º El movimiento hacia adelante sigue siendo, ahora como antaño, la llave del éxito, la acción única susceptible de producir resultados decisivos.

5.º La acción material del fuego sirve para facilitar el movimiento hacia adelante, pero no podrá suplantarle jamás en sus efectos.

6.º El fuego tiene, sobre todo, un gran poder de destrucción material, y el movimiento de avance, un efecto característico de destrucción moral.

7.º La maniobra hacia adelante, consiste en una armónica combinación del fuego y del movimiento, y su finalidad es la destrucción material y moral del enemigo.

8.º Las tropas y los materiales deben ser utilizados en el combate en ambos sentidos, de acuerdo con sus características particulares, que es necesario conocer y saber aprovechar.

9.º Una acción aislada por parte de cualquiera de las armas o elementos resulta inconcebible en la batalla moderna; todas y todos obran en íntima colaboración y estrecho enlace.

10.º Ninguna de las armas antiguas ha desertado de las luchas modernas, ni ha sido reemplazada en sus misiones esenciales; todas han evolucionado en estrecha relación con los progresos de la ciencia y en proporción a las características esenciales de su empleo.

11.º Nuevas armas han venido a unirseles para acrecentar sus potencias y facilitar su empleo; pero tanto éstas como aquéllas son incapaces por sí solas de iniciar, desarrollar y terminar con éxito una batalla.

12.º Una posición está tomada cuando la infantería la ocupa; está perdida, cuando la infantería la evacua.

13.º En la ofensiva, el más poderoso material, el más perfeccionado, será incapaz de conseguir resultados decisivos cuando la infantería no está presente para explotar sus efectos, y cuando falta la caballería que hará posible el aniquilamiento del enemigo.

14.º A la inversa, la mejor infantería será impotente por sí sola para realizar una ofensiva con éxito, necesitando ahora más que nunca del apoyo que le proporciona la potencia del fuego y el apoyo material y moral de las otras armas en su proporción más vasta.

15.º En la defensa, ese mismo poderoso material, por hábilmente utilizado que sea, cae en manos del enemigo cuando la infantería que lo protege desaparece.

16.º La Infantería continúa siendo el medio principal y decisivo de la acción; es a ella a quien van a unirse las demás armas para desarrollar su poder; el ritmo de su movimiento en el campo táctico, determina el ritmo de la maniobra de las otras armas; y, a la inversa, las posibilidades de apoyo que éstas le proporcionan marcan sus posibilidades de consagración.

17.º Vencida y dispersa la infantería, provoca la derrota de las demás armas; victoriosa, las arrastra consigo por el camino del éxito.

18.º La victoria en la batalla moderna no es el atributo de un arma determinada, sino de todas las armas y servicios estrechamente hermanados y mancomunados en la acción, en la que cada uno tiene señalado su papel, de acuerdo con sus características técnicas, orgánicas y tácticas.

El Ejército, el Estado y la Nación.

(General J. PERRE. De la "Revue des Deux Mondes", 1.º de enero de 1943.)

El 27 de noviembre, el Ejército del Armisticio ha dejado de existir. Con ocasión de tal fecha, una de las más dolorosas de nuestra historia, parece oportuno examinar lo que han sido las relaciones del Ejército (1), del Estado y de la Nación durante la tercera República, e intentar extraer las lecciones que de este pasado reciente se desprenden. Algunas otras reflexiones nos han sido sugeridas por la organización de ese reducido ejército que acaba de desaparecer. El conjunto de estas notas tiene, por otra parte, un carácter general, ya que se refieren a relaciones que, en todos los tiempos y países han suscitado problemas políticos de primer orden.

Para establecer las relaciones del Ejército con el Estado y con la Nación, importa, ante todo, definir los caracteres esenciales y permanentes del Ejército, en tanto que organismo estatal al servicio de la Nación (pues el Ejército, como el propio Estado, no existe por sí mismo; ya que no es ni puede ser otra cosa que un instrumento de los destinos nacionales). A continuación resulta útil esbozar un cuadro de las relaciones del Ejército con el Estado y la Nación en el antiguo régimen barrido por la derrota; y si empleo la expresión "esbozar un cuadro", es porque no me propongo presentar un esquema formal, un estatuto legal y reglamentario, sino que intento evocar lo que fué la realidad humana viviente.

* * *

Ningún Estado, en ningún momento de la Historia, ha podido desenvolverse sin apelar a la fuerza. Por una parte, los discursos y los razonamientos no bastan a convencer a la totalidad de un pueblo; a lo más, se alcanza a suscitar la adhesión activa de unos cuantos, la voluntad de resistencia de otros y el consentimiento tácito de la gran masa; para vencer tales oposiciones e inercias y afirmar las adhesiones, resulta indispensable disponer de algunas posibilidades coercitivas. Por otra parte, la actividad habitual de la diplomacia, que tiende a conciliar los intereses de cada Estado con los de sus vecinos, no basta tampoco a protegerlos siempre eficazmente. La misión principal del Ejército consiste en asegurar tal protección contra los peligros exteriores. Su misión eventual es la de apoyar y reforzar la acción de las fuerzas de policía, para el mantenimiento o restablecimiento del orden.

La primera originalidad del Ejército, comparado con otras instituciones del Estado que despliegan sus actividades de un modo continuo y en las condiciones habituales y cotidianas, consiste, pues, en que su existencia responde a situaciones excepcionales: una misión accidental de protección contra las amenazas externas o una colaboración eventual al orden interior. En tiempo de paz, en época normal — y sólo de este caso nos ocupamos aquí —, el Ejército no actúa de un modo efectivo, sino que se mantiene en estado de preparación y a la expectativa. Lo cual no deja de dar a sus relaciones con el Estado y la Nación un carácter particular y de provocar ciertos riesgos de mutua incompreensión.

La segunda originalidad del Ejército consiste en que el peligro de muerte forma parte integrante y permanente de sus deberes profesionales. Es cierto que hay oficios que pueden reportar ocasionalmente el sacrificio de la vida; también puede ocurrir que un hombre se vea obligado a afrontarlo por una obligación moral extraña a su profesión; pero la carrera de las armas es la única en que

(1) Advierto que empleo aquí la palabra "Ejército" en su sentido más amplio de Fuerzas Armadas, ya se trate de las Fuerzas terrestres, navales o aéreas.

el peligro de muerte sea la manifestación esencial y, por decirlo así, la razón de ser del deber profesional. El Arte militar tiende al aniquilamiento del adversario en el curso de una lucha; es decir, que se sobreentiende para cada uno de los contendientes la posibilidad de ser aniquilado. Y este rasgo es el que da a la vida militar su dignidad y su grandeza; de él se derivan casi todas sus particularidades. El soldado ofrece su propia vida; ofrenda que no se suele hacer a la ligera, sino únicamente desde el peso del deber, para servir a una gran causa. "Nadie va a la guerra a hacerse matar — decía Marmont —. Se va a ella siempre a vencer al enemigo; y si se arriesga uno a morir, es con la condición de que el sacrificio hipotético de la vida, al que cada cual se somete, resulte útil." En suma: "es necesario morir fecundamente", según la laconica fórmula del General Castelnau; el sacrificio supremo debe ser útil a la causa. De lo que se deriva, para el soldado, la obligación estricta de adquirir la más completa y eficaz formación profesional, ya que no dispone de su vida libremente; debe rendir cuenta de ella a la Nación, y de ella, por lo tanto, resulta responsable. Y esta responsabilidad se extiende también a la vida de los otros, a la vida de sus compañeros de armas. La guerra es una lucha colectiva; el Ejército es la reunión de un gran número de hombres que arriesgan su vida juntos por un objetivo común; la acción de cada uno condiciona la de los otros, y, en definitiva, protege o pone en peligro su existencia. En la frase de Dragomirof: "muere, pero salva a tu camarada", se expresa a maravilla esta recia moral de los campos de batalla. La cual no podría ejercitarse plenamente sino en el seno de la más absoluta confianza mutua. Una ligazón particularmente fuerte reúne, pues, a todos estos hombres; la cual, según se la considere, recibe distintos nombres: fraternidad de armas, camaradería, confianza en el jefe, espíritu de cuerpo, etc.; pero incluye siempre para cada cual la obligación de obrar en provecho de todos, la atribución de una parte de responsabilidad en los acontecimientos; es decir, de una parte de responsabilidad de la vida de los demás. Todo lo cual importa, para los que saben, para los que mandan, el deber de instruir y de guiar, y para los otros, el deber de aprender y de obedecer. "En el Ejército no existen más que dos clases de tareas: obedecer o mandar", decía también Marmont. Las dos son difíciles. Solamente el saber, el amor y la confianza pueden aliviarlas. Cuanto más prudente y comprensivo sea el jefe, más fácil y confiada será la obediencia. Pero "el hombre no es un ángel ni una bestia", y equivaldría a desconocer completamente su naturaleza, el negar la utilidad de la coacción para apoyar o estimular sus buenas inclinaciones. De este modo resulta ser la disciplina una de las necesidades esenciales de la vida militar. Es cierto que dicha disciplina será tanto mejor cuanto más voluntaria; pero bien raras serán las almas que no necesiten alguna vez de una presión exterior; la eventualidad de una coacción es para la disciplina un potente coadyuvante que no estorba a su carácter voluntario. Pero "somos autómatas a la vez que espíritus", y únicamente la disciplina, que se ha convertido en costumbre en modo de ser natural, será eficaz en las horas de peligro; lo que supone un entrenamiento, una educación militar. El sentimiento de la nobleza de su misión, del valor del esfuerzo hecho para hacerse digno de ella, de la solidaridad respecto de sus compañeros de armas, de la fidelidad a los jefes, un código particular de deberes, todo esto, conforme a lo cual se modela el alma del soldado, tiende por naturaleza a manifestarse exteriormente. El hábito no hace al monje y el rito no equivale a

la fe; pero todas las órdenes monásticas tienen su hábito y todas las iglesias sus ritos; el soldado tiene su uniforme, sus ceremonias militares y sus signos exteriores de respeto.

El Ejército se nos aparece, pues, como un órgano del Estado, cuya actividad útil, aunque capital, es intermitente, y cuya cohesión y condiciones de vida particular le constituyen en un todo netamente diferenciado. Ello obliga a mantener respecto de él ciertas precauciones necesarias, pero también le autoriza a ciertas prerrogativas (1).

El Ejército necesita de la duración y de la continuidad, precisamente porque vive en estado permanente de preparación, a la espera y en previsión de acontecimientos excepcionales. Para ello le es preciso apoyarse en un Estado fuerte, estable y previsor, en un Estado que subordine el presente al porvenir. Dentro de un Estado demasiado sensible al flujo y al reflujo, a la marejada de la opinión pública, vivirá una existencia precaria e inestable; pasará a ser de hecho, conforme a la definición de Vigny: "Una raza de hombres siempre desdenada o exaltada desmedidamente, según que las naciones la juzguen útil o necesaria"; se verá frecuentemente perturbado en su preparación técnica y moral, y podrá llegar a sentir la nefasta tentación de inmiscuirse en las luchas políticas internas. Ahora bien: aunque la organización gubernamental no repose por completo sobre la opinión, se producirán tales luchas, tales oposiciones de intereses y aspiraciones; esta es la ley de la vida; hasta en un Estado de forma autoritaria, el Gobierno, su agente de ejecución, podrá verse modificado con frecuencia en personas y tendencias. Se concibe que un tal Gobierno, en previsión de una crisis, se vea obligado a remover profundamente la organización y los cuadros de su policía; se trata de un instrumento cuyo único objeto es el mantenimiento del orden, y aquél tiene el perfecto derecho de acondicionarlo para quedar perfectamente tranquilo respecto de él. No obstante ser también el Ejército un medio de fuerza de utilidad para el orden interno, y aun el último y más potente recurso de que suele echar mano un gobernante, éste no obraría del mismo modo respecto a él sin exponerse a graves disgustos, ya que su misión esencial de defensa exterior exige tenerlo apartado de tales remociones. Esta necesidad de continuidad y de duración es la que en todos los tiempos y países ha conducido al Ejército al deseo de apoyarse en el Estado; en las antiguas Monarquías, el Príncipe era su jefe efectivo; el dictador lo es también ahora en los Estados autoritarios contemporáneos y aun en los países democráticos y parlamentarios; la ficción del Jefe del Estado, Jefe del Ejército, ha sido mantenida. El Ejército es cosa del Estado, del Estado sólo, no de un partido ni de un Gobierno ocasional, y no interviene más que cuando peligran la existencia o la autoridad del Estado, ya sea por una amenaza extranjera o por una subversión interna.

Pero el Ejército, guardián del Estado y símbolo el más patente de su potencia y de su soberanía, es, como ya hemos indicado, un organismo netamente diferenciado; existe, pues, el peligro de que llegue a ser o se sienta a sí mismo como un Estado dentro del Estado. Es necesario evitarlo; es necesario que se adhiera al Estado y que se sienta una parte, una prolongación de éste. Para ello conviene, por supuesto, exigir a todos sus miembros, en todo momento, una lealtad absoluta. La historia toda nos demuestra la conveniencia de que sea nacional, es decir, compuesto en su inmensa mayoría de ciudadanos del país. Aunque nacional por su reclutamiento, se debe pro-

curar que su muy particular modo de vida no lo aisle de la Nación y lo convierta en una carta; para ello es de desear que se halle constituido por unidades de carácter regional, tanto por la procedencia de sus componentes individuales como por su localización, y es indispensable que sea reclutado entre todas las clases y en los más diversos medios sociales. De este modo encontrará, por otra parte, en tal variedad de procedencias la multiplicidad de dotes, de conocimientos y de caracteres que le es necesaria para ser a la vez ágil y fuerte.

El conjunto de altas virtudes exigidas al soldado implica en su favor el derecho de que se le otorgue en la Nación un puesto honroso y se le dote de medios económicos que no sólo le pongan al abrigo de la miseria, sino de las mediocres y agobiantes preocupaciones consiguientes a una vida difícil. La inquietud por el sustento cotidiano debilita a la larga los grandes sentimientos. Aristóteles indicaba ya que: "Los jóvenes son más atrevidos que a cualquier otra edad porque no se han visto rebajados por las exigencias de la vida y no han sufrido la prueba de la necesidad"; hace falta preservar en el soldado la juventud espiritual y la frescura del alma, que son los elementos indispensables para la creación de la atmósfera de confianza y lealtad necesaria a la salud de un Ejército. Por otra parte, se encuentran difícilmente hombres de buen temple que soporten una estrecha disciplina y una penosa servidumbre, y acepten permanentemente un riesgo de muerte, sin la esperanza de una vida honrosa y digna.

Por su misma existencia y por la atmósfera que crea, el Ejército presta al Estado un servicio accesorio, pero cuyo alcance no es desdeñable. Constituye para el conjunto de la Nación un modelo y un educador en todo lo que concierne a las nociones de responsabilidad y de disciplina, de autoridad y de jerarquía, y contribuye a propagar el sentido del orden y de los medios más eficaces de imponerlo. Viene a ser un ejemplo permanente de abnegación al servicio de la comunidad nacional en medio de ciudadanos atentos al cuidado diario de sus intereses personales. Ahora bien: tales virtudes, que pudieran denominarse cívicas, aparecen tan claramente como su patrimonio, como su característica propia y exclusiva, que el lenguaje de todos los pueblos las califica de virtudes militares; virtudes sin las cuales, como ha dicho enérgicamente Jacques Bainville, "un pueblo no puede subsistir".

Resumamos: el Ejército es una fracción del Estado; le debe a éste una completa lealtad en el cumplimiento de sus misiones de defensa exterior y de mantenimiento del orden interno; demanda de él duración, estabilidad y una situación honrosa dentro de la jerarquía nacional. Debe conservar un contacto íntimo, permanente y profundo con todas las partes y todas las clases de la Nación, para las cuales costituye una gran escuela de orden y de disciplina.

* * *

¿Cómo se desenvolvían estas relaciones entre el Ejército, el Estado y la Nación durante la tercera República? Esto es lo que me propongo examinar ahora.

En primer lugar, conviene poner de relieve que la organización militar se hallaba yuxtapuesta a un organismo político que le era contrario en principios y reglas de vida. Todas las sutilezas del razonamiento y todo el prestigio de la elocuencia no conseguirán jamás hermanar la libertad y la disciplina, la jerarquía y la igualdad, el individualismo y la cohesión, la supremacía de la masa y la autoridad del jefe. En realidad, nunca he conocido un verdadero militar que fuera un verdadero demócrata; he conocido algunos que lo fingían, he conocido otros que llegaban a creerse tales, merced a esa inconsecuencia que permite a muchos seres humanos aplicar en diversos aspectos de su vida los principios más opuestos; pero jamás los he conocido que pensasen y reaccionasen democráticamente con toda naturalidad. El régimen, ante las exi-

(1) El lector, familiarizado con la literatura militar del lado de allá del Rhin no dejará de discernir que las consideraciones precedentes se inspiran en las ideas del Coronel-General von Seckt. He juzgado, en efecto, que no era posible encontrar, entre los contemporáneos, guía más autorizada que la del restaurador del Ejército alemán.

gencias de la realidad, llegaba a admitir la necesidad de una fuerza militar; pero su oposición doctrinal le impedía entablar con ella relaciones de confianza y se inclinaba instintivamente a desconfiar de la lealtad de una institución basada en una filosofía tan distinta de la suya. Las incidencias de la historia no podían dejar de exteriorizar este conflicto latente. Ello no se produjo inmediatamente; la derrota estaba demasiado reciente, la necesidad de una restauración militar se mostraba con toda evidencia; la idea de desquite era "reina de Francia", según la frase de Charles Maurras; y además, la República no fue administrada de momento por los republicanos ni aun por los demócratas; fue primeramente conservadora, una especie de Monarquía parlamentaria sin monarca, en la cual el influjo de los hombres acostumbrados a la disciplina de los regímenes anteriores era preponderante. Al debilitarse el deseo de desquite y subir al poder los demócratas, el conflicto comenzó a manifestarse. Resulta curioso, por otra parte, el comprobar que la primera ocasión de que ello se produjera la dió un hombre elevado al poder por los partidos de izquierda: el General Boulanger. El asunto Boulanger no fue, en modo alguno, un complot militar; el general solicitaba el poder de la opinión; los cuadros del Ejército le eran en su mayoría hostiles; no es menos cierto que el régimen había sido amenazado por un hombre de uniforme, y esta imagen quedó grabada en los espíritus. Pero de muy distinto alcance fue el asunto Dreyfus, el cual desbordó bien pronto de su mediocre origen y suscitó un agrio debate que oponía la doctrina del régimen al conjunto de reglas impuesto al Ejército por sus propias necesidades de existencia. Su influjo deletéreo no se dispuso cuando el silencio se hizo; se había producido la desconfianza mutua entre el Mando militar y el personal político del régimen, y tal desconfianza persistió, resistiendo incluso a los cuatro años y medio de íntima colaboración impuestos por la guerra de 1914-1918, y quedó intacta, en toda su virulencia, con posterioridad al armisticio.

Es cierto que los temas que suscitaban tal desconfianza no tenían gran fundamento; los acontecimientos posteriores lo han demostrado suficientemente, y además disponemos acerca de ello de un testimonio nada sospechoso. En ese libro singular que se titula *El nuevo Ejército*, en el que, junto a páginas adecuadas y conmovedoras acerca del pasado del Ejército y sus caracteres permanentes aparecen extrañamente entremezcladas opiniones sobre su presente y porvenir, radicalmente influidas por los postulados marxistas, Jean Jaurès escribió: "En España, en Turquía o en Grecia, el Ejército promueve de propio impulso revoluciones perjudiciales o beneficiosas. En Francia no es más que un instrumento a utilizar en los conflictos sociales. La gran revolución francesa fue una revolución civil y ha impreso su huella en toda la historia subsiguiente. Los granaderos de Brumario no actuaban en provecho de una casta... Aunque presidida por un General, el General Cavaignac, la formidable represión de junio no fue tramada por soldados ni en interés de los soldados... En el abominable golpe de Estado de diciembre..., los Generales ambiciosos y aprovechados, agrupados en rededor del Pretendiente, no tenían más que una responsabilidad secundaria... Igualmente, en el drama de la Commune, no ha sido, ciertamente, el empuje del Ejército el que arrastró a M. Thiers y a la asamblea de Versalles a luchar contra el París republicano y obrero... El 16 de mayo, el Jefe del Gobierno era un soldado: el Mariscal Mac-Mahon. Es cierto que fue inducido a dar un golpe de Estado militar... Pero si pensó en ello pasajeramente, no osó llevarlo a cabo... En la misma crisis boulangista, no fue el Ejército la causa directa del peligro... En realidad, fue a la chusma a la que el General Boulanger pedía el poder, o, al menos, esa popularidad primaria que era una de las premisas del poder y que no tardó en combinarse con la intriga reaccionaria. No fue ni una imposición militar ni una gestión de los Generales

lo que le llevó al Ministerio de la Guerra, y no era una conspiración militar la que le empujaba a la dictadura." En el propio asunto Dreyfus, en el que Jaurès pretende advertir una "crisis de militarismo", reconoce que "el Ejército fue arrollado, impulsado y arrastrado por un vasto movimiento contrarrevolucionario, al que servía más bien de pretexto y trampolín que de verdadera causa", y que "no se arriesgó a una intentona declarada", ni llegó "a decidirse a una verdadera revuelta, a una sedición militar". En realidad, de esta oposición doctrinal entre el régimen y el Ejército, el primero no ha sufrido apenas; pero el segundo ha padecido dolorosamente, como voy a tratar de mostrar.

* * *

En primer lugar, al Ejército le ha faltado en el ápice del Estado ese punto incommovible en el que siempre ha sentido la imperiosa necesidad de apoyarse; y al expresar esta idea mediante una imagen material, desvirtuó el carácter sentimental de la adhesión con que el Ejército se entrega al Estado y que le conduce a tratar de personificar a éste y a encarnarlo en un hombre. En Francia, la fidelidad al Rey, quebrantada por la Revolución, se transformó, durante el breve período revolucionario, en fidelidad a la entidad Nación, que sustituía curiosamente en todas las fórmulas oficiales a la mención del Príncipe; en tiempos de Napoleón, la adhesión al Monarca reapareció con un nuevo matiz personal y apasionado; la Restauración, el reinado de Luis Felipe y el de Napoleón III fueron demasiado breves para que, no obstante los intentos realizados, el enlace personal y directo entre el Ejército y el Príncipe pudiera recobrar su antiguo vigor y generalidad. La tercera República heredaba, pues, un Ejército que, en su conjunto, no se sentía ligado a los regímenes anteriores. Un largo período de paz se abría, y no tardó el Ejército en percibir oscuramente la necesidad de un tutor permanente; la Constitución le daba por jefe nominal al Presidente de la República, lo cual no era, por supuesto, más que una ficción; sin embargo, el hecho de que tal ficción se respetara, tenía cierto sentido; no ha dependido del Ejército el que dicha ficción no llegara a ser realidad, ya que en diversas ocasiones, cuando aquél ha sentido su existencia y su fuerza gravemente conmovidas, ha intentado recurrir a ese Monarca electivo, el cual, demasiado débil, se ha hecho siempre el desentendido. Acerca de ello pueden leerse algunas páginas reveladoras en las *Memorias* del Presidente Poincaré.

De este modo, el Ejército no ha dispuesto de ningún recurso, de ningún punto de apoyo por encima del Gobierno, cuyos personajes y tendencias se renovaban constantemente. Lo corriente era que tales Gobiernos efímeros no se preocupasen de aquél, más que cuando las circunstancias los obligaban a ello; era imposible que le concediesen la benévola atención o los cuidados constantes y comprensivos que requería. No dudo que los políticos aquí aludidos crearán defenderse ventajosamente alegando que han proporcionado al Mando tantos o cuantos miles de millones. Con ello solamente consiguen imitar a esos malos padres a quienes se reprocha el haber descuidado la educación de sus hijos y que se excusan con la enumeración de los gastos que han hecho al enviarlos a los mejores colegios de pago. La creación de un Ejército potente, como la educación de los hijos, requieren otros cuidados muy diferentes. Un personal político ya prevenido en contra y que cada vez más se afirmaba en una ideología, conforme a la cual el Ejército no era más que una supervivencia del pasado, un órgano en vía de regresión, todavía útil, aunque provisionalmente, no podía concebir siquiera tales cuidados; debía, por el contrario, encontrar muy natural el postergar al Ejército, tanto en el orden de las preeminencias como en el de las ventajas materiales.

Hubiera sido extraño que las relaciones del Ejército

con la Nación fueran buenas, mientras que las que mantenía con el Estado se hallaban enturbiadas. Resultaba inevitable que la ideología gobernante, al propagarse, suscitase con respecto al Ejército una general indiferencia. Lo que no cabía esperar *a priori* era que se desarrollase en ciertos sectores de la Nación un verdadero odio contra aquél. Porque eso es, en definitiva, el antimilitarismo, aunque a veces se disfraza hipócritamente de una mera oposición a las injerencias del Ejército fuera de su campo de acción natural — en este sentido, muchos militares, entre los que me incluyo, seríamos decididamente antimilitaristas —; pero la palabra tiene un alcance muy distinto, designando, en realidad, un sentimiento propiamente antimilitar, una hostilidad a todo cuanto se refiera a las condiciones particulares de la vida del soldado. Tres factores han contribuido al nacimiento y desarrollo del antimilitarismo en la Francia contemporánea. En primer lugar, las ofensas infligidas a la clase obrera por parte de la tropa, utilizada inconsideradamente por ciertos Gobiernos para reprimir conflictos sociales, en los que no se ventilaban precisamente los intereses superiores del Estado; tales ofensas hubieran sido, desde luego, fácilmente reparables; más graves aún habían sido las de la Commune, y ya se habían olvidado. Pero, hacia la misma época, surgía un nuevo antimilitarismo intelectual; entre los elementos menos dignos de la juventud burguesa llamada a filas por la ley de 1889, ofendidos de verse mezclados con la gente del pueblo, lastimados por los rigores de la disciplina y humillados al verse rebajados a tan modesto papel, comenzó a segregarse aquel virus; recuérdense las fechas de publicación de las primeras novelas de tendencia antimilitarista, y se reconstituirá el proceso. Vino después el asunto Dreyfus, y algunos agitadores no tardaron en darse cuenta de los excelentes resultados que se conseguirían al fecundar con el virus burgués el resentimiento obrero; y en tal intento no les faltaron después imitadores. Cabía esperar — y fuimos muchos los que abrigábamos tal esperanza — que el acceso, cada vez más amplio, de la parte más selecta de la burguesía al grado de oficial de complemento y el entrelazamiento de todas las clases sociales en el torbellino de una gloriosa y terrible aventura acabarían, por fin, con el antimilitarismo. No fué así. Como otros muchos, he solido bromear a costa del "combatiente" antimilitarista que se complace en declarar paradójicamente que todos los Oficiales son unos brutos y unos vagos; pero que su propio teniente es "un tío estupendo", porque no había llegado a comprender todavía todo el alcance de tal bufonada. Las gentes sencillas, poco acostumbradas al trato directo con las ideas, reciben del exterior todos sus conceptos generales; sus personales experiencias no alcanzan más que a regular su conducta individual; son incapaces de desarrollar ese doble juego del pensamiento que de las propias observaciones infiere una teoría general, o, al contrario, de esta teoría deduce su conducta individual. Durante la guerra pasada, nuestro "combatiente" antimilitarista continuó reverenciando a su teniente, pero continuó haciéndose eco de la difamación antimilitarista, aunque ésta se valiese de procedimientos tan burdos como los de la serie del "Coronel Ronchonot". Es cierto que, como antídoto contra este veneno, apenas se usaba de otro medio que de los tópicos corrientes de la estampa patriótica ingenua, ya que la literatura edificante, como la ironía profesional, gustan de lo fácil y tienen una marcada predilección por las fórmulas rutinarias.

Ese desafecto, y a veces ese odio de la Nación, han apartado del Ejército a muchas almas generosas y a muchos cerebros privilegiados que, de otro modo, hubieran engrosado sus filas; pero todavía le han hecho un daño mayor: le han obligado a replegarse sobre sí mismo. En su desconfianza hacia el Estado, rotas las relaciones afectuosas con la mayoría de la Nación, el Ejército se convirtió en una casta, si no socialmente, al menos inte-

lectualmente; no quiso ya saber de nada más que de su oficio, estrictamente de su oficio, y nada más. ¡Loados sean, por otra parte, los jefes que con posterioridad al asunto Dreyfus le incitaron a tomar tal actitud!; ellos le preservaron de la tentación de mezclarse en las luchas políticas y han salvado lo esencial: gracias a ellos, hemos tenido todavía, en 1914, un Ejército que, en definitiva, venció, y en 1939, tropas que llegaron a batirse. Pero todo ello se ha producido a costa de graves inconvenientes; el Ejército ha perdido cuanto le restaba de poder de radiación, como escuela de orden y de disciplina, y se ha hecho fatalmente cada vez más rutinario. Un gran organismo colectivo se reforma difícilmente por su propia iniciativa; las costumbres, las tradiciones, las trabas de la amistad y del compañerismo se oponen a ello, y le es necesario a veces un impulso externo para romper con un pasado ya caduco. Pero el Ejército, replegado sobre sí mismo, desconfiaba de todos los impulsos de ese género que hubieran podido producirse, y, por otra parte, ¿quiénes se preocupaban de él lo suficiente para decidirle a renovarse de un modo comprensivo y pertinente? A la larga, además, tal aislamiento no le ha preservado totalmente de los contagios ideológicos, que se han ido infiltrando poco a poco en algunos de sus organismos, mientras que el mediocre nivel de vida a que se veía reducido lo aburguesaba cada vez más en el peor sentido de la palabra.

Pero se me objetará: Hasta ahora, y sin decirlo de un modo expreso, no se ha hablado más que de los elementos activos del Ejército, sobre todo de sus cuadros; se trata, sin embargo, de una reducida minoría dentro del conjunto de la gran masa movilizada. De acuerdo; pero, en primer lugar, yo no me he propuesto tratar más que de la vida habitual del Ejército, de su vida en tiempo de paz, y en este caso la proporción de elementos activos resulta siempre más elevada; y además, tales elementos activos, a los cuales me refiero preferentemente, son los guardianes y propagadores de ese espíritu militar que han de inculcar a la masa cuando ésta se les incorpora para instruirse o luchar. Ahora bien: dicha misión resultará tanto más fácil cuanto mayor preparada acuda esa masa por una doctrina nacional lo más conforme posible con los principios militares. Lo que más atrás hemos dicho acerca de los sentimientos reales de la Nación, nos obliga a deducir que ella ha proporcionado a los cuadros activos hombres cada vez menos dispuestos a ser buenos guerreros. Sé muy bien que al hablar así ofenderé la sensibilidad de algunos. Los pueblos vencidos no gustan de reconocer que sus virtudes guerreras hayan podido flaquear. Ello, sin embargo, puede haber ocurrido, y no se adelanta nada con negarlo: las mentiras, aunque sean piadosas, son perjudiciales. El acicate más eficaz para impulsar un pueblo a reaccionar, es la vergüenza de la derrota, el odio y el desprecio a aquello que la ha causado. Bajo la acción corrosiva de nuestro antiguo régimen, nuestras virtudes guerreras se habían debilitado. La democracia puede muy bien, en ciertos momentos de crisis, ofrecer a un pueblo motivos de exaltación y objetivos de grandeza; segura de sí misma, desenvolviéndose en condiciones normales, conduce fatalmente a la mediocridad, ya que refleja las aspiraciones de la masa; a la larga, aniquila, dentro de cada nación, el sentimiento de lo grande y de lo sagrado. ¿Cómo era posible que una Francia que se enorgullecía de sentirse a sí misma aburguesada, ahorrativa, rutinaria, moderada en todo, aun en el mal; que no ambicionaba más que eliminar todo posible riesgo, tanto para la comunidad como para el individuo, y ello en todas las clases sociales, pues no había obrero ambicioso cuya ambición, más o menos consciente, no fuera alcanzar el mediocre nivel de la pequeña burguesía; cómo un tal pueblo de gentes achicadas que no aspiraban más que a vivir modesta y oscuramente en un pequeño rincón de tierra, podía guardar intactas sus virtudes militares?

Sé muy bien que algún nuevo contradictor se levantará para gritarme: ¿Estás hablando del Ejército bajo la tercera República y olvidas que durante ella hemos resultado vencedores? No lo olvido; pero también he de recordar que el Ejército de 1914, en cuyas filas he servido, no dejaba ya de tener sus quiebras; me consta que experimentó al principio ciertos desfallecimientos del corazón y del espíritu, y sé también a costa de cuántos errores, a qué precio, con qué dilaciones y mediante qué ayudas conseguimos, por fin, una difícil, cruenta y precaria victoria. Los males que he pretendido denunciar habían, comenzado ya a manifestarse, si bien el enfermo no se hallaba entonces tan afectado como después lo hemos conocido; ante el peligro, su voluntad reaccionó con presteza, haciendo desaparecer todo síntoma de enfermedad; pero una vez que pasó la alarma, dicha enfermedad siguió su curso con ritmo acelerado aún por las fatigas y la sangre perdida.

* * *

La causa principal que ha enturbiado, bajo la tercera República, las relaciones del Ejército con el Estado y la Nación, ha sido, como acabamos de verlo, la oposición de doctrinas. Sin embargo, esta expresión de que me he valido hasta ahora puede prestarse a confusiones y discusiones, sobre todo si no se la interpreta con una absoluta lealtad de espíritu. No debe entenderse que se trate, por parte del Ejército, de una doctrina libremente escogida y susceptible de ser modificada para adaptarse a la doctrina general del Estado; en este falso supuesto se basa el sofisma de Jaurès. No; se trata de un conjunto de leyes naturales impuestas por las mismas exigencias de la realidad y decantadas por siglos enteros de experiencia, a las que no cabe contrariar sin graves trastornos. Lo que se ha comprobado suficientemente, cuando ciertos Gobiernos inspirados por ideologías revolucionarias (la Revolución francesa en sus comienzos, la Unión Soviética) han pretendido obrar así; tras crueles desengaños y considerables perjuicios, hubo que volver al antiguo estado de cosas, apenas disimulado por algunas innovaciones terminológicas. El código particular del Ejército no es adaptable a las doctrinas políticas más que en muy débil medida; cuando entre el uno y las otras no existe suficiente paralelismo, se produce un cierto malestar; el Ejército no se desenvuelve entonces con el debido desahogo y, a la larga, padece gravemente en su moral. Si tal paralelismo se consigue, todo irá bien; de lo contrario habrá que temerlo todo.

Que dicho paralelismo haya sido conseguido por el nuevo régimen, no cabe dudarlo. Desde sus primeras declaraciones hemos oído al Mariscal afirmar: "Importa, en primer lugar, restaurar al Estado en su soberanía y el poder gubernamental en su independencia... Crearemos una Francia organizada en donde la disciplina de los subordinados corresponda a la autoridad de los jefes en un común afán de justicia para todos... En todos los órdenes nos esforzaremos en elegir a los más aptos para confiarles el mando... La restauración de la jerarquía de los valores en todos los dominios ha de ser la tarea más urgente... El afán de goce destruye lo que el espíritu de sacrificio edifica. Os invito, ante todo, a una restauración intelectual y moral... La educación moral y la formación de la juventud son mis preocupaciones preferentes..." Al escuchar estas palabras del anciano y glorioso caudillo, todos los militares habían reconocido las ideas y aun el acento que les eran familiares; se habían dado cuenta de que existía algo más que paralelismo, una verdadera identidad de principios entre las sencillas reglas que, en todas las épocas, han sustentado la fuerza y la grandeza de los Ejércitos, y aquellas otras que aseguran la vida, la salud y la prosperidad de las naciones. Es cierto que la aplicación de tales principios es, en el organismo militar, más rígida, puesto que se trata de prepararlo para un estado de crisis, para un paroxismo, en la guerra, mientras que

conviene, en la dirección de la Nación, conciliar la autoridad con el respeto de aquellas libertades absolutamente indispensables; pero su esencia es idéntica en uno y en otro caso. En un régimen animado de tal espíritu, las tendencias antimilitares disimuladas que habían contaminado a muchos de nuestros organismos civiles podían y debían ser rápidamente eliminadas. Se podía todavía permitir la oposición a cualquier desbordamiento del Ejército fuera de su propio dominio; no había, en cambio, derecho a ser antimilitarista.

* * *

Al frente del Estado, el Ejército había vuelto a encontrar, al fin, una elevada figura a quien amar y respetar; podía satisfacer así ese oscuro deseo de personificar al Estado que debe, sin duda, responder a una de sus más profundas necesidades sentimentales; ya que, a pesar de los eclipses impuestos por determinados acontecimientos históricos, no se ha extinguido nunca por completo en él. Y ello le ayudaba a soportar el riguroso deber de lealtad total y absoluta, de ciega sumisión a los mandatos del Estado; riguroso deber que gravita más pesadamente sobre los hombros del soldado profesional que sobre los del sometido al servicio obligatorio. Pues si éste se halla adscrito a la misma obligación formal, tiene, al menos, de hecho, la garantía de que no puede ser obligado a luchar sin el asentimiento casi unánime de la Nación; mientras que el soldado profesional debe prestarse incluso a ser empleado en empresas impopulares, si el Estado lo juzga necesario. El soldado profesional que no entienda su deber de este modo, y que, en su fuero interno, abrigue reservas mentales respecto de él, quebranta su juramento y falta al honor militar: no es digno de pertenecer al Ejército. Y no se me diga que tal obligación es insoportable y humillante; en ella reside el propio fundamento del deber militar; al vestir el uniforme, el soldado profesional ha renunciado de hecho a toda iniciativa política; consiente en no tener participación alguna en la génesis de los acontecimientos que puedan provocar el empleo de su fuerza, y se conforma con no tener por enemigo sino aquel que se le designe. Y es precisamente tal obligación la que le permite, a él solamente, conservar todavía viva en su corazón, la tradicional caballería del combatiente, ya que, si en el calor de la lucha puede dejarse llevar a veces de la cólera, no debe sentir ningún odio por un adversario que cumple con un deber idéntico al suyo.

Un Ejército profesional que se somete a una tan rigurosa y austera obligación, necesita, más que ningún otro, de la atención constante, benévola y aun afectuosa del Estado. Y tiene derecho, dentro de la jerarquía nacional, a un puesto privilegiado, tanto desde el punto de vista moral como en el orden de las ventajas materiales. Un Ejército profesional desatendido y desconsiderado, resulta más bien un peligro que una salvaguardia, y no necesitaremos, probablemente, remontarnos a la antigüedad, ni volver la vista hacia América del Sur, para convencernos de ello.

No se nos oculta que, para un Ejército profesional, el riesgo de aislarse de la Nación se agudiza particularmente. Sin embargo, tal riesgo se puede soslayar fácilmente en países políticamente saneados, en donde las estériles y venenosas querellas de política interior hayan sido definitivamente eliminadas. Dado que ya no será de temer cualquier contaminación, nada podrá oponerse a que se autoricen, por toda clase de medios, las más libres y cordiales relaciones con la población civil; y a ello se llegará tanto más fácilmente cuanto que las unidades serán de tipo más netamente regional por su reclutamiento y localización. Convendría, además, evitar que se produzcan enemistades irreducibles entre el Ejército y una parte cualquiera de la Nación, y para ello no se deberá utilizar la tropa para el mantenimiento o restablecimiento del orden interno, a no ser en caso de absoluta necesidad. Tal vez

convendría reservar al propio Jefe del Estado el derecho de emplear al Ejército en tal misión; derecho que no podría delegarse sino en circunstancias perfectamente definidas en el tiempo y en el espacio. De este modo, el pueblo tendría la seguridad de no verse enfrentado con el Ejército sino en el caso en que se dejara llevar por la aberración revolucionaria e intentase subvertir al Estado. En tal caso, las frases: "Las tropas están acuarteladas. Las fuerzas van a intervenir", dejarían de ser fórmulas insustanciales para revestirse de la majestad que conviene cuando el Estado recurre a su medio coercitivo supremo, a la "última ratio" de su soberanía. En fin, aunque un Ejército profesional no pueda ser para los ciudadanos una escuela de orden y de disciplina universal y obligatoria, puede conservar, desde este punto de vista, una parte de su influencia, si se hace del paso por las filas, el prelude obligatorio de toda carrera del Estado.

Hemos dicho anteriormente que, cuando se ha conseguido el necesario acuerdo entre la doctrina política y las reglas del orden militar, cabe esperar todo; aquí afirmaré, de manera aún más rotunda, que todo se facilita. Pues, contra lo que piensan algunos que se creen

artistas de la acción, cuando apenas alcanzan categoría de artesanos en tales menesteres, continúan siendo las ideas las que dirigen el mundo. Cabe fingir la ignorancia de un desacuerdo doctrinal; se puede pretender olvidarlo; puede disimularse con artificios o sofismas; es posible también, merced a esa ingénita inconsecuencia a que antes me he referido, eludir algunos de sus inconvenientes; aquél subsistirá, no obstante, como el gusano en el fruto, y tarde o temprano se revelarán los daños por él producidos. Por el contrario, el acuerdo de doctrinas, aun cuando su acción no se manifieste, presta a las iniciativas de detalle una solidez, una continuidad y una coherencia, que darán pronto el más sazonado fruto. Tal acuerdo existía la víspera del 27 de noviembre en el Ejército francés.

Estas son las enseñanzas que pueden deducirse del estudio de las relaciones entre el Ejército, el Estado y la Nación entre 1871 y 1940, y también las observaciones sugeridas por el Ejército profesional organizado con posterioridad al Armisticio, al cual el Mariscal Pétain, interpretando con sencillez y grandeza los sentimientos del país, dirigía en 28 de noviembre un emocionante adiós.

La instrucción en la infantería

(Mayor NICOLAS: "Revue Militaire Suisse". Diciembre, 1942.)

El combate moderno ha aumentado considerablemente las exigencias de la instrucción para la formación del combatiente. La lucha decisiva contra el carro, el combate contra el soldado de asalto, el ataque a las modernas fortificaciones, la protección contra la Aviación, imponen el estudio de nuevos medios y de nuevos procedimientos de combate. Es urgente dárselos a conocer a nuestros soldados, si no queremos ver disminuir su aptitud para la guerra.

Las circunstancias no nos han permitido hasta ahora desarrollar en toda su amplitud este programa en nuestros servicios de instrucción, especialmente en las escuelas de reclutas.

Estas deficiencias podrían poner en peligro la base de nuestra defensa nacional.

No se trata de "repetir"; se trata de instruir de nuevo sobre las bases actuales. La finalidad ineludible de nuestros próximos servicios de relevo — tan cortos — debe ser corregir con toda urgencia las deficiencias de nuestra preparación militar.

I.—Vida dura.

No es necesario insistir, creemos, en la necesidad de habituar a nuestros hombres a una vida dura.

En nuestras posiciones, las condiciones de alojamiento son francamente insuficientes. Y desde la ruptura de las hostilidades, estos escasos acantonamientos serían destruidos por la acción aérea o terrestre del enemigo, que se esforzará en privarnos de nuestras bases.

La gran mayoría de nuestras Unidades se vería obligada a vivaquear.

Este género de vida no puede improvisarse. Requiere una gran experiencia. Si descuidamos esta preparación, nos exponemos desde el principio de la guerra a una pérdida de la capacidad combativa de nuestros hombres, provocada por las nuevas condiciones de vida que les serán impuestas.

Es necesario prepararlos desde ahora, física y sobre todo moralmente, a las rudas exigencias de un prolongado vivaqueo en cualquiera estación y con toda clase de tiempo.

Esta formación no debe limitarse a los combatientes.

Debe englobar todos los servicios: unidades completas, desde sus comandantes a los últimos hombres de las oficinas, deben aprender a vivir sin el abrigo de una sola casa.

Esta preparación no exige ningún tiempo especial. Puede efectuarse al mismo tiempo que la instrucción. Servirá para demostrar a los soldados que la vida del vivac no ocasiona ninguna perturbación a la actividad normal de las Unidades.

Para evitar inútiles tentaciones y dificultades, basta con tener la precaución de elegir los vivaques en los lugares más apartados. Estos son, además, los que se prestan mejor al desarrollo de la instrucción del combatiente.

II.—El esfuerzo.

La guerra colocará a cada unidad y a cada hombre frente a dificultades inmensas, casi insospechadas en tiempo de paz, que no podrán ser resueltas más que a costa de grandes esfuerzos.

Es preciso habituar desde ahora a nuestros soldados y a nuestros jefes a realizar estos esfuerzos. Es necesario que aprendan a vencer dificultades que parecen insuperables en los primeros momentos, aun a riesgo de algunos accidentes.

Es necesario que ciertas exigencias sean llevadas hasta los límites de la resistencia humana.

No hace falta precisar aquí los ejercicios que podrán realizarse. Cada jefe podrá fácilmente, si lo quiere, imaginarlos. Las dificultades del terreno les proporcionarán innumerables temas, que podrá completar todavía con toda la gama de las devastaciones y sorpresas de la guerra moderna.

Este género de instrucción, y sobre todo de educación, exige — al contrario que la habituación al vivac — un tiempo muy apreciable. En efecto: no sólo se trata de la duración efectiva del ejercicio, sino de las consecuencias de los esfuerzos suplementarios que pueden disminuir notablemente el rendimiento ulterior de la instrucción.

Las otras ramas de la formación militar impondrán, por consiguiente, una limitación del número de tales ejercicios.

Sería, sin embargo, contraproducente tratar de suprimirlos. Constituyen una preparación muy útil para la guerra: la tropa aprende a vencer las dificultades del terreno, a desplazarse con todo o parte de su material, de sus caballos, de sus coches, en lugares que parecen a primera vista impracticables. Deben realizarse también estos movimientos de noche y en las peores condiciones atmosféricas.

Este hábito permitirá a nuestras tropas, en caso de guerra, moverse escapando a las vistas aéreas y obtener más fácilmente la sorpresa sobre el enemigo.

III.—Instrucción técnica.

Es necesario hacer de cada uno de nuestros hombres un soldado de "choque", un soldado de tropas de asalto.

Desarrollar el espíritu ofensivo de una tropa es siempre el mejor medio de aumentar su capacidad defensiva.

Es preciso, en primer lugar, enseñarle el manejo de todas las armas y medios de que puede tener necesidad según las circunstancias, formar un "guerrero completo."

Sus conocimientos técnicos son hoy día notoriamente insuficientes.

1.º Es necesario que sepa atacar al carro — su enemigo número uno — o defenderse de él.

Este género de acción impone el conocimiento de los procedimientos siguientes:

a) Inmovilizar el carro

- por un obstáculo (saber construirle);
- por medio de una arma anticarro obrando a distancia (cañón de Infantería, etc.);
- por medio del combate próximo: minas anticarro, cargas concentradas de explosivos;
- por cualquier procedimiento que tienda a cegar al carro.

b) Destruir el carro inmovilizado

- por las armas anticarro;
- por medio de explosivos;
- por medios incendiarios: lanzallamas, botellas incendiarias.

Esta enseñanza deberá completarse con un conocimiento perfecto de los carros y por el hábito de su empleo.

El hombre debe conocer prácticamente la capacidad de franqueamiento de los carros: debe poder apreciar rápidamente los puntos débiles, los ángulos muertos que le permitirán aproximarse y destruirlo.

Esta instrucción es ignorada completamente en la actualidad por nuestros soldados, y esta ignorancia hace ilusoria toda nuestra preparación militar. Estamos completamente desarmados frente al principal medio de acción del enemigo. Es indispensable que cada compañía disponga, por lo menos de un carro para las necesidades de esta instrucción. Es muy necesario que esta idea cunda.

En su defecto, habrá que recurrir a todos los medios para sustituirlo: descripciones, fotos, películas, carros simulados, etc. El conocimiento que proporcionan estos medios no satisfará, sin embargo, a la realidad.

2.º Es necesario que nuestro infante sepa defenderse de la Infantería de asalto enemiga, maestra en el arte de infiltrarse y de escapar a los fuegos. El objetivo que ofrezca será esencialmente fugaz. Hace falta saber cómo destruir a este soldado en el embudo de artillería en que descansa, antes de dar el nuevo salto, y que nuestros hombres, aun con armamento desigual, sepan contraatacarlos y acabar con ellos.

Por consecuencia, habrá que:

a) Adiestrar a nuestros soldados en el tiro de precisión contra objetivos fugaces, cuya permanencia ante el observador no pasa de cuatro a cinco segundos, y que pueden surgir en lugares completamente imprevisibles. Este tiro puede realizarse con el fusil o con una arma automática.

No se trata de un tiro de galería, sino de un tiro de guerra en un terreno cuidadosamente preparado. Los blancos deben ser accionados de acuerdo con un código convenido por el director del ejercicio, por hombres cubiertos en zanjas que ofrezcan toda garantía de seguridad contra los proyectiles y los rebotes.

El tiro puede efectuarse con el tirador en su puesto y dispuesto a disparar; es la forma más fácil y sencilla.

Puede completarse este ejercicio haciendo que el tirador desarrolle al mismo tiempo un violento esfuerzo físico: recorrido preliminar en una pista de obstáculos o avance figurando las diversas fases de una acción ofensiva.

Debemos señalar que esta clase de tiro es casi desconocida por nuestros soldados. El número de blancos tocados disminuye notablemente en cuanto abandonamos el confort de nuestras galerías. Estos tiros no tienen valor más que si se señalan los resultados cada vez y si no se pone todo el interés en aumentar poco a poco el rendimiento del tiro.

b) Instruir a nuestros hombres en el tiro con trayectorias curvas para alcanzar al enemigo a cubierto, para lo cual se precisa:

- conocimiento del mortero (este arma puede quedar reservada para los especialistas);
- conocimiento y empleo de la granada (ofensiva y defensiva y de la improvisada con cargas explosivas);
- empleo de botellas incendiarias.

c) Educar a nuestros hombres para descubrir las máquinas explosivas sembradas por el enemigo;

d) Instruir a nuestros hombres en todos los procedimientos del combate próximo.

Este término ha sido mal comprendido en algunas Unidades. Se trata de la lucha a muerte de dos individuos cuyo armamento puede variar casi hasta el infinito, ya cuenten ambos con las mismas armas o ventaja uno al otro en su armamento. Se hace preciso, por lo tanto, organizar un arbitraje en cada ejercicio.

IV.—Instrucción táctica.

A medida que va progresando la instrucción técnica, habrá que hacer ejercicios tácticos que enseñen a nuestros Jefes, y especialmente a nuestros hombres, la coordinación de los diversos medios que intervienen en el combate moderno: fusil, armas automáticas, cañones de Infantería, morteros, granadas, lanzallamas, explosivos, botellas incendiarias, enlace con la Artillería, etc., etc.

Estos ejercicios podrán desarrollarse con tiro real contra un enemigo simulado con blancos o en temas de doble acción.

En la ejecución debe huirse de todo esquema. Bastará con fijar la misión del ejecutante y dejarle toda la libertad en el empleo de los medios que se pongan a su disposición.

Pueden desarrollarse así las acciones siguientes:

1.—Lucha anticarro.

a) Ataque de un carro aislado, inmovilizado, para destruirlo (empleo de armas anticarro, de fumígenas, de medios incendiarios, de explosivos; protección con armas automáticas para impedir la salida de los tripulantes del carro).

b) La misma misión que en el caso a), pero suponiendo que el carro es defendido por motociclistas o tropas de Infantería.

c) Ataque contra dos carros inmovilizados que se sostienen mutuamente con sus fuegos.

d) La misma misión que en el caso c); pero efectuando en el curso del ejercicio un contraataque de un grupo de Infantería enemiga que trata de salvar los carros.

e) Construcciones de obstáculos para inmovilizar el

carro primero y destruirlo después, como en los casos a) y b) (empleo del obstáculo solamente, o de las armas anticarro, o de minas anticarro fijas y móviles, de explosivos o de medios para cegar el carro, etc.; combinación de varios o de la totalidad de estos procedimientos, con lucha o sin ella, al mismo tiempo, con los motociclistas o los infantes que acompañan al carro, etc., etc.).

2.—Lucha contra infantería al descubierto.

a) Contraataque contra un enemigo que ha penetrado en nuestra red de trincheras; limpieza de trincheras (empleo de armas automáticas, de granadas reglamentarias — defensivas u ofensivas — o de granadas improvisadas, de medios incendiarios, fumígenos, gases).

b) Defensa improvisada; instalación rápida en un plazo determinado, resolviendo primero el problema de la defensa contra carros y después contra la infantería enemiga; empleo de los útiles de zapador; suponiendo un ataque enemigo durante el período de instalación; combatir mientras se continúa el perfeccionamiento de la fortificación; colocación de barreras de minas y de obstáculos anticarro; colocación de máquinas infernales (con explosivos variados), empleo de los gases contra la Infantería.

c) Combate para la defensa exterior de un fortín.

d) Combate entre calles, defensivo y ofensivo (empleo de armas automáticas, de explosivos, de granadas, de medios incendiarios, etc., etc.)

3.—Lucha contra una posición.

(fortín, casa aislada en estado de defensa o posición de campaña).

— Aproximación bajo el fuego enemigo con el apoyo del propio.

— Descubrimiento e inutilización de minas y de máquinas infernales.

— Destrucción de los obstáculos.

— Lucha contra las defensas exteriores.

— Neutralización de las armas del fortín (tiro directo con humos, gases, lanzallamas).

— Destrucción de las aspilleras y las armas.

Se realizarán primero sistemáticamente cada una de las fases separadamente para combinarlas poco a poco hasta llegar al desarrollo completo del ataque.

Pero no se trata de repetir las diferentes escenas de una obra de teatro, que se representará en seguida tal como se ha ensayado.

En la guerra no tendremos ocasión de poder hacer un ensayo del ataque: tendremos que realizarlo en serio desde el primer momento.

Lleva consigo el ataque una decisión del mando que es necesario inculcar a nuestros Jefes. Es necesario enseñarles a organizar cada vez esta acción, y es preciso que ellos enseñen a su tropa a desarrollar sus decisiones, sin titubeos y sin faltas, frente a las armas del enemigo.

Como consecuencia, es necesario ejecutar cada una de estas acciones en diferentes terrenos y en las más variadas circunstancias. Modificando la estructura del fortín y la disposición de sus defensas, se podrán hacer centenares de ejercicios — en el fondo, siempre los mismos —,

pero en realidad siempre diferentes, que exigirán de los Jefes y de la tropa un gran esfuerzo de imaginación y una gran flexibilidad en la ejecución.

Hará falta desarrollar esta instrucción bajo la forma esencial de ejercicios de tiro real con intervención de la Artillería.

El artillero no debe disparar un cañonazo sin la presencia del infante.

Nada puede suplir la ausencia del silbar de las balas y el estallido de los explosivos. Porque estos ejercicios no tienden solamente a desarrollar la instrucción del combatiente, sino a aumentar su hábito para la guerra. Enseñan a vivir "entre el peligro"; familiarizan con todos los medios mortíferos que se emplean; dan confianza en los camaradas que le apoyan de cerca; desarrollan la camaradería en el combate.

La escasez de las dotaciones de municiones no constituyen un obstáculo para la realización de estos ejercicios. Una estricta economía en su empleo permitirá realizar un buen número de ellos.

Será conveniente, sin embargo, hacer algunos ejercicios de doble acción para enseñar a los hombres a superar las reacciones previstas o imprevistas del enemigo. Se conseguirá así ejercitar el ataque y la defensa de un verdadero fortín. Las circunstancias del terreno y un arbitraje muy severo permitirán, en ciertos casos, el empleo de medios reales; (por ejemplo, tiros por encima de ambos adversarios para simular el apoyo de fuegos; empleo de cargas reducidas de explosivos, que se harán estallar a alguna distancia del lugar en que lo harían en la realidad, para evitar el peligro de la guarnición o el deterioro de las instalaciones, etc).

V.—Guerra de guerrillas.

Es necesario instruir a nuestras tropas en la guerra de guerrillas, bajo la forma de:

— emboscadas,

— golpes de mano.

Pero no basta armar a estas patrullas con fusiles o armas automáticas. Hay que dotarlas de granadas, de minas anticarro, de explosivos, medios incendiarios, etc. En resumen: hay que habituarlas a manejar todos los medios de destrucción modernos.

Conclusión.

Tenemos, como hemos podido ver, un vasto programa que realizar para hacer de nuestros hombres verdaderos guerreros.

Esta instrucción debe desarrollarse principalmente en las pequeñas Unidades: Sección, Compañía, Batallón como máximo; por ello no consiste en la realización de numerosas maniobras al estilo de nuestros antiguos cursos de repetición; esto sería perder un tiempo precioso.

Su objetivo esencial es estimular la instrucción en el cuadro de la Compañía, proporcionar temas y ejemplos.

No faltarán las materias; será el tiempo el que falte para realizar tan vasto programa.

Sólo una poderosa voluntad de acción permitirá desarrollar la aptitud para la guerra de nuestros infantes.

Caballería soviética

Moscú, diciembre 22, *Pravda*: Las peculiaridades geográficas de nuestro país, la tradición histórica del Ejército ruso, en el cual las tropas montadas de cosacos han desempeñado siempre un papel preponderante; el amor al caballo inherente a los cosacos, kirghizes, kazakhs, kalmyks, bashkirs y otros pueblos de la Unión de los

Soviets, demuestran que la Caballería siempre tendrá un lugar importante en el Ejército rojo.

Los alemanes encontraron caballería del Soviet en Tula, en Moscú y en Rostov, y sintieron la fuerza de sus golpes.

Se ha demostrado que el tanque no es muy peligroso

(*"The Cavalry Journal"*, enero-febrero de 1942.)

para el soldado de Caballería, si es capaz de manejar, además del sable, la granada de mano, el mortero y las armas automáticas, y si sabe combatir a pie tan bien como a caballo.

En la zona de retaguardia se están entrenando poderosas formaciones de reserva de Caballería para entrar en combate decisivo con el enemigo. Un ejemplo es la unidad bajo el mando de Surikov. Sus bien cuidados caballos y la apostura militar de los jinetes, que manejan las más modernas armas, producen una espléndida impresión.

Se están preparando con gran rapidez unidades de esta calidad para el frente. Una, bajo el mando de Milero, está formada por hombres que son ardientes admiradores de los caballos. En corto tiempo, esta unidad había llevado sus caballos hasta la forma de las de una unidad de caballería regular, aun cuando se formó con caballos ordinarios de granjas colectivas, y ha tenido solamente pocas semanas de entrenamiento.

Además de las unidades de reserva, fuerzas voluntarias de cosacos están tomando las armas para combatir al enemigo.

Las heroicas tradiciones del primer Ejército montado, formado a iniciativa de Stalin, están frescas aún entre los cosacos, quienes conservan su hereditaria audacia. Los cosacos del Don, Kuban y Terek se están alistando para la guerra. Los granjeros colectivos del norte del Cáucaso están tomando las armas.

Soldados que combatieron en guerras anteriores y que cargaron sobre las fuerzas alemanas en la de 1914-18, se están incorporando a las filas de las fuerzas voluntarias cosacas. Vienen con sus propios caballos, sus uniformes de cosacos y sus armas. Las granjas colectivas les proporcionan sus mejores caballos.

Las fuerzas voluntarias cosacas comprenden muchos guerrilleros rojos anteriores y muchos veteranos del primer Ejército montado. Son espléndidos soldados de Caballería, tanto a caballo como a pie. Reciben nuevas armas y se les enseñan las tácticas de la guerra moderna y la cooperación con las otras armas.

Cada distrito del Don y de Kuban está entrenando destacamentos para las fuerzas voluntarias cosacas. Tienen sus propios Comandantes locales y sus propios medios de transporte.

Como resultado de la costumbre de agregar la artillería capturada a las Unidades de Caballería durante las

guerras revolucionarias y del afortunado papel desempeñado entonces por la Caballería en rápidas operaciones de flanco, la Caballería ha aumentado considerablemente y se le ha dado tanta potencia de fuego como a la Infantería motorizada: está armada con ametralladoras de pequeño y gran calibre y con cañones de montaña de 2 libras.

Los efectivos actuales de la Caballería rusa son estimados en medio millón. Los cosacos constituyen la mayoría de la Caballería. Están divididos geográficamente y son conocidos como del Don, siberianos, de Terek y Kuban. Los últimos, conocidos también como cosacos del Cáucaso, son reclutados en doce tribus, y se los conoce como los más feroces.

Los Regimientos de cosacos agregados a los Centros del norte no usan el uniforme cosaco, tienen aspecto de Caballería regular y pueden tener caballos ligeramente más pesados que los que provienen de la remonta del Gobierno.

Las *tachankas* son carros tirados por caballos que transportan ametralladoras de calibre 50: están agregadas a las Unidades de Caballería. Las *tachankas* militares llevan a los artilleros sentados frente a la culata de la ametralladora.

Las *tachankas* del Ejército tuvieron su origen durante las guerras revolucionarias; en aquella época, carros de dos asientos, de ruedas altas, de ese nombre, fueron usados para transportar cañones.

Las *tachankas* son usadas también por las tropas irregulares o guerrilleros montados. El tipo agrícola de estos vehículos, con tres caballos grandes y rápidos, yendo el caballo del centro entre los ejes, es utilizado en los asaltos. Los ocupantes usan ametralladoras, granadas de mano y mausers alemanes, siendo escasas las carabinas e incómodos los fusiles. Las tropas irregulares están organizadas, por lo general, en unidades de 10 hombres, con 10 unidades, en un mando. El elemento de sorpresa influye considerablemente en sus operaciones. Un método favorito de ataque es el de conducir *tachankas* a toda velocidad a través de pueblos y aldeas ocupadas por el enemigo, disparando mientras tanto con ametralladoras y desapareciendo rápidamente. Cuando viene la nieve, se emplean, del mismo modo, trineos de tres caballos. Las tropas irregulares montadas usan toda clase de caballos, lo que depende de la localidad y de la elección personal.

¿Cómo ahorrar avena en la ración de los caballos del ejército?

(Capitán KA EGL: "Revue Militaire Suisse". Octubre, de 1942.)

La situación de la producción de forraje. — La producción de heno disminuye poco a poco a medida que aumentan los campos de trigo y de patatas. Esta disminución está compensada en parte con los nuevos prados artificiales, que son cultivados intensivamente.

El Ejército pide a nuestros agricultores le entreguen en heno apenas el 1 por 100 del rendimiento de sus prados. Es poco, en comparación de la cantidad que algunos campesinos de los países ocupados han tenido que proporcionar de un día a otro (el doble o más de lo que nuestros campesinos han tenido que entregar desde el principio de la guerra).

Procurarse avena es difícil. Las importaciones están prácticamente suprimidas. Los stocks, si existen todavía, disminuyen. La cosecha del país no será suficiente, a pesar del aumento que se obtuvo en tiempo de paz. Hay que adaptarse a las circunstancias.

Algunas fórmulas para sustituir la avena. — El veteri-

nario jefe del Ejército ha previsto las dificultades. Hemos visto que en su circular del verano de 1940 ordenaba:

1.º El aumento en la ración de heno para disminuir sensiblemente la ración de avena.

2.º Adaptar las raciones de forraje al trabajo efectuado.

La situación actual exige medios nuevos para reemplazar parte de la avena por otros forrajes. En el Ejército no puede aumentarse la ración de heno ante los inconvenientes que acarrearía (caballos poco útiles y aumento en el transporte de abastecimiento).

Para encontrar un sucedáneo de la avena, hay que tener en cuenta que ésta es un concentrado que proporciona, sobre todo, energía, completando perfectamente al heno, que proporciona, entre otras cosas, un exceso de materias minerales y de vitaminas necesarias al organismo.

Este cereal es el alimento preferido del caballo. Pero,

por varias razones, la avena puede sustituirse muy bien, con tal que se haga de una manera racional.

En el Ejército no sería lógico reemplazar toda la avena, porque:

1.º Las experiencias hechas en nuestro clima con este cereal son concluyentes.

2.º Nuestros caballos están acostumbrados a ella.

Para reemplazar una parte de avena en la ración militar hace falta que los forrajes de compensación sean:

1.º Equivalentes en lo que concierne a los elementos nutritivos esenciales.

2.º Que no sean mucho más voluminosos que la avena.

3.º Que puedan ser forrajeados sin complicaciones en un tiempo aproximado.

4.º Que sean asimilados los más rápidamente posible por los caballos.

Entre los forrajes de compensación que pueden examinarse, es la celulosa forrajera, actualmente, el más interesante.

La celulosa forrajera. — Este forraje, muy digestible, pobre en elementos leñosos, contiene alrededor del 70 por 100 de celulosa bruta. Ningún otro forraje contiene tanta celulosa bruta de tan fácil digestión. Sólo los caballos y los rumiantes la digieren fácilmente y en gran cantidad, gracias a las bacterias que son factores esenciales en su digestión.

La celulosa forrajera posee, sin embargo, los inconvenientes siguientes:

1.º No es más que portadora de energía, y es en esto comparable al azúcar, por ejemplo. No contiene ni grasa, ni albúmina, ni materias minerales en cantidad importante. Está desprovista de vitaminas. Estas desventajas son, por otra parte, fáciles de compensar con la ayuda de forrajes complementarios, bien elegidos y bien dosificados.

2.º El gran inconveniente de la celulosa, especialmente en el servicio militar, es la dificultad de empaclarla de manera que sea fácilmente manejable y poco voluminosa.

Para empaclar la celulosa y hacerla forrajera han sido necesarios muchos experimentos.

Actualmente, la celulosa forrajera se importa de Suecia; es más barata que la que podría fabricarse en Suiza.

Sin embargo, gracias a los preparativos de nuestra industria de celulosa, nos aseguran que, en caso de necesidad, se podría fabricar la celulosa forrajera en cantidades considerables.

Los experimentos hechos para el empleo de la celulosa como forraje. — Los interesantes resultados de los ensayos de forrajeo de los caballos en Suecia y en Alemania nos han animado a ensayar la celulosa forrajera en Suiza.

M. H. Gutknecht ha tomado la iniciativa al principio de este año. Ha empezado a forrajar dos caballos de tiro, primero prudentemente y después aumentando poco a poco la cantidad, llegando hasta el extremo. Estos dos caballos están muy bien, no habiendo estado nunca enfermos.

En el invierno pasado, nuestro veterinario en Jefe, el

Coronel Brigadier Collaud, se decidió igualmente a hacer un ensayo con 30 caballos de un depósito.

Un tercio de los caballos en cuestión comieron el pienso normal para servir de control; otro tercio fué utilizado para el ensayo de una mezcla de residuos de frutas secas, y el tercio restante con un concentrado de celulosa forrajera. Los caballos de los tres grupos fueron colocados en idénticas condiciones y han hecho un trabajo relativamente fuerte durante la mayor parte del tiempo de la prueba.

Los resultados obtenidos con relación a la celulosa forrajera han sido los siguientes:

1.º Ninguna disminución en el peso, en el temperamento, en la dureza y en la voluntad para el trabajo, en el aspecto del pelo ni en la salud.

2.º Hicieron falta cinco minutos más para consumir cuatro kilos de concentrado de celulosa, equivalente a 4 kilos de avena.

3.º Se habituaron los caballos a la nueva ración en dos días (el concentrado contenía, entre otros artículos forrajeros, 50 por 100 de celulosa y 25 por 100 de avena); 14 entre 30 caballos se negaron a tomar "toda la mezcla" la primera vez, a pesar de la sal que se les puso para mejorar el gusto.

Ultimamente, un ensayo del servicio veterinario del Ejército ha demostrado que se puede dar un concentrado menos fuerte de celulosa (33 por 100 de avena y 47 por 100 de celulosa) sin necesidad de habituar a los caballos previamente.

4.º El concentrado pudo ser consumido sin humedecerlo, si bien es verdad que estaba algo deteriorado, la mezcla fué hecha muy bruscamente y los pequeños trozos de celulosa estaban poco deshilados.

5.º La capacidad de las pesebreras y de los morrales es suficiente para contener una cantidad de concentrado equivalente, por lo menos, a dos veces la ración de avena de 4 kilos; pero con la condición de utilizar el empaclado del sistema Gutknecht y Kohler.

El veterinario Jefe ha previsto, por el momento, un concentrado de celulosa forrajera para todos los caballos y mulos; la composición es la siguiente:

47 %	de celulosa forrajera no mezclada.
33 %	de avena empaçada.
14½ %	de pulpa de remolacha seca.
5 %	de residuo de simiente de heliante.
½ %	de sal.
100 %	

Valor medio: Unidades de almidón . . . 58
— — — — — Albúmina pura digestible. 4,5 por 100.

El pienso con esta mezcla ha sido ordenado para todos los caballos y mulos del Ejército.

El empleo del concentrado de celulosa permitirá aumentar un poco las raciones y, sin embargo, economizar más del 50 por 100 de la avena actualmente necesaria.

A pesar de esta mejora de la situación, no olvidemos nunca que los stocks de avena son preciosos; no forrajemos más que en proporción con los trabajos efectuados.

Caballería japonesa

Informaciones dignas de confianza, pero no confirmadas, indican que el Japón tiene en la actualidad alrededor de 61 Divisiones de Infantería y que la Caballería divisionaria ha aumentado proporcionalmente a 61 Regimientos divisionarios de Caballería. Fuera de esto, informaciones rusas recientes afirman que los japoneses organizan

Grandes Unidades de Caballería, muy reforzadas, para ser empleadas como caballería independiente.

El Regimiento de Caballería de la División de Infantería consta de Plana mayor, dos Escuadrones y, probablemente, una Sección de dos cañones de 37 milímetros de fuego rápido antitanques.

("The Cavalry Journal". Enero-febrero de 1942.)

Los japoneses están discutiendo la inclusión de una Sección de reconocimiento en la organización del Regimiento de Caballería divisionaria (motorizada o mecanizada).

El Regimiento de Caballería no divisionario, que consta de Plana mayor, cuatro Escuadrones y un Escuadrón Sección de ametralladoras, comprende: 788 Oficiales y tropa, 884 caballos de silla y de carga, 680 carabinas, 6 ametralladoras ligeras y 8 ametralladoras pesadas (probablemente, este armamento ha sido aumentado). Este tipo de Regimiento se encuentra en las Brigadas

independientes de Caballería. Las Brigadas independientes de Caballería constan de Plana mayor, una Batería de artillería montada, una Sección de carros blindados y una Sección de Ingenieros.

Táctica: En general, la doctrina japonesa relativa al empleo de la Caballería es muy similar a la nuestra. Puede, sin embargo, ser de interés el siguiente extracto de uno de sus reglamentos: "La moderna Caballería no solamente puede defenderse con éxito de las Unidades motorizadas-mecanizadas del enemigo, sino que puede aplastarlas."

El geólogo militar

(P. S. E.: "Die Wehrmacht", 25 noviembre 1942.)

De la misma manera que para el arma aérea es imprescindible la labor del meteorólogo, para el Ejército de tierra tiene un valor inapreciable la colaboración del geólogo. En la actualidad, en cada Ejército alemán existe un servicio de geología militar, afecto generalmente al E. M. o a la Jefatura de las tropas de Ingenieros. Este servicio, que está a las órdenes de un jefe de los servicios técnicos superiores, se compone de nueve individuos y se ocupa preferentemente de suministrar informes sobre las primeras materias y firmes más convenientes para la construcción de carreteras, así como del suministro de aguas potables, evacuación de aguas residuales e informar de todos aquellos problemas que afecten a la naturaleza de los terrenos. La ejecución de tales misiones las lleva a cabo en estrecha colaboración con los Jefes de las distintas armas y servicios del Ejército.

Uno de los primeros trabajos que se le confían en campañas como la de Rusia, consiste en la reconstrucción de carreteras, explotación y busca de canteras, así como el estudio de los lugares más próximos y adecuados para obtener las materias necesarias para el mejoramiento de las mismas. En una región pantanosa y lacunar, donde los terraplenes solamente pueden hacerse a base de miles de troncos de arbusto, la busca de arena o grava para utilizarlas como material de cubrición para la formación de pistas es de importancia trascendental. El informe sobre la obtención de tales materias está basado en sólidos conocimientos científicos, así como en la exacta información sobre el estado de las carreteras; informaciones todas que hay que llevar a cabo sobre el mismo terreno de que se trata.

En las regiones esteparias, sobre cuya superficie no existen en principio ninguna clase de materiales utilizables, valiéndose de la prospección geológica por medios eléctricos, se llegará al conocimiento de la existencia de filones de minerales a cierta profundidad y cubiertos por capas de arena y arcilla, evitándose con ello las largas y penosas excavaciones en lugares elegidos más o menos al azar.

Todas estas investigaciones son cuidadosamente anotadas en cartas especiales para transmitírselas después a los correspondientes Jefes o Mandos encargados de las construcciones o a la P. M. de la Organización Todt; de esta manera el geólogo militar contribuirá en la elección más favorable de las carreteras en regiones desconocidas donde se planteen futuras operaciones y, por consiguiente, donde se realicen considerables transportes. El artillero se asesorará en aquellas cuestiones que afectan al asentamiento o instalación de sus Baterías pesadas, pues no

ha de dejar de tener en cuenta el peligro de corrimientos de tierras o resistencia de las diversas formaciones de terreno, cuando se trata de efectuar asentamientos permanentes o semipermanentes para material pesado de Artillería. En este caso se propondrán adecuadas medidas de seguridad y se indicarán los materiales de construcción más adecuados.

Las cartas referentes al abastecimiento de aguas potables, que han de ser distribuidas hasta la unidad Batallón inclusive, darán una perfecta reseña de toda clase de fuentes, pozos, canalizaciones de agua y embalses, así como de todas las instalaciones de índole análoga que puedan encontrarse en aquellas zonas inmediatas, indicando al mismo tiempo el aspecto o clase de agua de que se trata. En los casos de dificultad para conseguir aguas superficiales, el geólogo informará sobre aquellos lugares en que deban actuar los servicios de perforación y sondeo (Batallón técnico).

Mediante el auxilio de las fotografías aéreas, también podrá ayudar el geólogo al Jefe de Ingenieros, indicándole los lugares más apropiados para efectuar los pasos de ríos. El aspecto del terreno y el subsuelo de la orilla son de decisiva importancia en la elección del sitio de paso, así como la clase y volumen de materiales a emplear. También la altura y corriente de las aguas en las crecidas, la influencia del hielo, vientos y oleaje, son factores que ha de estudiar cuidadosamente el geólogo, para asesorar en las obras que afecten a ríos, corrientes de agua o brazos de mar.

En la elección de una nueva línea principal de resistencia también ha de ser valioso el consejo del geólogo, lo mismo que en aquellos casos de un sistema de atrincheramiento, pues informará sobre la mayor o menor facilidad de remoción del terreno y las condiciones de las aguas subterráneas.

Vemos, pues, de una manera suficientemente clara la influencia que tiene en las decisiones a adoptar por el Mando el exacto enjuiciamiento de la naturaleza geológica del terreno, pues junto a las predicciones de la meteorología y los factores climáticos, no deja también de ser esencial el conocimiento de la constitución de los suelos, la vegetación, accesibilidad y transitabilidad. Los conocimientos sobre la capacidad de remoción de un terreno y firmeza del subsuelo son tan importantes respecto al punto de vista de la construcción de posiciones, como los del enjuiciamiento de la capacidad de resistencia de las posiciones enemigas, contra los impactos de artillería o las bombas de aviación.